

josé suárez núñez

EL GRAN CULPABLE

*¿Cómo 12 guerrilleros
aniquilaron
a 45.000*

soldados?



José Suárez Núñez tiene 34 años. Nació en La Habana y estudió la enseñanza primaria en el Colegio Jesuita de Belén. La segunda enseñanza en el Instituto de Segunda Enseñanza, donde fue líder estudiantil y Presidente de la Asociación de Estudiantes en 1950. Fue Secretario de la Juventud Acción Progresista. Posteriormente fue Presidente de la Juventud Unión Radical, hasta 1954, donde pasó a editar el semanario cubano "Gente" hasta que fue intervenido por el gobierno de Castro el 5 de enero de 1959.

Su vertical posición anticastrista le costó un atentado al salir de un programa de televisión. Al desembarcar Castro en Oriente, en 1956, se encontraba en Santiago de Cuba y escribió las primeras crónicas de la Sierra Maestra, viajando con las tropas del Ejército cubano, como corresponsal del semanario del que era editor. Es suficientemente conocido en Cuba por su agresivo

Continúa en la tapa posterior.

estilo periodístico. Sostuvo encendidas polémicas con casi todos los defensores de Castro. En Santo Domingo se convirtió en asistente de prensa del General Batista y durante ocho meses estuvo a su lado, viajando en su séquito hasta Portugal.

En 1959 llega a Estados Unidos y comienza a trabajar en el periódico "El Diario-La Prensa", y la revista "Temas" de Nueva York. Asombró a los experimentados reporteros por sus audaces entrevistas y reportajes viviendo con las pandillas juveniles neoyorkinas, los traficantes de drogas y los "beatniks" del barrio bohémio de Nueva York. Simultáneamente era corresponsal en las Naciones Unidas del periódico colombiano "Occidente" y las publicaciones "Elite" y "Venezuela Gráfica" de Caracas. A finales de 1961, comenzó a trabajar en el poderoso "Daily News" de Nueva York hasta que viajó a Suramérica en 1963, para situarse en Caracas.

Se estrenó en los cintillos de los periódicos durante una semana, después que disfrazado de médico, penetró en el Hospital Psiquiátrico de Caracas y mostró sus deficiencias. Viajó por las selvas de la Guayana con buscadores de oro y diamantes. Actualmente trabaja en una novela que es el relato de sus viajes y relaciones con las más disímiles gentes. Pero todo lo echa a un lado por su verdadera vocación que es el periodismo, a veces muy crudo, pero veraz.

JOSÉ SUÁREZ NÚÑEZ

El Gran Culpable

¿Cómo 12 guerrilleros
aniquilaron a 45.000 soldados?



Caracas / 1963

A
Marta Beatriz ,
Clara Beatriz ,
Amelia Núñez , mi madre
... por todos los motivos.

PROLOGO

ESTE es un libro polémico. Lo sé perfectamente. Yo he sido siempre un hombre polémico. No le he dado la espalda a mis opiniones. No he tenido miedo de defender aquello en que creo. Lo escribo para retratar una época, para denunciar ante el mundo un hecho que el mundo no conoce sino parcialmente.

Desde el primero de Enero de 1959 un régimen revolucionario rige los destinos de Cuba, mi patria. Ese régimen, hoy todopoderoso, surgió de un débil embrión: 12 hombres que sobrevivieron al primer encuentro con las fuerzas militares del general Batista. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué misión los llevaba a desembarcar en Cuba, a levantar en vilo a todo un país? ¿Hacia dónde han llevado a aquella nación, un día próspera y avanzada?

Este libro no trata de esos hombres, sino de los que se les enfrentaron.

Es un espejo en el que se recoge lo que era el régimen al que se enfrentó Fidel Castro. En su modestia aspira a revelar por qué, en parte, fue tan fácil el triunfo de Fidel Castro.

Algunos creen que no debí haberlo escrito.

Otros opinan que debí escribirlo, pero no debí publicarlo en este momento, ya que eso puede representar un servicio a Castro.

Yo creo lo contrario de ambos: creo que debí decir lo que aquí digo, y creo que debo publicarlo para que el mundo conozca los sucios entretelones de aquella extraña victoria.

Además, yo tengo muchas razones de orden personal, aparte las de orden patriótico, para dar a la stampa estos documentos.

Creí en Batista y Batista me engañó.

Creí en la defensa de la constitucionalidad y de la legalidad pacífica que suponía que Batista encarnaba, y Batista me defraudó.

Creí en el liderazgo de Batista, en su capacidad de hombre de acción y mando, y resulté defraudado como tres millones de cubanos.

Yo era, el 10 de Marzo de 1952, un joven con inquietudes políticas, un ciudadano de 22 años de edad que había luchado en las filas estudiantiles por un futuro político más limpio para mi Patria.

Me asqueaba la podredumbre del gobierno de Grau. Me repugnaban los crímenes y el sucio cinismo del régimen de Prío.

Cuando Batista dió el golpe, fui uno de los tantos que pensaron: Todo golpe militar es una desgracia en sí mismo por las fuerzas que desencadena. Pero quizás este haya llegado en el momento oportuno. La sangre y las miasmas que habían corrompido al Autenticismo ya no permitían alentar ninguna esperanza.

Me uní a aquel gobierno, que todo el país recibió entre cauteloso y expectante. Mi amigo Ernesto de la Fe, hoy preso en una mazmorra castrista, un hombre en quien la inteligencia y el valor se daban la mano, me condujo a aquellos líderes en quienes se depositaban no pocas esperanzas.

Alancé en aquel gobierno las más altas posiciones. Fui Secretario de Prensa del Presidente Batista, director de una revista propiedad del Gobierno, funcionario de enlace entre el régimen y los propietarios de periódicos.

Penetré en los estratos más profundos del sistema. Lo defendí y lo conocí como pocos.

Lo mismo que había hecho cuando era Presidente de la Federación Estudiantil de los Institutos de Segunda Enseñanza, lo hice cuando estuve al lado del gobierno: fui leal, fui arrojado, fui audaz, fui polémico.

Para los amigos todo me pareció poco. Para los enemigos no encontré ataques suficientemente fuertes.

Pero yo tenía conciencia, a medida que el régimen avanzaba en la cuesta del poder, y sobre todo a medida que la ola castrista iba creciendo, de que aquel sistema representaba cada vez menos una esperanza para Cuba.

Los soldados morían en las montañas cazando a los agentes comunistas. Pero los contratistas y políticos de las ciudades bebían champaña en los cabarets de lujo y acumulaban inmensas cuentas bancarias.

El abismo entre el liderazgo del gobierno y la masa de sus sacrificados defensores civiles y militares de la base era cada vez más inmenso.

Mucho antes de que Castro venciera se tenía en las altas esferas la convicción de que tenía que vencer. Batista y sus adláteres principales sabían que tendrían que huir, y en esa huida protagonizaban los desmanes y estupideces que se denuncian en este libro.

Así y todo, cuando el régimen se desplomó el primero de Enero, yo elegí desplomarme con él. Me parecía que era un acto de buen gusto. Quería dar esa prueba de lealtad a quienes, sin embargo, no habían sido leales más que con su más íntima camarilla.

Además, ¿qué tenía yo que ver, hombre joven pero profundamente decepcionado de la política, con la nueva pandilla gobernante que avanzaba hacia La Habana?

Para mí Castro no era el héroe que describían los periódicos, sino un gangster vulgar, un asesino de menor cuantía,

aupado habilidosamente por el comunismo internacional a la categoría de gran dirigente.

Así, pues, caí con Batista. Fui de los pocos que estaban a su lado en Santo Domingo en sus horas amargas. Le acompañé luego a Funchal, en su segunda huida.

Le vi de cerca. Le conocí mejor en la desgracia que en las horas de poderío. Y me dí cuenta de que todo lo inexplicable, todo lo confuso, todo lo insólito que había ocurrido en Cuba en aquellos seis años tenía una clave explicatoria. Se llamaba Batista.

Aquel hombre pudo haber sido en 1933 un líder de inteligencia y de coraje. Pudo haber sido en 1944 un Presidente ecuánime y civilizado. Pero era en los años 50 un despojo de líder, un resto de dirigente.

Su única obsesión era el poder económico. Su pasión primordial eran los lujos de la riqueza.

Había dejado detrás a un país en llamas. Había abandonado a su suerte a millares de compatriotas que habían creído en él. Había "embarcado", como se dice en criollo, a personajes prominentes y a personas humildes, y no le importaba nada.

El Comunismo no podría haber entrado nunca a Cuba sin él, sin su falta de valor personal, sin su codicia pecuniaria enfermiza, sin su mezquindad en el mando, sin su falta de grandeza para encararse al tremendo desafío de la Sierra.

A él eso no le importaba nada.

Yo había sido testigo del proceso. Testigo de excepción. Había estado presente cuando se tomaron importantes decisiones. Había asumido públicamente la responsabilidad ante aquel gobierno. Había recibido mi cuota de difamación y de odio. Y ahora era uno de tantos, uno menos que tantos.

Me ví en Nueva York fregando pisos, sirviendo de "bus boy", y me acordé de mis días estudiantiles, en que mi madre me aportaba la escasa comida que sobraba en la casa en que servía como doméstica.

Yo era un legítimo hijo de la tierra humilde. Un batallador y un gladiador que al final estaba como antes: sin nada, con las ilusiones destrozadas.

¿Por qué tenía que solidarizarme con aquel pasado de sombras? ¿Por qué tenía que resultar históricamente cómplice de un régimen que cargaba con la responsabilidad no sólo de haber aplastado las libertades civiles, la democracia en sí misma, sino de haberle abierto las puertas al Comunismo?

¿Por qué tenía que seguir figurando yo en la larga teoría de los ladrones del tesoro, de los que vivían bien en Washington, en Madrid, en Funchal o en Fort Lauderdale, esperando el momento propicio de regresar a Cuba, yo no era sino un simple "dish-washer", un exilado más, muerto de hambre y de fatigas y errando por el mundo?

Mi conciencia se sublevaba, y creí que tenía el deber de aclarar, en la medida de mis fuerzas y de mi inteligencia, por qué pasaron muchas cosas que pasaron.

De esa determinación nació este libro.

No es un libro para pedirle perdón a nadie. No es un libro para congraciarme con nadie. No es un libro para ofender ni desprestigiar deliberadamente a nadie.

Es un libro de Historia que recoge las páginas dolorosas y dramáticas de mi patria que infortunada o afortunadamente me tocó vivir.

El está aquí para lo que están los libros en todas las épocas: para ser juzgado por su valor, por su veracidad, por su oportunidad o por sus intrínsecos méritos.

Es un libro que habla poco de la etapa castrista porque no es a ella a la que se refiere. Pero su autor está consciente de que el daño inferido a la Patria por el Comunismo traído por Fidel Castro es mil veces más dañino históricamente que los destrozos causados por el régimen de Batista.

Pero en aquel régimen se cometieron errores que son quizás la semilla de donde brotó el fidelismo, eso no se puede ocultar.

Este libro los analiza, los denuncia, los pone bajo la luz de la opinión pública.

Que lo lea el lector sin apasionamiento, que lo juzgue con la serenidad y el amor cubano con que ha sido escrito y que lo aprecie como un testimonio de amor a Cuba y de deseo de verla libre de alimañas, es el único deseo de su autor.

JOSE SUAREZ NUÑEZ

Caracas, 5 de Diciembre de 1963.

1

Batista ha cogido un león por el rabo, veremos cómo lo suelta.

Entre el 10 de marzo y el 4 de abril de 1952, se sucedieron algunos acontecimientos que mirados retrospectivamente lucen inexplicables. A raíz del golpe militar, Batista no encontraba fórmulas para salir legalmente de Columbia. Quería darle un viso civil a su gobierno y se dio a la tarea de llamar a las figuras civiles de mayor relieve del país, para que formaran parte de su régimen.

Originalmente quiso que el doctor Carlos Saladrigas asumiera la Presidencia de la República. Posteriormente se la ofreció al Dr. Jorge García Montes y al Dr. Emeterio S. Santovenia. Con una frase drástica el Dr. García Montes respondió:

—Batista ha cogido un león por el rabo, veremos como lo suelta.

Pero mientras se producían esas consultas dentro de las esferas del gobierno, sectores opositores no vinculados al autenticismo, planearon cooperar o darle viso legal al golpe militar de Batista.

El Dr. Pelayo Cuervo Navarro que murió el 13 de marzo de 1957, estuvo en conversaciones con el Dr. Carlos Saladrigas, queriendo darle una fórmula constitucional al golpe militar de Batista. La tesis del Dr. Cuervo Navarro, era que con 14 senadores que le seguían sus puntos de vista, ganar la votación de otros representantes y senadores para convocar al Congreso en Sesión Especial, y que aceptara el golpe militar. El Congreso según ese plan designaría un Presidente Provisional, de la confianza de Batista.

En esos días se rumoró el nombre del senador Alfredo Hornedo, Presidente de las Empresas Periodísticas "El Crisol", "El País" y "Excelsior", para que asumiera la Presidencia de la República. En la fórmula Batista asumiría el cargo de Primer Ministro. No aceptó la proposición porque no estaba seguro de poder manejar dócilmente aquel Parlamento. Se decidió entonces ir a la integración de un Consejo Consultivo que asumiera con provisionalidad las labores legislativas de la Nación.

Aunque sin la ayuda del golpe militar no hubiera podido asumir la gobernación del país, Batista desde el primer día estuvo renuente a aparecer en público rodeado de militares. El Batista que alzó la tropa el 10 de marzo de 1952 en Columbia, era lógico que apareciera en ropa de campaña. Pero no lo hizo. Después que se quitó el uniforme militar, para aspirar constitucionalmente a Presidente de la República en 1944, jamás se lo volvería a poner.

Más tarde la Oficina de Publicidad del Palacio Presidencial recibió instrucciones de que no enviara a los periódicos, fotografías donde apareciera Batista rodeado de militares, en actos que no fueran de índole militar. Por supuesto que en los actos del 4 de Septiembre, 10 de Marzo y otras recepciones que se efectuaban en Columbia no podía prescindirse de la presencia de los hombres uniformados.

Si los fotógrafos no podían evitar la presencia de los militares, en el cuarto oscuro del laboratorio fotográfico del Palacio Presidencial se encargarían de suprimirlos. Las cosas irían más lejos y a medida que transcurrieron los años, fue situando una muralla divisoria de tal envergadura entre civiles y militares, que diez años después de haberse producido el golpe militar del 10 de marzo, los políticos y soldados del régimen permanecen inculpándose mutuamente de la pérdida del poder.

Batista enfatizaba más ésto. Cuando quería desprenderse de los militares les decía que los políticos lo estaban esperando para reuniones. Así en forma opuesta decía a los civiles de las exigencias de los militares. Y a los militares les decía que fueran discretos porque los políticos lo hablaban todo y se alarmaban de cualquier cosa.

Tenía sin duda un "complejo democrático".

Cuando un domingo estando de pesquería se sintió indispuerto y ordenó el regreso a tierra, por una ligera parálisis facial, se incomodó porque los altos oficiales militares estuvieron presentes a su llegada, en el barco "Cuba". Batista que siempre ha sido muy meticuloso y cordial, mostró en esa oportunidad rasgos de incomodidad, porque trascendiera que tenía una simple parálisis facial.

Más terminantes fueron las instrucciones cuando por unas erróneas inyecciones que le recetó su médico Ramiro López de Mendoza, tuvo una ligera paralización de la lengua. Es inexplicable esta reacción, porque como ejemplo público recordemos que el General Eisenhower, Presidente de la Nación más poderosa del mundo, al sufrir un ataque cardíaco los periódicos del mundo divulgaron la noticia. Eso no menguó el aprecio de sus nacionales. Por el contrario se interesaron por su salud. A fin de cuentas no entraña ninguna irregularidad que se sienta indispuerto.

Al igual que en La Habana, ahora en Estoril, Madrid, Sevilla o Funchal seguirá recibiendo su "agenda" donde le informan de las actividades privadas de amigos o enemigos. Siendo Presidente de la República jamás dejó de revisar antes de acostarse, el chequeo telefónico "confidencial".

Puso énfasis en indagar la vida privada de tres o cuatro

figuras del régimen. Tenía un raro placer en oír las conversaciones ajenas y los informes confidenciales de sus colaboradores o amigos. Todo lo escuchaba pacientemente. Sin duda hay que acreditarle un gran control sobre sus emociones. La correspondencia privada del Dr. Aureliano Sánchez Arango, fue algo obsesionante por aquellos días de planes conspirativos. Por otra parte tenía grandes inclinaciones de ser anfitrión de la mejor sociedad cubana. Sabía que muchos de sus invitados eran sus adversarios, pero los recibía espléndidamente. Así, mientras cenaba con distinguidos matrimonios de la alta sociedad cubana y con preferencia los que ostentaban títulos nobiliarios, chequeaba sus teléfonos privados.

Quizá su arma consistía en poder ser actor central del diálogo, al estar informado de los pasos de cada uno de sus invitados. Muchas de esas personalidades que él recibía con mucho calor y estimación, lo calificaban por teléfono con los peores adjetivos. El no se daba por aludido. Después en la intimidad hogareña del Palacio Presidencial o en la finca campestre "Kuquine" se entregaba por completo a las tandas de cinematógrafo, ya entrada la madrugada. Sus preferencias eran las películas de misterio y terror, donde descollaban las actuaciones de Drácula o Boris Karloff.

Es falso que se leyera todos los periódicos. Leía y estudiaba muy poco. Perdía mucho tiempo en asuntos comunes, como vigilar la puntuación gramatical de una carta, arreglarse el nudo de la corbata, cambiarse el pantalón por una arruga o situarse el pañuelo en forma correcta. Tenía la República paralizada hasta las dos o tres de la tarde, que bajaba del tercer piso a despachar con el Secretario de la Presidencia. No obstante la gente de gobierno que no tenía acceso a sus residencias privadas, creía que trabajaba 18 horas diarias.

Mientras criticaba que otros engordaban, él comía opíparamente. Tiene la virtud de expulsar los alimentos, cuando se siente indispuerto, forzando ligeras contracciones bucales. Esto era muy regular cuando se encontraba en Kuquine o Columbia, donde después de cenar a las doce de la noche, hacía largas caminatas desplazando un enorme personal humano tras él.

Por aquellos días iniciales del gobierno, el juego de canasta pasatiempo inútil de la sociedad, sería al decursar de los años, un fuerte aliado de Fidel Castro. La sociedad habanera impuso los "canasta party" y Batista la impuso cada domingo en las reuniones militares de Columbia. Dedicaba horas y horas entregado al pasatiempo mientras las órdenes militares y las cuestiones de estado se detenían. Cuando se publicaba por la Oficina de Publicidad que "el Presidente de la República, dedicó todo el domingo a despachar asuntos oficiales con los Jefes del Ejército en Columbia" no era cierto. Se estaba jugando canasta. En Santo Domingo cada noche se siguió jugando, con el ojo de disgusto de sus ayudantes y escoltas, que decían en privado: por eso perdimos.

Para evitar las posibles críticas de que dirigía el gobierno cubano en forma unipersonal, creó el Consejo Consultivo, nom-

brando a personas de todas las procedencias del país, a fin de suplantar el Congreso de la República. Para Batista fue de vital importancia que el Consejo Consultivo contara con nombres y apellidos ilustres. Los sectores conservadores del país le impresionaban y pasó todo el tiempo de su mandato tratando de captarlos.

No obstante haber suspendido las actividades del Congreso, Batista ya en posesión de la Presidencia de la República, ordenó que le siguieran enviando los cheques a los Representantes y Senadores. Aunque sin representación, funciones específicas o inmunidad parlamentaria, era muy importante a su juicio, que los legisladores siguieran recibiendo dinero.

El dinero siempre ha tenido un rol decisivo e importante en su vida. Para Batista el metal es la solución de todos los problemas humanos. Un día en Santo Domingo dictándome unas declaraciones de Prensa con motivo del aniversario del 10 de Marzo, en unos segundos de receso, que el tema se desvió, me dijo.

—Estoy arruinado. Tengo que reconstruir mi fortuna.—

Al tener que asumir la Presidencia de la República y poner en vigor los Estatutos Constitucionales del 4 de Abril, que modificaban algunos capítulos de la Constitución de la República, prometió efectuar elecciones generales en 1954, en las que él aspiraría a Presidente por elección popular.

Los días posteriores al golpe militar, el periodista de Unión Radio, Justo Lacomba, me relató que estando presente en la reunión de la Sección Juvenil del Partido Ortodoxo, en Prado 109, que al dirigirse a los asistentes, Fidel Castro dijo:

—Cubanos, a partir de este momento, recojo la bandera de Carlos Manuel de Céspedes y asumo la Presidencia de la República en Armas.—

Cinco minutos después la reunión había terminado. Los periodistas se burlaron de Castro, y dijeron “son palabras de un loco o un estúpido”. Como eran tan absurdas y egolátricas ningún periódico las publicó. Eso demostraba hasta que punto estaba saturado el espíritu desaforado de Poder de Castro y el pequeño grupo que lo seguía.

Antes del 10 de marzo, cuando Batista aspiraba como candidato presidencial por el Partido Acción Unitaria, su residencia campestre de Kuquíne en Arroyo Arenas, era objeto de las más disímiles visitas. Lo mismo lo visitaba un ministro del Gabinete del Dr. Prío, que el secretario general del Partido Comunista cubano, Blás Roca, o un joven ortodoxo lleno de ambiciones, llamado Fidel Castro. Por cierto que Batista estando en Santo Domingo, ya derrocado, cuando le enseñé una fotografía de la United Press, en la que aparecía Fidel Castro fotografiado a la entrada de su fastuosa biblioteca en Kuquíne, pareció molestarse sinceramente. Sólo se limitó a decirme con ceño fruncido:

—Tuve que decirle a Díaz Balart que no me llevara más a Fidel Castro a mi casa, porque era un pistolero.

Los escoltas, que todavía recuerdan las visitas frecuentes de Fidel Castro a la finca residencial de Batista, aseguran que hasta

corrieron rumores de que sería postulado para un cargo de Representante en el Partido Acción Unitaria por la provincia de Oriente. Esto nunca llegó a cristalizarse y fue el Partido Ortodoxo, de Eduardo Chibas, el que en definitiva lo postuló.

Algunos escoltas que aún permanecen al lado de Batista recuerdan que Fidel Castro prefería ir siempre a la biblioteca de la finca y se pasaba las horas enteras examinando los libros, sacándolos de los estantes y haciendo exclamaciones de los que había leído. El carácter díscolo de Castro, influyó sin duda, a que el líder marcista le subestimara sobremanera. El Presidente Batista no podía entender o no quería entender, las señales de los nuevos tiempos, y se negaba a admitir la posibilidad de que aquel chiquillo impetuoso al que doblaba la edad exactamente, pudiera disputarle el Poder.

En los primeros meses el jefe de la Policía, brigadier Rafael Salas Cañizares, tuvo en un puño el orden público en toda la Nación. Descubría todas las conspiraciones y capturaba a todos los que planeaban atentados contra la vida del Presidente Batista. Excepto en los desfiles estudiantiles donde la policía tuvo que reprimir a los estudiantes, no hubo ninguna seria amenaza contra el gobierno.

Los grupos adversarios al gobierno estaban divididos. Los ortodoxos habían perdido la oportunidad de llegar al poder con el golpe de estado de Batista y se habían situado absurdamente, en la línea abstencionista. A los "auténticos" sólo les preocupaba la labor clandestina con el fin de derrocar al gobierno marcista por la fuerza.

Los grupos confidenciales de la Policía cubana trabajaban afanosamente. Había un intenso trasiego de armas. Existían ya contactos entre los grupos opositoristas para entrar coordinadamente en acción bélica. Esos eran los informes que se amontonaban en los cuerpos investigativos de la Policía Nacional. Un día el Presidente Batista estaba entregando trofeos a los ganadores de las competencias acuáticas de la playa de Varadero, cuando a sus oídos deslizaron noticias alarmantes. Los cuerpos policíacos encontraron grandes cantidades de parque y armamentos en los cayos aledaños a la Isla.

Algunos confidentes informaron que se habían hecho ya los ajustes definitivos para el pacto de las organizaciones revolucionarias y políticas abstencionistas. El Plan consistía en hacer un atentado al Presidente Batista. Pero alguien que habían excluído, se adelantó a los planes conjuntos, con una acción audaz. Fue Fidel Castro, asaltando irresponsablemente el Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba.

Los nombres de Carlos Prío, Aureliano Sánchez Arango, Paquito Cayrol, Cándido de la Torre, Jorge Agostini, Mario Fortuny y otros muchos eran circulados. Esos eran los hombres que les interesaba capturar el régimen. En ningún momento se pensó que los grupos ortodoxos por su cuenta tuvieran intenciones de acción violenta. No tenían líder. Transcurrían plácidamente los primeros seis meses del año 1953. El general Batista asistiría, el

13 de Julio, a la ciudad de Santiago de Cuba, para entregar una donación a la Asociación de Veteranos de esa ciudad.

Todo estaba acordado cuando una semana antes, muy de madrugada, el brigadier Rafael Salas Cañizares, llegó al Palacio Presidencial. Trajo consigo un voluminoso expediente de confidencias, chequeos telefónicos e investigaciones personales. Los informes procedían de la Universidad de La Habana, que ya comenzaba a mostrar su rebeldía e inconformidad. Sectores auténticos, ortodoxos y comunistas planeaban un atentado. Era para liquidar físicamente a Batista —como única fórmula según ellos— en ocasión de su viaje a Santiago de Cuba. El confidente informó que cuando estaban reunidos, el Dr. Raúl Roa, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales recomendó a Fidel Castro “como el más apropiado para dirigir ese tipo de acción”.

En el informe recibido se supo que los complotados tenían conocimiento de las prácticas usuales de los jefes de Regimientos del interior de la Isla, para proteger la vida de Batista. Sabían que a la llegada del Presidente, lo esperaban varios automóviles oficiales con militares de completo uniforme los cuales lo escoltaban por todo su recorrido. Intercalaban con la tropa uniformada soldados vestidos de civil que se filtraban dentro del público que concurría a los actos para saludar al Presidente.

Sabían también que muchas veces para disimular a la vista del público la enorme cantidad de tropas que se movilizaba en esos viajes presidenciales, optaron por ponerle licencia del Estado de la Florida a esos automóviles-escoltas, en lugar de las licencias oficiales o particulares. Sin lugar a dudas tenían buena información.

Batista ante los informes, suspendió el viaje. No fue el 13 de Julio a Oriente como se esperaba y así se frustró un nuevo atentado. Los jóvenes dispuestos para la acción, supieron disgustados la suspensión de la visita presidencial y se quedaron marginados y sin planes. Fidel Castro, según los informes policíacos de esa fecha, no perdió el tiempo y comenzó a organizar el asalto al Cuartel Moncada, que era el segundo aspecto del Plan, después de consumada la muerte de Batista.

Los informes del Regimiento Moncada, de Santiago de Cuba, que llegaron a La Habana después del asalto al Cuartel el 26 de Julio de 1953, fueron bastante contradictorios. Se aseguró que entre los jóvenes detenidos después del asalto reconocieron que varios de ellos habían estado en fiestas y reuniones familiares con soldados del propio Cuartel. En forma inconsciente le habían proporcionado una valiosa información con respecto a las interioridades de la Plaza Militar.

Los informes aseguraban que Pedro Miret Prieto y Boris Santa Coloma, llegaron a hacer intimidación con varios soldados, los cuales aprovechando las fechas santiagueras de los carnavales, permitían la entrada de los civiles en las guarniciones militares para festejar esas fiestas tradicionales.

Al tenerse noticias del asalto al Cuartel, varias personas amigas y familiares de Fidel Castro hicieron gestiones cerca del Presidente Batista para que respetara la vida de los prisioneros

y principalmente a Fidel Castro. Batista, en un cable al jefe del Regimiento militar de Oriente, Alberto del Río Chaviano le comunicó:

—Capture vivo al cabecilla del asalto al Moncada.—

Consumado el asalto al cuartel, donde murieron civiles y militares, la fecha, 26 de Julio de 1953, serviría como nombre y bandera de la organización política que, desde la prisión de Isla de Pinos se convertiría después, en una organización terrorista para derribar al gobierno de Batista.

Las historias posteriores de que un oficial le perdonó la vida al reconocerlo, porque su religión le prohibía matar, son producto de la imaginación calenturienta de algunos novelistas cubanos de esquina. El asalto desde sus orígenes fracasó, cuando el escolta de una de las postas atacadas, rasgó moribundo, el seguro del timbre de alarma. El campamento fue alertado. El hombre de la posta murió cumpliendo con su deber. Fidel Castro al darse cuenta del primer percance saltó del automóvil en que venía y se le vió desaparecer por la Avenida Garzón, a dos cuadras justamente de la posta donde se cambiaron los primeros disparos. Minutos después los primeros automóviles lograban entrar en el campamento, originándose la batalla.

En los primeros momentos los asaltantes lograron confundir totalmente al Ejército, porque entraron con el mismo uniforme del Ejército cubano. En esos momentos Fidel Castro era considerado por el gobierno de Batista como un agitador universitario sin prestigio ni predicamento dentro de la clase estudiantil. Su eterna aspiración de presidir la poderosa Federación Estudiantil Universitaria no pudo lograrlo. Ni siquiera pudo presidir la Escuela de Derecho, para poder aspirar al más alto cargo estudiantil universitario. Su vinculación con los dirigentes de las pandillas le cancelaron toda posibilidad para dirigir al estudiantado cubano.

Cuando se efectuó el ataque al Cuartel Moncada, Castro se había graduado de abogado, y ésto no le permitía intervenir como dirigente en las cuestiones estudiantiles. Su única actividad política era la ortodoxia, aunque estuvo en coqueteos con el Partido Acción Unitaria de Batista, ya que Eduardo Chibas, el suicida Presidente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) cuando hubo necesidad de hacer alguna referencia de Castro, decía despectivamente: "este gangstercito". No obstante esa situación dentro de la ortodoxia, su hermano Pedro Emilio Castro, fue nominado candidato a representante por la Provincia de Oriente. Hasta después de muerto Chibas, no tuvo la oportunidad de ser postulado para un acta de representante por la provincia de La Habana, gracias a las gestiones del Dr. Francisco Carone, profesor universitario.

Otra intentona de tomar cuarteles fue la que dirigió el profesor de la Escuela Superior de Guerra y del Instituto de La Habana, Dr. Rafael García Bárcena. Se le llamó la "conspiración del Domingo de Resurrección" porque se produjo en esa fecha. El profesor García Bárcena fue uno de los conspiradores cubanos más ingenuos. Citó a sus seguidores frente a las postas de la entrada de Columbia y fueron capturados todos sin disparar un

tiro. Se cuenta que uno de los conspiradores que llegó tarde a la cita de honor tuvo la ingenuidad de preguntarle a uno de los soldados de la posta:

—¿Y el profesor García Bárcena le está hablando a la tropa?

Sin ninguna violencia fue cogido por el cuello y metido en las prisiones militares. Con hilaridad terminó aquella intentona insurreccional.

El gobierno había entrado en los meses finales del año 1954 y el primero de noviembre serían las elecciones generales en todo el país. Había entusiasmo en algunos sectores, aunque la oposición no quería ir a las elecciones.

Varias semanas antes de las elecciones, Batista había logrado convencer a los jefes provinciales del Partido Auténtico, que dirigía su tradicional adversario el profesor Grau San Martín, de que concurrieran a las elecciones convocadas por su gobierno. Este Partido, el Revolucionario Cubano Auténtico, que se oponía electoralmente a Batista, tenía profundas divisiones dentro de su maquinaria electoral. El máximo líder era el Dr. Grau, Ex-Presidente de la República en dos oportunidades, y con grandes simpatías dentro de los obreros y campesinos cubanos.

El gobierno de Batista estuvo informado de que el Dr. Grau, iba a plantear un ultimatum, en las últimas horas del evento electoral, que en caso de no acceder el gobierno, ordenar a sus seguidores, ir al retraimiento electoral de primero de noviembre.

Las viejas pugnas entre Grau y Batista se agudizaron esos días. Mientras Batista es hombre de cuartel, el Dr. Grau representaba los sectores civiles, revolucionarios y estudiantiles. Entre ellos no había arreglo posible. Utilizando los canales de la televisión cubana, el Dr. Grau presentó sus demandas. Hubiera sido un desagradable contratiempo para Batista, como candidato de la Coalición de Partidos Gubernamentales, no haber tenido un pacto secreto con los dirigentes provinciales del Partido Auténtico del Dr. Grau.

Días antes de las elecciones, en "Kuquine", la finca privada de Batista, era visitada con asiduidad por las principales figuras de la oposición auténtica electoral, que dialogaban amigablemente en los amplios sillones de la biblioteca con el aspirante presidencial adversario.

Mientras Batista recibía a los dirigentes "auténticos de Camagüey, en la biblioteca, los jefes provinciales de "Las Villas" o "Pinar del Río", permanecían en la casa de vivienda. Todas estas reuniones secretas Batista las rodeaba de misterio. No quería que se les viera la cara a los visitantes. No estaba interesado en que trascendiera al público, de que sus adversarios políticos, coincidían y estaban de acuerdo en ir a las elecciones del primero de noviembre de 1954.

Esa elección Batista la dirigió personalmente. Instaló una oficina de control electoral en las calles 17 y H, en el Vedado, para las reuniones políticas menores, la entrega de propaganda, y las conversaciones con la sargentería política. En esa oficina se grababan todos los programas de radio y televisión y se entregaron las páginas enteras de avisos para los periódicos.

Es tradicional en la política cubana que los aspirantes presidenciales de los diferentes partidos de Gobierno y oposición reciban obsequios económicos para los gastos electorales. Esas contribuciones espontáneas las hacen las grandes empresas comerciales e industriales y principalmente los grandes inversionistas extranjeros del azúcar, la electricidad, los teléfonos y las importaciones.

Por este concepto, sin utilizar los resortes del Poder y la administración pública, Batista logró acumular una cantidad de dinero tal que superó a todos los anteriores candidatos presidenciales. Batista logró recaudar 19 millones de dólares para su campaña electoral. Una de esas contribuciones fue muy original. El industrial Francisco Cagigas, asociado a empresas estadounidenses y con grandes posesiones en Isla de Pinos, una mañana en Columbia le entregó a Batista personalmente 100 billetes de mil dólares. Esa contribución de 100.000 dólares fue una de las crecidas de las que se hicieron individualmente.

Por esos días el dinero se desbordaba en la mesa de Batista. Estaba sobrando. Cualquiera que trabajara cerca de Batista y tuviera acceso a un pequeño despacho en el segundo piso de la residencia particular de "Kuquine", pudo observar que guardaba el dinero en gavetas y bolsas corrientes. Nunca pude imaginarme porqué tenía la rara costumbre de guardar grandes cantidades de dinero en "cartuchos de bodega". En Santo Domingo renovó esa costumbre.

Finalizadas las elecciones y con las últimas felicitaciones al triunfador, llegó el balance de gastos y erogaciones. Oficiales del Ejército, de la Oficina Presidencial de Columbia, llevaron la Contabilidad hasta el último centavo. Desde un pasquín hasta una transmisión de radio. Todo fue minuciosamente inventariado. Junto a las cantidades, los comprobantes de pago. Los gastos totales ascendieron a la suma de \$ 7.213.000. Deducidos los 19 millones de dólares recaudados entre amigos, empresas, industrias y terratenientes, Batista además de la Presidencia de la República, ingresaba en su cuenta personal, antes de la toma de posesión \$ 11.787.000 sobrantes. Había sido un gran negocio.

2

La corrupción venía desde las alturas.

Puede decirse que el país aceptó mudo, el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Los grandes partidos mayoritarios, el Auténtico y el Ortodoxo, no respondieron revolucionariamente. Los dos primeros días se reunieron en la Universidad de La Habana los cubanos más decididos para pelear contra Batista y poner en marcha, de nuevo, el ritmo constitucional que había interrumpido. Algunos de los dirigentes universitarios que fueron a ver al Dr. Prío al Palacio Presidencial para ofrecerle su apoyo, varios días después eran llevados a Columbia. Hablaron con Batista, pero no hubo ningún acuerdo.

Pero nada pasó. Después vinieron los pactos, y el regreso de figuras de la política dispuestas a la cooperación con cualquier régimen que impusiera el orden en la política cubana. Prío se asiló. Los ortodoxos fueron al abstencionismo. Batista aprovechó tanto por tanto y el factor sorpresa obró en su favor. Después, se encargó de convencer a los dueños de periódicos —cosa fácil— y pidió una oportunidad de crédito público, que todos le otorgaron.

Hasta cierto punto los cubanos quisieron quitarse de encima la tortura y el riesgo de los muertos a diario, en las calles habaneras. Las pandillas organizadas peleaban por la hegemonía de puestos e influencia dentro del gobierno. Del despacho presidencial de Carlos Prío salían instrucciones ordenando poner en libertad a destacados pistoleros. El régimen priista se había corrompido y pereció. La Ortodoxia actuando torpemente trabajó para Batista, mostrándole al país las inmoralidades del gobierno auténtico. Pero no puede negarse el exceso de libertad de que gozaron los cubanos. Casi todos los periódicos, emisoras de radio y organizaciones políticas combatían con exceso y hasta injuriaban el régimen constitucional de Carlos Prío.

Batista en los primeros días, durmió tres o cuatro horas. Estaba preocupado por la reacción de aquella tropa de soldados que encontró en Columbia. No era la que había dejado en 1944. Había sido reclutada por los dos gobiernos "auténticos", pero no obstante le respondió de modo absoluto. Así estaban las cosas

en Cuba: hasta los soldados de las dos administraciones "auténticas" le respondieron a Batista.

Para dos meses después del golpe del 10 de marzo eran esperadas las elecciones presidenciales. Consigo traían la actividad y el dinero tradicionales de la política cubana. El dinero correría. Sin embargo el país sufrió una contracción momentánea. Sin perder tiempo, Batista que estaba entrenado para gobernar un país ordenó la votación de créditos para comenzar Obras Públicas.

La Habana parecía una ciudad bombardeada. El primer impacto favorable que recibió el gobierno fue la reparación total y urgente de las calles de la capital. La Habana, por supuesto es el centro industrial y comercial más importante de la Nación. Una madrugada recorriendo las calles habaneras con el Ministro de Obras Públicas, el Ingeniero Nogueira me dijo:

—Estoy sacando el régimen para la calle.—Era cierto.

Pero el Ing. Alfredo Nogueira no se prestó a los planes de Batista. Nogueira sabía su oficio, y finalmente tuvo que renunciar. Batista nombró en su lugar a un médico para ministro de Obras Públicas. Quería manejar personalmente los créditos, porque además sabía hacerlo. A partir de esa fecha se inició el más fantástico plan de Obras Públicas inmediatas. Para sorpresa de todos los funcionarios gubernamentales, las obras eran entregadas y realizadas por contratas, sin que los políticos o funcionarios del gobierno pudieran situar en puestos públicos a sus amigos. Y fue así como Batista comenzó a redondear su fortuna.

Pronto aparecieron grandes vallas anunciadoras en los principales entronques de las carreteras. El MOP (Ministerio de Obras Públicas) fue símbolo de trabajo. La Gaceta Oficial a diario informaba de nuevos créditos. Un millón de pesos para una carretera, dos millones para un hospital, cinco millones para un plan de caminos vecinales, diez millones para un dique, veinte millones para el plan de una provincia, cincuenta millones para reparaciones de carreteras y caminos. Y así siguieron hasta llegar a la astronómica cifra de 2.000 millones de pesos en obras públicas.

El país aparentemente se sentía satisfecho. Batista "trabajaba para el pueblo". Los despachos emitidos por la Oficina de Publicidad del Palacio Presidencial informaban: "El Sr. Presidente, después de recibir a varias comisiones de colonos, industriales y profesionales se quedó hasta altas horas de la madrugada, trabajando con sus más cercanos colaboradores sobre los proyectos de Obras Públicas sometidas a su consideración".

El Presidente de la República, en efecto, trabajaba para Cuba; pero con ojo avizor, trabajaba simultáneamente para su personal provecho. Lo miraba todo; estaba al tanto del más mínimo detalle técnico y se tomaba la libertad, inclusive de hacer sugerencias de ingeniería o arquitectura. Lo que sucedía tras la excesiva vigilancia y el celo administrativo del Presidente, era que en cada acera habanera había centavos de Batista; en cada carretera habían pesos de Batista; en cada hospital había cientos de pesos de Batista; en cada escuela estaba su dinero, y en cada dragado estaba el mayor porcentaje de comisión que recuerda la historia de la política cubana: el 40%.

No era Batista el saqueador vulgar que mete las manos en el Tesoro Público. Hay que reconocerle destreza en aparentar la honestidad administrativa. Cada crédito que se destinaba a Obras Públicas se cumplía. El personalmente controlaba el movimiento de los fondos de la Dirección de Contabilidad de Hacienda. Los manejaba a su conveniencia. No se hacían obras por Administración. No obstante los fondos para Obras Públicas salían puntualmente. Demoraban las asignaciones para pagos de Hospitales o Escuelas, pero las cuentas de concreto, cabilla, ladrillos, arena y jornales llegaban siempre a tiempo. Batista estaba haciendo su obra de piedra.

Comenzaron los almuerzos y las comidas con funcionarios gubernamentales en el Palacio Presidencial y los fines de semana en la residencia militar de Columbia. En la sobremesa nunca faltaba un contratista, aunque después con el tiempo los nombres fueron desapareciendo. Por la noche llegaban contratistas al Palacio Presidencial con gruesas maletas, repletas de planos y proyectos, mapas y cotizaciones. Los políticos seguían protestando porque no se hacían obras por Administración. No obstante La Habana fue totalmente remodelada.

Los contratistas eran hombres de negocios que tenían relaciones con todos los gobiernos de la República. Con anterioridad al régimen de Batista todos acudían a las subastas para ofrecer y competir por mejores precios. Batista los mandó a llamar personalmente y les pidió crédito para comenzar obras públicas que después él abonaría. Después se tramitarían las apropiaciones de crédito por los departamentos correspondientes de Obras Públicas y Hacienda, pero de antemano él autorizaría las contrataciones aprobadas. Batista añadió que en cada obra él percibiría un 30%. Los contratistas aceptaron. El régimen de Castro se ensañó con ellos. Sus ganancias con las altas comisiones que tenían que pagar no eran tan exageradas como se les acusó en las intervenciones fidelistas.

Muchas veces parecía raro que en las agendas de trabajo se anunciara que "El Presidente recibirá a varios contratistas con los que discutirá proyectos de Obras Públicas que han sido sometidos a su consideración...". El contratista entraba en el despacho con una gruesa maleta, repleta, al parecer de documentos. A los pocos minutos salía sin la maleta y no despacha los urgentes planes de fomento y obras públicas. Era que dejaba la maleta como obsequio con el dinero en efectivo correspondiente a Batista.

El tipo de comisión que debían entregar todos los contratistas era el 30% de la obra. A medida que fueron recibiendo dinero de Hacienda como pago de la obra que estaban realizando, tenían la obligación de pasar por el Palacio Presidencial y entregar la parte correspondiente. Era una cuestión de rutina. Andrés Domingo, el ministro de la Presidencia, recibía el dinero con naturalidad sin darle mayor importancia al asunto.

Los contratistas y los funcionarios del Palacio Presidencial nunca discutían pormenores de la obra. El capítulo económico era el único objeto de estudio. Los aspectos técnicos eran estu-

diados por el Ministro y los funcionarios competentes del Ministerio de Obras Públicas. Con la naturalidad con que Batista llevaba los negocios de Obras Públicas hay una frase que lo retrata. Cierta vez que el contratista Louredo estaba fuera del despacho y esperando ser recibido, envió con un ayudante de guardia en un sobre la parte correspondiente de la "Comisión" del Presidente. Batista revisó las cantidades y haciendo un gesto de desagrado, le mandó a decir con el ayudante militar:

—Dile a Louredo que tiene que dar el 20% en esa obra, porque hay otros contratistas que dan el 30%.

De los créditos del BANDES donde se aportaron tantos dineros con tan variados fines, no se movía un centavo sin su autorización. En todas las obras llevaba como siempre el 30% de "comisión". Con la Ley que creó el BANDES (Banco de Desarrollo Económico y Social) logró Batista crear un sistema recaudatorio que en poco tiempo le proporcionó una fortuna que llegó casi a los noventa millones de dólares. No hubo crédito, obra pública o inversión económica que no tuviera su personal aprobación.

Así se legalizó el Centro Turístico de Varadero, por el Decreto 2082 de 27 de Enero de 1955. Se dragaron canales para conectar la Laguna de Paso Malo con el mar por el Norte y por el Sur hasta la Ensenada de la Cueva del Muerto, en la Bahía de Cárdenas. Centenares de yates podrían entrar. Primero se dragaba el puerto, más tarde se rellenaban terrenos cenagosos que se convertían en repartos. A esos repartos les hicieron autopistas, que multiplicaban su valor.

Con el mismo lujo se hizo el Centro Turístico de Barlovento, entre el Río Jaimanitas y la Puntilla con la apropiación de 600.000 metros cuadrados de terreno. Batista adquirió esos terrenos y los rellenó. Posteriormente se hizo un financiamiento de 4 millones de pesos por la obra. Más tarde se hizo pasar por esos terrenos la magnífica autopista Habana-Mariel. El valor de la obra subió a 8 millones de pesos.

Las grandes obras seguían en aumento. Circuito Norte; Circuito Sur; Vía Azul; Dique Seco; Terminal Marítima; el Palacio de Justicia; la Terminal Pesquera; el Palacio de Comunicaciones, y en todas ellas estaba la mano de Batista, abierta, en espera de sus naturales "comisiones".

La Habana del Este fue otro negocio fabuloso donde Batista intervino en forma decisiva. La señorita Celia Velasco era la dueña de los terrenos que colindaban y cubrían todo el ancho terreno alrededor del Túnel de La Habana, y que constituyeron "La Habana del Este". Era visita asidua al Palacio Presidencial y aceptó la proposición del gobierno. Intervinieron de manera decisiva los doctores Mariano y Andrés Domingo y el Dr. Pedro Grau Triana a quien se respetaba en muchas decisiones por su capacidad.

En la construcción del túnel bajo la Bahía de La Habana, que fue la razón de existencia de "La Habana del Este", el delegado de Batista fue el Dr. Mariano Domingo. El túnel tuvo un costo de 35 millones de dólares. A la subasta de la obra concurrieron dos empresas constructoras. Una norteamericana y otra francesa.

Por diferencias con la constructora estadounidense, que daba menos "comisión" que la compañía francesa, Batista entregó la concesión a la compañía francesa. Entre el período de tiempo del 19 de septiembre de 1955 hasta junio de 1958 que fue liquidado el pago, Batista percibió más de 5 millones de pesos por la concesión de la construcción del Túnel de la Bahía de La Habana.

Después de construido el Túnel los beneficios de la "Habana del Este", con la plusvalía de sus terrenos alcanzó a la cifra de más de nueve millones de dólares.

Esta concesión a la constructora francesa produjo una mala impresión dentro de las esferas norteamericanas. No influyó tanto la concesión a una empresa europea, reconocida como altamente técnica, sino las motivaciones de la concesión, que no fueron de origen técnico, sino porque dio mayor participación al Presidente de la República en las "comisiones" de la obra.

El Fondo de Hipotecas Aseguradas (FHA) contribuyó grandemente a la construcción de edificios de apartamentos y viviendas de diversos tipos. Mientras estuvo como dependencia del Banco Agrícola e Industrial (BANFAIC) mantuvo realmente su autonomía. Por un decreto presidencial Batista lo convirtió en un organismo autónomo. Un día a la semana anunciaba que iba a almorzar con alguno de sus familiares y se dirigía a una residencia a la entrada del Reparto Miramar.

Después del almuerzo o la cena, la supuesta visita familiar se convertía en una sesión financiera, en un pequeño despacho del segundo piso de la residencia. Allí Batista despachaba con los doctores Tony Pérez Benitoa y Antonio Quintana todos los asuntos relacionados con los 79 millones que se prestaron a pequeño interés para la construcción de casas y edificios de apartamentos.

La situación anárquica del transporte fue reordenado por el régimen de Batista. En un proceso de absorción se fueron agrupando lentamente todas las empresas y al cabo de varios años se constituyó un poderoso monopolio que concentró a todos los dueños de camiones de la Isla.

Hubo muchas dificultades para lograr constituir el monopolio. Después que se salvaron los pormenores y se constituyó el monopolio, Batista compró la empresa por 8 millones de dólares, liquidando a todos los pequeños propietarios. Así quedó convertido en dueño absoluto de todo el transporte por carretera.

En los meses de verano millares de cubanos iban a La Florida. Las empresas de aviación comenzaron a realizar negocios prósperos. Cubana de Aviación en sus últimos días tenía 20 vuelos diarios de ida y vuelta. Pero las empresas restantes, como en todas partes del mundo, necesitan del subsidio estatal. Este subsidio gubernamental se hacía pagando el transporte del correo aéreo. Eran 33.000 dólares mensuales a cada empresa de transporte comercial aéreo.

El gobierno hizo presión en las compañías aéreas. La primera en ceder fue la Cuba Aeropostal. El total de las acciones que tenían un valor de \$ 500.000 fueron compradas por Batista, aunque

para cubrir la forma mantuvo al frente de la empresa a sus anteriores propietarios.

La compra de Aerovías Q, que era un próspero negocio, también se efectuó por un millón de dólares.

A Cubana de Aviación se le otorgaron más de veinte millones de dólares para la compra de equipos y aviones. Tenían un servicio esmerado que cubría largos itinerarios con Europa y Norteamérica. Producía pérdidas y gracias al BANDES pudo vivir más tiempo. Batista tenía la mayoría de las acciones.

En la constitución del "trust" fosforero, que fue la compra y liquidación de los pequeños propietarios de negocios de fósforo, Batista para evitarse críticas, asignó enormes sumas de dinero a los periódicos cubanos en forma de propaganda indirecta, al agrupar el negocio fosforero en una sola corporación industrial.

Ya en posesión del transporte por carretera, y todo el transporte aéreo, Batista después de algunas tentativas iniciales adquirió todas las acciones de la empresa naviera "Vaccuba" que poseía la mayor cantidad de barcos bajo bandera cubana.

Otro de los negocios rápidos que no se esperaba que produjera dividendos fue la instalación en toda la Isla de la "Microonda". Se le dispensó una enorme publicidad porque realmente resolvería todas las dificultades de las comunicaciones oficiales, que eran deficientes y lentas. Se trataba de una empresa de grandes proporciones, que lograría conectar cualquier puesto de mando o estación naval desde un automóvil u oficina.

Nunca llegó a funcionar plenamente porque no se concluyeron las instalaciones por las zonas donde operaban focos insurgentes. Pero en las capitales de provincia, el servicio de Inteligencia de los Regimientos utilizaban ese moderno sistema de comunicaciones. En este negocio Batista recibió \$ 1.300.000. El dinero le fue entregado en Nueva York a su albacea Manuel Pérez Benitoa, por la Radio Corporation of America.

El juego prohibido fue uno de los argumentos de crítica más agresivos de que dispuso la oposición cubana. En el extranjero se difundió de manera alarmante, el hecho afrentoso de que Cuba era el máximo garito de América, desplazando del primer lugar a los centros análogos de Las Vegas y Reno, donde la Mafia operaba esos productivos negocios.

En los últimos años de Batista, sindicatos internacionales del juego se las arreglaron para introducir y explotar el juego dentro de los mejores hoteles que fueron construidos en la capital. El juego no anda solo. Siempre convoya la prostitución y otros vicios. Así, La Habana fue siendo calificada como una de las ciudades donde se mantenía un régimen de vida desenfrenado.

En esos aspectos la propaganda exageró mucho la moral de las costumbres habaneras.

En los primeros años de gobierno marcista algunos funcionarios civiles y no pocos militares de carrera insistieron en que había que ponerle coto al negocio del juego, ya que era escandaloso el espectáculo de las 5.000 vidrieras en la ciudad de La Habana, donde se aceptaban jugadas de los "terminales" mientras los policías pasaban ante ellas haciéndose los ingenuos.

Batista ante el cúmulo de críticas quiso enterarse de los ingresos del general Salas Cañizares, Jefe de la Policía cubana. Manos diligentes llevaron un amplio informe al despacho presidencial. Batista comenzó a leerlo despacio. Después de hojear las cifras finales, comentó asombrado:

—Pero tanto dinero coge Salas...

Según los informes de los adversarios que tenía dentro del gobierno el jefe de la Policía cubana, los ingresos por concepto de juego ascendían mensualmente a \$ 730.000.

El jefe policiaco que durante los preparativos y consolidación del golpe militar del 10 de marzo fue factor decisivo, nunca fue molestado por Batista. Estaba seguro que al jefe policiaco habanero podía molestarle cualquier sugerencia que le hicieran y era un oficial de mucho carácter.

Cuando el brigadier Salas Cañizares fue tiroteado en la entrada de la Embajada haitiana al tratar de hablar con el Embajador de ese país, Batista estaba almorzando. Al comunicarle el coronel Orlando Piedra, desde el salón contiguo de la sala de operaciones en el Hospital Militar, como habían sucedido los hechos, siguió comiendo. Posteriormente fue informado que el jefe policiaco había muerto en la sala de operaciones. No hubo ningún gesto de tristeza. Casi con la noticia que le llegaba, devolvía una orden por la planta de radio de su propio automóvil que decía textualmente:

—Carro 35... Carro 35... Carro... 35. Asuma el mando provisional de la Jefatura de la Policía Nacional.

La llamada era para el coronel Hernando Hernández, que de segundo Jefe se convirtió en Jefe supremo. Momentos más tarde el coronel Hernando Hernández, de una casa colindante a la Embajada Haitiana, recibía verbalmente las primeras instrucciones de Batista.

A partir de la muerte de Salas Cañizares, Batista quedó con el control absoluto de la explotación del negocio del juego. En La Habana las jugadas más populares eran "La China"; "La Guajira", "Pikin", "La Central", "La Caribe", "Castillo", "Chano", "El Laguito", "La Rápida", "Campanario", "La Reglana" y otras más. "La China" pagaba un tributo diario de 500 dólares. Había 100 casas de juego "igualadas" que pagaban 200 dólares semanales; otras 200 casas "no igualadas" que pagaban 30 semanales. Además existían 22 casas de juego en el "barrio chino" que tenían una contribución variable con la jugada diaria y las ganancias. Por esos pequeños capítulos había un ingreso de 50.000 dólares semanales.

El negocio del juego en los cabarets estaba en manos del cuñado del Presidente de la República, General Fernández Miranda, que también era Director de Deportes, y Jefe del Regimiento Militar de La Cabaña.

El juego en el interior era un asunto que Batista manejaba directamente con los jefes de Regimientos, que tenían que contribuir con 15.000 dólares mensuales. El encargado de recoger esos dineros era el Dr. Ramiro López de Mendoza, que lo recibía

en efectivo en el Palacio Presidencial, de los oficiales que los jefes de Regimientos comisionaban para esos pequeños menesteres.

Pero el gran negocio no radicaba en las casas de juego. El ingreso monetario importante venía de las 5.000 vidrieras que existían en La Habana. La contribución era en la siguiente forma:

Al Buró de Investigaciones 10 dólares semanales; a la Demarcación, incluyendo al comandante, 13 dólares semanales; a la Secreta, 2,50 semanales; a la Judicial 2,50 semanales.

Había otra entrada adicional. Los ciudadanos se lo suponían. La "prima" de 3 dólares que tenía cada billete de los 40.000 que se ponían en la venta cada semana en los sorteos de la Lotería Nacional, iban a parar directamente a las manos del Presidente.

Era común que los lunes alrededor de las doce del día, el Director de la Renta de la Lotería Nacional, llegaba al Palacio Presidencial con una gruesa maleta de cuero, con 120.000 dólares.

Los ingresos del negocio del juego puestos por orden de importancia son así:

5.000 vidrieras, al mes	\$ 560.000
Renta de la Lotería	480.000
Casas de juego igualadas	150.000
Jefes de Regimiento	90.000
	<hr/>
Total	\$ 1.280.000 mensuales

La discreción con que operaba el cuñado del Presidente, General Roberto Fernández Miranda, no me permite hacer un juicio exacto de sus ingresos por el concepto del juego, pero en su despacho tenía billetes de mil pesos sujetos por bandas de goma con un espesor de una pulgada. Eso me hace presumir que eran sumas considerables.

Siempre he considerado la caída del gobierno de Batista, producto de la desenfadada corrupción que partiendo del propio Presidente de la República, pudrió el régimen.

Batista la mayor parte del tiempo, estaba sumergido en asuntos personales. Perdía un tiempo precioso en asuntos privados y negocios en los que sin duda ha descollado como un genio financiero que ha podido acumular una fortuna de unos 300 millones de dólares, situada en bancos de Suiza, Miami, Nueva York, así como edificios de apartamentos en las calles Lexington, Tercera Avenida, Park Avenue y otras calles de la ciudad de Nueva York. En México tiene grandes inversiones en negocios azucareros y comerciales, así como en imprentas, negocios de aviación, automóviles y otras posesiones.

El negocio del juego, atrajo la prostitución y otras descomposiciones que acabaron en hundir en lodo al régimen y le

quitaron el poco crédito o prestigio que aún podía tener. Cuando la oposición cubana tomó el camino de las armas, ya nadie pudo contener la repulsa al régimen de Batista.

Es negativo e injusto culpar a los policías o soldados colectivamente de este estado de cosas. ¿Porqué culpar a los modestos defensores del orden, cuando se arriesgaban a coger el paquete de cigarros, la libra de carne, o apuntar un número prohibido sin pagar?. Ellos estaban en la calle, afrontando y resistiendo físicamente el odio del pueblo, contra aquél régimen que se iba derrumbando. Ellos eran para la vista del gran público, como los representantes y mantenedores de esa gran corrupción. Ellos tenían que vivir de un sueldo miserable exponiendo a diario sus vidas. La corrupción venía desde las alturas.

3

Andrés, págale a los periódicos de lo mío.

El gobierno había ganado las elecciones presidenciales de 1954. Batista regresaba por tercera vez al Palacio Presidencial, como Presidente electo de Cuba y estaba positivamente satisfecho de su triunfo. En Kuquine todo era alegría. Se concebían y articulaban ya enormes y onerosos planes de Obras Públicas. Era la fórmula, se decía, de neutralizar el desempleo. También un medio de satisfacer a los políticos que lógicamente después de la campaña electoral aspiraban a resolver los problemas de la clientela adicta, en sus respectivos términos municipales a través de todas las poblaciones de la Isla.

El primer asunto que Batista se enfrentó fue la revisión de sus relaciones con la prensa cubana. Cuando el Bloque de Prensa se reunía, el Presidente se inquietaba. Hasta que las reuniones no finalizaban y se enteraba de todo lo tratado no se sentía seguro. Siempre fue impuesto en detalles de los diálogos sostenidos a puertas cerradas. Este hábito de conocerlo todo no lo abandonó jamás. Más tarde con el decursar de los años, la prensa extranjera le impresionó también por sus comentarios desfavorables acerca de su administración gubernamental.

Los comunicados de prensa que lo situaban "trabajando hasta altas horas de la noche en cuestiones de estado" los redactaba personalmente. En medio de esas preocupaciones el calificativo de "estadista" era el que más agradecía. No escuchaba la radio, ni atendía la televisión, excepto cuando necesitaba estar informado por algún asunto de suma gravedad. Estaba por eso de espaldas a la opinión pública del país. Temía a la prensa cubana y extranjera.

Rápidamente emprendió la tarea afanosa de comprar periódicos, emisoras de radio y canales de televisión. El periódico "Pueblo" lo compró por 150.000 dólares. Después compró la revista semanal "Gente" que era órgano publicitario opositor. La compra de "Gente" se hizo por conducto del Ministerio de Educación con una concesión de papel a sus originales dueños. De este modo le saldría gratis. Más tarde adquirió la cadena na-

cional de radio "Circuito Nacional Cubano" y la emisora "La voz del Indio".

Tales compras eran inexplicables ya que los periódicos no podían seguir una política definida. Estaban sujetos a los comentarios adversos de cualquier visitante palaciego o al comentario de algún personaje influyente, pero nunca la crítica fue periódicamente correcta.

Se inició una tremenda carrera para lograr influir en todos los periódicos cubanos. A unos les extendían fuertes asignaciones de propaganda en los distintos Ministerios o en el Palacio Presidencial, y a otros se les intentaba hacer callar con autorizaciones para Planes de Regalo. Realmente nunca pudo tener el régimen de Batista a la Prensa cubana servil a sus intereses. Los hombres sectarios del gobierno consideraban a "Bohemia" y a "Prensa Libre" como unos acérrimos adversarios. En realidad ese era fielmente el juicio de Batista.

Estaba seguro que podrían marchar bien los planes de Obras Públicas, coordinados e impulsados por un nuevo gobierno constitucional. Hizo nuevos contratos de Publicidad y Relaciones Públicas con las empresas periodísticas. En el Palacio Presidencial, a finales de 1958, se pagaban unos 450.000 pesos mensuales por concepto de propaganda. Algunos editores, políticos o periodistas independientes que no les gustaba la forma en que el Dr. Andrés Domingo Ministro de la Presidencia, entregaba los cheques en Palacio, solicitaron cobrar en Columbia. La cuenta de la Oficina Presidencial de Columbia a medida que transcurrían los meses se ampliaba. Las listas de nombres se fueron ampliando y ya percibían cheques legisladores opositores, columnistas, políticos opositores y viejos amigos que integraban una pequeña nómina de \$ 175.000 dólares mensuales.

El ambiente de Columbia era más discreto y acogedor. Había menos visitantes y menos personas indiscretas que podían ver las operaciones de los pagos.

La opinión general que tenía Batista de la prensa cubana era de respeto y hasta de temor y recelo. Por otra parte los periódicos gubernamentales los despreciaba. Los periódicos diarios "Tiempo" y "Ataja" le repugnaban según algunos íntimos. "Gente" y "Pueblo" ni siquiera los miraba. En la época en que Francisco Valdés Gómez, dirigía "Pueblo" cada día lo revisaba a la hora del almuerzo, y estaba en desacuerdo con la línea imparcial que Valdés Gómez quiso imprimirle al periódico. Valdés Gómez, abrumado por esas continuas desavenencias y críticas continuadas, renunció al cargo y marchó al extranjero con una representación diplomática en España.

Más tarde los esfuerzos del Dr. Octavio Costa, serían inútiles. Sus prestigios intelectuales, como historiador y escritor de sólido reconocimiento no fueron valorizados en su justa categoría. Se le sugirió que aspirara a Representante y no se le ayudó, mientras se desgañaba defendiendo al régimen en la tribuna y en la prensa impresa.

Cuando Batista estaba en el poder, no quería ni mirar la revista "Bohemia". En Santo Domingo, cuando yo le entregaba

un ejemplar, con los despachos de las agencias de noticias de AP y UP, daba instrucciones de guardarlos celosamente. Antes de acostarse los leía cuidadosamente. La animosidad contra "Bohemia" era tal, que las revistas las guardaba personalmente en su habitación, para que los miembros de su séquito no estuvieran al tanto de las informaciones procedentes de Cuba. A "Bohemia" le imputa mucha responsabilidad por su descalabro. Antes de marcharse para Portugal, ordenó que no dejaran de empaquetar sus "Bohemias".

Los periódicos apenas si los revisaba. Las emisoras de radio y televisión, en señaladas ocasiones las escuchaba. El único programa de televisión que atendía era "Ante la Prensa", pero cuando el invitado de cada jueves era gubernamental. Si era opositorista, no le interesaba y prefería no escucharlo.

Hay que decir que entre los periódicos, "El País" constituía una rara excepción. Era el predilecto. Lo leía con mucho cuidado, hasta con sutiles pretensiones de censura. Pocos cubanos saben que en cierta ocasión Batista fue el dueño absoluto de todas las acciones de ese periódico, cuando concluyó su mandato presidencial en 1944. Como dueño del mismo recibía \$ 4.000 dólares mensuales que le enviaban a los Estados Unidos por concepto de utilidades. Al comenzar la campaña electoral que lo convirtió en senador por la Provincia de Las Villas lo vendió de nuevo a su antiguo dueño, el senador Alfredo Hornedo, para hacer inversiones en La Florida y Nueva York.

Entre los periodistas cubanos la prosa de Gastón Baquero era la preferida. Quiso vincularlo a su gobierno y le ofreció el Ministerio de Agricultura. Estuvo esperando mucho tiempo la respuesta, que fue negativa ya que la empresa de "El Diario de la Marina" no aprobó el nombramiento de su más destacado redactor.

Las opiniones de los cronistas políticos le preocupaban. Cierta vez se interesó porque Carlos Lechuga, redactor político de "El Mundo" y actual representante de Fidel Castro en las Naciones Unidas, no escribía su acostumbrada crónica. Los adversarios a su régimen eran propicios a entenderse con él rápidamente.

Hay una frase de Batista que retrata fielmente la interpretación que tenía de la República, después de haber ejercido el mando por más de veinte años. Una tarde al revisar el pago mensual a los periódicos un Ayudante presidencial oyó cuando le decía al Secretario de la Presidencia:

—Andrés, págale a los periódicos "de lo mío".

Se refería al dinero que cada semana, le llegaba de la Renta de la Lotería y que ya el General Batista lo consideraba como una propiedad inalienable e imprescriptible.

La descomposición estaba en sus inicios y coincidía la radio cubana con sus planes y programas opositoristas. Al gobierno le preocupaban el auge de los negocios radiales, televisados y publicitarios de los hermanos Goar y Abel Mestre. Lo que los hermanos Mestre le hubieran solicitado, fuera lo que fuera, se los hubiera concedido. La Ley de Radiodifusión es una muestra de lo que digo. Después que se reunieron los dueños de plantas de radio dirigidos por Abel Mestre, y redactaron la Ley de Radio-

difusión, entregaron el proyecto de Ley en el Palacio Presidencial y se marcharon. Batista ordenó que se publicara inmediatamente en la Gaceta Oficial, sin la más leve revisión. Era una obra absoluta de los Mestre y la pasó sin la mínima discusión.

Por muchas vías intentó la adhesión de los propietarios de Radiocentro. Ante el fracaso, Batista inició una campaña con el fin de apurar a los adversarios radiales y televisados de los Mestre. La maniobra empezó por el derecho a la exclusividad de la transmisión radial y televisada de las peleas de boxeo, derecho que tenía la CMQ y que se traspasó al Canal 2, cuyo dueño lo era Amadeo Barletta, propietario y editor del periódico "El Mundo" y la emisora de televisión "Canal 2".

La concesión al Canal 2 de Televisión sirvió para que se especulara maliciosamente contra los intereses del señor Barletta, que lo hacían vinculado a los negocios de Batista. Es totalmente falso y por el contrario en muchas oportunidades se pusieron trabas a sus negocios mientras le hacía concesiones a sus adversarios.

En los días difíciles del año 1958, Barletta conversó muchas veces con el Embajador estadounidense señor Smith, y siempre quiso contribuir a disminuir la tensión existente entre Gobierno y Oposición, hasta donde pudo influir por ser un poderoso hombre de negocios. Un día en su despacho del último piso, en el edificio "Ambar Motors" me hizo un vaticinio:

—Suárez-Núñez, Batista está muy alto, y no quiere ceder y hacer pequeñas concesiones.

Con la concesión al Canal 2 de Televisión, Batista pensó que los Mestre rectificarían su posición. Al no modificar su postura los dueños de Radiocentro, el Presidente arreció su campaña para apurar a otros competidores dentro de las actividades radiales y televisadas. No obstante, fueron hechos con sutileza.

Así entró en negocios con Gaspar Pumarejo y éste comenzó su campaña contra "el pulpo radial y televisado" de los Mestre. Pero jamás Batista personalmente se enfrentó en un ataque frontal. Utilizó todos los resortes de que disponía para arruinarlos, pero nunca daba la impresión que respondían a su orientación. Por conducto de su médico, el Dr. Ramiro López Mendoza, también Representante a la Cámara, Batista hizo inversiones en los negocios de "Escuela de Televisión". Las entrevistas del Dr. Mendoza con Batista, se multiplicaron en relación a los asuntos de televisión, en busca de más dinero para el desarrollo de nuevos planes destinados al fomento televisado que auspiciaba Gaspar Pumarejo. Aunque aparecieran otros nombres la mayoría de las acciones pertenecían a Batista.

4

Miguelito, ¿por qué no ponemos un periódico en sociedad?

La Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) se reunió en La Habana, en octubre de 1956. La fecha la aprovechó la oposición insurreccional cubana para producir los dos atentados que más debilitaron al gobierno de Batista. La eliminación física de los jefes de la Policía Nacional y el Servicio de Inteligencia Militar produjo desconcierto dentro del régimen. Fue un golpe tremendo del que no se recuperó jamás.

El Jefe de la Policía, Salas Cañizares era un oficial que no descansaba en la persecución de los enemigos insurreccionales del gobierno. Mientras Batista recibía los partes de los médicos del Hospital Militar de Columbia, donde lo intervenían quirúrgicamente después del atentado que sufrió en la Embajada de Haití, llegó a Columbia, previa entrevista, como mensajero de Fidel Castro, el Director de Bohemia, Miguel Angel Quevedo.

A medida que el Presidente y el editor conversaban, ayudantes presidenciales interrumpían el diálogo con los partes médicos. Quevedo traía una carta personal de Fidel Castro, que le enviaba desde México, donde solicitaba del gobierno de Batista, un programa mínimo de 12 puntos, para desistir de las actividades conspirativas y regresar a Cuba para intervenir en el proceso electoral.

Miguel Angel Quevedo, después de explicarle a Batista los motivos de la entrevista, le entregó el documento que redactó Fidel. Batista lo leyó y relejó. Después de tomarse más tiempo del habitual respondió al director de "Bohemia":

—Este no viene. Es un cobarde.

El director de Bohemia, insistiendo en el tema se interesó en lograr de Batista algunas de las demandas, aunque no fueran todas. El periodista opinaba que las solicitudes de Castro coincidían con las que hacía el resto de la Oposición. De esta forma se propiciaba algún clima electoral. Batista se negó a jerarquizar a Castro. Cuando ya Quevedo había cancelado sus argumentos como emisario, reaccionó como periodista y sugirió la publicación

del documento. Batista se molestó más aún y le respondió a Quevedo "que si él estaba auspiciando a los terroristas".

Hubo un vacío con las posteriores explicaciones. Cuando el diálogo quedó exhausto, Batista se desvió del tema y le dijo a Quevedo:

—Miguelito, ¿por qué no ponemos un periódico en sociedad?.

El director de "Bohemia" sorprendido por la proposición y el viraje radical de la conversación, solo atinó una respuesta festiva, que Batista asimiló de buena gana:

—No, General, con usted no quiero negocios.

Muerto Salas Cañizares horas más tarde que el director de Bohemia concluyera su entrevista con Batista, el gobierno cubano tuvo ante sí un grave incidente diplomático con el Gobierno de Haití. Las notas diplomáticas cursadas entre ambos gobiernos suponían un posible rompimiento. Pero el Gobierno cubano salió airoso de la reclamación haitiana, con la feliz ocurrencia de ofrecerle un préstamo de cuatro millones de dólares, al gobierno del Dr. Duvalier, que se convirtieron en obsequio.

Batista regalaba al Gobierno haitiano cuatro millones de dólares y éste cancelaba todos sus agravios y reclamaciones físicas y diplomáticas al gobierno de La Habana. Cuba perdía cuatro millones de dólares, pero Batista quedaba bien.

Sobre el cadáver de los dos jefes policíacos, en el Cementerio de Colón, Batista dió frases estereotipadas, mientras que tras bambalinas las cancillerías de La Habana y Puerto Príncipe, hablaban el lenguaje de los números, con más de seis cifras. Los muertos a las tumbas. El régimen había perdido en ese momento a sus dos más valiosos y sagaces sostenedores.

Por aquellos días la correspondencia que llegaba de México era minuciosamente revisada. Se llenaban voluminosos expedientes de las actividades de los fidelistas en Ciudad México. Oficiales policíacos del Buró de Investigaciones volaron a México, para recabar de la Policía de ese país, mayor fiscalización de las actividades conspirativas contra el gobierno cubano.

La Policía cubana supo con anterioridad que en la finca La Rosa, en el Distrito de Chalco, a unos cuarenta kilómetros de la capital, estaban los campamentos de entrenamiento. Los informados oficiales cubanos obraban con informes que procedían de distintos informantes situados en México.

La Policía Federal mexicana se decidió y allanó la finca donde se entrenaban los hombres de Castro. Fue el 22 de junio y de la copiosa literatura marxista capturada llegaron a La Habana muchos ejemplares. Nunca el gobierno cubano hizo acusaciones al general Lázaro Cárdenas de cooperación con Castro en sus planes conspirativos, porque Batista tiene mucha admiración por el expresidente mexicano.

Semanas después cuando Castro fue libertado, el gobierno de Batista insistió cerca de la Policía mexicana, del reinicio del entrenamiento en varios edificios de apartamentos dentro de la capital mexicana.

No se puede negar que el Buró de Investigaciones de Cuba tuvo en sus manos todos los pasos de Castro. El 2 de noviembre

de 1956, un informante llamó por teléfono de larga distancia, al coronel Piedra y le comunicó que Castro se iba a entrevistar con el Dr. Carlos Prio, en Mac Allen, Texas. Se ofreció para matar a Castro cuando regresara a México por cincuenta mil dólares.

El jefe del Buró de Investigaciones fue personalmente al Palacio Presidencial a comunicárselo a Batista. De madrugada salió del despacho presidencial con una respuesta negativa. El "hombre del Buró" insistió de nuevo días después y se ofreció para quemar el "Gramma" por diez mil dólares. De nuevo la respuesta fue negativa. El gobierno tuvo en sus manos todos los pormenores. Las medidas del yate, donde estaba anclado, cuando saldría y la mayoría de los nombres de sus ocupantes. La Policía cubana, por órdenes de Batista no pudo actuar. Tuvo que esperar que se desarrollaran los hechos.

Recuerdo que el 3 de diciembre de 1956 (un día después del desembarco de Castro) llamé por teléfono de larga distancia desde Santiago de Cuba al coronel Orlando Piedra y me insistía mucho en saber nombres de los muertos o heridos. Antes de terminar de leerle la relación me interrumpió para decirme:

—No viene ningún Márquez, Fuentes, Pino, Guevara...

Después los nombres serían notorios. Márquez, era Juan Manuel Márquez, periodista ortodoxo que murió en el primer combate; Fuentes, capitán en el Aeropuerto de Boyeros los primeros días del triunfo de la revolución, y Guevara era el más tarde notorio zar de las finanzas cubanas y firmante frívolo de los billetes cubanos como "El Che".

Días antes del desembarco, para mayor reiteración, Benjamín Gustavo de la Vega, reportero del periódico "Alerta" se entrevistó en México con Fidel Castro y su grupo de complotados. El reportero de "Alerta" logró la sensacional noticia y allí Castro le declaró:

—Seremos heroes o mártires.

Cuando se publicó la sensacional entrevista el lunes por la mañana, Batista se quejó al director del periódico "Alerta", Ramón Vasconcelos, por la publicación de la información, que a la sazón era ministro de Comunicaciones. La respuesta del viejo periodista fue poner su renuncia como miembro del Gabinete, a la disposición del Presidente de la República.

El reportero de la Vega, conversando días después en el restaurante "El Carmelo" me aseguró que Raúl Castro le prometió que de llegar al poder me internaría en la ciénaga de Zapata "para cultivar arroz con el agua hasta el cuello".

5

El gobierno de Batista no quiere perseguir a los comunistas.

Es una falta de información considerar a Batista, como un campeón del anticomunismo. En realidad Batista auspició a los comunistas en reconocimiento a su contribución dentro de la "Coalición Socialista Democrática" que lo eligió Presidente constitucional en 1940. El fue un espectador del juego de los comunistas. Rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética por un mecanismo técnico-administrativo de la Cancillería.

El gobierno del Dr. Carlos Prío, cubrió el rol más importante, el exterminio de la organización comunista cubana. La única fórmula correcta para liquidarlos es ilegalizarlos. Aquella vieja fórmula de que teniendo dentro de la Ley, a la vista, se les puede perseguir mejor, es anticuada y ha fracasado rotundamente. Cuando le dieron oportunidad, como hizo Fidel Castro, entraron en contacto con las masas y se han apoderado del país.

La ilegalización de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), la confiscación de la emisora radial "Mil Diez"; la destrucción física del periódico diario "Hoy", son muestra de como el autenticismo le declaró la guerra a los comunistas.

La destrucción física fue una realidad. Con mandarrias, funcionarios y líderes auténticos destruyeron los linotipos, chivales y archivos del periódico en la calle Desagüe. Tuvieron en peligro sus vidas, porque algunos exaltados de las organizaciones de la época "Acción Revolucionaria Guiterras", "Unión Insurreccional Revolucionaria" o "Joven Cuba" no tenía reparos en quitarles la vida. Cuando se dieron cuenta de esto, los líderes comunistas de primera, segunda y tercera camada, desaparecieron de la circulación.

A grandes rasgos hay que decir esto:

—Batista reconoció la Confederación de Trabajadores de Cuba, entregándola al Partido Comunista el 10 de abril de 1943.

—Batista estableció relaciones diplomáticas con Rusia, el 9 de abril de 1943.

—Batista prohibió que los comunistas cubanos ocuparan cargos administrativos, el 21 de enero de 1955, pero el Dr. Juan Marinello Vidaurreta, Presidente del Partido Comunista, y hoy Rector de la Universidad de La Habana, era profesor de la Escuela Normal de La Habana y no fue dejado cesante en el acto, pese a la insistencia del jefe del Buró Represivo de Actividades Comunistas, Mariano Faget.

Pero desde que se establecieron relaciones diplomáticas con Rusia los rojos cubanos aprovecharon muy bien su tiempo. Anotemos del libro "El Zarismo Rojo" de Salvador Díaz Verson:

—La Legación Soviética de La Habana, fue adquiriendo fuerza. Cada mes llegaban nuevos funcionarios a quedarse aquí. Se abrió una escuela para los niños de la Legación, en el Reparto Miramar. Cada semana llegaban dos Correos diplomáticos con anchas y pesadas valijas. Mensualmente se publicaba una revista como órgano oficial de la Embajada "Cuba y la URSS". Se llevaban todos los días de las oficinas de Correos, docenas de sacos de "correspondencia diplomática" a dicho edificio, conteniendo cientos de libros, revistas y folletos de propaganda que rápidamente distribuían por toda la nación. Se ofrecían películas y conferencias soviéticas todos los sábados al público. Y más de cien personas pasaban cada día por la sede de la Misión diplomática rusa en Cuba.

La Embajada soviética, infringiendo todos los tratados internacionales, estableció una planta transmisora de radiotelegrafía en su local, que se comunicaba cada tarde con Moscú, e intervenía de un modo directo en los problemas cubanos, utilizando bien, a los líderes del Partido Socialista Popular, o a los dirigentes obreros de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

Dicha Oficina soviética, no solo recibía, distribuía y subvencionaba propaganda comunista en Cuba, sino que también atendía el espionaje, y a múltiples graves intrigas internacionales. Sus correos diplomáticos, comenzaron a llegar a La Habana, sin solicitar con anterioridad, la correspondiente franquicia diplomática del Ministerio de Estado y esta situación y no otra, fue la que provocó, que, en la correcta aplicación de las leyes cubanas, se le ocuparon los equipajes que intentaban pasar sin revisión aduanal, provocando ello el rompimiento de relaciones diplomáticas de Rusia con Cuba, y la salida de La Habana de sus representantes oficiales".

Una cuestión técnico-administrativa fue la que obligó al rompimiento y no una interpretación ideológica del gobierno cubano.

"En 1953 se celebró en La Habana una Conferencia en Defensa de la Economía (Batista era Presidente) en la que tomaron parte los comunistas, y algunos hombres de negocios cubanos, quienes ignoraban la verdadera finalidad de esta organización que fue creada por Jacinto Torras, delegado permanente de Cuba de la CFCI.

A raíz de esta Conferencia, el entonces ministro de Comercio de Cuba, señor Raúl Lorenzo, dictó la Resolución número 317, publicada en la Gaceta Oficial de 14 de agosto de 1953, por la cual se excluyó el azúcar de la lista de materias primas prohibidas

de exportar a la Unión Soviética o a países que estén bajo el control, como se había dispuesto por decreto 3170 de 23 de julio de 1951, durante el gobierno del Dr. Carlos Prío Socarrás”.

“A virtud de esta resolución, inmediatamente se embarcaron para Rusia 20.000 toneladas de azúcar cubano, por medio de entidad denominada “The West Indies Trading Co. S. A.”. Después, por medio de la firma “Golodez” de Nueva York, se vendieron a Rusia 200.000 toneladas al precio de 3.05 FSA. Más tarde se le vendieron otras 120.000 toneladas”.

“El Comité para el Fomento del Comercio Internacional” que había logrado estas ventas y había cobrado su jugosa comisión por las mismas, envió a La Habana, el 17 de abril de 1955 (Batista era Presidente) una misión comercial de Rusia, compuesta por H. Tukundi y R. Delgon, quienes se hospedaron en el hotel “Royal Palm” de La Habana, permaneciendo en esta capital durante dos meses, en cuyo tiempo visitaron centrales azucareros, industrias, comercios y casi toda la República con entera libertad, acompañados por prominentes miembros del Instituto de Estabilización de Azúcar, y de algunos hombres de negocios cubanos”.

“El boletín comunista “Carta Semanal”, número 94 del primero de junio de 1955, publicó un largo trabajo bajo el título “Misión Soviética en Cuba” aplaudiendo esta visita, celebrando las ventas de azúcar a Rusia e invitando a los obreros e industriales a ponerse en contacto con esa misión soviética para nuevos pactos y convenios”.

“Estas ventas de azúcar de Cuba a Rusia fueron duramente criticadas por el “Journal of Commerce” de Nueva York, en 14 de febrero de 1955, y en la Cámara de Representantes de Washington se censuró que Cuba hubiera vendido a la Unión Soviética 475.000 toneladas de azúcar a un precio más bajo que el que se habría cobrado a los Estados Unidos. Para el comunismo cubano fue un gran éxito estas ventas ya que durante muchos años habían estado luchando por todos los medios porque la República de Cuba, estableciera relaciones económicas con Moscú, y aún en la ilegalidad, lo consiguieron”.

Hasta aquí el inteligente periodista Salvador Díaz Verson.

Esto aclara perfectamente que el gobierno del Presidente Batista no quiso liquidar el comunismo cubano. No quiero con esto dar por supuesto que Batista sea comunista. Pero si que se condujo ingenuamente mientras sabía que Blás Roca, Secretario General del Partido Comunista cubano, era huésped del senador Alfredo Hornedo, y que el Dr. Juan Marinello, presidente del Partido Comunista cubano, no era cesanteado de su cátedra de Literatura, en la Escuela Normal para Maestros.

Permitió que se publicara, editara y circulara profusamente por todo el país, las publicaciones comunistas, “Mella”, “Carta Semanal”, “Resumen” y “Preguntas y Respuestas del PSP”. Hay que hacer aclaraciones. En la jefatura de Policía, en el Buró de Investigaciones, en el Servicio de Inteligencia Militar, y posteriormente en el Buró Represivo contra Actividades Comunistas, se quería combatir el comunismo, pero no se contaba de los medios suficientes para hacerlo.

Personalmente comprobé, las dificultades que pasaba el coronel Mariano Faget, experto en cuestiones comunistas, para que se le pagaran los créditos para cubrir gastos de su departamento. Días antes de la caída del régimen se le autorizó un trabajo y tuvo que pagarlo de su bolsillo porque no le fueron situados los fondos. La primera vez que se capturó a Carlos Franqui, el zar de la propaganda fidelocomunista y director del periódico "Revolución", fue un servicio del coronel Faget, donde ocupó una imprenta en que se imprimía la revista "Mella". Con la autorización de los Tribunales, quedó en custodia de esa imprenta y sin esperar, inició un barraje publicitario contra los comunistas, con las mismas imprentas que le habían capturado. Con esa miseria no se podía perseguir a los rojos cubanos, tan bien amparados bajo el ropaje de fidelistas unas veces, otras de miembros de Acción Católica.

La Agencia Central de Inteligencia (CIA) sabía muy bien lo que pasaba en Cuba. Su formulario de trabajo, ante la gravedad de los hechos se vió forzado a torcer sus pasos hacia Cuba, que ya estaba bajo los rigores de una guerra civil.

Por el mes de octubre de 1956, la Embajada norteamericana pidió una audiencia con el Presidente de la República para un funcionario estadounidense de categoría. Batista concedió de inmediato la audiencia, y al día siguiente, en Columbia, flanqueado por el consejero de la Embajada, Mr. Tompkins, descendió de un automóvil de chapa diplomática, en un sillón de ruedas, nada menos que el señor Kilpatrick, alto funcionario del CIA.

Después de las elementales frases de cortesía, el funcionario norteamericano se expresó con las siguientes palabras:

—Sabemos de su amistad para con nuestro gobierno y por eso, al igual que en otros países, queremos tener previsto cualquier movimiento de subversión comunista en el hemisferio. Cuba tiene una posición estratégica, como ningún otro país. Fuera del territorio continental es el más cercano a nuestras costas. El Partido Comunista cubano está considerado como uno de los más agueridos y disciplinados de América. Ya Stalin, en 1945, al terminarse la guerra contra el Eje, en ocasión de saludar a Blás Roca, en un congreso del Partido, dijo en alta voz para que otros delegados latinoamericanos oyeran:

—Saludo al Mauricio Thorez de América.

Después de todo el preámbulo, que Batista escuchaba atentamente, el funcionario del CIA se concretó a hacer la proposición formal del gobierno de los Estados Unidos de América, que era la siguiente:

El gobierno de EE.UU., por medio de la Central Intelligence Agency, ofrecería cursos de entrenamiento en espionaje, adoctrinamiento y otras actividades subversivas comunistas, a grupos de oficiales del Ejército y la Policía cubanas para adiestrarlos en los últimos descubrimientos científicos, y las recientes tácticas y virajes del aparato comunista conspirativo. Por su parte Estados Unidos, pagaría todos los gastos en que incurriera, y Cuba suministraría los estudiantes. Sería un cuerpo secreto y su misión sería proteger a Cuba contra cualquier agresión imprevista.

El funcionario norteamericano, después de su larga exposición esperó la respuesta de Batista. Esta fue sumamente gentil con el visitante. Dijo unas palabras de reconocimiento y presentó de inmediato una disculpa patriótica, alegando:

—Nosotros tenemos el BRAC (Buró Represivo de Actividades Comunistas), y estamos haciendo una gran labor. Esa proposición es una intervención en los asuntos interiores de Cuba y no puedo permitirlo.

En medio de muchas cortesías se negó rotundamente a aceptar el ofrecimiento de la Central Intelligence Agency, que aspiraba aportar todo lo necesario para hacer un organismo altamente técnico y no burocrático, para perseguir correctamente a los comunistas que planeaban subvertir el orden. No me explico, como Batista, que en esos momentos ya acusaba a los revolucionarios de fidelo-comunistas, se negara a perseguirlos, y a recibir la ayuda de los Estados Unidos.

Varios días después, estando en la Embajada norteamericana conversando con el Sr. Richard Cushing, jefe de Relaciones Públicas e Información de la Embajada, sobre las actividades comunistas que desarrollaba la sociedad cultural "Nuestro Tiempo", después de una larga y seria exposición, concretó en dos palabras, su juicio del gobierno de Batista:

—El gobierno de Batista, no quiere perseguir a los comunistas.

6

Para Don Cosme todo, menos la Presidencia.

A mediados del año 1955, el gobierno de Batista mantenía un absoluto dominio del país. La oposición cubana estaba escindida en muchas fracciones. Había apatía, y era evidente que algunos sectores opositores no atacaban al gobierno de Batista. Pero el estudiantado cubano, tanto de la enseñanza secundaria como universitaria estaba precipitando soluciones urgentes.

El gobierno tenía el frente de la propaganda totalmente descuidado. Al gobierno en sus altas esferas solo le interesaba que no combatieran a Batista en el orden personal. Batista "es lo que importa" decía un slogan y así se cumplía. Los editores de periódicos no marcaban a Batista con ningún adjetivo estigmatizante. Hasta ese momento existían garantías constitucionales y libertad absoluta de expresión. Aunque por debajo de aquella atmósfera de aparente normalidad, la juventud estudiantil y clandestina preparaba febrilmente, sin brújula, sus planes subversivos.

A finales del año 1955, los disturbios estudiantiles habían alterado los ánimos colectivos. Habían forzado, inclusive, a los líderes políticos opositores a exigirle soluciones concretas y radicales al gobierno. Los estudiantes con sus disturbios callejeros, habían precipitado la trascendental reunión del coronel Cosme de la Torriente y del general Batista.

Habían quedado atrás los días en que el teléfono de la Jefatura de Policía sonaba avisando que los estudiantes universitarios salían en manifestación. Los hombres de confianza que tenía la Policía filtrados en la Universidad de La Habana, habían pasado a posiciones sin importancia dentro de la dirigencia universitaria.

El 7 de diciembre de 1955, después de varios meses de relativa calma, se produjo el encuentro dramático entre los estudiantes y la Policía. Varios heridos fueron llevados y atendidos al Hospital Calixto García. También hubo policías heridos. El gobierno no entendió aquello como una señal de gravedad. Los auténticos eran exigentes e intrasigentes en lo externo, pero querían tener diálogo cívico y solución electoral, aunque con la previa salida de Batista.

Los realmente intransigentes a toda solución eran los ortodoxos, que no contaban con hombres de talento político dentro de sus filas. Sólo tenían la herencia de un Partido de opinión pública, hecho a la medida y a las características de su fundador Eduardo Chibas, con la asistencia de figuras apolíticas, asimiladas de la Universidad, sectores profesionales y actividades industriales. Algo que en la terminología política se califica como "bombines". Sin duda había figuras de prestigio que habían militado en los partidos auténtico, liberal y otros partidos tradicionales.

Estaba reuniéndose la Sociedad de Amigos de la República, fundada por relevantes personalidades del país para propiciar posteriormente lo que calificaron como "Diálogo Cívico", a fin de buscar una solución electoral. La frase del coronel Cosme de la Torriente después de su primer entrevista con Batista es alusiva a sus intenciones:

—Hablando se entiende la gente; peleando no.

Ese fue un aporte inteligente. En aquellos días un íntimo allegado al Palacio Presidencial oyó decirle a Batista:

—Para Don Cosme, todo, menos la Presidencia.

Así estaban las cosas. Las gestiones del coronel de la Guerra de la Independencia resultaron infructuosas.

El diálogo de Batista y el coronel de la Torriente daba inicio a las conversaciones pacíficas entre Gobierno y Oposición. El coronel Torriente representaba una entidad de integración cívica que mantenía el principio de que era necesario restablecer la vida institucional por los cauces electorales.

El informe emitido por Don Cosme decía:

—Las organizaciones políticas que han seguido la línea de conducta de la Sociedad de Amigos de la República, deben aconsejar a sus adherentes que convendría mantener un estado de calma y tranquilidad para permitirnos realizar el estudio que nos proponemos, en la misma forma que lo hará el gobierno con sus partidarios.

Se esperaron varias semanas, pero el Diálogo Cívico fracasó. Batista no accedió a las demandas opositoras. La oposición cubana se encerró en sus pragmáticas y canceló el Diálogo Cívico que dio inicio al atentado político; a las agresiones y a los desórdenes. El gobierno falló. Comenzaron las agresiones de los "fidelistas" a todos los que hablaban de diálogo electoral y acuerdo pacífico. Batista aprovechó friamente las circunstancias y la división entre sus oponentes y no hizo concesiones electorales, porque conocía perfectamente que los tradicionales líderes estaban en pugna.

Meses antes había hecho concesiones más graves en el orden moral, legal y militar, amnistiando al Dr. Fidel Castro, convicto por un tribunal ordinario, que estaba cumpliendo condena de 15 años, en la cárcel de Isla de Pinos. El gobierno cayó en la redada opositora. Ganó el primer encuentro, pero la juventud estudiantil y revolucionaria, auxiliada de agitadores y profesionales frustrados estaba esperando su oportunidad. En esos 11 años anteriores habían llegado a la mayoría de edad 960.000 jóvenes. Habían disfrutado los 7 años anárquicos de

los gobiernos auténticos y en esos momentos tenían la presión política del régimen de Batista. Era lógico que estuvieran inconformes desde un punto de vista generacional, aunque carecían de medios para reaccionar adecuadamente contra el gobierno. En lo que había unidad entre ellos, era aborrecer el régimen y el patronímico de Batista.

Al fracasar la intentona del Diálogo Cívico la mayoría de los dirigentes del exilio se marcharon al extranjero. En el exterior se intensificó una campaña de descrédito contra el gobierno, acusándolo de maltratos, torturas y crímenes pavorosos. El gobierno impasible no se defendía de las acusaciones, ni dentro ni fuera del país. El hacer dinero rápidamente, tenía ocupada la mente de los obligados a defenderse.

La descomposición interior iba en aumento, aunque siempre encubierta por un velo fingido de honestidad y pulcritud. El gobierno gastó el tiempo acusando al régimen anterior de la falsa incineración de billetes y centralizando sus campañas contra Prio, acusándolo de cobarde por haber huído del país, el 10 de marzo de 1952. Eran verdades. Pero acontecimientos más graves se acercaban. Batista insistía en mirar hacia atrás, en lugar de prevenir en relación con el futuro.

Algo grave sucedía dentro de los cuerpos armados. Comenzaban pequeñas diferencias y Batista no las liquidaba. Por el contrario su táctica era la de apurarlos individualmente. En muchos casos no había coordinación policiaca y la "gente" según frase criolla, andaba por la libre. Además del poderoso Buró de Investigaciones y de la Jefatura de la Policía Nacional, existían el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) el grupo del coronel Esteban Ventura; el de Carratalá; el de Laurent. Así Batista tenía información de todo lo que ocurría. En medio de estas pugnans maniobraba a su gusto. Era su escenario predilecto. Varias veces se le oyó decir cuando la Policía capturaba a grupos de terroristas:

—Este muchacho Ventura tiene mucho mérito. Le gusta la investigación policiaca y es muy trabajador.

Había ya un discreto antagonismo entre el Buró de Investigaciones y la Jefatura de la Policía Nacional, por motivos de celos profesionales. El coronel Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones era dentro de la Policía Cubana el oficial más influyente. Muchas veces estuvo por encima de la Policía Nacional. Cuando Batista salía, había que comunicárselo por la planta de radio para que él dispusiera los automóviles policiacos necesarios para la custodia presidencial. Cuando había una llamada del "automóvil 1" al "automóvil 22" todos los oficiales estaban atentos: Batista llamaba al coronel Piedra.

Además de las labores policiacas tuvo encomiendas políticas cerca de algunos grupos opositores, con los cuales era un hombre de enlace. Hay que decir que todo batistiano que llegaba a su despacho solucionaba sus dificultades. Se encargó durante mucho tiempo de lograr nombramientos en los Ministerios para los viejos batistianos de la época difícil. Cuentan algunos que en una oportunidad depositó en una cuenta bancaria medio millón de dólares para atenciones y favores. A los pocos meses la

cuenta estaba exhausta. Sin lugar a dudas dentro de los sectores civiles del régimen se le estimaba.

Por otra parte el coronel Esteban Ventura con una escasa tropa policiaca en relación con su trabajo, ganó sus ascensos a fuerza de un incesante trabajo diario, persiguiendo a los fidelistas. Mientras que su despacho y su teléfono no cesaba de visitas y llamadas de todos los personajes del gobierno, la oposición y otros sectores del país, en el exilio los que le pidieron favores para soltar algún detenido lo evadían. Batista en Santo Domingo también lo negaría, mientras que semanas antes lo elogiaba. Cosas de la política.

Aunque se exageraba la represión policiaca del gobierno por todos los canales propagandísticos de la oposición, de la Oficina del Presidente Batista, salían frecuentes "recados" para que los cuerpos investigativos y represivos no persiguieran a muchos conspiradores. No eran instrucciones a fin de que se le respetara la vida a un conspirador o se le pusiera a la disposición de los Tribunales de Justicia. Nada de eso. La orden era contundente y explícita:

—Suéltelo, de parte del señor Presidente.— En otras oportunidades la orden era:

—Es un interés del Presidente.

Docenas de ponedores de bombas fueron puestos en libertad, sin dársele cuenta a los Tribunales de Justicia. Se cometía una irregularidad y los cuerpos represivos, sin duda alguna, veían mermada su autoridad y eficiencia. Por otra parte se procedía contra la Ley, porque si se trataba de terroristas, sin duda había que enviarlos a los tribunales de Justicia cubanos.

¿Porqué se hacía ésto?

La explicación es muy fácil. Así quedaba la imagen seráfica de que cuando el asunto llegaba a oídos del General Batista, este bondadosamente, remediaba la injusticia y lo resolvía. En muchos casos esto era cierto. Pero Batista era el bueno, como en las películas, mientras cargaban con toda la culpabilidad, los oficiales del Ejército o la Policía que estaban en la calle persiguiendo a los terroristas.

7

La imprenta del triunfo.

En las ciudades y en el interior estallaban bombas diariamente, interrumpiendo el comercio, los transportes, y los servicios eléctricos y telefónicos. En la Sierra Maestra Castro se mantenía imperturbable mientras la opinión pública hacía los más disímiles vaticinios. La Sierra Maestra "territorio libre de Cuba" tuvo la osadía de dictar sus leyes prohibitivas y punitivas condenando a treinta años de presidio, y la supresión de todos sus derechos civiles, a todos los políticos que aspiraran en esos comicios a cargos electivos, tanto del Gobierno como de la Oposición.

Era la Ley N° 2 de la Sierra Maestra, de 10 de octubre de 1958.

Semanas antes de las elecciones generales, el hermano del candidato presidencial del Gobierno, Nicolás Rivero, fue balaceado por las milicias fidelistas en Santiago de Cuba. En dos provincias Oriente y Las Villas, las actividades políticas de los candidatos gubernamentales se hicieron bajo el signo de la violencia, porque en ambas había grupos de alzados en sus puntos más estratégicos.

Los cubanos vinculados al sector gubernamental, estuvieron preocupados días antes de las elecciones por los rumores de que el gobierno iba a forzar el triunfo electoral del candidato opositor Dr. Carlos Márquez Sterling. Los rumores estaban basadas en las experiencias de que Batista, en el año 1944, había dejado perder al candidato presidencial del Gobierno, Dr. Carlos Saladrigas, frente a su tradicional adversario el Dr. Grau San Martín.

Por esos días el Embajador estadounidense señor Smith celebró importantes reuniones con los doctores Ramón Grau San Martín, presidente del Partido Auténtico, y Carlos Márquez Sterling, presidente del Partido del Pueblo Libre. En todas las entrevistas que sostuvo el Embajador americano, intentó unificar ambas organizaciones políticas con la finalidad de enfrentarlas en un bloque para derrotar al candidato del gobierno por la vía democrática de las urnas.

Estos dos partidos políticos y estos dos líderes eran los únicos que estaban aferrados a resolver los conflictos nacionales mediante

el voto y por la vía pacífica. Días después el Embajador Smith conversó con Batista. El representante norteamericano que no estaba seguro de la buena fe de Batista en cuanto a la honestidad de las elecciones convocadas para el 3 de noviembre de 1958, lo instó a que se retirara del poder para dar paso a una solución nacional. La respuesta de Batista fue:

—Las elecciones generales están convocadas y en las urnas está la solución.

El gobierno que estaba informado de los pasos del Embajador Smith y de sus conversaciones con los sectores opositores, avanzó sobre el Dr. Carlos Márquez Sterling y le mandó emisarios para dialogar. El emisario de Batista le "ofreció modificar las instrucciones electorales del gobierno, sacrificando a sus candidatos, y en su lugar ordenarían votar por los candidatos que señalara el Dr. Márquez Sterling". La proposición era inaudita. El plan del gobierno de Batista era que Márquez Sterling controlara la mayoría de la Cámara de Representantes y el Senado de la República.

Por otra parte, tendría que sacrificar su aspiración presidencial, pero en su lugar tendría el control del Parlamento y muchas alcaldías municipales. El Dr. Carlos Márquez Sterling, con habitual caballerosidad y gentileza, dijo: —No acepto el ofrecimiento.— Seguía imperturbable contra el Gobierno de Batista y contra Fidel Castro en la Sierra Maestra.

El tres de noviembre de 1958, Batista llamó de madrugada al Dr. Rivero Agüero, para felicitarlo por la elección presidencial. Batista llamó desde Columbia y los telefonistas quedaron pendientes del histórico diálogo. A las felicitaciones telefónicas de Batista, el Dr. Rivero Agüero le contestó:

—Usted es el único, que en estas circunstancias celebra elecciones.

Miles de cubanos concurrieron a las urnas del 3 de noviembre de 1958. Posteriormente festejaron al Dr. Andrés Rivero Agüero, por su triunfo electoral. Pero el Gobierno de Batista en realidad había ganado esos comicios muchos días antes, quizá semanas, cuando camiones de la Fuerza Aérea Cubana transportaron boletas electorales hacia todos los extremos de la Isla. No eran falsas, ni mucho menos. Eran tan originales como las que usaron los electores del tres de noviembre. La historia real de este proceso es así, aunque parezca fantástica.

En el campamento militar de Columbia, en Marianao, cerca de la posta diez, existe una vieja casita de dos plantas que se conoce por la "casa Salazar". Todo soldado de Columbia está familiarizado con ello. Había permanecido casi siempre deshabitada. En las elecciones del tres de noviembre de 1958, jugó sin embargo, un rol estelar en el triunfo electivo del Dr. Rivero Agüero.

La casa tiene dos plantas como ya dijimos. En los altos fueron instaladas dos modestas oficinas y un pequeño apartamento para descanso de los que allí trabajaban. En los bajos existían dos grandes salones y una pequeña sala. En el extremo derecho de la planta baja fueron instaladas maquinarias de imprenta. En el ala

izquierda, de extremo a extremo de la pared, unos estantes con los nombres correspondientes a los 126 términos municipales y de las Juntas Provinciales Electorales de la Nación.

En un rincón, en una mesa había cuños, tintas y todas las firmas de los secretarios y presidentes de las Juntas Electorales del país. Todo era exacto. Era una duplicación, no una falsificación.

Alrededor de las ocho de la noche el imprentero del Tribunal Superior Electoral de apellido Sotomayor, iba con tres o cuatro empleados de su plena confianza, para la solitaria "casa de Salazar", en Columbia. Nadie más podía entrar en la vieja casa, excepto Batista, su secretario y sus ayudantes cuando lo acompañaban. Cada noche se transportaban las mismas matrices que se usaban de día en la imprenta oficial, para la impresión de las boletas electorales del Tribunal Superior Electoral y se imprimían las otras.

El hecho de que con una previsión admirable se comprara en los Estados Unidos de América, el doble del papel necesario para la impresión de las boletas electorales para las elecciones de 1958, demuestra que todo fue calculado friamente.

Al imprimir de noche las nuevas boletas con las mismas matrices que durante el día se usaban para imprimir las reales, demuestra que todo se había calculado con un orden perfecto. No se estaba haciendo ninguna falsificación. Las matrices eran iguales. El papel el mismo. No se falsificaba nada. Solo se mixtificaba el destino y la voluntad del pueblo.

Alrededor de una docena de soldados de la Oficina de Batista en Columbia, se presentaban allí de noche y a medida que los empleados de la imprenta iban editando las boletas dobles, los soldados disciplinadamente marcaban los casilleros de los aspirantes a representantes y senadores, siguiendo un patrón previamente confeccionado. Después les iban colocando los cuños y firmas, reproduciéndolas de los originales que tenían a la vista.

Terminada la labor, las empaquetaban para ser transportadas en camiones de la Fuerza Aérea Cubana, hasta el Aeropuerto militar de Columbia. Los aviones llevaban los paquetes hasta los términos municipales de toda la Isla. Las boletas originales fueron reemplazadas y en su lugar se entregaron éstas que fueron hechas en la imprenta clandestina de Columbia, que daban un triunfo arrollador a los candidatos del gobierno.

Fue una monstruosidad moral y jurídica. Muy pocos conocieron la mecánica del procedimiento. Muchos aspirantes defraudados estimaron que todo se había hecho en las Juntas Electorales provinciales. Otros aseguraban que había sido en los cuarteles y responsabilizaban a los militares. Pero nada se ajustaba a la verdad. Se trataba de un crimen político perfecto. Un crimen sin sangre. Los candidatos del gobierno gastaron su dinero, su tiempo, derrocharon discursos y dinero. Todo fue inútil.

El imprentero, por su labor profesional recibió la suma de 40.000 dólares. Todo en el campo gubernamental no fue acatamiento. Hay que consignar que varios políticos se opusieron a lo que calificaron de barbaridad. Los doctores Justo Luis Pozo,

Jorge García Montes, Andrés Rivero Agüero, Santiago Rey y otros no estaban de acuerdo. Eran políticos y conocían las mañas y manejos de esa ciencia. Preferían otros procedimientos, pero fue inútil. Batista dijo la última palabra e insistió que era lo seguro y lo infalible.

Pero una voz se alzó discordante: la de Justo Luis Pozo, jefe nacional del Partido Acción Progresista y alcalde de La Habana. No solo combatió con argumentos sólidos el proyecto, sino que se opuso a que en la ciudad de La Habana, se pusiera en práctica. Con su acostumbrada entereza le dijo a Batista:

—En La Habana no se utilizarán esas boletas. Yo no las necesito.— Y no las usó.

8

Cancelan el envío de armas.

Entre las verdades que es necesario ventilar, hay una esencialísima: Que el Departamento de Estado, derribó a Batista. Lo que si es cierto que los "ujieres", "porteros" y "mensajeros" del Departamento de Estado, contribuyeron en forma decisiva, a liquidar el gobierno de Batista. El gobierno de Batista pensaba que entre Richard Nixon, Milton Eisenhower y Roy Rubottom lo habían liquidado.

Pero es muy lamentable para la historia de Batista, que funcionarios de cuarta y quinta categoría fueran los que contribuirían a decapitarlo en la capital de los Estados Unidos de América.

A todo eso contribuyó enormemente, la inoperante Embajada de Cuba en Washington, primero a cargo del embajador Miguel Angel Campa, y después del arquitecto Nicolás Arroyo. El primer embajador Dr. Campa, no sabía hablar inglés. Al dejar el cargo de ministro de Estado, solo estaba interesado en obtener la Embajada cubana en Madrid, pero convencido por el general Batista, se hizo cargo al fin, de nuestra sede diplomática en Washington.

En segundo término, al hacerse cargo de ella el arquitecto Nicolás Arroyo, que había sido ministro de Obras Públicas y persona de la plena confianza presidencial, ya los asuntos cubanos estaban muy deteriorados. El derrotismo se había filtrado en el seno de la Misión cubana en Washington y de allí salían las informaciones confidenciales para consumo y distribución de los opositoristas insurreccionales cubanos, que las publicaban en detrimento del Gobierno de Batista.

Todos, en su mayoría, estaban ya alineados contra el Gobierno cubano, aunque siguieran recibiendo sus cheques a fin de mes. Tanto civiles como militares, salvo distinciones honrosas, y por supuesto los Embajadores respectivos. Y ésto sucedía en los peores momentos.

Sin darme cuenta de la gravedad en que incurría, publiqué en el año 1958, un artículo en la revista "Gente" que entonces

dirigía, reproduciéndolo de la bien informada revista norteamericana "U. S. News & World Report". El artículo se titulaba "Embajadores de carrera vs. Hombres de Negocios". El artículo afirmaba que las tres cuartas partes de los Embajadores norteamericanos de Ultramar, con sede en las capitales más importantes del mundo, eran nombrados por haber sido contribuyentes económicos para la campaña presidencial o amigos personales de los Presidentes electos. Esto sirvió para que Batista ordenara la incautación de esa edición.

Nombrar embajadores millonarios es muy usual en la política exterior norteamericana, porque, en ningún momento, podrá ser carga ni desmérito para el prestigio de la Nación. Pero con ello, sin duda alguna se descuidaba la selección por experiencia, habilidad y competencia para el cargo.

Normalmente las relaciones diplomáticas entre Cuba y los Estados Unidos, se tramitaban entre la Embajada americana en La Habana y el ministerio de Estado cubano. Sin ignorar las consultas normales que se hacen en asuntos trascendentales. Pero no sucedió así en el caso de Cuba. Ultimamente, con el nombramiento de embajadores por motivos políticos, las relaciones cubano-americanas se fueron desplazando hacia el Buró de Cuba en Washington. Esto era anormal, pero así era. El embajador americano en La Habana, estaba casi pintado en la pared, por su carencia de habilidad y experiencia para manejar las relaciones diplomáticas de alta envergadura, como era la caliente política cubana de esos días.

Esto sucedía durante los cinco primeros años de Batista, con la estadía en Cuba, del señor Arthur Gardner, nombrado también por ser amigo personal del presidente Eisenhower, y que hablaba el español con muchas dificultades. En los dos años finales de Gobierno, llegó a La Habana, Mr. Earl T. Smith también nombrado por razones políticas por su amistad personal con el presidente Eisenhower.

Si esas cosas realmente estaban sucediendo, ¿por qué Batista no fortaleció su Embajada en Washington, con personal diligente y capaz, que hablara inglés correctamente y que mostrara la tupida política cubana con todo su realismo en el Buró "Cuba" en Washington?

El afán de lucro urgente del régimen, volvió a descuidar otro aspecto vital. Hay que pensarlo así, porque el hecho de nombrar al Dr. Campa, que no sabía inglés, era una estúpida decisión en que no puede incurrir un Presidente con sentido común y alerta. Se trataba de nuestra Primer Embajada en el exterior y al frente de ella se hallaba el equipo menos capaz de nuestro servicio exterior, sin contar los "botelleros" que constituían una enorme flota.

Hay que consignar que, en el orden personal, el embajador Miguel Angel Campa, es una de las personas de nuestro servicio exterior más decentes y honorables, hombre de carrera, muy útil en Europa o Hispanoamérica, pero no en Washington, donde no estaba a tono con las circunstancias del momento. Su edad era avanzada y su salud precaria.

Mientras el Gobierno de Batista no solucionaba esa irregularidad, los responsables de propaganda del "26 de Julio" y "Auténticos" no perdían una oportunidad de organizar actos, mítines, concentraciones e invadir las redacciones de los periódicos y revistas americanas con demoledora propaganda en inglés.

El mensaje estaba avalado por la presencia de un hecho real, que era Fidel Castro alzado en la Sierra Maestra. Aunque las batallas de la Sierra Maestra fueron una trágica caricatura de la realidad, lo cierto es que la falsedad de la propaganda exterior las hizo aparecer como reales y el mito prendió en la opinión pública americana.

Las circunstancias fueron favorables para ello, ya que Batista, de una u otra forma llevaba gobernando 25 años, y esa permanencia prolongada en el poder, con el transcurso de los años, acarrea adversidades. Las agencias de noticias no perdían oportunidad de exponer el caso cubano, y esparcir por el mundo las promesas reformistas de la revolución cubana de Fidel Castro.

Mientras tanto ¿qué hacía el gobierno de Batista en el campo de la propaganda y las Relaciones públicas en los Estados Unidos?

—Absolutamente nada.

Yo presumo que Batista no entendía mucho de esas cosas, porque creyó ingenuamente que haciendo obras públicas —pródigo suya—, publicando páginas enteras en los periódicos cubanos, con la inauguración de una carretera, un acueducto, o un hospital, ya conquistaba la opinión pública internacional. Me consta que no faltaron consejeros inteligentes, que le recomendaron el establecimiento de un sistema de propaganda para contrarrestar la inteligente campaña publicitaria del "26 de Julio", que se había apoderado de todas las imaginaciones y de todas las conciencias. Hay que creerlo así, al observar las reacciones populares de La Habana, el primero de Enero de 1959, al huir Batista para Santo Domingo.

Por conducto del embajador de Cuba en las Naciones Unidas, Dr. Emilio Núñez Portuondo, llegó al despacho presidencial un enorme boceto conteniendo un proyecto de "Relaciones Públicas", enviado por una de las Agencias más importantes de Relaciones Públicas y Publicidad, de la Avenida Madison de Nueva York. Era un acabado proyecto publicitario y estadístico, que abarcaba periódicos, emisoras de radio y televisión. También cubriría artículos de columnistas de fama y opiniones de legisladores estadounidenses en favor del régimen de Batista.

Era sin duda un barrage publicitario, que arrasaría con la publicidad fidelista en los Estados Unidos, hecho por periodistas, publicitarios y técnicos de la propaganda, con arreglo a la mentalidad de Norteamérica.

Hay que conocer a Norteamérica para darse cuenta de la importancia del asunto. Aquí si opera un régimen de Opinión Pública. Nosotros los cubanos muy dados a discursar, leemos muy poco, en relación con este país. El norteamericano no se reúne con la asiduidad de los cubanos. Aquí el mensaje no se puede enviar por la vía telefónica o por medios de la propaganda directa de las cartas o los mítines relámpago. No. La Biblia del

pueblo norteamericano se ve y se admira fácilmente viajando en los subterráneos neoyorkinos donde todos los trabajadores, sentados o de pie llevan un periódico en la mano y se las arreglan para leerlo.

Más tarde o más temprano en el hogar, recibirán la ampliación de sus noticias, por la radio y la televisión. Este es un país regularmente bien informado, donde todo se dice o se puede decir, salvo cuestiones de seguridad del estado, donde como es lógico se guarda reserva.

Cuando Batista supo que la Agencia de Relaciones Públicas, cobraba 600.000 dólares anuales por sus servicios, desaprobó el proyecto y quiso remitirlo al presidente del Banco Nacional de Cuba, Dr. Joaquín Martínez Saenz, para que ese Departamento del Estado lo costeara. Se iba haciendo necesario ya, contrarrestar la campaña fidelista en los Estados Unidos, pero el Gobierno cubano no lo hizo. Después vendrían las dificultades.

Otro manejo torpe fue la conducta del Gobierno de Batista en relación con la supresión del envío de armas. Batista es un hombre autodidacta e intuitivo. Es habitual en él simplificar y sutilizar los asuntos. Toma mucho tiempo para rectificar y es poco flexible en las interpretaciones variables de los acontecimientos. Tiene su tradicional sistema, que le dio éxito en los primeros años de su vida pública por el año 1933, y no cambia.

Uno de esos errados criterios es la dedicatoria de su libro donde "responsabiliza la caída de su gobierno al tráfico de armas". No es cierto.

Batista pudo evitarlo. Es inconcebible la forma en que le fue cancelado el envío de armas al Gobierno cubano, en los primeros días de abril de 1958. Pero más inconcebible fue, la forma de reaccionar de Batista, en la tramitación de este asunto. El Gobierno de Batista se enteró con un mes de anticipación, de que le serían suprimidos los envíos de armas. El Gobierno americano estaba forzado por la fuerte propaganda exterior.

Estados Unidos no iba a sacrificar su prestigio por complacer a Batista, que por su cuenta actuaba con una total miopía de como debían tramitarse las relaciones con EE.UU., y como cuidar su prestigio en el exterior.

Pero no obstante querían ayudarlo. En primer lugar le enviaron un emisario treinta días antes de que se hiciera oficial el embargo de las armas. Eso serviría para que Batista maniobrara durante un mes. El emisario le dijo textualmente que "él buscara la solución". Ni siquiera querían imponérsela.

Pero, qué hizo Batista en esos días, para que no llegara de sorpresa la noticia de la supresión del envío de armas?. Son cosas pasadas, pero lo cierto es, que cuando por los primeros días de abril, las agencias cablegráficas divulgaron la noticia de "la cancelación de los envíos de armas a Cuba" el prestigio del Gobierno dentro del país, descendió a la ínfima escala. Sin embargo hay que decir, que a Fidel Castro le llegaban armas de todas partes. Como curiosa aleación, junto a las que enviaba el dictador dominicano, Rafael Leonidas Trujillo, llegaban los suministros de José Figueres, de Costa Rica y los del Dr. Carlos

Prio, de la Florida. Sin contar el submarino ruso que ancló en las costas del Norte de Oriente.

Las Fuerzas Armadas Cubanas, que sabían que con la negativa americana de suprimir el envío de armas modernas, era imposible batir al enemigo, se decepcionaron.

La noticia en La Habana fue censurada. Yo la pude ver. Ahora no resolvemos nada con echarle la culpa a los norteamericanos de la llegada del comunismo a Cuba. Es cierto que el Departamento de Estado americano estaba muy interesado en que desaparecieran del escenario suramericano, los varios gobiernos dictatoriales que estaban ostentando el Poder. En esos países los pueblos carecían de libertad de prensa y las garantías constitucionales estaban suspendidas.

En ese caso estaba Cuba. Pero el Departamento de Estado americano "aspiraba a un cambio ordenado". El tanteo inicial fue correcto. Consultas, emisarios y sugerencias, para que se buscara "la fórmula de la solución". Pero Batista califica ese diálogo y esos emisarios como "flagrante intervencionismo", y no aporta respuestas, ni fórmulas a los emisarios.

El Departamento de Estado estadounidense, esperó pacientemente a que Batista acabara con Fidel Castro. O, lo que sucedió más tarde: que Fidel Castro acabó con Batista.

Meses antes una Compañía americana de Relaciones Públicas, había accedido a ocuparse de los asuntos del Gobierno cubano. Se estrenó con la visita de la Primera Dama de Cuba, Marta Fernández de Batista, a la Casa Blanca, invitada a un té por la esposa del presidente Eisenhower, como otras esposas de mandatarios suramericanos.

La Agencia puso tras la Primera Dama cubana, tres fotógrafos y un reportero, que no descuidaban un solo paso de su itinerario. El resultado fue fácilmente visible en los cables y fotografías que llegaban a Cuba, procedente de los EE. UU., donde la esposa del presidente Batista se ganaba los primeros lugares. Batista quedó sumamente satisfecho de este trabajo, meramente social.

El pago por los servicios de esta Agencia de Relaciones Públicas ascendía a 40.000 dólares trimestrales. Pero, un buen día, llegaron noticias de que la Agencia iba a demandar al Gobierno cubano por incumplimiento de contrato. El escándalo hubiera sido mayúsculo, además de haberlo utilizado la Oposición cubana, para desacreditar más aún al Gobierno cubano.

Con este argumento, se logró contener la decisión de no pagarle. Al fin Batista, por conducto del Dr. Andrés Domingo, ministro de la Presidencia, le envió \$ 10.000 dólares al Dr. Emilio Núñez Portuondo, embajador de Cuba en las Naciones Unidas, para que éste tramitara el asunto, pagara el adeudo y cancelaran la demanda. El Embajador cubano en la Organización Mundial logró evitarle el escándalo al gobierno que representaba.

Semanas después, interesándome por la cuestión, supe que Batista personalmente ordenó suspender el contrato, porque no ponían fotografías de sus obras públicas en los periódicos ame-

ricanos. Seguía el gobernante cubano interesado en que todos vieran su Obra de Piedra.

Pero siguieron los mismos hombres al frente de la Embajada cubana en Washington. Primero, era evidente la incapacidad, luego fue tornándose en tácita conspiración, por la apatía e ineptitud de la política exterior cubana. Los doctores Miró Cardona, Antonio de Varona, Carlos Prio Socarrás, Manuel Urrutia, y otros tantos representantes del exilio cubano, seguían visitando asiduamente a los funcionarios norteamericanos de Washington. Los funcionarios los recibían y los atendían. Eso era beligerancia. Las cosas habían cambiado, pero Batista nada hacía. Se mantenía imperturbable.

Los funcionarios del Departamento de Estado, Roy Rubottom y William Wieland, fueron citados por Mr. Henry Cabot Lodge, Embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas, en su sede oficial en Nueva York, para que ambos explicaran al representante de Cuba, Dr. Emilio Núñez Portuondo, por qué permitían el acceso a las Oficinas del Departamento de Estado, a los líderes del exilio cubano. Los dos funcionarios contestaron al unísono: son visitas personales.

Fidel Castro estaba en Sierra Maestra. La propaganda contra el Gobierno de Batista, seguía ascendente y lo invadía todo. Dentro de Cuba las Garantías Constitucionales y la libertad de Prensa estaban suspendidas. Los negocios manejados por Batista, iban en aumento. Pero un golpe inesperado, hizo tambalear el Gobierno:

—El Embajador Arthur Gardner sería sustituido y trasladado.

Cuando los grupos opositores supieron la noticia que divulgaron las Agencias cablegráficas, “de que el Embajador Gardner sería sustituido y trasladado” no desaprovecharon la oportunidad para arrear su campaña contra el Gobierno. Hacía meses que los sectores opositores, calificaban al embajador Gardner como un aliado del Gobierno de Batista, por su conducta amistosa y cordial, con los representantes oficiales del Gobierno cubano.

Para los efectos populares era un triunfo de la Oposición clandestina, que “reclamaba cada día el cambio del Embajador Gardner”. Fue interpretado como que el Gobierno cubano tenía deterioradas sus relaciones con el de los Estados Unidos de América. Más pánico causó dentro de los sectores conservadores de la industria, las finanzas, el comercio y la política. Sin perder tiempo, los fidelistas capitalizaron el acontecimiento. Sus mensajeros salieron en todas direcciones y se ganaron el favor de los sectores más ricos del país. Así comenzó la “recolecta en gran escala” con destino a la Sierra Maestra, para intensificar la guerra y la propaganda.

La clandestinidad, con ese golpe psicológico, arreó su obra destructiva dentro del país, poniendo bombas, quemando puentes, y multiplicando los actos de sabotaje. Era el “llano” (la resistencia insurreccional de las ciudades) que agitaba las banderas de triunfo.

Dentro de las esferas gubernamentales el hecho tuvo repercusión.

¿Cómo era posible que un Embajador como Gardner, tan amigo del Gobierno de Batista, fuera sustituido?

Era palpable que de Washington soplaban un aire hostil.

Lo más grave era que, desde hacía 8 meses, Batista sabía por conducto del Dr. Jorge García Montes, senador de la República, con lujo de detalles, que los Embajadores nombrados por razones políticas, serían renovados, ya que sus mandatos expiraban a los cuatro años. Después de esa fecha, otros los sustituirían. Era una mera cuestión de rutina de la Cancillería de los EE. UU., que sirvió, sin embargo, como pretexto para debilitar y derrumbar el prestigio internacional del gobierno cubano.

El Dr. Jorge García Montes explicó a Batista que era necesario preparar una atmósfera publicitaria y política para el cambio diplomático que se avecinaba. Podía ser negativo que llegara la noticia, lisa y llanamente por las agencias cablegráficas. Pero así llegó.

¿Por qué Batista no tomó en consideración las sugerencias de su primer Ministro, que le aconsejó una campaña de prensa apropiada con ocho meses de anticipación?

La misma apatía o incapacidad que cuando se embargaron las armas con destino a Cuba. Ahora le dieron un plazo de ocho meses, con las armas le darían 30 días. No sabemos por que se abstuvo, pero la sustitución del Embajador, que se trataba de un hecho sin importancia, de simple rutina, modificó la verdad e impresionó a todos, en el sentido de que el Gobierno de Washington estaba dispuesto a derrocar a Batista.

El nuevo Embajador, Earl T. Smith, nombrado por las mismas circunstancias políticas por un período de cuatro años, necesariamente tendría que comportarse en forma opuesta a su antecesor, Arthur Gardner.

En esos días el "Movimiento Nacional del 26 de Julio" entró en acción. Comenzó a activar una campaña de agitación en gran escala que comprendía las ciudades más importantes y los lugares más distantes. El objetivo era aterrorizar a la población civil con "los grupos de acción y sabotaje" utilizando fósforo vivo, bombas, cócteles molotov en cines y espectáculos públicos, para afectar la economía y subvertir el orden. Después quemarían los campos de caña y sabotearían los principales centrales azucareros.

En las acciones de sabotaje, utilizaban cuando les fue posible, menores de edad, para que, al ser capturados o muertos, la opinión se horrizaría. En el extranjero comenzaron a salir manifestaciones de mujeres vestidas de luto. El cínico procedimiento de sembrar el terror, de crear mártires adolescentes, y de organizar manifestaciones de falsas viudas frente a las Naciones Unidas y Washington, que habían puesto de moda en forma tan dramática y espectacular, cautivó fácilmente la imaginación del pueblo americano. Mientras tanto el Gobierno cubano no se defendía. La respuesta de Batista a los planes que se amontonaban en sus despachos era la misma:

—Eso cuesta mucho dinero.

En esas condiciones de terror, llegó el nuevo Embajador Earl T. Smith a La Habana. El día 31 de julio fue de visita a San-

tiago de Cuba, la segunda ciudad de la Isla y centro de activa conspiración contra el Gobierno. Los santiagueros con cronométrica precisión, prepararon a las "Mujeres Martianas" y estas desfilaron ante el Embajador Smith, vestidas de luto. Aunque la mayoría de ellas, no eran casadas, portaban cartelones que decían:

—Basta de matar a nuestros hijos.

La policía santiaguera consideró el desfile "martiano" como un desorden público y disolvió la manifestación. No hubo ningún muerto, ya que la acción fue liquidada con las mangueras de incendio. Inmediatamente el Embajador Smith fue interrogado y declaró:

—Me molesta que se aproveche mi presencia aquí en Santiago de Cuba, para hacer una manifestación contra el Gobierno ante el cual estoy acreditado.

Y agregó después:

—También aborrezco la brutalidad policiaca.

Era suficiente. La clandestinidad había ganado un enorme porcentaje de opinión pública. Los legisladores del Gobierno querían declarar "persona no grata" al Embajador Smith. Batista, personalmente, le aconsejó al Embajador norteamericano, que no fuera a Santiago de Cuba, pero el Embajador fue. En el Senado de la República, se redactó una ponencia para forzar al Gobierno cubano a declarar a Mr. Smith "persona no grata".

Batista para no enfrentarse al asunto, le dio instrucciones al Dr. Gonzalo Güell, ministro de Estado, para que por los conductos diplomáticos se quejara al Gobierno de Washington, de la impropia actitud del Embajador Smith, calificándolo al fin de "persona no grata".

El Dr. Güell y Morales de los Ríos, que es un diplomático capaz y sereno, con esa flema característica contestó:

—Si tengo que renunciar, renuncio, pero yo no hago nada contra los americanos.

Sin pérdida de tiempo, fue consultado Foster Dulles, Secretario de Estado, sobre la conducta del Embajador en La Habana y contestó:

—Apruebo la actitud del Embajador Smith.

La respuesta del Secretario de Estado americano pasó a ser titulares de gruesos tipos en los periódicos de todo el mundo. Cuando ésto sucedió, casi podía predecirse el fin del régimen de Batista.

En Estados Unidos, cada vez que se producen cambios de Gobierno, es habitual que se revisen y renueven los contratos económicos, y los pactos y relaciones económicas con otros Gobiernos. Al asumir el general Eisenhower su nuevo período presidencial, se hizo evidente, disponer de bufetes americanos al tanto de los negocios públicos, para atender los asuntos cubanos, como hacen todos los Gobiernos acreditados en Washington.

El Gobierno cubano estuvo en tratos con varios bufetes de prestigio de Nueva York, a los cuales, porque cobraban mucho, se les dejó empeñada la palabra. Esto llegó a interpretarse en sectores financieros americanos, como que Batista no quería resolver la guerra civil, ni solucionar la grave crisis cubana.

Un mes antes de las elecciones de noviembre de 1958, hubo remoción de ministros. Casi todos los ministros renunciaron, para aspirar a cargos electivos. La convocatoria electoral hecha por el Gobierno no fue estimada por la escasa oposición cubana electoralista. Fue llamado a La Habana, el Dr. Emilio Núñez Portuondo, Embajador de Cuba ante las Naciones Unidas. Se le nombró Primer Ministro, y se le encomendó por parte de Batista, la confección de un Gabinete casi apolítico, para lograr el concurso de los sectores electoralistas de la Oposición.

En centros bien informados de las Naciones Unidas se especuló que el Dr. Núñez Portuondo tenía "el voto de confianza de Washington" para solucionar la cuestión cubana, con la "salida ordenada" de Batista de la Presidencia de la República. De nuevo se esgrimía la vieja tesis del Departamento de Estado, de "cambio ordenado sin revolución".

El Embajador Núñez Portuondo tenía informes de primera mano de como se estaban manejando los asuntos cubanos en el exterior. Era persona bien estimada en los círculos diplomáticos de Washington y tenía acceso al despacho del Secretario de Estado, señor Foster Dulles, por su destacada posición anticomunista, y pertenecer al poderoso Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Su nombramiento abrió nuevas posibilidades de retorno a la Solución Nacional.

En Cuba, se fue haciendo tradicional, la concurrencia al programa de televisión "Ante la Prensa" de los políticos más destacados, del Gobierno y de la Oposición. El Dr. Emilio Núñez Portuondo, fue invitado a comparecer el jueves siguiente de su nombramiento. Los dueños de la emisora CMQ, tenían informes que el nuevo Premier, tenía posibilidades dentro del Gobierno, de ofrecer soluciones para que el Diálogo Cívico y el proceso Electoral fuera un éxito feliz, y concluyera la guerra civil, que ya tomaba proporciones nacionales.

En una entrevista celebrada con Batista, días antes de su comparecencia ante la televisión cubana, el Dr. Emilio Núñez Portuondo, estuvo haciendo notas sobre los ofrecimientos que debía hacer a la Oposición cubana. El plan del nuevo Primer Ministro, era adelantarse a los pedimentos opositoristas y ofrecer lo mismo que ellos aspiraban. Batista aprobó, que el Primer Ministro anunciara que el Gobierno cubano estaba en disposición de ofrecer:

- 1.—Suspender las Elecciones señaladas para el 3 de noviembre de 1958.
- 2.—Que Batista abandonara el poder y celebrar las elecciones sin su influencia.
- 3.—Modificar el Código Electoral.
- 4.—Amnistía Política.

Después de esas reuniones con el nuevo Primer Ministro, el Gobierno recibió la noticia, de que el clero cubano estaba listo para hacer pública su primer Pastoral, donde enjuiciaba duramente al gobierno de Batista, y lo instaba a él (Batista) para que se marchara. Las reuniones del Arzobispado siempre impresionaban a Batista. Se hicieron trámites urgentes en tres direcciones.

En primer lugar comisionaron al Dr. Julio Iglesias de la Torre, para que convenciera al Arzobispado cubano "para suavizar el documento".

Otro trámite fue comunicarse con el Embajador de Cuba en Roma, Dr. Rivas, para que se pusiera en contacto con el Secretario de Estado del Vaticano, de manera que "aguantara un poco al clero cubano, porque se estaban buscando nuevas fórmulas de solución nacional".

La tercera gestión la hizo el Dr. Gonzalo Güell, cerca del Embajador Smith, donde le informaban "que no interviniera en la cuestión, y que consultara a Washington, ya que por otro conducto se tenía informado al Departamento de Estado americano, de las nuevas gestiones conciliatorias".

To do salió bien y Batista quedó satisfecho. Las declaraciones del Episcopado cubano se produjeron pero fueron orientadas "pidiendo serenidad en los espíritus de los hombres de Gobierno y la Oposición, reclamando de todos que contribuyeran a la concordia nacional, en favor de la familia cubana".

El día anterior de la concurrencia del Dr. Emilio Núñez Portuondo, en el programa "Ante la Prensa", recibió la visita de tres ministros del Gobierno, los doctores Amadeo López Castro, Jorge Barroso y Gastón Godoy. Estos le traían un mensaje personal de Batista, donde le informaban que dentro de las próximas 48 horas, se suspenderían de nuevo las "Garantías Constitucionales y la Libertad de Prensa".

No era lógico que Batista le enviara "recados" con terceras personas a su Primer Ministro. La lógica aconseja que debía hacerse personalmente. Pero sigamos.

La Comisión de Ministros siguió informándole al Dr. Núñez Portuondo que en el próximo Consejo de Ministros acordarían lo siguiente:

- Suspender las Elecciones para nueva fecha.
- Modificar el Código Electoral.
- Amnistía política para los sectores revolucionarios.
- Discutir una nueva fecha para las elecciones.

Para ese nuevo plan con vista a la urgente necesidad de elecciones, el presidente Batista consideraba necesario para su aplicación la suspensión de las Garantías Constitucionales e imposición de la censura de Prensa.

La respuesta del Primer Ministro fue:

—Nosotros, no, replicó Núñez Portuondo, porque yo renuncié inmediatamente. Yo no meto esa censura de Prensa, ni esa suspensión de las Garantías Constitucionales.

Jamás se hubiera concebido tan descabellada idea. Suspender las elecciones, modificar un Código y dar amnistía política y señalar nueva fecha de las elecciones, bajo el signo de las Garantías Constitucionales suspendidas y sin libertad de Prensa. Tenía que hacerse lo contrario. Libertad de expresión y Garantías Constitucionales era lo mínimo que podía hacerse, para que los sectores opositores confiaran en la buena fe del Gobierno. Es decir, si Batista tenía en la mente proceder democráticamente, como decía. Con qué garantías iba a movilizarse la Oposición cubana,

sin libertad de crítica, ni Garantías Constitucionales?. Estaba demostrado que Batista seguía afiliado a la cachiporra.

Le hubiera hecho un servicio a Cuba, decretando oficialmente la dictadura, pero a condición de la liquidación total de Fidel Castro y la pacificación del país. Pero su obligación de imponer la paz no lo logró. Estaba jugando a la democracia, y el almanaque de dos años de evasivas, jugadas políticas y corrupción, bajó el telón. Solo faltaba hacer la autopsia del régimen, porque estaba muerto.

El próximo día se celebró el tan esperado Consejo de Ministros de la solución nacional, pero en lugar de estas medidas, el primer asunto de la agenda ministerial, fue tratar la dimisión del nuevo Primer Ministro, Dr. Emilio Núñez Portuondo. Aunque el escenario versallesco del Consejo de Ministros, es un hecho. Las frases cruzadas entre el Premier dimitente y el Presidente Batista fueron cortas, pero punzantes. Las últimas palabras del Dr. Núñez Portuondo fueron casi proféticas:

—Estas serán las últimas Garantías Constitucionales que usted suspende. Su gobierno se cae y usted terminará exilado en Santo Domingo.

9

A mí no me chantajea nadie.

Batista nunca aceptó las sugerencias de ningún militar de carrera. Cuando el general Tabernilla Palmero, era su secretario, en el exilio de Daytona Beach, ya le hablaba sobre las posibilidades de un golpe militar para tumbar al Dr. Grau. En aquel momento cualquier intento habría sido un fracaso, no obstante el odio existente entre los militares contra la figura del general Genovevo Pérez. Después de regresar a Cuba, como senador de la República, electo por la provincia de Las Villas, volvió a hablar sobre un golpe militar, pero con la dificultad de que Batista ya no tenía contactos dentro de las Fuerzas Armadas. Los hombros del 4 de septiembre de 1933, estaban retirados, cesanteados o muertos. Tuvo que valerse de otras gentes como el almirante Rodríguez Calderón, del coronel Cruz Vidal o del general Tabernilla Palmero, para recibir informaciones de las interioridades del Ejército.

Los informes que llegaban eran alarmantes. Había ya posibilidades después del año 1950, de producirse un alzamiento militar, pero si el golpe se ejecutaba en secreto, ya que el mando que ostentaba el general Ruperto Cabrera carecía de autoridad y prestigio. El malestar y la indisciplina reinaban en el Ejército.

Inmediatamente que Batista comenzó a trabajar conspirativamente en serio, con algunos militares que estaban dentro del Ejército, fundó ostentosamente el Partido Acción Unitaria para que le sirviera como pantalla. En esa aventura conspirativa le auxiliaron los doctores Colacho Pérez, Ramón O. Hermida, Alfredo Botet y Pablo Carrera Justiz.

Antes de que Batista se pusiera en serio a conspirar, varias veces estando en el exilio, y después en La Habana, indagó con amigos en las Fuerzas Armadas, si era posible una conspiración dentro de los Institutos Armados. Batista hacía estas indagaciones como reflejo de los comentarios de los Oficiales que giraban a su alrededor. A diario se recibían informaciones del enorme descontento que existía dentro del Ejército por la escandalosa Administración Pública del gobierno del Dr. Carlos Prío.

Cuando definitivamente se produjo el golpe militar, a las cuatro horas todo el campamento militar estuvo controlado. Eso

era muy importante porque desde allí irradiaban todas las órdenes militares hacia el resto de los Regimientos y Escuadrones de toda la Nación. Eran los días que Batista dormía tres horas. Cuando el 10 de marzo de 1952, Batista salió del Polígono militar, recorrió en un jeep todas las posiciones dentro del campamento, y se dio cuenta que eran otros a los soldados que había dejado, cuando dejó la Presidencia ocho años antes. Eran de otras promociones y no lo conocían. Estaba entre extraños y no obstante lo respaldaron. Batista se apresuró a dar el golpe militar, porque en el Ejército ya nadie pensaba en él. Los oficiales consultados, tenía a la reacción de la tropa que era en su mayoría de extracción auténtica.

Desde 1937, la Academia Militar de El Morro había producido una nueva promoción de oficiales. De los 1.200 oficiales que tenía el Ejército cubano más de 1.000 oficiales eran graduados y varios cientos de ellos habían obtenido cursos especiales en las Academias Militares de la zona del Canal de Panamá, México y los fuertes Fort Bering y Briggs y otras importantes Academias de los Estados Unidos.

Ya en el poder Batista, después del "10 de marzo" los asaltos de la Oposición a los cuarteles, unificaron a la tropa. El saldo desfavorable de muertos fortificaron su mando. No sucedía lo mismo con las conspiraciones. Aunque por rara paradoja los asaltos a los cuarteles "Moncada", "Goicuria", "Cienfuegos" y el "Palacio Presidencial" unieron más a los soldados, pero debilitaron al Gobierno ante la opinión pública del país. Sin embargo cualquiera de las tantas conspiraciones no afectaban a la opinión pública, que nunca tenía simpatías con los hombres uniformados. Sin embargo, las conspiraciones se debilitaban y dividían más los mandos dentro del Ejército, que eran el sostén del Gobierno.

Por otra parte el coronel Ramón Barquín, conspiraba ya con las nuevas promociones de oficiales jóvenes. Pero le faltaba lo mismo que en sus posteriores conspiraciones: decisión final.

Batista refería a menudo que sabía todos los pasos conspirativos del coronel Ramón Barquín y que intencionalmente lo citó a su despacho el día anterior al 4 de abril de 1956, fecha señalada para el alzamiento militar. Con anterioridad tuvo noticias que el coronel Ramón Barquín estaba en planes conspirativos e invitó a los supuestamente complotados a que los fueran a despedir al Aeropuerto militar de Columbia, antes de partir rumbo a la Conferencia de Jefes de Estado de Panamá.

Al Buró de Investigaciones llamaba un informante que tenía acceso a los planes conspirativos y daba informes secretos al Departamento "Confidencial". Fue el primero que refirió que los conspiradores se hacían llamar los "puros". No había ninguna pista concreta, pero se esperaba que los acontecimientos se apresurarían en el mes de abril. Desde el primer momento el gobierno de Batista creyó que la mano del Dr. Prio estaba en esa larga conspiración. El informante era muy exacto, y aseguraba que lo más grave se planeaba en Columbia.

Un buen dato para el Gobierno fue la columna periodística

"Babel" que escribía el periodista Mario Kuchilán, en el periódico "Prensa Libre". En una crónica mencionó "que Pérez Jiménez en Venezuela, Odria en el Perú, Rojas Pinilla en Colombia y José Antonio Remon en Panamá, habían sido delegados de sus países a la Junta Interamericana de Defensa en Washington, y después habían obtenido el poder por golpes de estado. Más tarde en la misma información agregó: El delegado cubano en Washington es el coronel Ramón Barquín".

Un hecho afortunado y un oficial leal paralizaron la conspiración. El comandante Ríos, viejo militar de Artillería de La Cabaña, trató de vincular a la conspiración al capitán Fuentes, del mismo Regimiento de La Cabaña. Rápidamente, por los canales reglamentarios el informe llegó al jefe del Estado Mayor del Ejército. Era un día antes del alzamiento. El Ejército procedió con rapidez. Detuvo al comandante Ríos, y con él, fueron citando a todos los complotados a la Jefatura Militar de Columbia, y a medida que llegaban eran detenidos.

Así, unos tras otro, los oficiales Barquín, Varela Castro, Borbonet, Vázquez, y otros muchos fueron sorprendidos. Les faltó decisión a última hora. Si se hubieran enfrentado a los hechos con carácter, hubieran triunfado porque el Gobierno estaba desprevenido. Aunque Batista ordenó hermetismo con las declaraciones de los conspiradores del "4 de Abril", los periodistas que asistieron al juicio escucharon tremendas acusaciones de carácter militar, y contra la corrupción entronizada en los Cuerpos armados y sostenida por el propio Batista y familiares allegados.

Ya el Gobierno estaba a la mitad del camino, y se limitó a decir "como fueron cambiadas las postas ese día, para evitar que el oficial de día pudiera apoderarse del campamento" y otras cosas menores. Fue la más seria e importante agresión para derribar al gobierno, desde adentro, por oficiales de carrera, sin ninguna ayuda exterior. Días antes los oficiales se hacían cita dentro del propio Club de Oficiales, y sorteaban los nombres de los oficiales jóvenes que iban a detener a los generales. Hasta en el momento de la jura de la Bandera los complotados gritaban sus consignas a voz en cuello.

El resumen fue que el Gobierno se limitó a juzgar en Consejo de Guerra sumarísimo a trece oficiales y retiró a sesenta y nueve. El resto quedó dentro del Ejército, por eso la semilla de la conspiración y el descontento seguirían hasta los últimos días del Ejército.

Si el Gobierno hubiera procedido con arreglo a la verdad hubiera tenido que encarcelar a más de 800 oficiales de los 1.200 con que contaba el Ejército. De tiempo en tiempo se iban retirando docenas de oficiales. Para cesantearlos el régimen utilizó un procedimiento infalible. Después de firmarse los decretos presidenciales, se ordenaba al director de la Gaceta Oficial, que editara solamente un ejemplar del retiro o licenciamiento. Esto le permitía al Gobierno operar sin que la opinión pública tuviera pruebas de sus procedimientos. De esa manera no había alarma,

de que los oficiales cesanteados recurrieran ante los Tribunales de Justicia por haber sido separados de sus cargos.

El oficial clave de la conspiración del "4 de Abril" fue el capitán Fuentes, que al hablarle su compañero del Regimiento de La Cabaña, comandante Ríos, para incitarlo a la conspiración, lo notificó inmediatamente a su superior inmediato. Fue una situación ocasional porque el capitán Fuentes era un ferviente batistiano. Sin embargo, Batista ordenó que le entregaran 1.000 dólares como obsequio. Era un regalo, pero era un regalo miserable. Sin embargo, otros que sabían de la conspiración terminaron el mandato de Batista, como oficiales superiores, porque supieron nadar y guardar la ropa.

Era la segunda vez que los hombres que seguían al coronel Barquín, por falta de decisión no se lanzaban a dar el golpe militar. En esta oportunidad del "4 de Abril de 1956" tenían comprometidos a todos los jefes de Batallones del Ejército cubano.

Batista, la primera noche después de descubierto el complot llamó a un grupo de amigos y colaboradores al tercer piso del Palacio presidencial. Allí contó los incidentes de su diálogo con el coronel Ramón Barquín y confesó "que el coronel jefe del complot fue en extremo gentil con él (Batista)". Pero la sorpresa de Batista fue mayúscula cuando tuvo noticias concretas de las ramificaciones de la conspiración, y ordenó al jefe del Servicio de Inteligencia Militar, coronel Antonio Blanco Rico, un informe de los motivos que inspiraron a tantos oficiales a conspirar contra su Gobierno.

El informe fue completo y exhaustivo. El coronel Antonio Blanco Rico (asesinado en octubre de 1956, cuando salía del cabaret Montmartre en La Habana) fue entrevistado a los colaboradores y anotando sus descargos. Los fue numerando, y los elevó así, crudamente al Presidente de la República.

1.—El Ejército continuaba con armamentos anticuados, en desuso en otros Ejércitos del mundo.

b) Las baterías de Artillería de campaña, del Ejército cubano, eran los mismos cañones Schenieder, que defendieron Verdún. Las baterías de Artillería de costa la constituían cañones "Ordóñez" españoles, sin proyectiles ni piezas de repuesto. La Academia Militar era, pues, pura ficción y una burla del Gobierno a los oficiales que enviaban a los cursos correspondientes.

c) Los soldados estaban armados con fusiles modelo 1903, sin piezas de repuesto.

d) Los oficiales (la mayoría) habían pasado diferentes cursos de perfeccionamiento en las principales Academias Militares de los Estados Unidos y se encontraban, que además de no poder aplicar sus conocimientos, porque la dotación de armamentos y equipos era totalmente diferente, a lo que habían estudiado, los cuadros de las unidades no estaban completos y no habían soldados suficientes. En esas condiciones era imposible hacer ejercicios, dar academias, en las compañías y escuadrones, ni cumplir el Plan de entrenamiento magistralmente confeccionado, en papeles, por el Estado Mayor del Ejército.

e) El sesenta por ciento de los alistados se encontraban en

Servicios Especiales (es decir burocratizados) destacados en las Oficinas del Estado Mayor; del BRAC; de la CASFA; del SIM; y otras organizaciones creadas y sin plantillas. En el Palacio presidencial, en la finca "Kuguine", en la finca "La Dominicana", en la residencia presidencial de "Varadero" (las cuatro de Batista); en el Cuerpo de Escoltas de Batista, de sus familiares y amigos; con ministros del Gobierno y altos jefes militares y civiles. Es decir, en otros menesteres a la verdadera función de militares a ellos encomendadas, por la Constitución de la República y los Reglamentos militares.

En el Ejército se sabía, que tener las unidades desintegradas era solamente concebido por Batista, con el fin de evitar sublevaciones de la tropa y halagar al soldado que obtenía otros ingresos extras y beneficios burocráticos. En el fondo, los caprichos presidenciales perjudicaron a la República.

2.—En el Ejército no se cumplían las Leyes y Reglamentos. Los ascensos por oposición quedaron definitivamente sellados a partir del "10 de marzo". Para ascender había que agradecerse directamente al Presidente Batista, que era el que seleccionaba a los ascendidos.

3.—La corrupción imperaba en el Cuartel Maestre General del Ejército, donde todos los artículos se obtenían a sobreprecio. En ese Departamento se le comprobaban a los soldados los vales en efectivo. El cuartel de "San Ambrosio" llegó a convertirse en una sentina donde se le vendía a la tropa desde un cordón de zapatos hasta un televisor o refrigerador.

4.—El juego funcionaba en toda la Nación con la complicidad de las altas autoridades, principalmente, la de los jefes de Regimiento de la Guardia Rural, que disfrutaban de la autorización presidencial. (Cada regimiento tenía que contribuir con 15.000 dólares mensuales).

El informe del coronel Antonio Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) causó un impacto dentro de la oficialidad del Ejército. Batista, desde luego, conocía mejor que nadie, todos los puntos que señalaban en el informe. Pero su decisión fue archivar el informe y nada hizo por recuperar el prestigio militar del Cuerpo y trató de disimular ante la opinión pública, la gravedad y la envergadura de la conspiración de los oficiales del "4 de Abril".

En el fondo de la cuestión, Batista no podría ordenar el Ejército, porque desde el "alzamiento de los sargentos el 4 de Septiembre de 1933), representaba el tipo anárquico dentro de la rigidez de un Ejército. En los últimos años, a la anarquía le había incorporado la corrupción.

Días antes del asalto al cuartel Goicurúa, de Matanzas, Batista recibió informes de que los planes del Dr. Carlos Prío, eran bélicos, aunque mantuviera una postura pública de pretensiones electorales. Por esos días Batista quiere tener una gestión conciliatoria, y le confiere al Dr. Jorge García Montes, Primer Ministro del Gobierno, la delicada misión de una entrevista con el Dr. Prío.

El jefe del Ejército, general Tabernilla Dolz, con los informes

en la mano del Servicio de Inteligencia Militar, rubricó cerca de Batista la necesidad de aclarar la posición del ex-presidente de la República, Dr. Carlos Prío. Mientras que al expresidente se le suponía en trajines electorales, entregaba enormes sumas de dinero para tareas conspirativas.

El general Tabernilla Dolz le dijo enfáticamente a Batista después de revisar y confrontar informes confidenciales:

—La única solución con Prío es matarlo, prenderlo o expulsarlo de Cuba.

Batista sonrió al viejo militar de carrera, y le dijo con ironía: —“Pancho, tú no sabes de eso, estás loco”.

Los cuerpos represivos del Gobierno de Batista tienen informes en esos momentos, que aunque Prío asegure estar por la paz, en privado atiza la candela, compra armas, las distribuye, se vale de sus amigos en los sindicatos y prepara un golpe tremendo. Quiere adelantarse a Fidel Castro, que prepara con urgencia sus planes en México.

Cuando Prío accede a ver a Batista, éste se llena de dudas, pues ambos están desconfiados. Prío no confía en Batista. Batista no cree en la fase política de Prío.

Batista comisiona al Dr. Jorge García Montes, para que converse con el Dr. Alonso Pujol, y procure que éste ayude preparando la entrevista. García Montes va al encuentro del Dr. Alonso Pujol y lo pone en antecedentes. Inicialmente Alonso Pujol pone obstáculos, pero después se brinda sinceramente a “fungir de poder moderador y de solidaridad nacional” ya que esta figura constitucional —dice con ironía— ya no funciona entre nosotros”.

El Dr. Jorge García Montes, repentinamente, introduce en el diálogo una proposición audaz:

—Guillermo, por qué tú no hablas con Batista?

El Dr. Alonso Pujol, se opone. Alega que es Vicepresidente destituido. El Dr. García Montes insiste enérgicamente y lo interrumpe varias veces. Argumenta innumerables razones personales y dialécticas. Dice con énfasis:

—Guillermo, ya es hora de ir olvidando agravios personales en beneficio de Cuba.

El Dr. Alonso Pujol, es el político cubano más descalificado y combatido. Pero nadie es capaz de dudar de su poder de maniobra, su cultura y su inteligencia. Todos le suponen frío y calculador. Quizá también lo sea. Pero es apasionado y se entregó con pasión a mediar entre Batista y Prío por “la solidaridad nacional”.

Batista y Alonso Pujol se entrevistan. El expresidente no quiere que se sepa. La “oposición me haría añicos”, dice. Batista lo promete y lo cumple.

Están frente a frente, sentados. Se inician los tanteos, las frases rebuscadas. Batista intenta ser excesivamente gentil, pero con cautela. Alonso Pujol, se muestra agudo, desconfiado. Pero vienen los recuerdos, las melancolías de quienes van envejeciendo.

Contribuye a darle colorido al diálogo, una fotografía cercana; un anaquel allá, un escritorio donde se han firmado documentos importantes. Al fin, entran en materia.

Batista, para no perder su rol estelar, inicia el diálogo. Ahora engolando más la voz, dice:

—Tu sabes, Guillermo, que está pendiente una entrevista con Prío. No se ha celebrado, porque quizás carezca de posibilidades. Pero quiero que le digas a Carlos, que estoy dispuesto a todo, por arreglar esta situación que cada día es más tensa. Yo me he negado siempre que se me ha pedido rebajarme el mandato presidencial, como fue solicitado en el Diálogo Cívico. Bueno, pues ahora, estoy dispuesto hasta eso. Si Prío acepta esta oferta, podemos celebrar la entrevista cuando él quiera.

Hablan varias horas el general y el político. Alonso Pujol sale entusiasmado de la entrevista. Cuando toma el auto, se frota las manos mientras absorbe el humo de un enorme tabaco. Cree que puede lograr el diálogo Batista-Prío y llegar a un acuerdo nacional.

Busca a Carlos Prío y conversa largamente con él en su biblioteca de la Avenida Octava en Miramar. Prío por su parte está sorprendido de que Alonso Pujol conozca su proyectada entrevista con Batista que ha estado tramitando el Dr. Jorge García Montes, con anterioridad. Escucha. Pero se muestra desconfiado. Ladea la cabeza, la inclina, la levanta, la echa a un lado y la sacude para el otro lado; se lleva la mano al cuello, en gestos que nadie puede imitarle. Se serena y dice:

—Guillermo, Batista nos engaña. Siempre nos ha engañado. En el 33, en el 10 de marzo, y ahora también. Yo lo dejé venir a Cuba. Le dí garantías. Le puse una guardia especial, lo dejé escoger sus ayudantes, para que lo cuidaran de las pandillas y ya ves lo que pasó. Nos engaña, Guillermo, nos engaña. Créemelo. Después no cumple nada de eso.

Los argumentos de Carlos Prío eran sólidos. Eran objetivos, sin ningún aspecto especulativo. Estaban basados en hechos pasados, que la mayoría de ambos amigos no podía traicionarles. Pero Alonso Pujol con mayores antecedentes intelectuales que Carlos Prío, se desvió con la astucia de tigre por otros contornos. Comenzó a hablar. Empezó a recordar con frases pulidas y brillantes, acontecimientos pasados.

Hacia alarde de sus conocimientos históricos; de sus reservas copiosas de argumentos. Le sigue dando colorido al tema y se va acercando. De los incidentes históricos, pasa a los episodios nacionales. Ahí se detiene. Prío lo escucha. Le brillan los ojos cálidamente. Es cierto el slogan "Ojo con el Vice". Ha triunfado. El mensajero político de Batista está sellando con broches de oro su perorato, y para terminar dice:

—No creas eso, Carlos. Los acuerdos nacionales no quedan a merced de las partes, sino de la Nación, que a través de sus personeros toma parte en ellos. Cuando en 1920 la República parecía estallar, un acuerdo entre Menocal y Zayas abrió el camino de las urnas. Cuando ustedes y el ABC se fueron al retraimiento en 1936, Menocal, Miguel Mariano y Batista provocaron la solución nacional. Más tarde Laredo Brú fue el fiador de las elecciones constituyentes. Siempre que ha habido acuerdo, ha habido garantías y elecciones legítimas. Esos hombres, dejaron sus pa-

siones a un lado, y pensaron en la estabilidad. Porqué no pensamos seriamente en ésto? No crees tú?

Carlos Prío estuvo varios segundos callado. No sabía como iniciar el diálogo. Pero Prío no puede dominarse. La imagen del "10 de marzo" la tiene clavada en el corazón. Tiene razón? Está en lo justo? Está bien intencionado?

El ex-presidente se decide a hablar y exclama:

—Guillermo, vamos a arreglarnos con Batista, pero si en el camino puedo llevármelo en la "golilla" no dejaré de hacerlo.

El Dr. Alonso Pujol no habló más esa tarde. Concluyó su intervención y escribió una larga carta, privada, que más tarde, mutilada por la censura se hará pública, y embarca para Europa. La mediación privada había fracasado. Alonso Pujol sabía los trajes en que andaba Carlos Prío y temía comprometer su palabra.

Los informes siguieron acumulándose en el despacho del jefe del Ejército, general Tabernilla Dolz. Un día mientras Batista descansaba en la playa de Varadero, ordenó al jefe del SIM (Servicio de Inteligencia Militar), coronel Antonio Blanco Rico, para que detuviera al Dr. Carlos Prío. El expresidente fue llevado detenido a las oficinas del SIM, con todas las cortesías habituales.

Al enterarse Batista, llamó con urgencia al Dr. Jorge García Montes y lo comisionó para que se presentara ante Prío y se excusara de la detención, en su nombre y en el del Gobierno. El expresidente quedó en libertad.

Sin embargo, nueve días después, Batista le ordenó al jefe de la Policía, brigadier Rafael Salas Cañizares, que sacara al Dr. Prío del territorio nacional. El jefe policiaco se presentó en la finca "La Chata" y sin permitirle preparar su equipaje lo llevó hasta el Aeropuerto y lo montó en el primer avión que salía rumbo a Miami. La llegada de Prío a los Estados Unidos, fue espectacular. Las agencias de noticias divulgaron intensamente el acontecimiento, y fotografiaron al expresidente con una "guayabera" (prenda nacional de los campesinos) como única prenda en la mano.

Qué lograba Batista con estos cambios de su política?. O Batista reaccionó molesto porque no pudo efectuar su diálogo con Prío?.

Los acontecimientos conspirativos avanzaban apresuradamente. El jefe policiaco habanero envió a dos oficiales del Buró de Investigaciones, al Cuartel de Matanzas, para que le informaran al general Pilar García del asalto que esperaban las Agencias de Inteligencia. El hecho se produjo, aunque en principio el jefe militar matancero no lo creyó, y la muestra fue que él personalmente repelió la primera agresión, cuando los camiones de los complotados penetraron dentro del recinto militar.

El nuevo asalto conmocionó al país. Las revistas extranjeras principalmente LIFE y TIME, especularon con lo que llamaron el "Muerto Número Once". Los ortodoxos y los auténticos concurren unidos a los Tribunales de Justicia, pidiendo investigaciones urgentes por los hechos acaecidos, de los que la prensa

norteamericana se había hecho eco. A partir de ese momento, los periódicos y emisoras de radio de toda la Nación, comenzaron a hacer duras críticas al régimen.

Pasaron varios años y en los meses de junio de 1962, un periódico clandestino del exilio, recibió instrucciones de atacar duramente al Dr. Alonso Pujol, por haber rescatado a su hijo de las cárceles cubanas, mediante el pago de \$ 100.000. El editor del periódico madrileño contestó:

—Dile a Batista que Alonso Pujol es mi amigo y yo no lo ataco.

Esa era la respuesta de Batista, a su mensajero del año 1956.

Algo raro estaba sucediendo en los sectores estudiantiles y revolucionarios. Los "informantes" secretos de los cuerpos investigativos salieron en todas direcciones. Del resto se encargaría el Negociado A Confidencial (chequeo telefónico) del Buró de Investigaciones. Docenas de teléfonos eran chequeados. Todos los adversarios del régimen y hasta algunos hombres leales, ministros y generales, se les registraba su conducta telefónica. La indiscreción fue un gran arma policiaca, sin incluir los "confidentes" espontáneos por rivalidades de "grupos revolucionarios", y los "pagados" por los servicios prestados.

Batista en su libro "Piedra y Leyes" y en "Respuesta" asegura que sabía que se produciría el asalto al Palacio Presidencial. De ser cierto, cabe una gran responsabilidad de la muerte de los soldados que perecieron en la puerta que da a la calle Colón, del propio Palacio Presidencial, que hicieron frente a la primera oleada de asaltantes. No se comprende que sabiendo del asalto, no redobló la guardia palaciega, o tomó las precauciones elementales. Engañó ayer o mintió hoy. Todo el tiempo, de su segundo mandato presidencial, cuentan viejos colaboradores anónimos que lo pasó tapando huecos, para que nunca se supiera la verdad de lo que sucedía.

Era su eterno temor de enfrentarse a la opinión pública. La censura de prensa se encargó del resto.

Las esposas o amigas de muchos conspiradores fueron los mejores aliados de la policía del Gobierno. No porque fueran confidentes. Esos extremos no me constan. Pero por el hilo telefónico, narraban con lujo de detalles los lugares donde se escondían revolucionarios, donde se guardaban armas y donde se establecían "contactos". Un típico ejemplo fue el "13 de Marzo" con el asalto al Palacio Presidencial.

Por el Reparto Ayestarán, vivía una señora que era familiar allegado del Dr. Menelao Mora Morales (que pereció en el asalto). De alguna manera supo que su teléfono estaba interceptado, o por elemental discreción de labor clandestina, no quería usarlo. Se dirigió a casa de una amiga a varias puertas de su residencia para hacer la llamada telefónica. El teléfono de la amiga, también estaba interceptado.

Al marcharse, en el portal de la casa, cuando fue elogiada por lo elegante que estaba vestida, recalando lo que hablaba dijo:

—Estoy esperando para ir a la Clínica, porque mi amiga tendrá el niño hoy.

A los médicos ginecólogos, les es difícil vaticinar el nacimiento de una criatura, sin embargo la dama chequeada se atrevía a hacer el vaticinio. No tuvo importancia, pero entre el chequeo de los agentes y el reporte de las conversaciones telefónicas, "La clínica y el niño se repitieron en varios lugares". Era el 12 de marzo de 1957, la víspera del asalto. Para la policía después todo estuvo claro. La "clínica" era el Palacio Presidencial y el "niño" era el asalto.

La Policía se puso en guardia. No había ninguna prueba concreta, pero un gran porcentaje de jóvenes universitarios pertenecientes al "Directorio" estaban fuera de la circulación. En el argot policiaco esto era preludio de acción. Tener los hombres concentrados en distintos apartamentos, como se supo posteriormente para que a la hora de la acción no falle ninguno, fue uno de los motivos de las sospechas. El robo de dinamita y las posteriores "declaraciones" de algunos de grupos antagónicos para frustrar méritos de organizaciones rivales, fueron material informativo que la Policía cubana no desperdició.

El enorme trasiego de armas en esos días y la captura de varios revolucionarios por atentados a varios militares redondearon la posibilidad de una gran "acción de comando". No se sabía exactamente lo que sucedería. Era destinada a eliminar físicamente a Batista, pero se presumía que fuera algún acto público.

Cuando el trece de marzo, hablé con el agente Parker, telefonista del Palacio Presidencial, a las tres de la tarde, me dijo:

—Todo está en calma. Aquí no hay quien venga. Los esperamos.

Yo hablé a confirmar con el telefonista del Palacio Presidencial, porque algunas llamadas anónimas que recibí de viejos compañeros de la Universidad de La Habana, me dejaron en duda. Me alegré de oír la disposición de la tropa palaciega.

Diez minutos más tarde cuando los dirigentes universitarios se apoderaron de la Emisora Radio Reloj y anunciaron textualmente:

—El tirano ha sido asesinado en su madriguera del Palacio Presidencial..." Identifiqué al momento la voz de José Antonio Echevarría, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria. Al terminar la arenga se identificó. No esperé más. Llamé nuevamente al Palacio Presidencial y esta vez, el telefonista Parker, al reconocerme la voz me confirmó que estaban siendo atacados hacía unos minutos. Hablamos y dejó la línea abierta para que Batista, escuchara el diálogo. Así lo hizo con todos los que llamaron con posterioridad.

Fueron momento de confusión dentro del Palacio Presidencial. Los asaltantes entraron por dos flancos para encontrarse en el despacho oficial de Batista, en el segundo piso. Pero Batista estaba en el tercer piso. En el libro "Respuestas", Batista asegura que "estaba almorzando". No me explico esta falsedad de Batista, en un hecho que nada esclarece, ni aporta nada a cualquier estudio histórico que quiera hacerse.

Los ayudantes presidenciales que estaban de guardia ese día, coinciden en afirmar que "al oírse los primeros disparos Batista terminaba de afeitarse y se disponía a entrar en el baño. Su indumentaria era una bata azul de casa y zapatos carmelitas".

A los coroneles Cosme A. Varas y Alfredo Rams, sus ayudantes de guardia ese día, no los menciona. El ayudante Varas, estuvo todo el tiempo al tanto de sus teléfonos, comunicándose con los tres jefes de las Fuerzas Armadas, y otros jefes policíacos claves, además de estar al tanto del ascensor que podía ser utilizado por los asaltantes para llegar al tercer piso-residencia.

El coronel Rams, exponiendo su vida, salió a la terraza inferior del tercer piso y con una ametralladora Thompson, obligó a retirarse a tres de los asaltantes, que intentaban capturar la pizarra telefónica.

Por qué Batista no previno los hechos, si asegura que lo sabía?

Fue indolente o apático. Lo más presumible es que su excesiva vanidad, sobre su suerte e invencibilidad, ejercieron presión sobre su ánimo, para subestimar el asalto.

O quería Batista crear víctimas militares para levantar el ánimo dentro de la tropa?

No es posible evacuar esta pregunta. Pero es inexplicable en que los antecedentes del "Moncada", "Goicuría", el desembarco del "Gramma" y los gestos suicidas y audaces de los revolucionarios, lo mantuvieran en permanente indecisión en relación a la política a adoptar por su Gobierno.

O asumía una verdadera acción de hombre fuerte y de veras pacificaba el país o se decidía por la completa democracia, devolviendo al país las Garantías Constitucionales suspendidas y la libertad de Prensa. Ni un camino, ni el otro. El Gobierno seguiría paso a paso desmembrándose poco a poco.

Cuando entré en el Palacio Presidencial después de terminada la refriega, todos los rostros estaban sombríos. Por las escaleras y en el antedespacho presidencial, pude ver granadas sin explotar de confección dominicana. Cuando entré al despacho de Batista, lo encontré con su chaqueta deportiva beige, de la que habla en su libro. Ya todo había pasado.

Se despedían de él los tres jefes de Estados Mayores. Pero no estaba sereno, y había una honda inquietud en su rostro, que se había tornado verduoso. Me dió la mano mecánicamente. Nada de lo que le dije lo oyó y mucho menos me respondió. Pocos teníamos el privilegio de estar en su despacho en esos momentos. Estaba enrarecido. Cuando las luces de un camarógrafo se enfocaron hacia él, sufrió una metamorfosis completa y adoptó una inmediata pose teatral y de seguridad. Estaba ante las pantallas de la opinión pública y a esa siempre aspiraría a lucirle imperturbable. Opté por marcharme. Estaba ante un gran actor.

Batista celebraba la fecha del 4 de Septiembre, en el Estado Mayor de la Marina de Guerra, cuando el coronel Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones se le acercó y le informó en secreto. La posterior respuesta de Batista fue en alta voz. Eran las 6:30 de la madrugada.

La indiscreción del coronel Piedra, obró un resultado favorable. Los oficiales de la Marina de Guerra que estaban vinculados al complot en el Estado Mayor, al conocer que en manos del gobierno ya había informes de lo que se tramaba, cancelaron su participación en el alzamiento. Tampoco pudieron informar a tiempo, a los restantes complotados de Cienfuegos, de la suspensión del alzamiento. Los hombres de la Marina que se alzaron en Cienfuegos lo hicieron sin tener noticias de lo que sucedía en La Habana. Siguieron al pie de la letra el plan trazado con anterioridad.

Un oficial del Buró de Investigaciones, vivía pendiente de unas misteriosas llamadas telefónicas que recibía de madrugada, de uno de los hombres que estaba dentro de la conspiración. Informaba de los avances de los conspiradores. Esa noche dijo:

—El hombre está muy grave. Mañana se muere.

Esa era la consigna. Pero Batista no creyó la historia del alzamiento combinado entre la Fuerza Aérea y la Marina y regresó a Columbia. Durmió plácidamente. No obstante, el campamento militar de Columbia y los restantes mandos estuvieron alerta, y se enviaron radiogramas a todos los Escuadrones y Regimientos para que estuvieran al tanto de cualquier movimiento sospechoso.

Originalmente dentro del Gobierno se corrió la versión de que esa misma noche, cuando el coronel Orlando Piedra, avisó a Batista del plan de los complotados, de "que iba a ser objeto de un atentado en el propio Estado Mayor de la Marina de Guerra". Posteriormente intentarían ocupar todos los mandos navales y aéreos en caso de que fracasara el atentado físico a Batista.

Los buques navales en alta mar se alzarían, y el "Escuadrón de Bombardeo" de la Fuerza Aérea, despegaría para bombardear los objetivos alzados contra el gobierno, pero "en el aire desviaría su trayectoria y volarían sobre el Palacio Presidencial o el lugar donde se encontrara Batista en esos momentos, para forzarlo a renunciar". Caso de negarse el Presidente, bombardearían el Palacio Presidencial o el campamento militar de Columbia.

Por otra parte el coronel Esteban Ventura, y el capitán Laurent del Servicio de Inteligencia de la Marina, estaban al tanto de los acontecimientos e informaban periódicamente a sus superiores. El jefe civil de esa revuelta era el Dr. Antonio de Varona, líder político del Autenticismo, que seguía aferrado a la tesis de que por la fuerza era el único procedimiento correcto para derribar a Batista, y nunca contra el Ejército de la República.

Logró socavar muchos sectores militares descontentos, aprovechando que durante los 8 años de gobiernos Auténticos, se graduaron muchos oficiales en la Escuela Militar de El Morro. Los jefes navales de la conspiración eran los coroneles Drigg, Juarrero, y los oficiales San Román, González Brito, González Lines y Sotolongo.

Prescindiendo de todas las precauciones, el alzamiento cogió desprevenido a Batista, que aún en la misma noche de los acontecimientos, evadiendo el asunto se retiró a dormir sin esperar el desenlace de los hechos. Hay que presumir también que pudo

haberlo hecho, para inspirar a los que le rodeaban que tenía mucha serenidad para esos grandes acontecimientos.

En los archivos policíacos había un enorme expediente sobre un informe que llegó los días antes del alzamiento. Se trataba de una reunión de oficiales del Ejército, que asistieron vestidos de blanco, aparentando ser médicos. La charla fue en el reparto Miramar. A la reunión asistió, según los funcionarios policíacos, el funcionario de la Embajada estadounidense, Mr. William Williamson, perteneciente a la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Según el gobierno cubano les prometió a los complotados que si mantenían el orden y el control en el país durante 72 horas, el gobierno producto de ese alzamiento, sería reconocido por el Departamento de Estado, de los Estados Unidos. El gobierno de Batista, con toda la información en sus manos se quejó al embajador Smith de la conducta del funcionario diplomático y solicitó su relevo del país. Fue inmediatamente complacido por la Cancillería Norteamericana.

Simultáneamente al relevo de Mr. William Williamson, el embajador Smith ordenó que no saliera ningún documento político rumbo a Washington, sin su personal autorización y firma.

Por otra parte los grupos de acción del "fidelismo" tenían planeado en combinación con un empleado de la Embajada Americana, penetrar por la fuerza dentro de la Embajada Americana en La Habana y secuestrar al Embajador Smith, para forzar a su Gobierno a que rompiera relaciones diplomáticas con el Gobierno cubano. Querían demostrar con el audaz secuestro, que el régimen cubano no podía ni darle seguridades a los diplomáticos de las misiones extranjeras acreditados en La Habana.

Frustrado el golpe del "5 de Septiembre" con el alzamiento de la base naval de Cienfuegos, los agentes del Buró de Investigaciones detuvieron al Dr. Antonio de Varona, que era jefe civil de la conspiración, y según "el gobierno cubano" el hombre más considerado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en aquellos momentos. Al Dr. Jorge García Montes, se le encomendó que le acompañara hasta la Embajada donde se asiló después de haber permanecido varios días detenido en el Buró de Investigaciones.

Batista no quiso presentar al Dr. Varona a los Tribunales de Justicia. Era muy difícil evitar el escándalo y las repercusiones que tenía la conspiración, en el caso de presentarlo a los tribunales cubanos. El gobierno hubiera tenido que ejercer una enorme presión sobre los periódicos para que no publicara las acusaciones que acumularía el Jefe civil de los complotados para criticar el régimen de marzo.

A los militares detenidos, se les encontró grandes cantidades de dinero en moneda americana. Ese hecho fue otro de los motivos que hizo al Gobierno cubano pensar en la intervención de la Agencia Central de Inteligencia, en caso de que los complotados tuvieran que huir del territorio cubano.

La huelga del 9 de abril de 1958, fue precedida de una intensa publicidad de parte de los "fidelistas". La emisora de la Radio rebelde transmitía diariamente las consignas para que los

cubanos fueran a la huelga. El Gobierno de Batista no se sorprendió, porque confiaba en el absoluto control que existía en la Confederación de Trabajadores de Cuba.

Aunque el Gobierno dijera lo contrario, algunos oficiales policíacos sabían que el Dr. Faustino Pérez, que era jefe de la clandestinidad, no era un militante comunista en aquellos momentos. Los "fidelistas" por esa fecha, se cuidaban mucho de no ser acusados de comunistas, ni tampoco en relación con la pretendida huelga del "9 de Abril" no querían pactar con ninguna de las otras organizaciones revolucionarias que combatían a Batista.

Hasta ese momento no se había fraguado el acuerdo con los comunistas. Por lo menos los campos de acción no estaban delimitados. Al fracasar la huelga, Castro llamó a Faustino Pérez a la Sierra, y jamás volvió a obtener esa jefatura.

El criterio de algunos oficiales policíacos era que los fidelistas tenían unos 180 hombres bien armados en La Habana, para hechos de acción. En total tendrían unos 1.500 milicianos, debidamente organizados, aunque no todos disponían de armas. Fue una huelga anunciada con mucha anticipación y fracasó. La Confederación de Trabajadores de Cuba, al mando de Eusebio Mujal rindió un papel definitivo. Dentro del capítulo clandestino de ese día, se incluían asaltos a distintas estaciones de Policía, y cuarteles del interior de la Isla, que se combinarían con otros actos de sabotaje.

Cada determinado tiempo los "grupos fidelistas" establecían contacto con los mandos militares y policíacos, donde en esa fecha del año 1958, los grupos de Castro habían logrado filtrarse dentro de algunas estaciones de Policía y cuarteles. La expectación finalizó a las 6.05 de la mañana, del 9 de abril, cuando por la planta de radio de la Policía Nacional, un carro policíaco comunicó el encuentro sostenido con unos sospechosos en la calzada de Ayestarán. El balance fue de 3 fidelistas muertos y 5 policíacos heridos.

En Lamparilla y Mercaderes hubo un tiroteo entre los fidelistas y la Policía, en la Oncena Estación de Policía un automóvil cruzó velozmente disparando contra el edificio de la Estación policíaca. Esa misma mañana ametrallaron a los policíacos de las postas de Santa Catalina y 10 de Octubre, de Vía Blanca y 10 de Octubre. Ningún otro hecho sacudió a la ciudad. En realidad la llamada huelga general del "9 de Abril" fue un fracaso.

Pero los preparativos fueron espectaculares, y los vaticinios fueron tan optimistas que hasta el veterano periodista Herbert Matthews, regresó por segunda vez a La Habana, días antes del "9 de Abril" a presenciar "la caída del régimen de Batista" según manifestó a varios reporteros cubanos.

Al llegar Herbert Matthews por segunda vez a La Habana, y ver publicado su nombre en las audiencias del Presidente Batista, la opinión se dividió entre los sectores gubernamentales. Unos criticaron que Batista recibiera al periodista del "New York Times". Otros enjuiciaron acremente al Ejército por permitirle entrar y salir sin dificultades en la intrincada Sierra Maestra. Los más sensatos opinaron que era un éxito del repor-

tero lograr una entrevista del Presidente a quien había ridiculizado.

Desconocían unos y otros, que Herbert Matthews, la primera y la segunda vez que visitó La Habana, fue recibido por el Presidente Batista. Para llegar a la Sierra Maestra fue autorizado por Batista que le aseguró poder moverse con entera libertad por todo el territorio cubano.

La llegada de Herbert Matthews a la Sierra Maestra, fue tarea del propio Fidel Castro, que comisionó a René Rodríguez Cruz, para que lo transportara desde el Hotel Sevilla (a dos cuerdas del Palacio Presidencial) hasta las lomas orientales. Previamente el guía del periodista del New York Times tuvo que rasurarse sus pobladas barbas. Durante su estancia en Sierra Maestra, Fidel Castro se las arregló de manera tal que hizo desfilar varias veces ante Matthews y ante él, la misma pequeña tropa, de apenas setenta hombres.

El reportero norteamericano quedó impresionado. Las fotos tomadas y acreditadas al "The New York Times" fueron tomadas según se afirma por el mismo René Rodríguez Cruz.

René Rodríguez Cruz, era empleado del Noticiario Cinematográfico "Cineperiódico", en el departamento de revelado de películas, donde le apodaban "El Flaco". Vino en el "Gramma" y se apareció por su antiguo trabajo, los mismos días que Matthews estaba en La Habana, sin hacer mención que estaba en la Sierra Maestra.

Después del triunfo de la revolución, fue nombrado Comandante-Jefe de la Plaza Militar de Las Villas. Fue quien le dio el "tiro de gracia" al coronel Cornelio Rojas, después de ser fusilado. Posteriormente fue nombrado Jefe Territorial Militar de Isla de Pinos y se jactaba de tener dinamitadas todas las "circulares" donde están los presos políticos y haber emplazado morteros que dispararían contra dichas circulares en caso de verse derrotados por una invasión.

Al salir del despacho de Batista, el periodista Herbert Matthews, en su segunda visita a La Habana, para presenciar "la caída del régimen el 9 de Abril" entraban los jefes de Estados Mayores del Ejército cubano. Esa noche el general Tabernilla Dolz, me comunicaría algo inexplicable. En la conversación entre Batista y Matthews —según Batista— el periodista del "New York Times" le "sugirió que con \$ 300.000 dólares se podría iniciar una campaña en su favor en todos los Estados Unidos, para cambiar la pésima opinión que había de su Gobierno en el extranjero".

Batista, después recalcó con los altos oficiales, refiriéndose a Herbert Matthews:

—A mi no me chantajea nadie.

Después de hablar con Batista, el periodista del "New York Times" se entrevistó con distintas personalidades de la política cubana. En su entrevista con el Dr. Carlos Márquez Sterling, presidente del Partido del Pueblo Libre, saldría disgustado.

En su conversación con el Dr. Márquez Sterling, Matthews le entregó al político cubano el Manifiesto de los "22 puntos

del Programa de la Sierra Maestra”, firmado por Castro y Faustino Pérez, y lo instó a “que cancelara sus planes electorales y se vinculara a Fidel Castro en las lomas orientales. Discutieron acaloradamente y el periodista neoyorkino le pidió permiso al Dr. Márquez Sterling “para retirarse de su hogar”. El político cubano accedió de inmediato.

10

Quémalo, que el aire se lleve sus cenizas y nadie sepa dónde está su tumba. No quiero otro Guiteras.

El 2 de diciembre de 1956, a las doce horas de haber llegado el radiograma del jefe del Escuadrón de Manzanillo, capitán Caridad Fernández (fusilado) donde informaba del desembarco aproximado de cien hombres (más tarde se sabría que eran 82) en la zona territorial a su mando en un lugar conocido por Belic, el Presidente Batista disfrutaba de una comida social en casa del Dr. Jorge García Montes, Primer Ministro del Gobierno, ajeno totalmente a las alteraciones del orden público que se desarrollaban en la provincia de Oriente y particularmente en Santiago de Cuba.

Batista calificó el desembarco como una "aventura local sin importancia" y quiso aparentar ante los presentes que los días siguientes llevarían a Castro al fracaso.

A las tres de la madrugada aún Batista no había tomado una decisión en relación con el desembarco. Después de la comida estaba embargado con una emoción indescriptible jugando "canasta". Este juego le tomaba horas y horas, mientras despreocupaba asuntos tan graves como el desembarco de unos rebeldes. Habían pasado doce horas de saber la noticia y se mantenía imperturbable.

Ya de pie dispuesto a marcharse con los invitados que eran el general Francisco Tabernilla Dolz, el almirante José Rodríguez Calderón, y el doctor Andrés Rivero Agüero llegó el general Silito Tabernilla, para informarle de los últimos partes del desembarco oriental. Batista pidió un mapa. Como no era apropiado que existieran en la casa mapas para operaciones militares, le trajeron uno, de los que por cortesía obsequiaban en las estaciones gasolineras de la Esso Standart Oil Company of Cuba.

El general Batista abrió el rudimentario mapa y poniéndose los espejuelos doctorales dijo:

—Pancho (se refería al jefe del Ejército), ¿por dónde fue el desembarco?

Al mismo tiempo que el general Tabernilla Dolz le iba a señalar el lugar, el almirante Rodríguez Calderón se adelantó con el índice a la vez que decía: Aquí por Belic, Presidente.

Batista cerciorado del lugar dijo:

—Bueno, Pancho (general Francisco Tabernilla Dolz), vamos a mandar cuarenta hombres.

Intrigados por la irresponsable determinación los presentes callaron. Después de unos segundos, el general Silito Tabernilla le dijo:

—¿Me permite Sr. Presidente explicarle lo que yo haría?

Batista se quitó los espejuelos haciendo un gesto aprobatorio.

—“Yo enviaría la mayor cantidad de tropa disponible y la desplegaría entre Pílón y Niquero con instrucciones de avanzar hacia el mar para empujarlos hacia la costa”, dijo Silito Tabernilla.

Batista aunque no siguiera los consejos de nadie, tenía la rara virtud de escuchar, pacientemente, todas las sugerencias. Después de hablar el general Silito Tabernilla le dijo:

—Silito, tú estás loco, tú no ves que en la Sierra Maestra no hay quien viva.

Todos callaron. Los civiles que nada conocían de asuntos militares aprobaron tácitamente el diálogo. Los militares, cumplieron como autómatas la orden presidencial. Sabían, que de entrada se rompía un principio táctico que es el de atacar al enemigo con tropas inferiores en número. Pero el Estado Mayor del Ejército, cumplió las instrucciones al pie de la letra. Para ratificar más lo dicho anteriormente, Batista alzó la voz para decir:

—Es suficiente y que se mueran en la Sierra Maestra, porque allí no hay quien viva.

En el camino hacia su residencia, Batista modificó su original criterio. Ya no irían los cuarenta hombres. Mandaron 500 hombres al mando del comandante Juan González.

Batista jamás mandó tropas. Era un militar asimilado que, de sargento taquígrafo, ascendió sin trámites a coronel, de la mano del periodista Sergio Carbo y el líder estudiantil Carlos Prío Socarrás. Era lógico que tuviera esas reacciones. Ya, en aquellos momento el país estaba moralmente alzado. Los rumores, producto de la censura de prensa, mantenían desorientado al país. Todas las noticias provienen de Oriente. Hace días que hay desórdenes. Los cuerpos de seguridad están atentos a las confidencias recibidas según las cuales coincidiendo con la invasión de Castro, se producirán alzamientos simultáneos en todo el país, seguidos de atentados, actos de sabotaje, terrorismo, etc.

Y pensar que todo estaba previsto! Por aquellos días recuerdo a un hombre campechano, en la residencia de Batista en Columbia, usando un sombrero grande, con tipo de campesino adinerado. Su manera franca y desenvuelta de hablar era agradable. Era un batistiano gratuito. Sin cargos públicos ni prebendas jugosas. Había informado al gobierno de los hombres que se entrenaban en México, los entrenadores que había, el adoctrinamiento, el dinero de Carlos Prío y la vista gorda de la Policía mexicana. Todo conjugado en una sola pieza. Sus frases retum-

baban en el Polígono de Columbia. Con plena confianza en lo que decía, afirmó:

—General, yo le mato a Fidel.

Era Agapito Venéreo que al llegar a la Sierra Maestra, Fidel Castro ordenó que lo desarmaran. Lo tuvo tres días detenido y después el jefe de la escolta de Fidel lo fusiló.

El mismo día 2 de diciembre llegaban a Santiago de Cuba, tropas del Ejército cubano, al mando del coronel Pedro Barreras a fin de contener una ola terrorista que había comenzado el 30 de noviembre. Eran unos 250 soldados con los cuales venían en calidad de segundos, el comandante Joaquín Casillas (fusilado) y el comandante Cañizares (preso). La llegada de las tropas coincidió con el desembarco de Fidel. El yate "Gramma" había salido una semana antes de Tuxpan, México, y el Gobierno cubano estaba informado de la llegada.

Meses antes el gobierno había mandado a varios oficiales del Buró de Investigaciones, que tenían todos los informes de primera mano de las actividades del campamento. Hasta los gastos de Fidel Castro de cada mes y las compras de alimentos en los mercados cercanos. Las visitas de muchos de los miembros de la expedición a las residencias de muchas artistas cubanas radicadas o que hacían temporadas de teatro y cine en México. Todo informado a tiempo. El más mínimo movimiento era chequeado.

Durante la travesía de Tuxpan, hasta las costas cubanas la alimentación fue deficiente. Comieron pan, sardinas, chocolate y tomaron agua. En su mayoría expulsaban el alimento por el mareo que les produjo el largo viaje. Eran confesiones que me hizo el primer prisionero que se presentó al Ejército, y que presentó a todos los periodistas locales y extranjeros, que volaron a Santiago de Cuba.

En la acción del desembarco muchos expedicionarios perdieron las armas que fueron tomadas por el Ejército en sus operaciones de limpieza.

En Santiago de Cuba, el jefe del Regimiento Maceo, era el general Martín Díaz Tamayo. Desde el 30 de noviembre hasta el 2 de diciembre la ciudad cerró sus puertas. Los comercios y bancos cancelaron sus operaciones. Los miembros del "26 de Julio" salieron a la calle uniformados con sus brazaletes rojo y negro. Era símbolo de sangre y muerte.

En su mayoría eran hombres jóvenes. Habían ocupado revolucionariamente los Institutos de Segunda Enseñanza; las Escuelas Normales y la Universidad de Oriente. En las calles santiagueras se produjeron violentos encuentros entre la fuerza pública y los "fidelistas" uniformados. Automóviles descuartados y pequeños camiones recorrían la ciudad entregando armas a sus parciales, situados en lugares estratégicos.

La situación era confusa. Los ciudadanos —es decir el pueblo— no reaccionó en forma favorable. Prefirieron, en ese momento, mantenerse expectante y a distancia de la pugna entre gobierno y fidelismo.

El cuartel Moncada fue tiroteado desde muchos ángulos. La jefatura de la Policía de Santiago de Cuba, un viejo edificio

de madera y tejas, fue incendiado, quedándose la autoridad sin lugar propio de alojamiento. Cumpliendo instrucciones superiores los soldados permanecían encerrados en sus cuarteles. Las calles quedaron a merced de los grupos del "26 de Julio" y allí donde un hombre uniformado se descuidara, era víctima fácil de los francotiradores apostados estratégicamente en los edificios circundantes.

La llegada de los soldados enviados de La Habana, llenó de entusiasmo a los factores civiles de Oriente, que se mantenían perplejos ante el desarrollo de los acontecimientos. Las tropas, antes de llegar al cuartel general de Santiago de Cuba, recorrieron la ciudad y todos sus alrededores.

Batista comentó entre sus íntimos en La Habana que tuvo que enviar al coronel Barreras a Santiago de Cuba con 500 hombres por "la rara postura que había adoptado en los acontecimientos el jefe del Regimiento, general Martín Díaz Tamayo".

Posteriormente fue establecido el campamento en el palacio del Gobierno Provincial de Oriente. Era el lugar más céntrico de la capital oriental. Se enviaron a la calle patrullas de reconocimiento y pese al pánico y confusión que existían en la ciudad, no se registró un solo herido.

La campaña psicológica del 26 de Julio había germinado. Se escuchaban disparos distantes de francotiradores, que producían alarma y nada más. Al otro día las clases comerciales, industriales y bursátiles pidieron protección para reanudar sus actividades. El Ejército brindó seguridades y al siguiente día, con las naturales precauciones puede decirse que funcionaba normalmente el transporte, los bancos y los comercios santiagueros.

Por otra parte de la provincia oriental, más al Norte, cuarenta y ocho horas después del desembarco del barco que traía a Castro y sus 82 expedicionarios, se produjeron los primeros encuentros entre el Ejército constitucional y las cansadas fuerzas revolucionarias. Las primeras tropas que lo persiguieron estaban al mando del comandante Juan González y se le unieron las del capitán Caridad Fernández, jefe del Escuadrón de Manzanillo y las del capitán Chinaea, jefe del puesto de Niquero. El primer combate tuvo lugar en la Alegría de Pío, donde se hicieron los prisioneros que fueron trasladados a Santiago de Cuba y exhibidos en rueda de periodistas.

Cuando el comandante Juan González llegó a Niquero con su batallón de 500 hombres, recibió la confidencia de que los rebeldes se dirigían hacia aquel poblado, con el fin de capturarlo. Sin perder tiempo desplegó sus fuerzas en lugares estratégicos, mientras enviaba patrullas de reconocimiento con protección aérea para verificar los informes recibidos.

Los rebeldes cambiaron el rumbo en dirección a la Sierra Maestra. Esto fue ordenado personalmente por Castro, cuando tuvo informes certeros de que las sublevaciones que esperaba en Santiago de Cuba, Bayamó y otras ciudades habían fracasado. Solo Santiago de Cuba, le dio dolores de cabeza al gobierno pero fue impuesto el orden con la llegada de tropas de La Habana.

Antes de las retiradas de Castro hacia las lomas de la Sierra Maestra, el Ejército tuvo confidencias de que los rebeldes pretendían ocupar Niquero, Manzanillo, Bayamo y Santiago de Cuba. (Castro lo declaró a la revista Bohemia, después del triunfo de la revolución). Inmediatamente que el comandante Juan González estuvo en posesión de los informes, movilizó el batallón y trató de establecer contacto con los rebeldes lo más rápidamente posible, para interceptar sus planes.

Después de capturados los primeros heridos en la Alegría de Pío el Ejército cubano usó por primera vez el plasma sanguíneo en uno de los fidelistas capturados prisioneros para salvarle la vida.

La sorpresa culminante fue una semana después de librarse los primeros encuentros y escaramuzas, cuando el Presidente Batista, envió personalmente al general Luis Robaina Piedra, a la zona de operaciones, con instrucciones terminantes de "que paralizara el fuego".

Entre prisioneros, heridos y muertos ya los rebeldes habían perdido setenta hombres de los ochenta y dos que desembarcaron. El Ejército prácticamente los había diezmado y estaban a la desbandada. En las crónicas de parcialidad fidelista que se hicieron después del triunfo de Castro, ratifican esto que digo. Ellos aseguran que hasta después de muchos días no lograron reencontrarse.

La orden terminante de Batista de "paralizar el fuego" fue un tremendo error táctico que disgustó a los oficiales y soldados que estaban batiendo a los rebeldes con señalado éxito. Batista ha querido echarle la culpa del original fracaso al comandante Juan González, al capitán Caridad Fernández (fusilado) y al teniente Chinaea, cuando lo cierto es que fue Batista, quien contra todos los principios tácticos, ordenó que se paralizara la persecución de "los rebeldes que se batían en retirada".

Aunque fue una estúpida decisión militar, pensó que sería una maestra jugada política, que diera las apariencias de su magnanimidad.

Al regresar a Columbia el comandante Juan González se le ordenó que se presentara en la residencia de Batista. Fue recibido por el general Silito Tabernilla quien le entregó \$ 300 dólares como regalo de Batista con las frases textuales "para que comprara algo a sus hijos".

Simultáneamente se le entregaron al capitán Caridad Fernández, jefe del Escuadrón de Manzanillo y al teniente Chinaea, jefe del puesto de Niquero, otros 300 dólares con las idénticas recomendaciones:

—Para que le compraran algo a sus hijos.

Batista no quiso recibirlos porque según decía muy a menudo "un Presidente no puede descender a tratar determinados asuntos con inferiores y gente de baja categoría", pero no obstante les hizo llegar un mensaje de reconocimiento de que estaba muy "complacido con sus actuaciones". El comandante Juan González estaba agraviado porque Batista no le había permitido terminar su misión, y recientemente en la ciudad de Miami, cuando le

visitaron para que firmara una planilla de ingreso en una organización que apoyaba a Batista respondió:

—La firmaría únicamente si fuera su sentencia de muerte.

El teniente Chinaea que más tarde terminaría conspirando contra el Gobierno de Batista, lo encontré en la pista de aterrizaje de Niquero, el tres de diciembre (un día después del desembarco) actuando con energía en la persecución de los rebeldes. En esos días yo fui provisionalmente comisionado por el Jefe Militar de la Plaza de Santiago de Cuba, para que coordinara todo el suministro de noticias y atendiera a los periódicos locales y extranjeros que necesitan informaciones.

Recorrí con el coronel Joaquín Casillas (fusilado) la Zona de Operaciones y traje en un avión militar los primeros prisioneros capturados en Niquero, los cuales presenté en Conferencia de Prensa en la Ciudad de Santiago de Cuba.

Fidel Castro hacía desesperados esfuerzos por ascender hacia la Sierra Maestra, donde le esperaba Crescencio Pérez, un convicto por causas comunes, pero que sabía como nadie todos los escondrijos del lugar.

Ordenó a sus pocos hombres que le hicieran un contén para poder ascender las estribaciones de la Sierra Maestra. Batista con los partes de Operaciones Militares en las manos los revisó cuidadosamente. Los oficiales Superiores que lo rodeaban esa noche, permanecían callados esperando una decisión. Batista dijo:

—No les cierren el paso. Déjenlos que suban para la Sierra Maestra, porque allí no hay quien viva.

Desde el punto de vista militar, lo que hizo Batista fue empujar a los insurgentes por el Sur, a fin de que subieran hacia las lomas orientales. Conjuntamente con la absurda determinación oficial de “cese el fuego”, pequeños aviones del Ejército repartían volantes sobre la Zona de Operaciones y lugares cercanos, instando a los fidelistas a que se presentaran a las Autoridades, asegurándoles que sus vidas serían respetadas.

Batista, llevando una política errónea y siguiendo un punto de vista personal, sin consultar a nadie, ordenaba el cese de una operación militar que apenas había comenzado y en la que los alzados no tenían la más remota idea de entregarse o rendirse.

¿Planeaba Batista no capturar a Fidel Castro y hacía estas raras operaciones militares a propósito?

Del testimonio del Dr. Emilio Núñez Portuondo, Ex Embajador cubano en las Naciones Unidas, hay un diálogo altamente esclarecedor. En ocasión de visitar a Batista en el Palacio Presidencial, vivamente preocupado por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos militares cubanos, el Presidente de la República le dijo:

—Emilito, no te preocupes, que he trasladado la política del Parque Central para la Sierra Maestra.

Creemos en ese diálogo porque Batista es muy diestro en esas tortuosas operaciones maquiavélicas. Pero lo más probable es que la decisión de Batista, al ordenar a sus subalternos militares del Estado Mayor del Ejército, que empujaran a Fidel Castro, contra las lomas orientales, responde a su reconocida incapacidad

militar. Se presume que pese a ser nativo de Oriente, desconocía por completo que había una larga y estrecha topografía montañosa, con una población de unos 50.000 habitantes, donde el aseguraba "que allí no puede vivir nadie".

Este era un problema de táctica militar que es familiar a un cadete de primer año, en la Escuela de Oficiales de "El Morro". Sesenta de los insurgentes quedaron en el campo. Otros heridos y otros presos. Los doce restantes llegaron a la Sierra Maestra. Como los rumores seguían arribando a la capital de la Nación, en formas diversas, para producir un golpe publicitario de su superioridad bélica, Batista ordenó retirar las tropas de la Sierra Maestra.

—Que la Guardia Rural tan sólo quede allí en labores de limpieza— dijo.

Fue su tercer error. Cualquier guardia rural había aprendido que "retirar las tropas era violar un principio táctico". Es elemental en táctica militar perseguir al enemigo más allá de los límites de su resistencia, hasta su total liquidación.

Ese tercer error sería fatal. No encontrarían ya nunca más a los rebeldes que acompañaban a Fidel Castro en la aventura. Los alzados se encontrarían con las tropas del Ejército, cuando a los primeros les conviniere. La primer obligación de una guerrilla, es no presentarle batalla frontal a un Ejército regular y profesional. Algunos voceros gubernamentales, cumpliendo instrucciones del Palacio Presidencial, comenzaron a decirles a los insurgentes "muerte y huye", pero ellos sabían lo que hacían. La frase que Batista ordenó despectivamente, era el ABC de una guerra de guerrillas.

Los grupos de "limpieza" tratando inútilmente de conocer el paradero de Fidel Castro, cometieron algunos abusos. Esos errores iniciales convirtieron a los campesinos que vivían en los sitios aledaños a la Sierra Maestra, en aliados potenciales del barbudo, que venía en el "Gramma" como "libertador". Con mucho tacto, Castro fue pagando las aves, los cerdos y las carnes que obligaba que le entregaran los campesinos, para alimentar a sus diezmadas patrullas. Traía dinero abundante, que le ganó adeptos más tarde.

El Gobierno le permitió reorganizarse. En realidad, Fidel Castro estaba en la Sierra Maestra, pero no era factor de influjo alguno en la política del país. Los partidos políticos existentes pasaron a segundo plano y, dentro de la gente más autorizada del gobierno, se tejían historias y comentarios disímiles.

Pasaron varios meses durante los cuales nada se sabía de Castro. El mismo aseguró el 25 de febrero de 1959, en Santiago de Cuba:

—Cuatro veces fuimos dispersados y cuatro veces volvimos a reunirnos para proseguir la lucha. En aquella fecha con 300 hombres armados y el respaldo de los campesinos, pudimos derrotar 14 batallones.

La señora Lina Ruz de Castro, hizo una demanda de indulgencia para su hijo. Aseguró que se asilaría en una embañada o consulado extranjero aprovechando la cercanía de la ciudad de

Santiago de Cuba. La solicitud no estaba resuelta, cuando, varios días después, Castro reaparece en La Plata, asesinando a los 11 miembros de la guarnición.

Esa noche el ataque fue de madrugada, al amparo de la oscuridad y la sorpresa. Aprendió bien el dirigente barbudo la lección guerrera. No debe enfrentarse nunca al Ejército regular, porque eso es peligroso. El ataque por sorpresa y con ventaja es la clave.

El asalto al apostadero de La Plata sacudió a las Fuerzas Armadas. Castro había sido olvidado, cuando reaparece de nuevo en forma agresiva en el escenario oriental. El Ejército sólo tenía unas pocas tropas "peinando" la Sierra Maestra, aunque con anterioridad habían desembarcado menos de una compañía por el desembarcadero de La Plata.

Ante el sorpresivo ataque el gobierno ordena el envío de tropas al mando del coronel Barreras, para hacerse cargo de todas las operaciones de la Sierra Maestra. Acampan en El Macho y a su llegada se producen recíprocas acusaciones, de excesos en la aplicación de la Ley, para la búsqueda y captura de los alados que seguían a Fidel Castro.

Durante mi estancia de muchos días en "El Macho", al Sur de la provincia oriental, hablé con varios hombres de Castro, que servían de guías al Ejército. Uno de ellos, Eutimio Guerra, llevó varias veces las tropas del Ejército a recorrer parajes desconocidos donde esperaban capturar a Castro. Siempre las tropas del Ejército llegaron tarde. Un día montó en un avión de la Fuerza Aérea cubana, para localizar y bombardear con más exactitud a Castro, pero nunca acertó. Estaba comprometido con un oficial de alta graduación, en regresar al campamento fidelista para hacerle un atentado a Castro.

Una madrugada salió del campamento. Notificó con su enlace que había logrado entrar de nuevo en el campamento fidelista. Se esperaba que lograra asesinar a Castro. Todo fue lo contrario. Las tropas del Ejército confirmaron que había sido fusilado en el campamento fidelista.

Durante dos semanas, las tropas al mando de los comandantes Casillas (fusilado), Cañizares (preso), Grao (fusilado), Castro Rojas y otros, recorrieron todos los rincones de la Sierra Maestra, pero jamás encontraron una patrulla enemiga. A los rebeldes desde luego, no les interesaba presentar batalla. No eran esos sus planes. A diario llegaban partes al puesto de mando comunicando que los francotiradores disparaban ocultos, haciendo bajas dentro del Ejército, pero nunca podían ser capturados.

Era desesperante, porque el Ejército cubano estaba peleando contra un Ejército invisible.

Cuando una patrulla de un aproximado de diez hombres estaba marchando bien distante, sin apoyo militar, o en caminos sin salida, los fidelistas atacaban. Tan pronto hacían una o dos bajas, se retiraban, sin mantener una línea de fuego contra el Ejército.

En el puesto de mando de "El Macho" se fueron acumulando estos hechos y los informes de los guías y jefes de patrulla.

Era un voluminoso expediente que sirvió para evaluar todo lo que estaba haciendo Fidel Castro, en su política de "muerte y huye", que aunque calificara despectivamente Batista en sus discursos, para los jóvenes militares que habían sido graduados en "El Morro" y tomado cursos de especialización en los Estados Unidos de América, no era un asunto que debía subestimarse.

Sesenta años atrás, el Generalísimo Máximo Gómez, creaba los rudimentos de la guerra de guerrillas, en Cuba, y lograba diezmar las tropas españolas.

Más reciente éxito tuvo Mao Tse Tung, para derribar el poderoso Ejército de Chiang Kai-Shek, haciendo de la guerra de guerrillas toda una ciencia en la guerra moderna. Pero Batista lo siguió subestimando. Pero mientras no se decidía a eliminar de raíz el mal fidelista en la Sierra Maestra, estaba destrozando la moral interior del Ejército cubano. Estábamos en presencia de la "guerra de guerrillas", cuya finalidad era hostigar las fuerzas militares inferiores, y no defender ningún territorio. Después a esos hechos se les daría amplia publicidad por los canales clandestinos, como éxitos de los rebeldes.

El periodista neoyorkino Herbert Matthews fue a La Habana y se entrevistó con Batista en el Palacio Presidencial. Batista le dio autorización y credenciales suficientes para subir a la Sierra Maestra, pero dejando a su cuenta y riesgo su contacto con los fidelistas. En dos semanas estuvo de regreso y volvió a su periódico. A los pocos días, en primera plana aparecía la sensacional entrevista con el jefe rebelde, Fidel Castro.

El reportero Herbert Matthews con mucho crédito en los Estados Unidos, calificó a Castro como un "Robin Hood" moderno que lucha contra los ricos para ayudar a los pobres. La información apareció desplegada en tal forma que fue un impacto periodístico sin precedentes.

La entrevista cayó dentro de las esferas gubernamentales de Batista, como un ataque avieso del periódico neoyorkino. Batista, personalmente tomó en sus manos el contraataque propagandístico. Mandó a buscar al representante Rafael Díaz Balart, que le había presentado a Fidel Castro, antes del golpe militar del 10 de marzo, y la persona mejor informada para aportar información suplementaria sobre el alzado.

La reunión se efectuó en el Palacio Presidencial. Con las fotos del New York Times a la vista, ambos las examinaron durante largo tiempo. Batista no quería creer aquello. Además de Díaz Balart, estaban presentes un ayudante presidencial, el general Silito Tabernilla y el Dr. Andrés Domingo. Díaz Balart comentó que le parecía que aquella foto no era de Fidel Castro. Es lampiño y no se parece a él, insistió Díaz Balart.

Eso fue suficiente para Batista. Sin más confirmación, ordenó la presencia de un taquígrafo, y le dictó unas declaraciones en las que decía que "era una entrevista apócrifa, que no se trataba de Fidel Castro y que no tenía tropas...".

A la mañana siguiente, aparecieron en todos los periódicos habaneros, las absurdas declaraciones de Batista, pero no fir-

madras por él. Las puso en nombre del ministro de Defensa, Dr. Santiago Verdeja. El ministro se enteró por los periódicos de las declaraciones que en su nombre se habían hecho y que desconocía totalmente. Sorprendido llamó a Palacio para desmentirlas, pero entonces fue informado que "el general Batista personalmente la había redactado por conocer bien la realidad".

El ministro de Defensa al menos quedó satisfecho. Pero no le duraría su sosiego. Al otro día sin esperar mucho el "New York Times" respondía con una información más amplia en la que aparecía Fidel Castro de frente, de espalda, de perfil y en varias posiciones con el mismo periodista americano. El chasco fue trágico. El periódico neoyorkino le había ganado un tanto decisivo al general Batista, infligiéndole, de paso, un desprestigio de envergadura en el exterior.

Sobre el ministro de Defensa, Dr. Santiago Verdeja, recayeron las burlas de todos los funcionarios del régimen, porque la mayoría desconocía la verdad del episodio. El Dr. Verdeja, no obstante, guardó como caballero, el secreto y cargó honorablemente con el error y la culpa de una "irresponsabilidad" que era de otro. De Batista.

Seguía el Ejército invisible operando en la Sierra Maestra. Tras la información sensacional del "The New York Times", una compañía de 100 hombres acampada en "Uvero" al mando del teniente Carreras, fue sorprendida, durante la noche del 28 de mayo por rebeldes fidelistas que asesinaron a 30 soldados y en una audaz acción se llevaron como prisioneros al resto de los soldados del campamento. Un cocinero que había contratado la tropa acampada, fue el confidente que los "fidelistas" utilizaron para atacar el campamento el día que la tropa tenía descanso.

Pasaron muchas horas para que se tuviera conocimiento de la acción. Y la noticia se supo, porque muchos de los soldados que llevaban como prisioneros se lanzaron de los camiones con riesgo de sus vidas, y regresaron al campamento. Ya no cabía duda que la maquinaria de acción y propaganda del 26 de Julio estaba funcionando.

Con todos los informes confidenciales y datos necesarios de la topografía del terreno; la situación feudal de la mayoría de los residentes en la región; los grupos de familias que controlaban el campesinado, el coronel Barreras pidió permiso para trasladarse a Columbia para informar personalmente. Varios días antes sus ejecutivos de operaciones estuvieron preparando un plan completo para liquidar en el propio lugar de los acontecimientos, las tropas rebeldes del "ejército invisible".

Al llegar a Columbia lo esperaban todos los generales. Batista llegó con retraso a la exposición del plan militar y el informe de la situación de las operaciones en la Sierra Maestra. El plan expuesto por el coronel Barreras consistía:

- 1.—Evacuar toda la zona de operaciones, donde se suponía que estaba Fidel Castro. Todos los campesinos serían bajados y relocalizados en las ciudades cercanas a la Sierra. Esto era elemental en logística militar, para poder proceder con energía

y no cometer ninguna injusticia con los civiles no vinculados a Castro.

2.—Se necesitaban de cinco a seis mil hombres que ocuparían toda la zona. El Ejército avanzaría. Ocuparía posiciones y bajaría los campesinos, mientras que seguía ascendiendo hasta cerrar en un círculo de la Sierra Maestra a Castro. Al bajar los campesinos se le suprimía a Castro todos los abastecimientos, comida, información y toda la ayuda que de ellos recibía, forzados por las circunstancias.

3.—En los comienzos de las operaciones se dispondría de un efectivo militar de 2.000 hombres; y a medida que fueran necesitándose para la ampliación del círculo envolvente, se irían aumentando hasta utilizar los 5.000 hombres que requería la operación táctica. La operación militar debía finalizarse en un término de 35 a 40 días. Para esa fecha tenía que desaparecer todo vestigio de Castro y sus seguidores.

Los oficiales que confeccionaron el plan militar previeron todas las dificultades. Los campesinos serían llevados a Santiago de Cuba, por un término de 60 días, donde serían instalados hasta tanto se concluyeran las operaciones.

La exposición, los números, el movimiento de las tropas, los abastecimientos, la información, el apoyo militar, todo lo expuesto fue del aplauso de los oficiales superiores allí presentes. Batista quedó igualmente impresionado, y aprobó sin más dilación el plan de ataque.

El momento fue de espectación. El coronel Pedro Barreras, emocionado, se paró en atención, al lado de Batista y lo abrazó. Serenándose, en forma indagatoria, se dirigió a Batista y le dijo:

—¿Qué hago con Castro si no muere en combate, Presidente?

Batista respondió rápido y afirmó:

—Quémalo, que el aire se lleve sus cenizas y nadie sepa donde está su tumba. No quiero otro Guiteras.

Para los oficiales allí reunidos hubo optimismo. El coronel Pedro Barreras no demoró su salida. El regreso al campamento de "El Macho" fue impresionante. Se efectuó una comida a toda la tropa, a la que fueron invitados legisladores y periodistas. El espíritu de cuerpo entre los soldados era formidable. Los soldados estaban listos para entrar en combate.

La acción comenzó al siguiente día a las seis de la mañana. Subieron las primeras tropas y la evacuación de los campesinos empezó a hacerse gradualmente a medida que las tropas iban cortando abastecimientos y restándole terreno a los fidelistas. Los primeros campesinos evacuados llegaron a Santiago de Cuba, traídos en fragatas de la Marina de Guerra. Otros campesinos fueron asimilados por los pueblos cercanos a la Sierra Maestra.

Entonces surgió el primer revés. Una comisión de ministros de Salubridad, Viviendas, Agricultura y Comercio se trasladó a la capital de Oriente para recibir a los primeros campesinos que serían relocalizados con carácter provisional. Los periódicos a medida que llegaban los campesinos calificaron la operación como una "reconcentración como en la época de Weyler". Los

sectores opositoristas utilizando todos los medios de divulgación fueron al ataque. Batista, con los cintillos de los periódicos a la vista, quedó impresionado.

¿Qué sucedió después? Solo Batista lo sabe.

La decisión inmediata de Batista fue suspender las operaciones militares, impresionado por las informaciones periodísticas, a las 48 horas exactamente de haberse iniciado la ofensiva. Fue una orden personal de Batista que le costaría muy caro.

Porque Batista no trasladó los micrófonos y las cámaras de televisión en rueda de periodistas, al Estado Mayor del Ejército y dejó a los oficiales de carrera del Ejército cubano que explicaran ampliamente, en forma profesional, porqué había que sacar los campesinos, en evitación de que con el rigor de las operaciones militares pudieran suceder accidentes o cometerse excesos en el escenario de una guerra abierta?

¿Porqué no explicó el gobierno que los rebeldes de Castro se escudaban en esos mismos campesinos, para que el Ejército, temeroso de cometer un genocidio no los atacara?

En lugar de esos válidos argumentos que la prensa cubana hubiera comprendido, se optó por el método evasivo, tan usual en las transacciones políticas. ¿Qué motivos lo impulsaron a proceder en forma tan voluble?

¿Fue la Comisión de Ministros que le aconsejó que esos campesinos traerían epidemias a las poblaciones urbanas?

¿Fue el costo de la manutención de los campesinos en las ciudades lo que hizo modificar sus planes originales?

¿Fueron los terratenientes de la zona, dueños de ganado, y de grandes plantaciones de azúcar, arroz y café, los que lo convencieron de que el plan destruiría la molinera o la cosecha de la estación?

¿Fueron consejeros políticos o militares los que le convencieron de que paralizará las operaciones?

La orden drástica y lacónica llegó por un telefonema oficial. Primero fue en el Moncada, después en el desembarco del "Gramma" en Niquero. Ahora en las operaciones del "Macho" Batista le salvaba la vida a Fidel Castro, en idénticas formas que un padre defiende a su hijo, aunque sea un criminal. Es cierto que se perderían algunas cosechas y ganado. Que se perderían algunos millones de dólares, pero por tercera vez se salvaba Fidel Castro, por instrucciones personales de Batista.

Al conocerse en los campamentos el párrafo de orden militar, las tropas se desalentaron. Oficiales y soldados pensaron al unísono.

—Batista no quiere capturar a Fidel Castro.

A partir de este momento, hubo una total transformación en las tropas. Cuando veían alzados se desviaban y fueron perdiendo la fe y el entusiasmo las pocas patrullas diseminadas por la Sierra Maestra. Con razón perdieron el interés por capturar a los fidelistas alzados. Los soldados, las tropas de todos los Ejércitos del mundo, tienen, como se sabe, valor colectivo. Cuando el jefe se derrumba, ellos, en la mayoría de los casos, por contagio, proceden igual.

Aquel Ejército peleaba con fusiles Springfield de 1903, para los cuales no había piezas de repuesto. La artillería cubana usaba los cañones franceses Schneider, de los que defendieron Verdún en la primera Guerra Mundial 1914-1918. Para colmo las unidades estaban incompletas en armas y en personal.

—¿Por qué el gobierno de Batista no aceptó el ofrecimiento del Ejército de los Estados Unidos, bajo el convenio de Mutual Aid Program que le entregaba los famosos rifles "Garand" que tienen un precio regular de 95 dólares, al diez por ciento de valor (\$9.50)?

—¿Qué motivos impulsaron a Batista o a sus consejeros a no hacer estas compras y otras ofrecidas por el gobierno de los Estados Unidos, en los primeros años del gobierno, al diez por ciento de su valor?

—¿Sería el importante asunto de las comisiones, que frustró la adquisición de armas y de parque suficiente para modernizar el Ejército cubano?

Batista, que no hizo las compras de armas, cuando tenía que hacerlo, sin embargo quería que a finales de 1958, cuando sobre los Estados Unidos se desataba una enorme presión para que rompiera relaciones con Cuba, le vendieran todas las armas y parque necesario que solicitaba el Ejército para liquidar a Castro.

Es muy probable que aún en esas circunstancias los Estados Unidos le vendieran armas. Pero cuando los agregados militares de la Embajada cubana en Washington, entregaron a los grupos opositoristas que operaban en Estados Unidos, la correspondencia secreta del envío de armas y apareció ampliamente informado en el mundo entero por las agencias de noticias, los Departamentos de Estado y Defensa, cambiaron de actitud hacia Cuba.

La propaganda había mostrado en Estados Unidos, que el gobierno de Batista era bestial y que esos envíos de armas iban a contribuir a mantener la tiranía. El régimen de opinión pública existente en Estados Unidos forzó a cancelar los envíos.

Al margen de esas fallas la oficialidad joven estaba descontenta. Los reglamentos militares disponían que procediera a los ascensos de los oficiales por oposición, selección y antigüedad. A la llegada de Batista, esos tres tipos de ascenso se suprimieron. Los únicos ascensos que se producían eran por selección, que eran bajo el índice de Batista. Esto germinó los descontentos, en las nuevas promociones militares salidas de la Escuela Militar de "El Morro", que desde 1937, estaban aportando al nuevo Ejército cubano, nuevos oficiales perfectamente capacitados.

Batista solo ascendía a los oficiales de su amistad, o por objeto de recomendaciones de amigos, tanto civiles como militares. Hasta en el Ejército había que tener influencia para lograr un ascenso, al margen de exponer la vida diariamente. Después, como culminación, suprimió la Escuela de "Estados Mayores" a raíz de la conspiración militar del 4 de Abril. Una muestra es que los generales cubanos Juan Rojas González, Luis Robaina Piedra, Martín Díaz Tamayo, Pilar García y Roberto Fernández Miranda no eran oficiales de carrera. Eran cabos y sargentos en 1933 y Batista cuando ascendió a coronel los hizo tenientes y

capitanes. Al regresar al poder en 1952, de sus grados de tenientes y capitanes los volvió a ascender a generales. Es un favoritismo que merma el prestigio de la institución en épocas donde se exige la capacitación y donde había unos 1.500 oficiales, más de 1.000 graduados y con cursos de especialización militar en los Estados Unidos.

El gobierno de Batista sufre descalabros y encara a diario tremendas dificultades. Fuertes golpes terroritas lo han sacudido. El 13 de marzo se produce el asalto al Palacio Presidencial. El 9 de abril aunque la huelga ordenada por Castro ha fracasado, lo cierto es que se han estado movilizando cientos de jóvenes en todo el país. Las milicias del 26 de Julio trabajan intensamente. Tienen el peso de la guerra en el "llano" y están dando grandes batallas contra el gobierno en las ciudades, haciendo atentados, actos de sabotajes, que tienen a la Nación azotada por una espantosa guerra civil.

El general Eulogio Cantillo es nombrado jefe del Regimiento de Oriente y jefe de Operaciones. Por la zona de Operaciones han pasado los coroneles Barreras, Ugalde Carrillo, García Casares, Curbelo del Sol y el general Río Chaviano. Los grupos fidelistas van ganando, cada día que transcurre, más en la opinión pública, pero físicamente no tienen el control del país, aunque recaudan en sus zonas o "territorios" millares de pesos, y hay lugares en las lomas orientales por la que los soldados no pueden pasar, ya que es "territorio libre" con sus jurisdicciones propias.

Fuera de tiempo Batista ordenó una movilización militar de 14.000 hombres. Después podrá saberse que los "casquitos" (nombre con el que el pueblo calificó a los nuevos soldados) fue muy difícil movilizarlos en la cantidad requerida. Nadie en esos momentos en Cuba quería ser soldado. El sueldo era miserable: 30 dólares mensuales. El entrenamiento duraba treinta días.

Esta movilización debió decretarse en los primeros tres meses posteriores al desembarco del "Gramma" y no en marzo de 1958, cuando ya el Gobierno había perdido todo su prestigio dentro y fuera del país y el Ejército carecía de las fuentes de abastecimiento apropiadas, pues los Estados Unidos habían suprimido el envío de armas a Cuba.

Los ciudadanos que ingresaron en el Ejército voluntariamente —en Cuba no existía el Servicio Militar Obligatorio— no tenían instrucción militar alguna y sólo recibían un curso de entrenamiento que duró treinta días antes de ser mandados a las diferentes zonas de operaciones. Era una monstruosidad enviar a los combates a jóvenes sin los imprescindibles cursos a que debe ser sometido un soldado para serlo de veras.

Sobre la mesa de Batista llegaban los frecuentes informes de los jefes de Estados Mayores del Ejército y la Marina que conscientes y conocedores de la situación militar le informaban sobre esos particulares de organización y abastecimiento, tan básicos en los Ejércitos modernos. Batista contestaba siempre: "No tengo dinero". Mientras tanto la Gaceta Oficial de la República, publicaba los decretos donde se destinaban millones de dólares para Obras Públicas.

Los "casquitos" (como se les llamaba despectivamente) hicieron todo lo posible por superarse y aprender. Llegaron a adentrarse y querer a la institución militar como el más viejo soldado, y aunque su inyección de sangre joven llegó tarde, puede decirse que dilataron el derrumbe total y confortaron a los viejos soldados que ya sentían sobre su cuerpo las cicatrices de largos meses de campaña sin relevo.

Hay que destacar que la tacañería de Batista destinó treinta dólares mensuales a estos nuevos soldados que se jugaban la vida para defenderlo a él y su gobierno. Un dólar diario, almuerzo y comida cuando podían por exponer su vida. Cientos de casquitos murieron o fueron heridos en combates o emboscadas a todo lo largo y ancho de la Isla.

Para la ayuda inmediata de las familias de estos infelices nada se legisló. No formaban parte del Ejército Regular y los beneficios de los soldados regulares no los incluían de acuerdo con la Ley. Los dignos "casquitos" tenían la igualdad ante la muerte, pero eran discriminados a la hora de recibir las pensiones sus familiares.

Cientos de familias de estos nuevos soldados, recibieron como último tributo, un reloj, una cadena de oro, o un anillo, recogido con riesgo de sus vidas por algún compañero de armas, cuando eran enterrados en medio de los combates.

Un hecho que retrata el régimen de Batista fue lo sucedido al general Silito Tabernilla y al alcalde de La Habana, Justo Luis Pozo, en el antedespacho del Presidente Batista. Faltaban 6.000 plazas por cubrir para el Ejército, con los nuevos alistamientos. El general Tabernilla vio la oportunidad que el alcalde habanero podía mandar unos cuantos cientos de personas y le explicó las necesidades del alistamiento. Hablaron por espacio de una hora y el alcalde se comprometió en enviarle aspirantes. Posteriormente entró a despachar con Batista el general Tabernilla y la primera cuestión que le trató Batista fue "haberle dicho a Justo Luis, que faltaban 6.000 plazas por cubrir". Textualmente le dijo:

—No se le puede decir nada a los políticos, porque hablan demasiado y se atemorizan.

Para ese nuevo Ejército que se ampliaba apresuradamente se requerían nuevos oficiales porque los cuadros estaban totalmente desorganizados por las continuas conspiraciones. Los primeros meses del año 1958, la situación se tornó más difícil. El gobierno carecía de armamentos y el poco que recibe lo consigue en Europa, República Dominicana o en Nicaragua.

El general Eulogio Cantillo después de designado jefe de Operaciones gastó varios meses buscando información suficiente y evaluando las que consigue. Ha tenido acceso a determinadas fuentes simpatizantes con Fidel Castro, que han querido tener conversaciones con él. Los oficiales de la tendencia de Barquín, que fueron detenidos a raíz de los sucesos conspirativos del 4 de Abril, los llamados "puros" dentro del Ejército no lo miran como un enemigo, piensan, además en cualquier momento determinado ganarse para sus planes. Cantillo aprovecha todo esto

para informarse. Es sin duda un oficial de prestigio dentro del Ejército y un hombre balanceado.

Solicita ser recibido por el Estado Mayor conjunto para presentar un plan de exterminio total de Castro. Se le reconocen conocimientos dentro de su oficio militar para tener éxito. Al fin vuela a La Habana y ante el Estado Mayor, en presencia de Batista, que ha asistido, comienza a enumerar su Plan militar. Han pasado ya muchos descabros. El tema de la Sierra Maestra es casi familiar para los oficiales cubanos.

Los mapas y los papeles se van extendiendo por la larga mesa de conferencias de la Jefatura de Operaciones. El general Cantillo expone vigorosamente con crudeza y colorido la situación maltrecha de las fuerzas gubernamentales. El Ejército cubano está a la defensiva y hay que ponerlo a la ofensiva, dice Cantillo.

El plan será bautizado con el nombre de "Operación Verano". Tiene dos partes. Primero se prepararán 24 batallones de Infantería, 14 de los cuales se dispondrán para que avancen de Norte a Sur, de manera que el territorio de 900 kilómetros cuadrados que ocupan los rebeldes, sea infiltrado, con la finalidad de dispersarlos hacia el Sur. Las fuerzas de Castro estaban a 3.500 pies de altura, en las estribaciones del Pico Turquino (la más alta montaña de Cuba). A grandes rasgos cada unidad militar avanzaba de Norte a Sur terminando su avance en las playas del Sur de Oriente, para llegar hasta allí las tropas fidelistas, y poder batirlas en el llano.

Quedarían en reserva en el puesto de mando de Bayamo, los restantes 10 batallones para utilizarlos a medida que el avance de las tropas lo exigiera. Era muy necesario un enorme poder de fuego, suministros ininterrumpidos, información completa, rápida y perfecta y ninguna interferencia política que mermara la logística militar.

Era una enorme empresa. Los técnicos militares la aprobaron. El asunto grave era las tropas a utilizar de dónde podrían obtenerse. No había tiempo para nuevos alistamientos, ni para nuevos entrenamientos. Pero había muchas compañías dispersas en labores disímiles. El general Cantillo propuso que las tropas de soldados había que reintegrarlas a un mando único, y dejaran de cuidar potreros, arrozales, e ingenios azucareros de amigos de Batista.

Entre las características explicadas, el teniente coronel Corzo avanzaría hasta el poblado de "Las Mercedes", con 600 hombres; el teniente coronel Sánchez Mosquera, avanzaría hasta el poblado de "Santo Domingo" con 700 hombres. Así seguirían otros destacamentos al mando de los comandantes Suárez Fowler; Pedraja; Durán Batista; Nelson Carrasco, Quevedo y otros, avanzando desde todas direcciones pero siempre de Norte a Sur para obligar a Castro y sus guerrillas a bajar al llano.

Un poderoso fuego aéreo contribuiría en la operación de limpieza total. Cerrarían el circuito desde Niquero, Media Luna, San Román, Campechuela, Manzanilla, Bayamo, Jiguani, Baire, Contra-maestre, Palma Soriano, Maffo y Santiago de Cuba. Las tropas

avanzarían “peinando” para obligar a las guerrillas a pelear en una guerra profesional.

Se invertía la operación militar que descabelladamente Batista ordenó ejecutar los primeros días de diciembre de 1956. Ahora había que sacarlos de las lomas a los que Batista los había empujado, porque según su intuición militar: “Nadie podía vivir en la Sierra Maestra”. Originalmente 500 hombres forzaron a los 12 hombres que seguían a Castro a subir las lomas orientales. Fue una fácil operación porque ellos también deseaban escalar las sierras orientales. Ahora se necesitaban 10.000 hombres para sacarlos de las lomas del Pico Turquino.

El comandante Quevedo sería una excepción porque subiría por el Sur hasta el Norte, con la única misión de rescatar 24 prisioneros que se encontraban en poder de los fidelistas. También desorientaría los planes del Ejército.

La exposición defallada del general Eulogio Cantillo duró más de dos horas. Escucharon atentos todos los generales cubanos y los más capaces oficiales del Departamento de Operaciones. Batista por supuesto estaba presente, presidiendo la reunión y tenía puesta en la solapa de su saco de dril cien, su distintivo de cinco estrellas como general de generales.

Todos los imponderables estaban previstos. Se había elaborado un plan militar difícil, aplicando todos los modernos recursos militares y las más modernas tácticas, basadas en la experiencia de los oficiales más aguerridos, durante los años de guerra.

Era un gran proyecto. Todos, con gestos asentían. Batista también. El general Eulogio Cantillo, aún en posición de atención, frente a la larga mesa cubierta de mapas, estadísticas, hojas, datos y documentos, esperó ansioso la respuesta del Presidente de la República.

—El Plan es magnífico —dijo Batista—, pero es una lástima que no podamos llevarlo a cabo. No podemos dejar de cuidar las arroceras, los centrales azucareros. Los centrales tienen que moler la caña; los vaqueros tienen que repartir la leche, etc....”

Todos los oficiales quedaron sorprendidos. Batista siguió hablando ante la estupefacción de los militares de carrera. Especificó detalles sin importancia con aires de superioridad y con su mano, como un experto, iba señalando lugares en el mapa.

Y siguió diciendo:

—Aquí está la finca de Aguilera y no puedo quitarle el destacamento militar que la cuida. Estos centrales americanos no pueden dejar de moler porque todos ellos son amigos del gobierno. Las cosechas de arroz y café no pueden interrumpirse porque eso quebrantaría la economía de la Nación. Estas carreteras son nuevas y muchos de los puentes que aún estamos construyendo, necesitan la vigilancia constante.

Después de su perorata y descuartizamiento de un plan militar hecho con varias semanas de estudios, informes y evaluación de datos, insistió que se llevara a cabo, pero en la cuarta parte de su efectividad. La cuarta parte del parque, de tropas, de aviones y de todos los restantes suministros.

El general Eulogio Cantillo, aún en posición de atención, lo interrumpió con energía para decirle:

—Presidente: no se ocupe de tales cosas. No piense en ninguna de ellas. El objetivo fundamental es liquidar a Fidel Castro. Resuelto esto, ya verá como se resolverá todo lo demás.

Cantillo, apenas pudo terminar sus frases. Batista lo atajó cordialmente y puso el mayor énfasis en sus palabras:

—Sólo puedes disponer de 6 batallones para esa operación. Ni uno más.

Aún en el uso de la palabra, Batista creyó necesario explicar a sus oyentes el por qué no era posible mover y reunir a esos soldados tan dispersos. Quería ampliar lo dicho anteriormente y unas veces razones personales, compromisos con amigos o simpatizantes del gobierno a los que no podía dejar sin escolta. En otras ocasiones argumentaba que la economía nacional era a su juicio un asunto vital, y que no podía ni quería dar la impresión de que estaba en marcha una verdadera guerra civil.

Añadió para terminar que los centrales azucareros norteamericanos no podía abandonarlos y que había que darles protección para que pudieran moler la zafra sin problemas. Anté esas circunstancias el General Eulogio Cantillo aún en su posición original, replicó con estas proféticas palabras:

—Señor Presidente, cumpliré la orden, pero así no se puede derrotar a Fidel Castro.

El plan descabellado de Batista se puso en práctica. Los militares cumplían estrictamente las órdenes emanadas del poder civil. El proyecto bautizado como "Operación Verano" podía fácilmente calificársele como "Operación Invierno".

El día 5 de mayo de 1958, comenzaron las tropas a avanzar. Y comenzó simultáneamente el desastre. El comandante Quevedo a los cinco kilómetros cayó en un bolsón y tuvo que rendirse. Durante 72 horas estuvo resistiendo, sin comida y sin agua, y con la constante hostilidad de las guerrillas que físicamente lo habían rodeado. Fidel Castro le capturó el batallón (unos 400 hombres), así como todas las armas pertenecientes a un batallón completo que, además de significar poderío bélico, sirvió para que Radio Rebelde, que llevaba tres días anunciando las batallas, difundiera oficialmente el triunfo absoluto de sus guerrillas.

El gobierno y los partes del Estado Mayor se sumieron en un silencio absoluto. Fidel Castro temía a la "Operación Verano" y dio instrucciones urgentes a su hermano Raúl Castro, que operaba en la Sierra Cristal y a sus comandantes Che Guevara, Juan Almeida y Camilo Cienfuegos que regresaran con urgencia a sus originales posiciones cerca de él en la Sierra Maestra, para que le brindaran apoyo.

En el avance del coronel Corzo en Las Mercedes, hubo muchas dificultades. La principal fue la topografía oriental. Estaba en un hoyo, rodeado de lomas y no podía avanzar, además del hostigamiento de las guerrillas. Desde La Habana enviaron unidades frescas que se pusieron al mando del teniente coronel Merob Sosa, el cual, a cañonazo limpio, pudo abrirse paso a través de las defensas y obstáculos instalados por los grupos fidelistas.

Logró rescatar al coronel Corzo, al fracasar las defensas y obstáculos rebeldes que esperaban tanques pequeños ligeros. En su lugar usaron tanques "Sherman" que acababan de ser recibidos.

En el poblado de Santo Domingo también rodearon al teniente coronel Sánchez Mosquera y éste tuvo que retirarse. Fue herido de gravedad y sacado en parihuelas, hasta un pequeño promontorio donde lo recogió un helicóptero de la Fuerza Aérea Cubana, que lo trasladó al Hospital Militar. La mayor parte del equipo quedó en poder del enemigo y el campo cubierto de cadáveres.

Cuba entera sabía por las noticias de la Radio Rebelde, lo que había sucedido, aunque desde luego, desde el punto de vista e interpretación fidelista. Pero el gobierno por su parte nada decía. Callaba. Eso en publicidad es siempre negativo. Equivalía a otorgar el triunfo al adversario. Batista no quiso decir la verdad de la derrota. Ordenó que a la llegada de los soldados del teatro de operaciones, después del desastre, se les recibiera con vítores y cañonazos de triunfo.

Esa misma noche, Batista, como lo hacía siempre, redactó el parte del Estado Mayor del Ejército con destino a la publicidad. Aunque lo firmaba el comandante Boix Comas no lo hacía el oficial. No era por carecer de capacidad para redactarlo. Era por la obsesión de periodista que hay dentro de Batista. Por el informe que se dió a la publicidad el gobierno había ganado la batalla y decía:

—Las patrullas del Ejército dieron una fuerte batida a los forajidos que huyeron a esconderse en sus madrigueras cumpliendo las instrucciones de su cabecilla.

Cualquier soldado sabía que éste no era un parte militar, ni cosa parecida. A veces, junto a lo que debía ser un sobrio y severo lenguaje militar, Batista introducía conceptos políticos o frases de Napoleón. Parecía una broma y en los periódicos cuando los porteros anunciaban la llegada del soldado motociclista que subía a la redacción con el parte oficial del Estado Mayor del Ejército, siempre se decía sarcásticamente:

—Ahí vienen los forajidos.

El exagerado uso de los vocablos forajidos, cabecilla, bandolero, castro-comunismo y muerde y huye eran del repertorio verbal que Batista introducía a la fuerza, con torpeza y cursilería en la prosa de los comunicados militares. Los partes los hacía siempre a mano, con lápiz, y después un mecanógrafo los pasaba en limpio. Luego los modificaba tres o cuatro veces. A las cinco horas, estaba ya listo para ser dado a la publicidad.

El complejo de periodista que operaba en Batista, le distraía en estas cosas perdiendo un tiempo precioso que debía aplicar al estudio de asuntos más importantes. Tantos periodistas que estaban a su disposición y tantos con suficiente capacidad y experiencia profesional y no los utilizaba. Cuando llegaban estos partes al jefe de Información de los periódicos, había que romper muchas veces las planas para darles posición destacada. Eso era siempre fatal para los periodistas.

Ante el descalabro del Ejército cubano, el gobierno norte-

americano envió un destacamento de infantería a Yateras, Oriente, para custodiar la planta de bombeo que surtía de agua el acueducto de la base naval de Guantánamo. La presión publicitaria desplegada por Castro y sus agentes en el exterior, obligó al gobierno americano a retirar los "marines". Pero el 21 de octubre de 1958, secuestraron a varios ciudadanos americanos de la Texaco. La retirada de las tropas cubanas de las minas de la Nicaro, para que evacuaran las familias americanas residentes en el lugar, sirvió para que el 26 de Julio anunciara por sus canales clandestinos al mundo entero, que los Estados Unidos, estaban preparándose para entrar en la guerra civil cubana, al lado de Batista y lo que en realidad hacían era proteger con sus tropas a los ciudadanos norteamericanos, que residían en las minas y otras posesiones americanas de la zona.

Tal como lo apuntó el general Eulogio Cantillo, la modificada "Operación Verano" resultó un fracaso. Todo fue al cabo, rescate de tropa; batallones retirados y armamentos en manos del enemigo. El régimen sufrió un desplome total en el frente militar. Los soldados perdieron la poca fe que les quedaba. Las condiciones en Columbia eran muy difíciles. Los soldados se lanzaban de los camiones, cuando se daban cuenta de que iban con destino a la Fuerza Aérea, para ser transportados a las zonas de operaciones de la Sierra Maestra.

El desembarco del comandante Quevedo, por el desembarcadero de La Plata, en la costa Sur de Oriente no estaba en el plan original. Fue un error del general Cantillo, que quiso sorprender a Fidel Castro que lo suponía empeñado en el movimiento de las tropas que avanzaban por el Norte. El objetivo era rescatar a unos veinte prisioneros que estaban en poder de Castro en un lugar cercano a la Plata. El referido desembarco, sorprendió tanto a Batista como al Estado Mayor. Batista se impresionó mucho cuando estallaron las dos bombas colocadas en el interior del propio campamento militar de Columbia por aquellos días. Una de las bombas explotó en el Cine Teatro y la otra en la piscina del Club de Alistados. En cualquier lugar un atentado terrorista no extrañaba, pero dentro de la guarnición militar de Columbia era inexplicable.

Con tantos fracasos a tan pocos días de iniciada la ofensiva final, al gobierno no le quedó más remedio que actuar con rapidez y energía, porque los grupos del 26 de Julio se habían envalentonado, al ver que las fuerzas gubernamentales estaban a la defensiva. Al paralizarse la ofensiva militar de la "Operación Verano" se optó por hacer un "cordón sanitario" en las laderas de la Sierra Maestra, a fin de tener tiempo para reorganizar las tropas y contener a los fidelistas que estaban forzando los puestos militares del Ejército para bajar al llano.

Los correos fidelistas empezaron a penetrar en el interior de los centros militares. Por conducto de un sacerdote, el general Cantillo recibe noticias de que Fidel Castro quiere conversar con él. El jefe militar de Oriente lo consulta, por conducto del general Silito Tabernilla. Batista está en una comida de gala en Varadero. Como es urgente, el ayudante de guardia le avisa a la propia

mesa y Batista viene al teléfono. Autoriza el viaje del general Cantillo a Varadero para el siguiente día.

Batista habló a solas con Cantillo. Más tarde se limitó a ordenar al Estado Mayor que enviara al Cor. Neugart al puesto de mando de Bayamo, a las órdenes de Cantillo, quien le impartiría las instrucciones para el diálogo con Castro, que de Batista había recibido.

¿Cómo se explica que más tarde, Batista acuse a todos los que no le siguen, con el atributo de traidor, inclusive a Cantillo, cuando él fue el primero en autorizar las entrevistas entre representantes del Ejército, del gobierno que él presidía, con Fidel Castro?

El general Cantillo para la entrevista con Batista traía una carta que le entregó el teniente Pina, que estaba al frente de una columna en Cerro Pelado, cuya misión era la evacuación de heridos, canje de prisioneros y entrega de medicinas. En medio de sus incómodas tareas, el oficial oyó un raro mensaje que le trasmitían por un micrófono portátil. Era Fidel Castro que decía:

—Si usted no viene a ultimar los detalles de la rendición, donde yo estoy, voy solo en un jeep, hasta su campamento de Cerro Pelado.

El teniente Pina tomó el helicóptero del Regimiento, que manejaba el capitán Izquierdo y juntos se arriesgaron a descender en el campamento fidelista. Al bajar el teniente Pina, eran las once de la mañana y allí lo esperaban 5 personas. Almorzó con Fidel Castro. Se le trató con gentilezas. Fue en un pequeño bohío toda la entrevista. Allí Fidel Castro hizo de puño y letra, una carta dirigida al general Cantillo, jefe del Regimiento oriental. Castro estuvo examinando el helicóptero y pidió que le permitieran subir en él. Por la tarde, al despedirse, le recordó al teniente Pina:

—Si Batista no accede a renunciar antes de diciembre, tenemos para entonces invadidas Las Villas.

Desde el lugar de la entrevista, el teniente Pina fue llevado al puesto de mando de Bayamo. Allí lo encerraron en una habitación donde no habló con nadie. A las dos horas, llegó un avión de la Fuerza Aérea del Ejército, con el general Cantillo a bordo. Después de hablar con Cantillo, éste voló para su conferencia con Batista que había solicitado.

Batista que estaba pasando su fin de semana en Varadero, esperó al día siguiente para conversar con su jefe de Operaciones de Oriente. Desayunaron juntos y le entregó Cantillo a Batista la carta que Fidel Castro le envió por conducto del teniente Pina.

Aunque la carta estaba dirigida al general Cantillo, Batista la leyó con mucha calma. A medida que la leía, su rostro iba reflejando profunda contrariedad. Castro no pensó jamás que Batista pudiera leer sus cartas, pero así sucedió.

Los primeros días de noviembre estaba cubriendo una información por el Norte de la provincia de Oriente. Fui al Central Preston a tomar fotografías de un avión de Cubana de Aviación

valorado en tres millones, que las milicias de Castro, habían forzado a aterrizar en ese territorio. Desde Preston bajé al Sur, hasta el Regimiento Maceo, en Santiago de Cuba. Dormí en la residencia del general Cantillo. Allí conversé con él toda la noche. Me explicó que la situación era muy difícil y que el triunfo le parecía casi imposible por el sesgo que tomaban los acontecimientos.

Me contó acerca de la entrevista del teniente Pina y que el capitán Izquierdo tuvo ganas de dispararle a Fidel Castro, mientras estaba sentado en el helicóptero. Entonces me dijo:

—Batista tiene una carta, de puño y letra de Castro, donde éste pide una tregua. Tiene un alto valor propagandístico y no me explico porqué no se ha divulgado. Ni nosotros podemos liquidarlo en estos momentos con los últimos desastres, ni él, con lo que tiene, puede derrotarnos. En su carta al general Cantillo, Fidel Castro pedía: 1.—Que se fuera Batista. 2.—Un Gobierno de Unidad Nacional. 3.—Elecciones generales inmediatas. 4.—Nombramiento de Castro como Supervisor militar de Oriente.

El general Cantillo me siguió explicando que tenía una enorme escasez de parque y de armamentos y que los planes eran modificados a menudo. Nunca me dió la impresión de traidor. Muy de madrugada, un ayudante militar lo llamó para darle un mensaje privado. Regresó a los pocos minutos y sentado en los grandes sillones de su residencia que daban frente al Polígono del Regimiento me informó que “el 26 de Julio” había obligado a descender otro avión comercial en una pista improvisada de la Sierra Maestra y que su hijo era el sobrecargo del avión capturado.

Al siguiente día me despedí muy temprano. Por los periódicos supe el resto del avión capturado, donde murió un niño que estaba enfermo. De no haber hablado el teniente Pina con Fidel Castro, el jefe rebelde hubiera logrado establecer contacto con otro oficial porque llegaron informes al puesto de mando de Bavamo, donde se informaba que Castro había querido establecer diálogo con otros jefes de batallones.

Informado de todo, Batista, se opone a que el general Cantillo hable con Fidel Castro, que era lo solicitado en la carta, pero en su lugar envía al teniente coronel (abogado) Neugart para que concorra a nombre del gobierno, a la conversación que Castro solicita. Esta es una prueba que el gobierno debió utilizar y no lo hizo con propósitos propagandísticos. Era una muestra de que no tenía el control del país, cuando solicitaba diálogos con el gobierno.

Con las instrucciones personales de Batista para la entrevista, el coronel Neugart partió esa misma noche para Oriente, acompañado del general Cantillo. De Santiago de Cuba voló en helicóptero hasta Las Mercedes y al descender del aparato fue presentado por el teniente Pina en los siguientes términos:

—Las conversaciones que inició conmigo las seguirá el teniente coronel Neugart.

El coronel Neugart fue recibido por más personas que las que conversaron con el teniente Pina. Cuando el teniente Pina descendió del helicóptero en la primera entrevista, solo estaban

Fidel Castro y Celia Sánchez, y nunca estuvieron más de cinco personas. En el caso de Neugart participaron muchas más personas. Según el criterio de Cantillo la actitud del coronel Neugart fue inteligente, y estaba muy satisfecho de su actuación. Estuvo dos días en el campamento de Fidel y pudo darse cuenta del cuadro real existente. Regresó el coronel Neugart a Columbia, acompañado por el general Cantillo, para informarle a Batista los antecedentes de tan histórica reunión.

Se estaba en diálogo con el enemigo. Se estaba conversando con el causante del cuadro caótico que vivía el país, y autorizado por el propio Batista. ¿Por qué no se informó al país, que los planes de Castro eran estrictamente personales y que su primer paso era aceptar la Jefatura de Oriente, como zona independiente del resto del país?. Batista estaba en su ambiente de evasivas, misterios y maquiavelismos.

Después que el coronel Neugart informó de todas las peticiones de Castro que eran las mismas que anteriormente hizo por carta a Cantillo, Batista se negó a las demandas de Fidel Castro. Fue desde luego una digna actitud. Pero ¿por qué no lo hizo del conocimiento público?. Castro no podía hacer eso a esas alturas, con acuerdo o Pacto de Caracas, que había firmado, sin el previo apoyo de las restantes organizaciones opositoristas.

Batista, después, conversando con sus íntimos, que estaban ansiosos por conocer interioridades del diálogo, sólo se limitó a decir "que Neugart estuvo en el campamento fidelista más días de la cuenta".

Cuando sucedieron las entrevistas las tropas cubanas estaban en una difícil situación y en un estado de ánimo deplorable. Llevaban 20 meses en operaciones y en circunstancias pésimas. La alta dirección de la guerra, nunca fue estrictamente militar. Fue una actitud cambiante, acorde con los providencialismos de Batista. Otras veces, a los planes políticos del Presidente. En las cárceles militares había más de 600 soldados, presos por desertores, sin contar los no capturados que se entregaron al enemigo y bajaron después del primero de enero, convertidos en unos "héroes barbudos".

Más grave fue en las últimas semanas de la caída del régimen que los batallones enteros se pasaban al enemigo por la falta de ayuda, abastecimiento, parque y alimentos.

Realmente el cuadro cubano, desde el punto de vista gubernamental era aterrador. Las provincias orientales eran abastecidas de alimentos por la Fuerza Aérea. Las carreteras y puentes quedaron a merced de cualquier patrulla de milicianos y no había seguridades para ningún viajero que se aventurara a transitar por carretera. El sabotaje a los trenes y ómnibus había casi anulado ese sistema de transportes. Varias líneas aéreas cubanas, que hacían vuelos nacionales e internacionales eran interceptadas en el aire y forzados esos aviones a descender en pistas hechas a propósito en el corazón de la Sierra Maestra. Estábamos antes de las elecciones de noviembre de 1958.

Ya Fidel Castro no quería diálogos con el gobierno. Su situación era distinta y daba instrucciones y exigía la salida del

gobierno en pleno, sin alternativas. La situación política era anormal. Sólo se desarrollaron con bastante regularidad en cuatro provincias. En Oriente y Las Villas no existía asomo de paz. Todos los partidos políticos habían ido al abstencionismo, acatando lo ordenado por Fidel Castro desde la Sierra Maestra. La única figura que se alzó contra Batista y contra Castro, fue el Dr. Carlos Márquez Sterling.

Batista también seguía aferrado a las elecciones, pero a su manera. Comenzaron los preparativos electorales. Aún estaba reciente el fracaso de la "Operación Verano", cuando Batista ordenó al Estado mayor conjunto el movimiento de tropas para que cuidaran los Colegios Electorales. En esos momentos los patios y hangares de la Fuerza Aérea en Columbia estaban estacionados más de sesenta rastras hasta los topes, que había enviado el ministro de Comercio, conteniendo papas, arroz, leche condensada, harina, gasolina, galletas, frijoles, mantequilla y otros alimentos y artículos de primera necesidad para abastecer por avión a las ciudades más importantes de las provincias orientales, que estaban bloqueadas por los grupos fidelistas.

El general Cantillo voló desde Oriente y se reunió con los generales y jefes de Operaciones. Decidieron elevar a Batista un informe donde le aconsejaban que no hiciera más movimientos de tropas a su antojo, porque, en la próxima oportunidad los fidelistas podrían romper las líneas de protección y lanzarse al asalto de las ciudades. Batista se mantuvo, con obstinación en sus puntos de vista:

—Los soldados tienen que cuidar los colegios electorales.

Uno de sus últimos errores militares fue retirar las tropas del "cordón sanitario" que se tenía establecido para utilizarlas en la protección de los colegios electorales. Los militares, inexplicablemente, seguían todas las instrucciones de Batista, pero sus órdenes, llevaban al gobierno a la derrota.

No movilizó con valentía y decisión los amplios recursos de que disponía en el Poder para combatir frontalmente el fidelismo. No se trazó una línea de conducta, ni de combate. Era una amalgama de conocimientos prendidos con alfileres. Se resbalaba y amoldaba a las diferentes situaciones, queriendo siempre aparecer como el Jefe Supremo, pero evadiendo siempre las responsabilidades y las decisiones. Ese fue el Batista de los últimos días, lejano, ausente, sin decisiones, y sin soltar el Poder.

Su viveza tropical lo llevó a aprovechar los movimientos militares para auparse en el Poder. Jamás llegó al gobierno por la voluntad popular. Siempre necesitó la fuerza de apoyo del Ejército. Siempre aspiró electoralmente desde el gobierno. Cuando lograba su objetivo, marginaba al Ejército. Se entregaba y exhibía con civiles, a los que llenaba de halagos y hacía cómplices de sus innumerables negocios. En la gloria y las alturas se olvidaba de su origen castrense. Llegó a tener en su biblioteca en Kunque, un escudo nobiliario español y dijo a un íntimo amigo, "que algún día se trasladaría a España para saludar a sus familiares y auscultar sobre sus antepasados". Cuando oí esto me defraudé: quería tener sangre azul.

Los soldados fueron movilizados y se les sustrajo de sus posiciones casi "policíacas" como contén, en las laderas de las lomas y en las cercanías de ciudades y pueblos, en evitación de que descendieran al llano los fidelistas. Ya el ejército estaba francamente a la defensiva. Al mismo tiempo que los soldados marchaban hacia las ciudades, los fidelistas bajaban e iniciaban nuevas conquistas de terreno, para ampliar la zona recaudaticia de "territorio libre de la Sierra Maestra". Jamás el Ejército recuperó esas posiciones.

Las milicias fidelistas eran dueñas de la situación. Al irse las tropas a cuidar los colegios electorales, las tropas fidelistas se lanzaron al asalto de las ciudades. Con las situaciones propicias, por la falta de agresividad del gobierno, los fidelistas desataron su guerra total de terrorismo. La policía tuvo que hacer esfuerzos superiores para no desmayar. La guerra había llegado a las ciudades.

De los pueblos distantes las gentes se trasladaban hacia las ciudades y capitales de provincia. La Habana recibía cada mes más oleadas de campesinos. Era un éxodo voluntario. Ya todos los grupos opositoristas estaban unidos, y el gobierno no tenía una tesis política definida. Mientras la Oposición pensaba que el gobierno tenía un plan militar, un plan político, o un plan publicitario, lo cierto es que nada de eso existía.

Los militares confeccionaban planes militares y Batista, después ante los mapas moviendo el dedo, hacía a su antojo los traslados de tropas. En política todo giraba alrededor de la figura de Batista. Esto, que se notó en los últimos meses con más agudos relieves, me dicen los que fraguarón el golpe militar con él, que sucedía desde el 10 de marzo de 1952, sin que llegara al climax. Hay entonces que aceptar el criterio sereno de los que trabajan con él hace veinte años, de que aceptó a dirigir el golpe militar, porque solo le quedaban tres millones de dólares y había comprobado por los surveyes que la ortodoxia sin duda alguna, ganaría las elecciones. A mi me dijo en Santo Domingo, que lamentaba "haber dado el golpe militar".

Gobernando con todo el poder en sus manos, puede decirse que Batista ni fue tirano, ni fue demócrata. El quería ser demócrata, pero como no entendía la democracia actuaba como dictador. Hablaba como un demócrata, pero para no dejar hablar a los demás, suspendió las garantías constitucionales y la libertad de prensa muchas veces. No fue tirano, ni fue demócrata. Fue un dictador político. Ese fue su error. Era un indeciso. En lugar de ser un gobernante de carácter, fue un débil.

11

Yo no quiero trato con dictadores.

El 17 de Diciembre Batista recibe en su finca Kuquine, al Embajador norteamericano Señor Smith con el que conversa 2 horas y 35 minutos. En el informe que más tarde hará el Embajador, al Congreso de los Estados Unidos, dirá que "la reunión le dijo a Batista que no podría continuar por mucho tiempo ejerciendo un control efectivo en Cuba y que creía también que se evitaría más derramamiento de sangre, si se marchaba del país".

Batista comentaba amargamente en la suite que ocupaba en el Hotel Jaragua, en Santo Domingo, que "El Embajador americano había llegado a decirle el 17 de Diciembre de 1958, que si no entregaba el poder a un gabinete de Unidad Nacional y anulaba las elecciones del 3 de Noviembre de 1958, comenzaría una gran rebelión en el Campamento de Columbia, de oficiales que tenían su punto de vista (del Embajador)".

Los puntos de vista del Embajador Señor Smith, eran los mismos que con insistencia apuntaba la Cancillería de Washington, que pretendían "un cambio ordenado" y que Batista se marchara, a cuyo efecto meses atrás le habían enviado emisarios para que él "diera la solución".

Uno de esos emisarios fue el Sr. William D. Pawley, Ex-Embajador Americano en el Brasil, que a mediados de Noviembre tuvo una larga entrevista con Batista, en forma exploratoria, instándole que se marchara, en nombre del Departamento de Estado.

Cuando Mr. Pawley salió del despacho Presidencial, Batista dijo a uno de sus edecanes presidenciales:

—Tuve ganas de entrarle a patadas a este Pawley.

Cinco meses más tarde lo recibía en el Hotel Jaragua, en Santo Domingo y hablaban amigablemente.

Poco antes de las diez de la noche del 17 de Diciembre, se concluyó la entrevista entre el Embajador Smith y el Presidente Batista. Después de la entrevista, Batista se trasladó a Columbia para reunirse con los Jefes de Estado Mayor. En esa oportunidad le esperaban los generales Francisco Tabernilla Dolz, Pedro Rodríguez Avila y el Almirante José Rodríguez Calderón. El diálogo entre Batista y sus tres Jefes de Estado Mayor, fue a puertas

cerradas, en el pequeño despacho que tenía Batista en el segundo piso de su residencia en Columbia.

Era la primera vez que después de iniciadas las Operaciones militares de la Sierra Maestra, que efectuaba una entrevista con militares en forma tan secreta. Le informó a dichos oficiales que algo muy grave había sucedido. Que no podían divulgar la noticia, ni a sus esposas, porque:

—El gobierno americano nos ha quitado el respaldo—.

Ya era 18 de Diciembre de 1958. Trece días tuvo Batista para preparar la huida. Después de la reunión con sus Jefes de Estado Mayor se trasladó al Palacio Presidencial y dió la sensación de que todo era normal. No obstante estaba algo alterado y su rostro comenzaba a tomar ese color verdoso, que adquiere en sus minutos difíciles. En el segundo piso del Palacio Presidencial estuvo hasta las tres de la madrugada firmando decretos, hasta que se retiró a sus habitaciones del tercer piso.

Las reuniones secretas avanzaban veloces. Una noche que el Embajador Smith cenaba en la residencia de la familia Aspuru, fue interrumpida la comida con una llamada telefónica de Washington. Le ordenaron al Embajador estadounidense que tomara el primer avión que saliera hacia los Estados Unidos. Antes de marcharse, el Dr. Jorge García Montes estuvo tratando de localizarlo, pero fue inútil. Cuando regresó de la capital norteamericana ya tenía instrucciones concretas de su gobierno:

—Retirarle el apoyo al gobierno de Batista—

Un mes antes de las elecciones del 3 de Noviembre de 1958, el Embajador Smith había estado en reuniones secretas con los sectores electorales de la oposición cubana, que dirigían los doctores Ramón Grau San Martín y Carlos Márquez Sterling. El plan del "Embajador" consistía en que fueran "unidos a las elecciones contra el gobierno" para derrotar el candidato gubernamental de Batista y producir el tan ansiado "cambio ordenado" y el regreso al ritmo constitucional que cancelara la guerra civil y evitara el triunfo de la Sierra Maestra.

En una de sus comparencias al Senado de los Estados Unidos, el Embajador Smith manifestó que "uno de los tres objetivos básicos por los cuales fui enviado a Cuba era para obtener de Batista la celebración de elecciones libres y abiertas".

Después de salir electo en las elecciones del 3 de Noviembre de 1958, el Dr. Andrés Rivero Agüero, recibió una carta del gobierno de los Estados Unidos, felicitándolo por haber ganado las elecciones. Antes y después de su triunfo electoral, el candidato electo sostuvo varias entrevistas con el "embajador americano". Siempre estuvo presente un taquígrafo. En una de esas entrevistas Mr. Smith estuvo interesado en saber qué papel desempeñaría Batista después de terminar su mandato constitucional.

Otra de las preguntas de Mr. Smith fue saber si "pensaba visitar Washington". El Dr. Rivero Agüero le contestó:

—No he sido invitado, por lo tanto no puedo responderle—

A los pocos días el Embajador Smith le comunicó a Rivero

Agüero que sería invitado a visitar Washington, como huésped oficial del gobierno de los Estados Unidos, después del 24 de febrero. Jamás se produciría la visita oficial.

En los últimos meses del gobierno de Batista, el Embajador Smith recibía a todas las dirigencias oposicionistas en sus oficinas de la Embajada americana en La Habana. Así también auspiciaba la mayoría de las reuniones que llevaba a cabo la oposición cubana. En una oportunidad estuvo molesto con los doctores José Miró Cardona, Raúl de Velazco y el Ing. Fernández, que representaban los sectores profesionales, porque no le firmaron unas declaraciones con destino a Washington "donde condenaban la farsa electoral del gobierno".

Sin embargo el Embajador Smith estaba procediendo en una forma tan incorrecta, que cualquier otro Presidente de la República, o Ministro de Estado cubano, hubiera pedido su inmediato retiro del país. En los últimos meses del gobierno de Batista, exigía que se le recibiera a las dos o tres horas de solicitar audiencia. Esos fueron los motivos que impulsaron a Batista a recibirlo en su finca privada de Kuquine. Siempre estaba presente su Ministro de Estado, Dr. Gonzalo Guell.

El Embajador Smith, dentro del círculo presidencial no dejó afectos, como el anterior Embajador Arthur Gardner. Jamás conversaba, ni cambiaba saludos con los ayudantes Presidenciales que iban a atenderlo en la antesala presidencial. Sólo al llegar o retirarse repetía protocolarmente:

—Good morning o good night—.

No obstante la actitud altanera del "Embajador estadounidense" Batista en Santo Domingo me comentó que los fidelistas no habían publicado sus diálogos con Mr. Smith, porque en ellos él había mantenido una digna y patriótica posición. Añadió:

—En la última entrevista convencí al Embajador Smith y le demostré que mientras los fidelistas incendiaban y destruían propiedades americanas, y secuestraban ciudadano de su país (EE. UU), yo le daba grandes concesiones mineras a Estados Unidos y no le cobraba comisiones—.

Pero al fin de esa situación anormal, Batista comienza sus gestiones para marcharse del territorio cubano. El 20 de diciembre llama al General Tabernilla Palmero y le dice:

—Sírito (General Tabernilla Palmero) preguntale a Winci (Brigadier Carlos Tabernilla Palmero, Jefe de la Fuerza Aérea Cubana) de cuantos asientos se puede disponer en un momento dado en caso de que tengamos que marcharnos rápidamente—.

Al siguiente día llegó el informe del Jefe de la Fuerza Aérea Cubana, donde respondía que tendrían que viajar en aviones de las "Aerovías Q" (empresa propiedad de Batista) y que podían disponer de 108 asientos. Batista dijo lacónicamente:

—Esas 108 personas a las que salvamos la vida, algún día me lo tendrán que agradecer—.

Tres meses después, en el exilio, durante un almuerzo en el Hotel Jaragua, de la República Dominicana le diría al Coronel Orlando Piedra, último Jefe del Buró de Investigaciones:

—Si no le hubieras avisado a “todos estos” (se refería a los que se habían separado de Batista) ahora no tendríamos tantas dificultades—.

Aún el 20 de diciembre de 1958, los funcionarios del gobierno donde se podían incluir a Ministros del Gabinete, no tenían la más leve noción de lo que estaba sucediendo. Batista seguía haciendo en el Palacio Presidencial los “partes de operaciones” remitiéndolos a los periódicos. En esos despachos de prensa las fuerzas militares del Ejército “estaban triunfando y los grupos fidelistas huían despavoridos”.

En esos días ya habían caído en manos de las tropas rebeldes las ciudades de Sancti Spiritus, Báez y Santo Domingo. Placetas estaba rodeada, en Yaguajay se peleaba y los restantes puestos y escuadrones militares de la Provincia de Las Villas eran tiroteados. Esto sucedía a trescientos kilómetros de la capital de la Nación. En el extremo oriental de la Isla, la situación era más difícil, y estaban incomunicados.

En el exterior había mejor información que dentro del territorio cubano, por la fuerte censura de prensa que Batista personalmente dirigía. El Generalísimo Trujillo, en Santo Domingo, estaba preocupado. Ese día 20 de diciembre, el coronel José A. Estévez Maymir, agregado militar cubano en Santo Domingo, se presentó en las Oficinas del Estado Mayor en Columbia, en La Habana, solicitando por conducto oficial y reglamentario “una urgente entrevista con Batista, porque traía un mensaje personal del Generalísimo Trujillo”. El agregado militar cubano agregó que debía regresar con la respuesta a la República Dominicana, ese mismo día.

El Coronel Estevez Maymir fue recibido ese mismo día por el Presidente Batista. Le dijo al mandatario cubano que el Generalísimo Trujillo lo citó en la mañana de ese día en el Palacio Nacional de Santo Domingo y le dijo textualmente:

—Vaya a Cuba y dígame a su Presidente que estoy en disposición de desembarcar 3 batallones (2.000 hombres) del Ejército Regular dominicano en Santa Clara (Las Villas) y otros 2.000 hombres en la Sierra Maestra. Son tropas frescas, bien entrenadas y equipadas, que puedo movilizar mañana mismo y enviarlas en aviones transporte. Hay que arrasar con Castro, “repetía el tirano dominicano al agregado militar cubano.

Batista no aceptó la cooperación dominicana. Después de hacerle infinidad de explicaciones para que las transmitiera al generalísimo Trujillo, además de asegurarle al agregado militar cubano que no era tan grave la situación militar, concluyó el diálogo, enfatizándole:

—Yo no quiero trato con dictadores—.

El mismo día, a las 7 de la noche, por un avión de la KLM, el Coronel Estevez Maymir, regresó a Santo Domingo, para incorporarse a su Misión y responderle negativamente al dictador dominicano. En los días que estuvimos en Santo Domingo, reconocí que sirvió y ayudó a los cubanos que necesitaron su orientación.

Esto sucedió, es decir, la proposición de cooperación dominicana, después de haberse resuelto la tirantez entre las relaciones

cubano-dominicanas, por la intervención del Ministro de Agricultura de Cuba, Dr. Fidel Barreto, que con su presencia a la "Feria de la Paz", auspiciada por el dictador dominicano, le convenció para que suprimiera la ayuda en parque y en armas que le estaba haciendo a Fidel Castro, en la Sierra Maestra.

Dos meses antes del "mensaje de Trujillo" las relaciones eran amistosas entre ambos gobiernos. Los pilotos cubanos conocían perfectamente el territorio y los aeropuertos dominicanos, ya que durante dos meses estuvieron haciendo cinco vuelos diarios, transportando armamento y parque de la fábrica de armas "San Cristóbal" hasta la base aérea cubana de Columbia.

El gobierno cubano compró un aproximado de cinco millones de dólares en armamentos a Trujillo. En esos momentos era el único gobierno del hemisferio que se atrevía a venderle armas a Cuba. El suministro bélico fue de parque de todos los calibres, morteros, granadas de mortero, bazookas, fusiles de 7 mm. y carabinas "San Cristóbal".

La ciudad de Yaguajay a unos 300 kilómetros de La Habana estaba hacía varios días en poder de las tropas rebeldes. Los aviones no obstante, por falta de información, seguían lanzándole en paracaídas parque y alimentos. El último avión que dejó caer su cargamento giró en redondo para saludar a la tropa del cuartel, antes de regresar a su base aérea de La Habana, cuando recibió como respuesta una ráfaga de tiros que le perforó el tanque de la gasolina y el fuselaje. Llegó a Columbia con dificultades. Así se supo que el pueblo de Yaguajay había caído en manos de los grupos del 26 de Julio.

Ese día estuve en el Palacio Presidencial conversando con el Ministro de la Presidencia, Dr. Andrés Domingo. Al salir de su despacho encontré a José Navarro, Director de las Oficinas de la Presidencia y del Consejo de Ministros, tramitando los decretos de los nuevos militares de Las Villas y el nombramiento del General José Eleuterio Pedraza, como Inspector General del Ejército. Al comentar sobre la situación me contestó sin vacilaciones:

—Si esta semana el gobierno no toma grandes determinaciones y cambios, parece—.

Se acercaban los días pascuales y la capital de la República se preparaba para celebrarla con su tradicional alegría. Los ayudantes del General Batista quisieron tener con el Presidente un presente navideño y en forma simbólica como sugiriendo lo que era el sentimiento de los militares, ordenaron un uniforme completo de General en Jefe Supremo, a la sastrería de la Policía Nacional. Lo pusieron sobre su escritorio, y retiraron una pequeña pistola que estaba guardada en una gaveta. Era como decirle a las claras que se pusiera el "jacket militar".

El 22 de diciembre se sucedieron vertiginosamente muchos acontecimientos. El General Eulogio Cantillo llegó urgentemente a La Habana. Solicitó una urgente entrevista con el General Batista por conducto del General Tabernilla Palmero, Jefe de Despacho de la Oficina Particular de Batista. La entrevista fue concedida para 7:30 de la noche. Rodeado de varios oficiales al llegar a Co-

lumbia, desde la zona de operaciones había comentado que "la gente no quiere pelear".

La entrevista entre Batista y Cantillo ese día duró tres horas. Al salir del despacho presidencial notaron al General Eulogio Cantillo preocupado y distante. Se despidió, con cortesías, pero fríamente. Al ver esa rara actitud los ayudantes preguntaron al Jefe de Estado como estaban las operaciones militares y Batista sin ninguna dilación contestó:

—Cantillo puede resistir sin dificultades en Oriente—.

Al marcharse el general Cantillo de la entrevista, Batista comenzó a caminar por el despacho presidencial. Estas raras circunstancias hicieron sospechar a los ayudantes y escoltas que a partir de ese momento estuvieron pendientes del más leve movimiento. Lo hacían por la seguridad personal de Batista y por su propia necesidad. Después, Batista ordenó que le sirvieran la cena y comió opíparamente. Intentó en vano mostrar optimismo y serenidad. Quería aparentar calma, pero el círculo que rodeaba a Batista, también tenía acceso a otras zonas militares y uno de sus hombres oyó "cosas raras del teatro de operaciones de la Sierra Maestra".

Antes de marcharse para Oriente, el general Cantillo visitó al general Tabernilla Palmero, donde recogió unos sobres conteniendo dinero que debía entregar a los jefes del regimiento de las provincias orientales, según instrucciones de Batista, aprovechando su viaje de regreso a la zona de Operaciones. Los generales Tabernilla Palmero y Eulogio Cantillo hablaron un largo rato. Antes de marcharse, el general Cantillo le dijo a Tabernilla Palmero:

—Silito, cada vez que leo un libro sobre cualquier hombre grande, cierro las últimas páginas, porque siempre el final es desagradable—.

De este diálogo se desprende que Batista en esos días estaba totalmente desorientado y confuso. El avión despegó del aeropuerto militar, pero no voló directamente hasta Santiago de Cuba, como era su costumbre. Se detuvo antes en Camaguey y Holguín, donde el general Cantillo conversó con los jefes de ambos regimientos. En Camaguey primero y una hora más tarde en Holguín, le entregó sendos sobres conteniendo dinero en efectivo. El sobre del Coronel Pérez Coujil, jefe militar de Camaguey, contenía quince mil pesos. Los sobres para los coroneles Manuel Ugalde Carrillo y José María Salas Canizares, tenían diez mil pesos cada uno, que estaban al frente del regimiento militar de Holguín.

A los tres oficiales superiores les dijo textualmente:

—Esto se los envía el Presidente Batista, para el caso que tengan que irse—.

Hay que suponerse la reacción de los militares al recibir el sobre del dinero, con el contundente mensaje "en caso de que tengan que irse". Era como una despedida cordial.

Era una prueba palpable de que se estaban elaborando los planes de la huida. Era sintomático de que fuera seleccionado el general Cantillo, tan distante de la presencia de Batista por estar

sumergido en la dirección de la guerra en su provincia, para que entregara sobres con dinero en efectivo, a los jefes de regimiento, con sugerencias tan crudas: "para el caso que tengan que irse".

En esos días en el Campamento militar de Columbia, había una enorme tensión por el descubrimiento de varias conspiraciones militares. La mayoría de la Oficialidad está conspirando, como le había dicho a Batista el "embajador americano". Batista lo sabía, pero le molestaba que personas ajenas lo supieran y se lo repitieran. Todo el misterio era poco. El derrumbe total del régimen se acercaba. El Ejército no podía resistir más. Para culminación esos días fueron retirados nada menos que tres generales: Martín Díaz Tamayo, Alberto del Río Chaviano y Aristides Sosa de Quesada. Mientras tanto el gobierno no preparaba a nadie para el desenlace final, que cogió de sorpresa a sus más leales representantes dentro de las Fuerzas Armadas y la Administración Pública.

Por esa fecha Batista ya no conversaba con los generales Río Chaviano y Díaz Tamayo. Las relaciones entre ellos eran tirantes. A Río Chaviano siempre lo utilizó para que le resolviera situaciones difíciles donde había que imponer la fuerza. Un día del mes de diciembre, el General Sosa de Quesada se atrevió a sugerirle "usted debe renunciar y buscar una solución". No le gustó a Batista. Más tarde comentó que en el fondo el interés del General Sosa de Quesada, era que lo retiraran, aunque meses antes "había propuesto levantar una estatua para el (Batista) en el campamento militar de Columbia".

En el libro "La Verdad" del coronel Florentino Rosell, "asegura que en esos días se encontraba en Santa Clara, adonde había sido trasladado el Cuartel General del Cuerpo de Ingenieros y regresó a la capital porque estaba en actividades conspirativas con los generales Eulogio Cantillo y Río Chaviano y los coroneles Ramón Barquín y Varela Castro. Los dos primeros generales eran en ese momento los jefes de los Regimientos de Las Villas y Oriente, los dos más importantes campamentos del país, mientras que los coroneles Barquín y Varela Castro, estaban presos como resultado de haber descubierto el gobierno el complot que dirigían el 4 de abril de 1956, para derribar el gobierno por la fuerza".

No obstante los juicios del coronel Florentino Rosell "que los generales Cantillo y Río Chaviano eran sus socios en la conspiración", era notorio que ambos generales eran cordiales adversarios. El plan consistía según el libro "La Verdad" en liberar de la prisión militar de "Isla de Pinos" al coronel Ramón Barquín y situarlo en la jefatura del Regimiento de Las Villas, para lo que colaboraría el coronel Rosell y el general Río Chaviano, jefe militar de esa provincia. Simultáneamente los generales Cantillo y Río Chaviano, según el libro "La Verdad" enviaron un ultimatum a Batista "urgéndolo a que se marchara del territorio nacional y entregara el mando a una Junta Militar compuesta por ellos y otros oficiales".

En el propio libro "La Verdad" el coronel Rosell asegura que en una larga entrevista que sostuvo con el general Cantillo, los últimos días de diciembre, "este le aseguró que no era necesario darle el golpe de Estado a Batista, porque éste renunciaría voluntariamente".

Por esos días fueron detenidos varios comandantes de una conspiración calificada como la "conspiración de los borrachos" y donde encontraron cartas autógrafas de Fidel Castro, dirigidas a uno de los complotados "agradeciéndole el envío de 10.000 dólares en efectivo". Por la forma en que Castro se dirigía a ellos se deducían cordiales relaciones amistosas, con algunos de los complotados.

A los hermanos San Román, oficiales de Columbia, también se les calificó de conspiradores y estuvieron detenidos en las prisiones militares hasta el 1º de enero de 1959. Uno de los oficiales estuvo preso en la cárcel de Isla de Pinos, a resultas de la frustrada invasión de Bahía de Cochinos, donde desempeñaba una importante jefatura militar.

En los predios cercanos a Batista se rumoraba con insistencia que el retiro del general Díaz Tamayo fue a causa de que estaba conspirando dentro del Ejército, en favor del Dr. Prío Socarrás, ex-Presidente de la República. Mientras esas especulaciones avanzaban habían otras que lo situaban dentro de los planes de Fidel Castro. Hubo quienes aseguraron este comentario de Fidel Castro:

—Mi hombre en Columbia, era el general Díaz Tamayo. Se comprometió conmigo a que cuando tuviera mil hombres en la Sierra Maestra, alzarse. Cuando le avisé, no me cumplió—.

Durante los desórdenes estudiantiles de Santiago de Cuba, a finales de noviembre de 1956, el gobierno envió tropas de refuerzo a esa ciudad. Por esos días el gobierno tuvo noticias, por una agencia privada de inteligencia, que Díaz Tamayo iba a alzarse contra el gobierno desde su posición en Oriente. Esos días iniciales de diciembre habló mucho con el general Díaz Tamayo y estaba molesto porque le habían enviado tropas de refuerzo al mando de un oficial de menor graduación que él.

Esta decisión de enviarle un sustituto al general Díaz Tamayo a Oriente, partió del propio Presidente Batista. En todas las oportunidades que conversé con él negaba todos los rumores que le incluían como conspirador. Lo que no cabe duda era que dentro de los generales Tabernilla Dolz, Eulogio Cantillo y Martín Díaz Tamayo, había profundas diferencias. Nunca oí de labios del general Tabernilla Dolz, juicios contra ellos. Batista utilizó con mucha habilidad las divergencias entre ellos y nunca las solucionó. Es de presumir que las alentó para estar mejor informado. Prefirió que no hubiera unidad de pensamiento dentro de los altos jefes militares.

Uno de los dirigentes más alertas del gobierno, era Eusebio Mujal, Secretario General de la Confederación de Trabajadores de Cuba. Las dos huelgas generales ordenadas por el "26 de

Julio" fracasaron. El día 22 de diciembre convocó a una urgente reunión en su casa de la calle Calzada. Mujal estuvo hasta muy tarde en el Palacio Presidencial y al llegar a su residencia suspendió la cita convocada. Había la posibilidad de hacer unas peticiones de aumento de salarios, para el nuevo año, pero se iban a subordinar por el estudio de otras cuestiones más importantes como el estado de guerra civil que existía en todo el país.

Eusebio Mujal meses antes ofreció a Batista organizar un movimiento de 50.000 obreros armados. Era todo un plan orientado a evitar que se interrumpiera la producción. Era en los momentos que había aumentado de manera alarmante el terrorismo a lo largo de toda la Isla, y la fuerza pública era impotente para imponer el orden. Los obreros organizados por su cuenta querían autodefenderse. Como era su hábito lo hizo por escrito. El general Tabernilla Palmero, leyó la carta al general Batista. Cuando terminó la lectura, Batista le contestó:

—Rompe esa carta que no vale la pena—.

Mientras sucedían graves acontecimientos en todo el país, Batista no reaccionaba. Cierta noche el Director de G3 (Operaciones del Ejército), coronel Carlos San Martín y Fresneda, y uno de los oficiales de "estado mayor" de más competencia, calificó esa apatía con una contundente frase:

—Estamos dormidos en un lecho de pólvora".

En el Estado Mayor del Ejército cubano quedaron docenas de planes hechos magistralmente por eficaces militares cubanos. Estuvieron archivados durante mucho tiempo y jamás se aprobaron por Batista, aún que se le elevaban continuamente. Batista que asumió la dirección total de la guerra, desde el punto de vista militar, se asomaba a los proyectos militares y los descuartizaba, adaptándolos a sus caprichos o reacciones intuitivas, contra la logística militar.

Los industriales y comerciantes cubanos no estaban ajenos al derrumbe que avanzaba. Los hombres de negocios y principalmente los del azúcar que ya habían entregado más de dos millones de dólares a Fidel Castro, como contribución "Espontánea" para que no le quemaran sus plantaciones de caña, solicitaron audiencia de Batista.

La visita la solicitaron dos miembros del Gabinete de Batista, que eran también personas de alta estima dentro de la clase azucarera: los doctores Amadeo López Castro y Jorge Barroso. Ellos no iban por su cuenta, sino representando a los hacendados y colonos cubanos, que insistían en intervenir en la situación cubana.

Los últimos acuerdos de dueños de centrales azucareros era solicitar de Batista que "renunciara y abandonara el país, como única fórmula para lograr la solución nacional".

En su larga exposición los azucareros manifestaron que era casi imposible transportar la caña para la molienda que se veía, por los continuos sabotajes. El transporte estaba totalmente paralizado. A diario se repetían las quemadas de cañaverales y no se podían capturar a los responsables de esos actos de

terrorismo. La destrucción se había profesionalizado hasta tal punto que por correspondencia se enviaban instrucciones para "quemar campos de caña". El procedimiento más socorrido que no acarrearía peligro a los terroristas, era adherirle a ratas pequeñas, líquido incendiario o "fósforo vivo" y lanzarlas dentro de los cañaverales. En su huida, los roedores esparcían el fuego por largas extensiones.

En la provincia de Oriente, las grandes contribuciones económicas de los industriales del azúcar debilitó los sabotajes. Pero el traslado de la guerra hacia la provincia central del país, Las Villas, bajo el mando de Camilo Cienfuegos y el Ché Guevara, reinició la quema de las plantaciones de azúcar. Esta provincia es la que tenía mayor número de centrales azucareros. En esas circunstancias no se podría garantizar la nueva molienda que se iniciaría el próximo 15 de enero de 1959.

Batista después de escuchar a sus dos ministros que representaban en esa oportunidad los intereses azucareros cubanos, estaba molesto. Batista me refirió su respuesta en Santo Domingo, de la siguiente forma:

—Si se atreven en otra oportunidad a sugerirme tales recomendaciones, les pongo a disposición de los Tribunales de Justicia, por que eso significa incitación a la insurrección—.

Los dos "embajadores" de los azucareros se marcharon contritos y preocupados. De estas conversaciones no estaba ajeno el Embajador Smith, que después de expresarle a Batista en su conversación del 17 de diciembre de 1958 (2 horas y 35 minutos) que después del 24 de febrero de 1959, el gobierno de los EE. UU. no reconocería al gobierno cubano electo en las elecciones del 3 de noviembre de 1958, estuvo al tanto de las conversaciones de Batista con personalidades cubanas e instituciones, sugiriéndoles que "se marchara del país por bien de Cuba".

Batista relató con pesadumbre a sus huéspedes en Santo Domingo de la reunión con los azucareros.

El día 23 de diciembre llegó al Palacio Presidencial el Dr. Julio Iglesias de la Torre, contratista y Administrador de la Shell Mex de Cuba, S. A. Traía malas noticias. Durante mucho tiempo, el Dr. Iglesias de la Torre, le sirvió de enlace al general Batista con las autoridades eclesiásticas. Esta vez venía con una espino-sa misión. Era un hombre diestro en tareas diplomáticas y siempre salió airoso de todas las encomiendas presidenciales.

De las muchas entrevistas que sostuvo con el Dr. Carlos Prío en Miami, para que el ex-Presidente accediera a un entendimiento con Batista, siempre logró atenuar en algo la guerra financiada por Carlos Prío. De su enorme caudal anecdótico sale un juicio lapidario de Carlos Prío sobre Fulgencio Batista. Dijo Prío en aquella ocasión al negarse al diálogo:

—Batista no deja el poder hasta que el Tesoro Público no esté exhausto—.

Pero ese día el diestro hombre de negocios trajo un ukase del clero cubano para el general Batista. Los obispos se estaban re-

uniendo en el Palacio Cardenalicio y tenían redactada una pastoral que harían pública los días de Navidad en todas las iglesias cubanas, donde le exigían a Batista "por el bien de Cuba que se marchara del país y abandonara el poder".

Siempre uno de los sectores que más impresionó a Batista eran las decisiones del clero cubano, no obstante su total apatía de las cuestiones de Estado en los últimos años de su gobierno. Muchas veces se le oyó decir que "estaba queriendo apresurar el almanaque para dejar el poder y marcharse en un largo viaje por Europa, la India y Africa". Pero los hechos lo desmentían.

En esa oportunidad maniobró con rapidez. Por conducto del Dr. Iglesia de la Torre solicitó la intervención de algunos obispos amigos. Del documento fuerte y de sabor opositorista con las matices de los obispos adversarios a su gobierno, el Arzobispado cubano redactó otra Pastoral que invocaba una tregua entre "gobierno y oposición para que fueran a la concordia nacional y depusieran las pasiones por el bien de Cuba".

Era su último apuro con el clero cubano. El 26 de diciembre Batista llama a Pedraza al servicio activo. Sólo se hizo saber por los partes oficiales del Estado Mayor del Ejército. No se le dió cargo específico para la publicidad. Se mantuvo su designación en un raro hermetismo. Desde el primer día de su nombramiento como Inspector General del Ejército, se instaló en la torre de control de la Fuerza Aérea Cubana para estar al tanto de lo que sucedía. Ya era muy tarde hacer algo efectivo, aunque su nombre representó un aliento para los soldados y civiles vinculados al gobierno.

Ese día 26 de diciembre, hablé con el coronel Esteban Ventura y me dijo que iba a renunciar y marcharse para su casa, porque los altos oficiales y el Presidente estaban entregándose y no peleaban. La noche del 23 de diciembre, los escoltas de Batista se sorprendieron por que salía fuego de uno de los portales de su residencia campestre. Fue una falsa alarma. Era que Batista con el señor Manuel Pérez Benitoa y un eminente médico cubano que les acompañaba estaban revisando documentos y correspondencia privada. Después de destruirla, la echaban al fuego. Por qué hacían eso?

Nunca los escoltas pudieron saberlo. Más se alarmaron cuando la criada que atendía a los hijos de Batista empezó a empacar maletas con las ropas de los hijos del Presidente. En medio del hermetismo con que Batista se comportaba con sus escoltas los últimos días de su gobierno, esta quema de papeles y documentos secretos fue suficiente para que los militares cercanos a Batista, presumieran que algo grave estaba por suceder.

El 27 de diciembre el general Cantillo vuelve a La Habana. Como es su costumbre visita al general Batista en su despacho del Palacio Presidencial. Habla varias horas con el primer mandatario cubano. Le informa detalladamente de la situación de las tropas y el poco entusiasmo que hay para la pelea, producto

de la deficiente orientación de la guerra y el poco respaldo popular que recibía el gobierno.

Personas muy allegadas al general Cantillo aseguraron que esos días, el jefe oriental, solicitó del brigadier médico Iglesias de la Torre, de que lo descalificara físicamente porque no quería regresar más a Oriente. Estos rumores se extendieron hacia otros aspectos cuando el mismo día de su llegada estuvo conversando con otros generales en las oficinas del Estado Mayor Conjunto. Al referir el general Río Chaviano (cuyo retiro se estaba tramitando) de las dificultades que confrontaba por la falta de parque y armas, el general Eulogio Cantillo no vaciló en declarar que "él estaba seguro que Santiago de Cuba, pasaba a manos de los rebeldes de una u otra forma".

El general Río Chaviano aseguró entre un grupo de periodistas extranjeros que lo visitaron en Santo Domingo que el responsable de la caída de las provincias de Oriente y Las Villas fue Batista. Los escuadrones de Las Villas estaban sin armas y parque suficiente. Cuando consulté con Batista, dijo Río Chaviano "dió instrucciones personales de que retirara las tropas de los escuadrones y puestos militares y los trasladara al Regimiento de Santa Clara, dejando los pueblos y ciudades a merced de los rebeldes. Más tarde agregó textualmente:

—He tenido que ordenar a los puestos de la Guardia Rural que se incorporen a los Escuadrones, dejandro grandes zonas de Las Villas sin protección, las cuales eran ocupadas inmediatamente, sin resistencia por los rebeldes, que establecieron sus comisariados, ocupando las plantas de radio y televisión, los servicios de comunicaciones oficiales, los teléfonos y electricidad, fortaleciendo el movimiento subversivo de esa zona. Así fueron entregados al enemigo los pueblos de Báez, Provincial, Minas Bajas, Guinía de Miranda y otros muchos".

Más tarde cayeron Fomento, sigue diciendo el general Río Chaviano; al Escuadrón de Cruces se le ordenó retirarse para el puesto de la Guardia Rural de la Esperanza. En iguales circunstancias se le ordenó al Capitán Casaya que abandonara Sancti Spiritus y se incorporara al Escuadrón de Ciego de Avila. En esos días los pocos cuarteles que quedaban en poder del Ejército, recibían el apoyo, parque y alimentos por la vía aérea.

Quiénes son los responsables de estas decisiones militares de abandonar los cuarteles y dejar el territorio libre a los grupos fieles en la Provincia de Las Villas?

Es Batista, es el Jefe del Estado Mayor del Ejército, o es el Jefe del Regimiento de Las Villas.

El general Río Chaviano me aseguró en Santo Domingo que él cumplió instrucciones del general Batista. Batista por su parte publicó en sus libros que el general Río Chaviano le había entregado Las Villas al Ché Guevara por dinero, conjuntamente con el coronel Florentino Rosell. La respuesta verdadera queda en suspenso. Tendría que hablar el Ché Guevara y nadie ahora quedará que el aventurero argentino le sirva de testigo excepcional.

Días más tarde, Batista retiró al general Río Chaviano del cargo de General de Brigada del Ejército de Cuba.

Esta conducta que asume Batista es inexplicable. Como es posible entender que le otorga el retiro y sus beneficios económicos a un general del ejército que según sus libros lo ha traicionado. Si las imputaciones que hace Batista de "traidores" son como estas, la palabra y la acción se desmoralizan con sus actuaciones posteriores.

Después en Santo Domingo, a la llegada de los exilados, prohibió a sus amigos que visitaran al general Río Chaviano. Lo consideré al principio como el propio apasionamiento de verse derrotado, pero quedé sorprendido al transcurrir las semanas venideras y enterarme que al general Río Chaviano que él consideraba traidor, le pidió una cooperación de \$ 200.000 para pagarle una deuda de armas a Trujillo, ascendente a \$ 601.000. En esta delicada misión económica, envió a su último Jefe del Ejército, general Pedro Rodríguez Avila. El general Río Chaviano, por supuesto se negó a entregarle el dinero.

De nuevo el dinero juega un papel determinante en la vida de Batista. Cancela todas las responsabilidades y acciones de un oficial al que ha calificado de "gran traidor" y no repara solicitando su cooperación económica, para pagarle una deuda a Trujillo. Esto es inexplicable.

Los días de festividad pascual los generales solicitaron que Batista visitara Columbia para exponerle un último plan militar. Era la última oportunidad. El plan consistía en reagrupar todas las tropas que estaban dispersas cuidando centrales, fincas particulares y otros lugares sin importancia y comenzar de nuevo la lucha, considerando a los fidelistas dueños absolutos de las tres provincias orientales.

Agruparían todas las tropas y tanques disponibles, situándolos en Matanzas. Lanzarían una operación relámpago con apoyo aéreo sobre Santa Clara y así seguir por el resto de la provincia hasta Camaguey y Oriente. Todo se había planeado con arreglo a la táctica y estrategia moderna y con todos los recursos disponibles para una guerra rápida y total.

El último esfuerzo, es justo consignarlo, era el aliento que quisieron imprimirle los altos oficiales del Estado Mayor al desarrollo de la guerra, a sólo una semana de la caída del régimen. La operación militar fue vetada por Batista. En esos momentos que el espíritu de derrota se había apoderado de todos, tanto oficiales como soldados, Batista con su actitud negativa contribuyó decisivamente a fomentar el desaliento.

—Yo lo que quiero es llegar al 24 de febrero. Además, si reagrupamos las tropas para hacer una operación relámpago y descuidamos Oriente, Fidel Castro se apodera de Santiago de Cuba y muchos gobiernos extranjeros lo reconocerían como gobierno constituido. Entonces íbamos a tener dos gobiernos. Y eso no está bien—.

Después de terminada esta reunión los oficiales superiores

y los generales hicieron múltiples especulaciones. Recordaron las veces que Batista dejaba de asistir a las importantes reuniones militares demorando las decisiones finales, ya que sin él no se podían tomar acuerdos. Planes urgentes que requerían su aprobación fueron cancelados cuando tampoco asistió a una reunión del 4 de diciembre. Después de la forma primitiva en que vetó el plan final, cobró fuerza la declaración del general Luis Robaina Piedra, cuando dijo ante el resto de generales:

—Yo considero que Batista está muy desmejorado y el paso que va a dar es suicidarse, porque ya no le funcionan bien sus facultades mentales—.

La conversación fue tomando otros perfiles. Se rectificó de nuevo hacia los motivos que los habían hecho reunirse y el general Eulogio Cantillo apuntó la posibilidad de establecer relación con Fidel Castro por conducto del padre Guzmán "que se había ofrecido a servirle de contacto" según espontáneo ofrecimiento.

Todos quedaron impuestos que se indagaría dentro de la zona rebelde, cuáles eran en esos momentos los planteamientos que hacía Fidel Castro. Al otro día el general Cantillo voló hacia Oriente. Su misión era indagar por conducto del sacerdote lo que quería Castro.

Este oscuro episodio tiene muchos aspectos. Batista supo que Cantillo iba para Oriente y en la misión que iba. Después el 31 de diciembre, supo antes que nadie, por boca del general Cantillo, la respuesta de Castro, aunque más tarde ha declarado en sus libros enormes, que cuando el general Cantillo fue a notificarle sus conversaciones con Castro, lo interrumpió diciéndole:

—No quiero saberlo—.

Cuando el general Francisco Tabernilla Dolz, Jefe del Estado Mayor Conjunto, el 31 de diciembre de 1958, horas antes de entregarse el gobierno, vió al general Cantillo en el Estado Mayor del Ejército y le inquirió por el resultado de la entrevista con Castro, el general Cantillo le contestó:

—El Presidente Batista me dijo que no le dijera nada—.

Si Batista prohibió que divulgara el diálogo, era que lo sabía. No hay peligro de divulgar un hecho que no se sabe. Ahí reside uno de los poderes de Batista. Su gran agilidad para la intriga, y oscurecer y complicar las situaciones para hacerlas difíciles. Mantener a todos despistados, sin la verdad para nadie. Siempre con una baraja guardada. La del triunfo.

Días después, al triunfar la revolución todos sabrían que Castro sólo aceptaba:

—Alto al fuego y rendición incondicional—.

—Y el Ejército cubano cesó el fuego y entregó las armas a sus enemigos. El general Cantillo cumplió disciplinadamente las instrucciones que le dió Batista de "rendición". Históricamente, Batista no perdía la guerra, ni entregaba el Ejército. Otro cargaría con la responsabilidad histórica, además de la cárcel. La mayoría de los oficiales afines a Batista acusan al general Cantillo de traidor. Los fidelistas y el propio Fidel Castro personalmente,

también lo calificó de traidor. La propia forma en que se desarrollaron los hechos, da más luz que los apasionados críticos de ambos bandos.

Lo cierto es que el general Eulogio Cantillo, como oficial de carrera, se quedó en su puesto, y esperó el desenlace con serenidad. Permitió que todos los militares y civiles del gobierno de Batista que quisieran marcharse lo hicieran, y permitió que salieran de las cárceles militares todos los conspiradores que cumplían condena por estar contra Batista. Después fue arrestado. No estoy seguro hasta qué grado lo utilizó Fidel Castro. Pero estoy consciente que Batista lo quemó y lo utilizó hasta para entregarle un derrumbado y odiado gobierno para que el pudiera huir.

Históricamente, Cantillo recoge una porción de culpa, como todos los que intervienen en la vida pública de los pueblos, y hoy cumple condena.

Ya Castro tenía el poder en sus manos. Dentro del Ejército la actividad conspirativa era inmensa y todos los oficiales estaban descontentos por el curso de las operaciones militares. La disciplina dentro de las fuerzas armadas había desaparecido. No había dentro del Ejército una propaganda activa que cancelara la infiltración de rumores que inteligentemente se hicieron penetrar en los cuarteles. La anarquía que infiltró Batista en el Ejército, trajo después de 7 años esos catastróficos resultados negativos.

La mayoría de los Alcaldes habían abandonado sus pueblos cuidando por la seguridad de sus vidas. Los jefes políticos habían abandonado sus términos municipales. Los cuarteles del interior de la Isla estaban deficientemente equipados de parque y abastecimientos, amén de las armas antiguas que usaban. El transporte estaba interrumpido. De Santa Clara a Oriente no había comunicaciones. Los partes del Estado Mayor no eran veraces, y las tropas salían de los cuarteles y no sabían cuando regresaban.

Hubo unidades que estuvieron 22 meses consecutivos en operaciones. Las tropas en campaña no tenían correspondencia con sus familiares. Los cheques no le llegaban por sus haberes mensuales y tenían que enterrar a sus compañeros muertos en campaña, en el lugar donde caían, cuando podían hacerlo. Los heridos casi nunca llegaban a tiempo para atención clínica. La situación no era desesperada. Era insostenible.

Dentro de las filas del "castrismo" todos los que se desviaban su trayectoria se les consideraba traidores y se les fusilaba. Mientras que dentro de las filas militares los que infringían los reglamentos eran perdonados. Se fué minando hasta lo más profundo la moral militar y fueron perdiendo los soldados la fe en sus jefes. Por que Batista no imponía con más rigor la fuerza de la ley militar?

No podía hacerlo. El ejemplo era él. Mientras esto sucedía el juego prohibido seguía cobrándose en todos los regimientos y remitiéndose al Palacio Presidencial, por conducto de su médico particular el Dr. Ramiro López de Mendoza.

Mientras que el Ejército de la República se derrumbada, la inescrupulosa maquinaria recaudadora del juego no tenía un solo fallo. Por muchas manos llegaban puntualmente cada mes, los quince mil dólares que cada jefe de Regimiento estaba obligado a entregar como "contribución para obras humanitarias".

—Pero jamás los soldados vieron a Batista en la zona de operaciones. El general de cinco estrellas, decía a sus íntimos cuando se lo sugerían:

—Esas obligaciones son propias de un "teniente" y no de un Jefe de Estado—.

El 28 de diciembre Batista ha decidido ampliar la lista de los que abandonarían con él el territorio cubano. Se ha comisionado al capitán Martínez Díaz, para que tan pronto despegue el avión —nunca antes— se comunique por teléfono con Ministros, Congresistas, líderes obreros y amigos personales y les diga textualmente:

—El General Batista ha entregado el Gobierno a una Junta Militar al mando del General Cantillo y se ha marchado al extranjero—.

—Yo recibí esa llamada a las 3:45 de la madrugada y supongo que como "amigo personal".

Batista le dió instrucciones al General Tabernilla Palmero desde el 23 de Diciembre para que tuviera listo tres aviones, probándoles sus motores y con los pilotos en disposición de despegar. Comisionó al Jefe del Servicio de Inteligencia Militar para que vigilara la "Aviación" porque algo raro estaba sucediendo". A los Tabernilla les daba instrucciones de tener preparados tres aviones y después ordenaba que los "vigilaran". Esta intriga palaciega que es fácilmente comprensible en política, entre los militares es desconcertante. Esta medida tenía dos finalidades. De esa manera ocultaba sus verdaderos planes que está "listo para irse" o culpaba a otros de sus desaciertos.

Estuvo revisando de nuevo los nombres de los agraciados y pidió que chequearan si los aviones seguían "listos para despegar" ante cualquier eventualidad. El día de la decisión final, hubo dificultades en la Fuerza Aérea, porque al transcurrir cinco días de la orden de mantener listos tres aviones, el Departamento de Operaciones, como cuestión de rutina, consideró que se había cancelado el vuelo.

Tres años después, un día aniversario de la huída me relataba impresionado el Jefe de la aviación cubana:

—Figúrate, que como era último día de año, se permitió que los pilotos fueran unas horas a sus hogares, cuando recibí la orden terminante de que el vuelo sería a las 3:30. Tuve momentos que pensé que no tendría pilotos listos para el vuelo—.

El pretexto que se mencionó a los invitados era para "comer las uvas a las doce de la noche". Los que asistieron a ese íntimo brindis relatan que Batista comió de pie, con buen apetito, varios trozos de carne de cerdo.

Pero los líderes civiles del gobierno como Justo Luis Pozo,

Jorge García Montes, Santiago Rey, Eusebio Mujal y otros no fueron invitados. Supieron que Batista se marchaba, cuando éste ya volaba rumbo a Santo Domingo.

Batista dió instrucciones al general Tabernilla Palmero con quien estuvo despachando en la Oficina de la planta baja de la residencia presidencial, de que le comunicara a su hijo Rubén Batista la salida, para que éste se encargara de comunicárselo al resto de la familia de su anterior matrimonio. Siguió la quema de papeles y el chequeo de los pasajeros del último vuelo. Incluyó los nombres del General Juan Rojas González; del brigadier Fernández Rey y del coronel Pérez Coujil y sus respectivas esposas e hijos, que los había olvidado. Todo estaba previsto.

Faltaban 3 días para entregar el gobierno y el general Pedraza embarcó personalmente a Santa Clara con 500 hombres de tropa fresca. Yo iba también en uno de esos aviones militares interesado en conocer la situación real de la provincia. El Estado Mayor Conjunto autorizó mi viaje, y fui el único periodista que estuvo dentro del Campamento y recorrió la zona de operaciones.

Todas las miradas del país convergían en la región central de Las Villas. Allí se librada la batalla decisiva que iba a cortar en dos a la Isla. Al general Pedraza lo esperó en el aeropuerto el coronel Joaquín Casillas. Montó en un camión blindado hasta el regimiento, mientras se escuchaban los ténues disparos de los francotiradores. Al día siguiente de marcharse el general Pedraza, el Servicio de Inteligencia de la provincia descubrió una planta de radio clandestina, exactamente frente a la pista de aterrizaje. Esta planta sirvió para dar los informes del movimiento de tropas.

Mientras había cientos de hombres dentro del campamento la ciudad de Santa Clara estaba a merced de los grupos de acción del "26 de Julio". La estrategia insurreccional era poner obstáculos para interrumpir el tránsito y desde las azoteas los francotiradores aprovechaban la situación. Era una ciudad desierta y aterrorizada.

El Escuadrón 35 de la Guardia Rural y la Jefatura de Policía Nacional se mantenían en continuo contacto telefónico con el regimiento. Pero estaban acuartelados. El coronel Joaquín Casillas, Jefe del Regimiento, dió en todo momento muestras de un valor extraordinario. Aún recuerdo cuando de madrugada recorriendo solos el campamento me repetía sin cesar:

—Muerto, antes que un paso atrás—.

Y así fue.

Batista en su libro "Respuestas" anota que dentro del regimiento había una total anarquía. Es cierto que al llegar Casillas primero, como Jefe del Regimiento y después el coronel Cecilio Fernández Suero, como Jefe de Operaciones, se produjeron ligeras fricciones entre ambos, que fueron canceladas en el mismo momento de la discusión. Pero nunca fue por falta de valor o decisión. Pero hay que apuntar que fue Batista, quien creo esa dualidad de mandos, ubicando en el mismo Regimiento diferen-

tes cuerpos de tropas; las propiamente del regimiento y las de "Operaciones". Un mes antes había asentado más tropas y otra jefatura: la del Cuerpo de Ingenieros.

Qué se iba a esperar de estas descabelladas decisiones militares!

Otro ejemplo de dualidades bélicas era el "Gran Hotel" de Santa Clara, que el día 30 de diciembre sus azoteas estaban ocupadas por las tropas del Ejército, mientras que los sótanos habían logrado capturarlos los fidelistas. Al personal militar que custodiaba las azoteas, hubo que suministrarle alimentos y parque por aire, en paracaídas. Los edificios públicos como el Gobierno Provincial y el Instituto de Segunda Enseñanza que están situadas frente al parque Vidal, estaba ocupado por las tropas del Ejército, mientras que en sus alrededores los francotiradores eran dueños de la situación.

El plan del coronel Casillas consistía en desalojar a los francotiradores de la ciudad y sólo esperaba la llegada de los tanques "Sherman" que les habían enviado desde La Habana y que venían por toda la carretera Central.

En la madrugada del 30 de diciembre se sintieron disparos de francotiradores, muy cerca de las postas del Regimiento. Ese mismo día se enteró el coronel Casillas que el tren blindado había sido capturado, porque los efectivos militares que se suponían estuvieron dentro del mismo no contestaban las llamadas de la jefatura del regimiento. Casillas encontró un regimiento sin cohesión, donde la mayoría de los oficiales estaban cansados después de dos años de pelea, y esperaban el derrumbe de un momento a otro. Y así fue. Cayó el Regimiento y su jefe muerto también, como él lo había pronosticado.

El día 29 de diciembre dentro del campamento militar de Columbia hay una gran desconfianza entre oficiales y tropa. Han penetrado dentro de los cuarteles las noticias de que los grupos del "26 de Julio" se han apoderado de varias ciudades. La propaganda se intensifica. Era muy sintomático lo que se descubría cada día que pasaba. Los grupos de acción del "26 de Julio" se preocupaban más en apoderarse de las plantas de radio y teléfonos, que de asaltar los cuarteles.

Batista estaba inseguro en Columbia. Dos petardos habían explotado dentro del campamento. Pero su apariencia exterior es de serenidad, que lo acompañara en sus más difíciles momentos. Comienza a caminar dando largos pasos, y después de varios minutos se decide ir a visitar al general Pedraza que dos días antes lo ha llamado al servicio activo.

Llega al cuerpo de Guardia de la Fuerza Aérea y la tropa se entusiasma. Producía su presencia un aliento inconfundible en los hombres uniformados. Sube a la torre de control y encuentra a Pedraza en traje de campaña. El viejo soldado no se despega de los micrófonos de la Fuerza Aérea. Está al tanto de todo lo que sucede. Por sus manos pasan los partes de operaciones y personalmente quiere oír las necesidades de los jefes de

la Sierra, Las Villas y de todos los escuadrones que reclaman parque y armas.

Pocos días antes había llegado la última remesa de los 5.000 rifles "Garand" que el gobierno compró en Italia. Los 5.000 rifles fueron transportado por la famosa línea aérea "Tigres Voladores" que hacían vuelos directos entre Italia-La Habana. El transporte lo hacían en sus enormes aviones de cuatro motores, que regularmente llegaban a la base aérea de Columbia entre dos y tres de la madrugada. Sobre el pago de estas armas, se asegura que un contratista de Obras Públicas, prestó al gobierno un millón de dólares en efectivo para el pago inicial.

Batista después de visitar a Pedraza, hizo un recorrido por varios pisos de la Fuerza Aérea. Al despedirse de ellos se produjo un pequeño brindis con champan diciendo:

—Por el Ejército, por Cuba, por la FAE (Fuerza Aérea Cubana).

Era una sorpresa para la tropa verlo recorrer las dependencias militares. Hacía muchos meses que estaba de espaldas a la realidad militar. Llegó a la división de tanques "10 de Marzo" en el momento que salían rumbo a Santa Clara un grupo de tanques "Sherman" al mando del Teniente Urdanivia. Fue aclamado por la tropa. El general Tabernilla Palmero, relatara más tarde que antes la insistencia de oficiales y soldados que le gritaban: "póngase el jacket", decide retirarse. No obstante aparecer efusivo y darle la mano a muchos soldados, está incómodo. Ya no le gusta verse rodeado de hombres uniformados.

El último día de año, hay una aparente calma en Columbia. La Habana está lista para celebrar sus fiestas de Fin de Año. Los cubanos ese día no escucharon las transmisiones de radio clandestinas. Sólo unos pocos hombres del gobierno habitualmente bien informados, se sorprendieron de los inexplicables comentarios de las emisiones escuchadas. Nadie puso empeño en la dialéctica que argumentaban. El locutor aconsejó:

—No aceptar el alto al fuego, ni la Junta Militar impuesta por el imperialismo yanqui. Sólo aceptaremos el gobierno de la revolución y sólo se resuelve por la huelga general y la guerra total—.

Ya el "26 de Julio" estaba listo para tomar el poder. Esas consignas se dicen cuando hay unos planes que los respaldan. Eran consignas e instrucciones a las ciudades y pueblos. Lo primero que interesaba era la captura del poder y no la caída de Batista o la "democratización" del país. Por eso era más importante apoderarse de las comunicaciones de la Nación, emisoras, teléfonos, electricidad y periódicos, que batirse contra un cuartel de la Guardia Rural.

El día primero de enero al marcharse Batista, las consignas de huelga general se ordenaron por esas plantas capturadas el día antes. En La Habana se capturaron de madrugada, las plantas de radio y televisión, por medio de sus agentes infiltrados con anterioridad. La inteligente decisión culminó con todo el poder

para el "fidelismo" dejando fuera a los restantes opositores. Era algo así como aquella memorable frase de Lenin: Todo el poder para los soviets.

La orden de huelga general y persecución inmediata de los funcionarios y militares del régimen anterior, culminó con la absoluta atomización de dudosas decisiones de rebeldía por las fuerzas armadas. Los periódicos habaneros informaron varios días después, que el día del triunfo de la revolución murieron 92 personas. Fueron batistianos que sorprendidos por los acontecimientos nocturnos, disfrutaban del primer día de año, ajenos a la tragedia cubana. Fueron cazados y asesinados por los grupos de acción del fidelismo.

Ese día de haberse prolongado la lucha a la Fuerza Aérea se le hubiera imposibilitado hacer cualquier incursión aérea, porque en los arsenales de la base sólo quedaban 60 bombas. Y había parque gracias al gobierno dominicano que suministraba cinco aviones diarios de armamentos. Los norteamericanos además de rehusar vender más armas al gobierno de Batista, habían persuadido a otros gobiernos del hemisferio para que suspendieran sus ventas de armas a Cuba. Sólo Trujillo, incumplió esa orden. Pero los fidelistas seguían recibiendo desde el Estado de la Florida grandes cantidades de armas modernas.

Como a las cinco de la tarde del 31 de diciembre, Batista personalmente llamó por teléfono al general Tabernilla Palmero, para que le informe de la llegada del general Eulogio Cantillo de Oriente. A las 6:30 de la tarde le comunican la llegada del general Cantillo. En su libro "Respuesta" Batista asegura que "había enviado un ayudante para que esperara a Cantillo en el aeropuerto" y lo llevara directamente a su finca particular. Lo apropiado era que al saber Batista que el General Cantillo regresaba de conversar con Castro, al llegar de la zona de operaciones, no le enviara un ayudante presidencial, sino un Oficial de Inteligencia y varios soldados para arrestarlo por haber conversado con el enemigo. Al no hacerlo, o demuestra una total irresponsabilidad, o desconocimiento de los reglamentos militares.

Para no ser tan inflexibles, seremos más sensatos. Batista sabía que el general Cantillo iba a un diálogo con Castro (que Batista aprobó) pero quiso retener el secreto del diálogo para tener más tiempo para hacer maniobras políticas.

Ese placer de Batista por la censura, y ocultar lo que estaba sucediendo, trajeron una total falta de información dentro de las fuerzas armadas que no pudieron reponerse con la sorpresiva huida que culminaron en los miles de militares fusilados por el gobierno de Castro.

No fue cierto tampoco, que el general Cantillo fuera directamente a conversar con Batista. Fue directamente a su casa, donde lo esperaba su esposa. Ese día cumplía aniversario de bodas y había pedido y se le había autorizado unas horas de permiso para estar con su familia. Ya Batista le había ofrecido la Jefatura de una Junta Militar pero la huida se produciría como Regalo de Reyes: el 6 de enero.

El general Cantillo recibe instrucciones de presentarse a las 8:30 de la noche en la finca Kuquine, residencia privada de Batista. Responde textualmente al ayudante presidencial:

—Dile al Presidente que he venido expresamente por mi aniversario de bodas y que desearía ir más tarde—.

Batista accede y sugiere que se presente a las 9:30 p. m.

Mientras tanto de la oficina particular de Batista en Columbia, sacan sus tres pasaportes y los llevan para su mesa de la finca Kuquine. Uno de los pasaportes es de su viaje a Suramérica, en el año 1944; otro del viaje a Panamá, a la Conferencia de Jefes de Estado. El otro era el pasaporte personal de su viaje a Daytona Beach.

Hay una absoluta calma en la finca Kuquine. Sólo le acompañan el Dr. Andrés Domingo; el Dr. Gonzalo Guell, Ministro de Estado y el general Tabernilla Palmero. El Dr. Andrés Domingo está muy sereno, sentado en un amplio sofá. El Dr. Gonzalo Guell, da largos pasos a lo largo de la enorme biblioteca, sin separarse de un voluminoso sobre amarillo. Todos desconfían. Diez mil volúmenes de libros y docenas de figuras clásicas presencian impávidos las escenas.

Batista ordena a su ayudante presidencial que llame al general Tabernilla Palmero. Cuando entra, estando aún de pie le dice:

—Silito, tenemos que irnos esta noche. Avisale a tu hermano Winsi (Carlos Tabernilla Palmero, Jefe de la Fuerza Aérea) que tenga los aviones preparados para las 2:30 de la madrugada. Tu tienes contigo la lista de las personas que van con nosotros—.

El general Tabernilla Palmero le muestra las listas y le contesta que la mayoría de los invitados están avisados para comer las "últimas uvas de fin de año". Cuando le anuncian que el general Cantillo acaba de llegar, le pide al general Tabernilla Palmero que salga del despacho. Cuando el general Cantillo entra en el despacho de la biblioteca, el reloj está marcando las diez de la noche. Cierran la puerta y permanecen reunidos en un diálogo privado que dura treinta minutos.

Cuando se abren las puertas hay un nuevo Gobierno. Batista no ha consultado con nadie su histórica decisión. Nadie ha intervenido, aunque después anuncie a las agencias de noticias del mundo entero, que forzado por los militares ha tenido que renunciar. Su absolutismo lo obliga a tomar otra errónea determinación. Ordena que el general Tabernilla Palmero asuma el mando del regimiento de tanques "10 de Marzo", dejando la División de Infantería de Columbia, para que asuma su mando de ésta, el general Eulogio Cantillo. Con esta determinación, Cantillo asume el mando de la República.

Pero es necesario que primero asuma la Jefatura de Columbia, en la División de Infantería, que es la base más importante del país. El proceso es escalonado. La noticia de que asume la Jefatura de una Junta Militar se dirá más tarde cuando Batista tome el avión.

Es sorprendente con la velocidad con que se han desarrollado los últimos acontecimientos. El histórico diálogo ha concluido. Batista y Cantillo se ponen de pie y abren la puerta. Con las cortas frases que el general Cantillo dice se terminan de redondear el diálogo sostenido. Cantillo dice con sorpresa, algo que otros oyen:

—Señor Presidente, yo no conozco a ningún civil para formar gobierno. A quién tengo que llamar—.

Cantillo estaba sorprendido y no atinaba la forma de iniciar sus nuevas responsabilidades. El suponía que Batista le iba a dejar al frente de una Junta Militar, el 6 de enero, pero no pensó que tendría el día de su aniversario de bodas, que atarse a una fórmula de un gobierno civil, inoperante en un momento de guerra civil.

Como el general Cantillo no sabe cual es el procedimiento inicial, Batista empieza aconsejándole, y le pregunta al Doctor Andrés Domingo Morales del Castillo, quién es el Magistrado más antiguo. El Secretario de la Presidencia no lo recuerda en ese momento y tiene que consultarlo por teléfono. Varios meses después relatándome el episodio de los últimos momentos, me dirá en el Hotel Jaragua, de Santo Domingo:

—Con esta pluma se firmó la renuncia. Yo redacté el documento. Nadie quería hacerse cargo del gobierno—.

Batista aspiraba en esos últimos momentos a seguir dirigiendo a Cantillo, y no dejara de hacerlo hasta el mismo minuto en que sube a bordo del avión. Batista le recomienda los nombres del magistrado Piedra, los doctores Ricardo Núñez Portuondo, Raúl de Cárdenas y otros. Esos nombres le impresionan. La élite cubana será siempre factor concluyente en sus decisiones.

Alrededor de las once de la noche el general Cantillo sale de la finca campestre de Batista con dirección a Columbia, para asumir el mando de la Nación. El telefonema oficial ha sido emitido ya y todos los mandos de la República conocen la noticia. Llega a la Jefatura de la División de Infantería. La sala está llena de oficiales. Ruega a militares que hagan silencio y dice:

—Señores: el general Batista sacrificándose una vez más por Cuba y para evitar más derramamiento de sangre ha decidido renunciar y embarca a las tres de la mañana para el extranjero—.

Una chispa de alegría cundió en los rostros de todos los oficiales. Era inexplicable pero se sentían felices que Batista se marchara. Todos sin excepción querían hacer un comentario, pero se adelantó el comandante Carrillo Ugartemendia diciendo:

—Qué hombre más grande es el general Batista—!

Ya Batista había regresado a Columbia y estaba en su residencia dirigiéndose a los generales y sólo cuatro civiles que había invitado. Los doctores Justo Luis Pozo, Santiago Rey, Jorge García Montes y Eusebio Mujal cansados de esperar para saludar a Batista por ser el último día de Año. Después de una larga espera se marcharon.

El general Tabernilla Dolz, Jefe del Estado Mayor Conjun-

to, hace un aparte con el general Eulogio Cantillo y le pregunta: —Qué habló con Fidel Castro?

El general Eulogio Cantillo, lamentando la respuesta le dice:

—General, tengo instrucciones del Presidente de no contarle nada de la entrevista—.

Gracias, Cantillo, respondió Tabernilla Dolz.

Mientras esto sucedía los periodistas no estaban desorientados. A tres mil millas de distancia, desde las oficinas centrales de la Prensa Asociada, en el Rockefeller Center, en Nueva York, los teletipos pedían con urgencia una rara información a su oficina de La Habana:

—Indague a qué hora sale el general Batista, quiénes le acompañarán y hacia dónde se dirige—.

Esto no lo supieron los cubanos. La censura no permitía a las agencias internacionales divulgar una noticia tan alarmante. Cuando el general Cantillo y el general Tabernilla Palmero, terminaron los cambios de mando, en la División de Infantería, se trasladaron a la residencia de Batista, dentro del mismo campamento de Columbia. Batista estaba en el pequeño despacho de la planta baja y lo encontraron explicándole a los generales el motivo de su renuncia. Decía Batista:

—Forzado por los hacendados, colonos y autoridades eclesiásticas en circunstancias que las tropas no ganan ni una escarameza, con los mandos debilitados, con batallones que se entregan al enemigo sin pelear, he decidido renunciar y nombro al general Eulogio Cantillo para que forma un Gobierno Provisional—.

Los generales deseaban ese momento. Lo sabían todo, o por lo menos lo presumían. Los doctores Andrés Domingo, Anselmo Alliegro y Gastón Godoy estaban sorprendidos de lo que oían. Momentos antes se había redactado la renuncia. No fue un golpe de los militares contra el poder civil. Eso hubiera querido Batista y muchas veces lo sugirió "por su historia".

Muchas personas se preocupan más de lo debido en saber por qué Batista escogió esa hora y ese día para producir el hecho de su renuncia. Es fácilmente explicable, sin que tenga posteriores complicaciones. Batista está habituado a trabajar de noche. Pero en segundo lugar ese día 31 de diciembre, jamás se supuso que Batista lo utilizara. Es una de sus armas favoritas: sorpresa y nocturnidad.

El general Cantillo declaró en el juicio que le celebraron los primeros días después del triunfo de la revolución, que Batista pensaba dejar el poder el 6 de enero. Era otro día festivo, pero no obstante se adelantó y sorprendió al propio Cantillo que era su candidato, y al general Tabernilla Palmero que le había guardado el secreto de la huida. De nuevo no volvía a confiar en nadie.

En la memorable reunión, tampoco estaba el Vicepresidente de la República, Dr. Rafael Guas Inclán, que caso de estar presente por orden constitucional asumiría la Presidencia de la Re-

pública, con caracter provisional. Nuestra Constitución tiene previstos estos casos, y jamás se hubiera roto el ritmo constitucional. Caso de no poder contener el Dr. Guas Inclán, como político activo que era, hubiera convocado a elecciones o a un Gobierno de Oposición y Gobierno, pero hubiera dado una solución.

Si Batista hizo de su última decisión una cuestión intencional es una acción diabólica. Es como para ratificar lo que acostumbraba decirle a amigos íntimos:

—Después de mí el caos—.

Machado también dijo lo mismo.

De hacerlo Batista, aturdido por el peso de los acontecimientos, no es posible que suceda a un hombre que ha estado gobernando a Cuba, en los últimos veinticinco años. No pensó como Jefe de Estado, pensó como hombre. Sus 63 años, sus hijos, sus 300 millones de dólares de fortuna, su hogar, sus ganas de viajar por Europa, Asia y la India, pudieron más que la República.

Batista siempre procuraba tener la mayor información posible de las actividades privadas de los que lo rodeaban, o lo visitaban. Así en los diálogos mencionaba hechos que sorprendían a sus interlocutores. Todos suponían "que lo sabía todo".

Tres años después del derrumbe de su régimen, en sus tres libros publicados asegura enfáticamente que "él había previsto que Castro era comunista". Es cierto que lo decía. Pero él no lo creía, porque siempre lo subestimaba todo. De creerlo sinceramente, lo hubiera exterminado sin contemplaciones. Sus ratificaciones de que "todo lo sabía" es parte de su biología vanidosa (Batista es extremadamente vanidoso).

Pero es más grave aún, si estaba tan seguro del comunismo que había en el castrismo, y permitió su auge, eso si que lo encierra definitivamente, para los cubanos de su generación. Batista le ordenó al general Eulogio Cantillo que guardara el secreto de su decisión posterior. Pero Batista no ha explicado por qué no reunió a sus generales, o a sus ministros, o a sus consejeros, o a sus amigos y les pidió una fórmula, un consejo?

Por qué no llamó a sus enemigos políticos civiles o militares y les entregó el mando. Esa hubiera sido la más tremenda decisión democrática?

Por qué no permitió a los oficiales del ejército o la policía que se apoderaran del gobierno y evitaran la llegada del castrismo al poder?

Todas estas preguntas quedarán sin respuesta. Su excesiva vanidad no le permitía hacerlo. Una muestra reciente fue la consulta que hizo al periodista Aldo Baroni, radicado en México, después de terminar su primer libro. El viejo periodista se tomó varios días en leer el libro, y después le transmitió por conducto del emisario. Era un poema la respuesta. El director del Heraldo de Cuba, contestó:

—Dígale a Batista, que si publica ese libro, habrá publicado su lápida—.

Pero Batista no le hizo caso y publicó el libro. El resumen ha sido que han tenido que obsequiarlo. Los pocos que se exhiben están en los estantes de las bodegas hispanas.

La opinión de todos los militares del gobierno de Batista fue contraria a la huida. Todos coinciden en que debió enfrentarse a los hechos, con su habitual serenidad, y utilizando los medios disponibles de la radio, los periódicos, la televisión y el resto de medios publicitarios, para anunciar que se marchaba, o que entregaba el poder a una Junta Militar, o a un gobierno imparcial. Pero nunca dejar un gobierno acéfalo, para que se apoderarán fácilmente los atorrantes que lo hicieron.

Todos se extrañaron de la ausencia del Dr. Rafael Guas Inclán, Vicepresidente de la República, en los momentos de la entrega del mando. Batista en su libro explica que "no pudo localizar al Vicepresidente". Lo cierto es que desde los últimos días de las elecciones, Batista estaba molesto con el Vicepresidente de la República, y hasta quiso forzar a los líderes políticos de La Habana "para que dieran una brava electoral en La Habana y elegir Alcalde, al candidato opositor Manuel Benítez". Los jefes políticos de la coalición gubernamental le contestaron evasivamente "que era demasiado tarde".

La atmósfera en el pequeño despacho era tensa. Todos estaban desorientados y no suponían cuando terminaría aquella desagradable reunión final. Sólo tronó la voz del Dr. Anselmo Alliegro, Presidente del Senado, que dirigiéndose a Batista, preguntó:

—Señor Presidente, no hay otra solución—.

Batista respondió al Dr. Alliegro:

—No hay otra Anselmo—.

En ese memorable documento, al estar ausente el Vicepresidente de la República, el Dr. Alliegro se convertía técnicamente en Presidente de la República, a la que había aspirado en las Asambleas Electorales, para ser el candidato oficial de la Coalición gubernamental, pero había perdido. No obstante, en una veloz consulta a su conciencia, de su honesta humanidad brotaron tres palabras:

—Yo renuncio también—.

Los planes salieron a la conveniencia de Batista. Nada más se interpuso en su camino. Los generales firman, los tres civiles también, y se marchan.

Todo quedó concluido. El régimen se ha desplomado de unos plumazos. A esa hora en todos los rincones de la Isla los soldados siguen peleando, recibiendo la metralla de las emboscadas fidelistas. El país ha quedado al garete. Sin gobierno y con una oposición terrorista dentro del país y otra dividida en el exilio. En la calle todo es alegría. Las fiestas familiares siguen imperturbables. Los cabarets están repletos de público. Es primero de enero. Batista está despierto y se ha quedado solo. A su lado está el general Tabernilla Palmero. Batista por casualidad abre una gaveta y encuentra quince mil dólares en moneda americana que habían sobrado de unos pagos de la noche anterior. Los

guarda en su bolsillo. Mira a las paredes y reconoce varias fotografías suyas de civil, sargento, coronel, general y Presidente. Dirigiéndose a Tabernilla Palmero, le dice:

—Silito, llévame estos cuadros para Daytona Beach y, no olvides los Partes de Operaciones—. Le da un abrazo y le manifiesta: “dentro de tres meses nos vemos en Daytona”.

Afuera del pequeño despacho los escoltas y ayudantes esperan ansiosos. Ya todos dentro de la residencia militar donde trabajan saben la noticia. Muy pronto lo sabrá todo el campamento. Los motores de los tres automóviles están encendidos. Los aviones están listos con los pilotos a bordo. Batista se decide a marcharse. Al abrir la puerta un teniente de su escolta se le enfrenta con un gesto de lealtad. Batista, adivinando la filípica no lo deja hablar y poniéndole la mano sobre el hombro le dice:

—Hijo no me queda más remedio que hacer esto. Avisale arriba a la señora—.

Previamente, Batista había ordenado que una Comisión de Oficiales Superiores, acorde con su rango presidencial, le dieran la despedida protocolar. Todo quedó dispuesto a sus deseos. Es otra muestra que no hubo golpe de estado por parte de los militares. A quien se le quita el poder se le expulsa o se le encierra en un calabozo, pero nunca se despide con honores militares. Los oficiales seleccionados fueron los coroneles Martínez Suárez, y los comandantes Carrillo, Martínez Morejón y otros.

Mientras tanto la planta de radio de la Policía Nacional no cesa de llamar a los jefes de demarcaciones, comandantes de distritos y otros oficiales superiores.

El coronel Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones, citaba a esos oficiales a su oficina, para las doce de la noche. A los coroneles Esteban Ventura y Conrado Carratala, los citó para las afueras del Buró de Investigaciones, donde se encuentran las calles 23 y 26 en el Vedado.

Ninguno de los oficiales que fueron citados en el Buró de Investigaciones jamás presumieron cual era el destino de la cita. El comentario generalizado era que Batista iba a asumir oficialmente el mando de todas las fuerzas militares y dirigirse a Santa Clara para liquidar el foco rebelde del centro de la Isla. Otros más conversadores presumían cambios totales en las altas jefaturas militares y requería la presencia de una gran cantidad de oficiales leales en caso de cualquier eventualidad.

Estaban deseando los oficiales policíacos que así sucediera, dentro del ámbito de la policía habanera, pese a todas las divergencias que existían. Cuando estuvieron presentes todos los citados por la radio policíaca, el coronel Piedra les habló en estos términos:

—El general Batista me ha pedido que los lleve a su presencia por que desea hablar con ustedes—.

Rápidamente salieron todos los carros del Buró de Investigaciones en una larga caravana que llamaba la atención de los ciudadanos que transitaban por las calles del aristocrático barrio

del Vedado. En un lugar señalado previamente, los coroneles Carratala y Ventura se les unieron. A estos oficiales el coronel Piedra les dijo:

—Vamos a un servicio a las 2:30 de la madrugada—.

Eran pasadas las doce de la noche cuando esto sucedía. La larga caravana llegó a las puertas de la Fuerza Aérea Cubana, en Columbia; y esperó que entrara el automóvil del coronel Oriando Piedra. Después entraron los restantes automóviles de la policía habanera.

Al llegar los oficiales de la policía cubana, observaron un raro movimiento de oficiales del ejército y vieron al general Eulogio Cantillo, con una larga lista de nombres en la mano. Ante uno de los aviones dispuestos en fila, el coronel Ventura oyó decirle:

—El Presidente Batista renunció, con el compromiso de que ustedes se vayan con él. No garantizamos sus vidas—.

Era tal la desconfianza de Batista, que no obstante haber dicho que el viaje sería rumbo a los Estados Unidos, para la torre de control de vuelos notificó que "irían a Daytona Beach, Islas Nassau o Santo Domingo, pero que en el aire decidiría".

El general Cantillo se mantenía aún en posición de atención. Los oficiales de la comisión de despedida estaban presentes, pero cansados de aquella larga espera. Batista desde la escalerilla del avión seguía dando instrucciones y recomendaciones a Cantillo:

—Llama al magistrado Piedra; ocúpate de los periódicos y las emisoras de radio, no olvides el Bloque Cubano de Prensa; vigila lo de Barquín, etc..."—.

Ya todos los pasajeros estaban a bordo. Batista comienza a subir la escalerilla del enorme DC-6 de "Aerovías Q". Le siguió disciplinadamente el Jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Carlos Tabernilla Palmero. Batista le preguntó:

—Todo correcto—.

—Sí, señor, contestó el jefe de la Fuerza Aérea Cubana y cerró la puerta.

Se disponía a bajar el jefe de la Fuerza Aérea, cuando el coronel Piedra, entreabriendo la puerta del avión le dijo:

—Winci (Brigadier Carlos Tabernilla Palmero) dile a Cantillo, de parte del Presidente que le dé facilidades a todos los que quieran irse—.

Todo había terminado. El teniente coronel Gutiérrez, de la Fuerza Aérea, se adelantó en un jeep, que tenía instalada una ametralladora calibre 50, al avión de Batista, y lo precedió por toda la pista hasta su despegue. Era una medida de seguridad, que siempre que Batista salía se ejecutaba. Hasta el momento del despegue se cumplió lo dispuesto por Batista.

La torre de control de vuelo, comenzó a hacer las preguntas de rutina:

—Vuelo 638 listo..... 638 listo..... 638 listo.....

El piloto mientras revisaba los instrumentos contestó:

—NO—.

Cuando ya el avión corría por la pista ascendiendo hacia el espacio, la torre de control de vuelo siguió llamando con insistencia:

—Vuelo 638, destino..... vuelo 638, destino..... Lo hizo muchas veces pero el avión de Batista no contestaba.

Al no contestar el vuelo 638 sobre su destino, el oficial de la torre, anotó en el libro de operaciones:

—Vuelo 638. Destino: Secreto.

Para los pilotos de la Fuerza Aérea Cubana, que tanto persiguió Fidel Castro en los juicios de Santiago de Cuba, el advenimiento del comunismo, tenía un nombre técnico:

—Vuelo 638. Destino: Secreto.

12

Cinco millones costó el episodio dominicano.

El vuelo 638 había despegado del Aeropuerto de Columbia, sin decir cual era su destino. Los primeros quince minutos el avión se dirigió al Norte. Pero los pasajeros no presumían cual era el destino de aquel precipitado viaje. Hubo algunos oficiales policíacos que creyeron que Batista iba con destino a Santa Clara u Oriente, para hacerse cargo de las operaciones militares.

El Embajador estadounidense Earl T. Smith le recomendó que no fuera inmediatamente a tierra americana, porque el Departamento de Estado lo consideraba una figura muy polémica, y para los planes de Estados Unidos, su presencia perjudicaba. No obstante si hubiera ido por su riesgo, hubiera sido aceptado como refugiado político. Pero Batista, exigía que se le dieran jerarquía de ex-Presidente, y residencia permanente. El Embajador Smith le agregó, que después de tres meses le permitirían entrar sin dificultades.

Algunos pasajeros del avión aseguran que oyeron al Doctor Guell, decirle a Batista:

—Santo Domingo es un remanso de paz—.

Batista llamó al Piloto y le ordenó personalmente, que desviara el rumbo del avión hacia el Este y se dirigiera hasta Santo Domingo. El vuelo lo hacían en un avión DC-6 de Aerovías Q, empresa de la cual Batista, era poseedor de todas las acciones.

El vuelo fue largo. Todos los pasajeros permanecieron silenciosos. Desconocían hacia donde se dirigían. Con Batista, iban su esposa, el Dr. Andrés Rivero Agüero, Presidente Electo, el Dr. Gonzalo Guell y su esposa Paquita Pubill, el Dr. Gastón Godoy, Vicepresidente electo, su esposa y su hijo, el Almirante José Rodríguez Calderón, el General Pedro Rodríguez Avila y su esposa, el general Juan Rojas González, su esposa y su hijo, el Coronel Orlando Piedra, el General Roberto Fernández Miranda, los coroneles de la Policía, Esteban Ventura Novo y Oscar González, el comandante Oscar Rey Castro, los jefes de la Poli-

cía Secreta y Judicial, Fernández Parajón y Hernán Santisteban.

Más de veinte oficiales de la Policía Nacional, en su mayoría pertenecientes al Buró de Investigadores. Los ayudantes presidenciales coroneles Rams y Cosme Varas, el comandante Atoresagasti, los capitanes Sadule y Labrada, y los tenientes Boca-negra, Martínez, González y Pérez, que eran de su escolta personal.

Muchos aseguran que Batista había previsto su viaje hacia Santo Domingo, porque tres días antes de la salida, los doctores Gonzalo Guell y José Suárez Rivas, Ministros de Estado y de Trabajo respectivamente, habían visitado la capital dominicana. Otros aseguran que Batista influenciado por el espontáneo ofrecimiento de Trujillo de prestarle ayuda física con tropas y armamentos, dos semanas antes, consideró que Santo Domingo, podría ser un lugar ideal, situado a poca distancia de la Patria.

Durante todo el trayecto el vuelo se hizo a oscuras. No se explica el porqué esta medida, pero los pilotos, disciplinadamente cumplieron la orden. Más tarde Batista tuvo dificultades con uno de los pilotos, el teniente coronel Soto, al incumplirle un ofrecimiento que le hizo. En los Tribunales dominicanos, se iniciaron los trámites de la reclamación. Este mismo piloto, el 12 de agosto de 1959, piloteó el avión que fue capturado en la ciudad de Trinidad, y puso punto final a una conspiración que se inició para derrocar el régimen de Castro. Todas las veces que hablé con él, en Santo Domingo, le ví muy preocupado por la situación cubana y con muchos deseos de entrar en actividad bélica.

Antes de llegar a Santo Domingo, durante el vuelo, Batista conversó un largo rato con el Canciller Dr. Gonzalo Guell. Supongo que el canciller cubano le informó de los antecedentes del pueblo dominicano, y las características personales de Trujillo, a quien había conocido una semana antes, a fin de que Batista hiciera un papel airoso.

Batista sugirió, que a medida que los pasajeros del avión fueran descendiendo, el Dr. Guell los iría presentando a las autoridades dominicanas, por orden jerárquico. Este requisito protocolar de las presentaciones no se llevó a cabo, por que Batista se adelantó y comenzó a hacerlo tan pronto llegaron a tierra dominicana. Igualmente sucedió, al llegar a Lisboa, en viaje de tránsito hasta las Islas Madeira.

Al acercarse la nave aérea a la base militar de San Isidro, (sede de la Aviación Militar Dominicana) pidió permiso desde el aire, para descender. Después de varios minutos que aprovecharon para dar una vuelta sobre el área de la ciudad, la torre de control respondió afirmativamente. Cuando Batista apareció en la escalerilla del avión, el hijo de Trujillo, Ramfis, estaba esperándolo. Eran las ocho de la mañana. Los oficiales cubanos conservaban aún, la ropa de gala de la última noche de recepciones.

Ramfis, el hijo del tirano dominicano, con sus espejuelos

oscuros, se apresuró a acercarse al general Batista. Muy sonriente le estrechó la mano, y le notificó que era huésped del gobierno dominicano. En el otro extremo de la pista, a esa misma hora, distantes de todo lo que acontecía en Cuba, dos aviones DC-3 de la Fuerza Aérea Cubana, estaban terminando de cargar parque y armas con destino a La Habana. Batista, por conducto de un ayudante, ordenó que suspendieran el vuelo hasta nuevas instrucciones.

Alrededor de las ocho de la mañana, de ese primero de enero de 1959, la esposa del embajador cubano en Santo Domingo, Tulita de Baguer, se sorprendió cuando el Generalísimo Trujillo, en persona, después de saludarla, le solicitó que pusiera al teléfono a su esposo. En ese intervalo de segundos, Miguel Baguer, veterano periodista, preparó una frase apropiada para responderle al dictador dominicano, ya que suponía que la llamada era una felicitación protocolar por el inicio del año 1959. Pero Trujillo le dijo:

—Embajador, venga a San Isidro (base de la Aviación Militar Dominicana) que su Presidente está aquí—.

La sorpresa fue única y contundente para el embajador cubano. No quería creerlo, pero Trujillo no acostumbraba a bromear. Al fin, convencido, marchó al encuentro del general Batista. No pudo encontrarlo en la base militar de San Isidro. Los automóviles se cruzaron en la carretera que conduce desde la ciudad a la base aérea.

Cuando el Embajador cubano alcanzó a la caravana de automóviles que custodió a Batista hasta la ciudad de Santo Domingo, los visitantes estaban en Santiago 25, en el residencial barrio de Gascue, sede de la Misión Diplomática cubana. Al entrar encontró a Batista en el comedor de la planta baja, hablando por teléfono. El diálogo era con Trujillo y sólo pudo escuchar la genuflexa despedida de Batista, dándole las gracias por las atenciones oficiales recibidas. Todo proceso protocolar impresiona en grado sumo a Batista.

El cordial recibimiento cambió su original impresión sobre los Trujillo, "con los que no quería hablar porque era un despreciable dictador". Batista aceptó el ofrecimiento de Trujillo y se hospedó dentro del Palacio Nacional dominicano, en una residencia dispuesta para los "amigos de jerarquía" que visitaban el país. Antes que Batista, se instalaron en la misma residencia, Juan Domingo Perón, de Argentina, el general Pérez Jiménez, de Venezuela y el general Rojas Pinilla, de Colombia.

El mismo día estaban instalados. Un coronel ayudante, choferes militares y un Chrysler del Palacio Nacional, estaban apostados las 24 horas del día para complacer cualquier deseo de Batista.

El director del periódico "El Caribe", señor Rafael Herrera, que representaba a la Prensa Asociada en Santo Domingo, escribió para su agencia las siguientes impresiones sobre Batista, al llegar a suelo dominicano:

—Noté que Batista lucía cansado, como un hombre que

lleva más de 24 horas sin dormir, pero se sentía feliz al llegar a territorio dominicano.

No me sorprendió la noticia, —dijo el Director del "Caribe" porque el 31 de diciembre, antes de cerrar el periódico, los teletipos de Prensa Asociada, de las oficinas centrales en Nueva York, solicitaban con urgencia una confirmación de "que Batista se marchaba con miembros de su gobierno y querían saber hacia donde se dirigía".

La noticia que los cubanos ignoraban y que en los frentes de batalla no podían imaginar, llegó al conocimiento de una Agencia Internacional de noticias y trascendió al exterior. El hecho físico de la salida no es para sorprenderse. Dos meses antes de su salida, Batista había ordenado remover su estatua del sitio que ocupaba —en el Monumento a las Fuerzas Armadas de Columbia.

Quizá previó lo que aconteció. La inmensa figura era de bronce y se necesitaron grúas especiales para poderla arrancar del Monumento donde estaba emplazada. Este hecho psicológico desanimó a la tropa que luchaba en los distintos frentes. Estimaron en silencio que la retirada del JEFE era un síntoma de que no daba señales, ni quería combatir por la causa que representaba.

El hecho de la retirada de la estatua era significativo. En primer lugar un hombre que se respeta a si mismo, no puede permitir que se le erija una estatua. O quizá Batista ya se consideraba un muerto, y entonces era lógico el simbolismo. Pero apartándonos de la crítica, el hecho de retirar la estatua, tuvo varios días de eferescencia el campamento de Columbia. Los soldados son así. Siguen consignas, órdenes y jefes.

En la residencia del Palacio Nacional se hospedaron Batista, su esposa y su hijo Jorge, el Dr. Guell y su esposa, el general Roberto Fernández Miranda y el doctor Andrés Domingo y Morales del Castillo. El resto de oficiales y civiles fueron distribuidos entre los Hoteles "Jaragua" y "El Paz". Los de mayor jerarquía irían al "Jaragua". El resto iría al "Paz".

Batista comenzó visitando los Museos de la ciudad, la fábrica de armas "San Cristóbal" y recorriendo algunos lugares de interés. Las relaciones eran muy cordiales. Aún no se había hablado de dinero. Los doctores Andrés Rivero Agüero y Gastón Godoy, los generales Juan Rojas, Pedro Rodríguez Avila y el almirante Rodríguez Calderón, así como el coronel Orlando Piedra, estaban en el "Jaragua". En el "Hotel Paz" estaban los jefes de la Policía Secreta y Judicial, Fernández Parajón y Santisteban; los coroneles Esteban Ventura, Conrado Carratala, Manuel Ugalde Carrillo, Juan Salas Cañizares, Oscar González y Oscar Rey Castro y otros oficiales de menor graduación.

El día 2, el coronel Orlando Piedra, en el vestíbulo del "Hotel Paz" comenzó a repartir billetes de a cien dólares. Recomendaba a todos que compraran ropas con ese dinero. Los gastos de hospedaje y alimentación estaban resueltos por el momento. Más tarde vendrían las dificultades.

En los cuatro aviones viajaron unos 100 exilados. Todos estaban en ese momento vestidos de ropa militar, los oficiales, y sin equipaje ninguno los civiles. A las pocas horas de la llegada, se encontraban comprando en las tiendas "López de Haro" y la "Opera". Los encargados de hacer los pagos del hotel y alimentos a nombre de Batista, dieron instrucciones al administrador del hotel, coronel Bello, de que no se pagarían las llamadas de larga distancia. La mayoría de los exilados, no habían celebrado el último día de año, en unión de sus familiares.

Todos querían hablar con Batista. El coronel Orlando Piedra que fungía en esa oportunidad, como Coordinador Económico y personal les prometió a todos, que hablarían con el ex-presidente. El día 2 de enero, después del almuerzo, Batista recibió en su residencia del Palacio Nacional de Santo Domingo, a los coroneles Conrado Carratala, Esteban Ventura, Salas Cañizares, Ugalde Carrillo, Oscar González y los jefes de la Policía Secreta y Judicial, Fernández Parajón y Hernán Santisteban.

En la espera para que Batista los recibiera estaba yo presente. Aún denominaban a los presentes con los mismos grados. Se escuchaba dentro de la residencia de Batista, que escoltas y sirvientes decían: "El Presidente", "el "General", el "Premier", el "Ministro", etc. . . .". Batista se alegró de verme. Se separó un poco del grupo de militares que lo rodeaban, y me extendió la mano efusivamente. Andrés Domingo, más alegre aún, me cogió por el brazo y me llevó a un rincón de la sala.

Batista reunió a los oficiales policíacos Esteban Ventura, Conrado Carratala, los jefes de la Policía Secreta y Judicial, Fernández Parajón y Hernán Santisteban, con los coroneles del ejército Manuel Ugalde Carrillo, Juan Salas Cañizares, y les explicó:

—Tuve que dejar el gobierno porque no había armas, ni parque suficiente, los Escuadrones se pasaban al enemigo, los soldados no ganaban ni una escaramuza, y con la entrega de Santa Clara por el coronel Florentino Rosell y el general Río Chaviano, ya no podría sostenerme en el poder. Era imposible esperar más—.

No eran suficientes los argumentos. Todos los oficiales pensaban que se podía haber resistido, hasta por lo menos permitir que un nuevo gobierno asumiera el mando. Ellos no aceptaban que se le hubiera dejado el gobierno en las manos de Fidel Castro.

Más tarde refirió Batista "que el general Tabernilla Dolz, había ido a entrevistarse con el embajador norteamericano y eso precipitó la caída". Batista sin dar más explicaciones, se aferró a la teoría de que "había ido a hablar con el embajador americano, sin su consentimiento". En cuanto al general Río Chaviano y al coronel Florentino Rosell, prohibió a sus amigos que le hablaran. Son unos "traidores" repetía sin cesar.

Batista habló personalmente con Trujillo al segundo día de estar en territorio dominicano. El diálogo fue suave, pero hipócrita. Batista solía decir que los "Pérez Jiménez, Somoza y Trujillo, eran unos despreciables dictadores, aunque Somoza es sim-

pático". Trujillo lo recibió en su amplio despacho del Palacio Nacional. Era un largo y ancho salón. A un extremo estaban sus ministros. En el otro extremo al final de una larga mesa se sentó Trujillo. Sin esperar mucho tiempo, el dictador dominicano no demoró la oportunidad, y le propuso que tenía 25.000 soldados dominicanos listos "para desembarcar en Oriente y liquidar a Fidel Castro. No se "le puede dejar llegar a La Habana" decía con insistencia Trujillo, y le agregó: "En una semana lo restauro en el gobierno".

Batista oyó pacientemente la larga perorata. Se recordó de sus dificultades iniciales con Trujillo. Se recordó que esbirros a sueldo de Trujillo asesinaron en las calles de La Habana, a los líderes obreros dominicanos Mauricio Báez y Pipi Hernández, y se limitó a decir que "prefería que transcurriera un espacio de tiempo, porque el ejército cubano estaba cansado y los oficiales lo habían traicionado".

Trujillo insistió de nuevo en el tema para decirle:

—Tenga presente que yo quiero hacerle la guerra a Fidel Castro y si usted pone un Millón de dólares, yo pongo dos. Si usted pone cinco millones, yo pongo diez. Si usted pone diez millones, yo pongo veinte millones, pero hay que echar este "pen-dejo" de Cuba—.

Batista dió la callada por respuesta. La despedida fue cordial, como cuadra a los huéspedes. Le presentó a sus Ministros y Batista regresó a su mansión, dentro del Palacio Nacional dominicano.

Muchos meses atrás, y por conducto del embajador dominicano en La Habana, Porfirio Rubirosa, Trujillo le había ofrecido al gobierno cubano de enviarle paracaidistas dominicanos que descenderían en la Sierra Maestra y en la Sierra del Escambray, para liquidar y arrasar esos focos rebeldes. El mismo ofrecimiento lo había hecho con anterioridad, por conducto del Jefe Militar de Oriente, general Río Chaviano. El último ofrecimiento lo hizo el 20 de diciembre.

Batista no aceptó ninguno de los ofrecimientos. Tampoco se enfrentó frontalmente a la guerra contra Castro. Tampoco dió suficientes garantías a los líderes cubanos que estaban en el exilio. Tampoco dejó un gobierno fuerte, ni propuso una fórmula de "solución nacional" como le sugirió que lo hiciera el Departamento de Estado, de los Estados Unidos. Ahí se explica parcialmente que lleva cuatro años, desesperado por entrar en territorio americano, moviendo senadores, periodistas, abogados y hasta miembros de la Maffia por conducto de su cuñado, Roberto Fernández Miranda, para que lo transportaran clandestinamente, pero todas las gestiones han sido negativas.

Nunca se quisieron hacer comentarios dentro del séquito de Batista, del diálogo entre los dos dictadores. Pero a partir de ese momento, Batista se no sintió cómodo dentro del recinto presidencial dominicano. Decidió mudarse para un hotel. Ocupó la suite D del Hotel Jaragua. Hasta allí se trasladarían todos los

hombres de su séquito. Las habitaciones alrededor de la "suite D" la ocuparían sus escoltas y ayudantes. Uno de ellos dormiría en la propia "suite", mientras otro armado haría escolta permanente fuera de la habitación.

El día 3 de enero de 1959, fueron citados todos los exilados a las Oficinas del Servicio de Inteligencia dominicano (SIM). Todos los exilados fueron fotografiados, y automáticamente, el gobierno dominicano les concedió residencia por 6 meses. Después pagarían la cédula y recorrerían las calles Trujillo, parques Trujillo, Monumentos Trujillo, provincias Trujillo, merengues Trujillo, y Cabarets Trujillo. El "Benefactor" y el "Jefe" retumbarían por todas partes y llegaría con fuerza sobre Batista y todos los habitantes de la "suite D" del Hotel Jaragua.

Los pueblos nunca saben lo que se trama y ejecuta en las "alturas", pero hay que decir que primero cuando las relaciones entre Batista y Trujillo, fueron cordiales, y después que se hicieron públicas las desavenencias, jamás ningún cubano recibió un reproche del pueblo dominicano. Yo diría que los dominicanos conocían la tragedia que vivían los cubanos exilados en Santo Domingo.

Después que Estados Unidos de América, decretó el embargo de armas a Cuba, los suministros militares dominicanos fueron los únicos que llegaron a Cuba. En el transcurso de los meses de noviembre y diciembre de 1958, descendían en el Aeropuerto Militar de Columbia, un promedio de cinco aviones diarios, cargados de parque y armas dominicanas. Aunque muchos oficiales cubanos se quejaban de que las carabinas "San Cristóbal" eran deficientes, por lo pronto eran las únicas de que podía disponer el ejército cubano, en aquellos difíciles momentos. Las compras del gobierno cubano a Trujillo ascendieron a unos cinco millones de dólares. El último envío ascendente a \$ 601.000 fue el origen de la disputa entre Trujillo y Batista.

Los cubanos exilados en Santo Domingo, no sabían hasta que punto se ejerció presión contra Batista y los miembros de su séquito. Muchos incidentes tras bastidores se sucedieron durante esas dos primeras semanas. Trujillo al ver la actitud apática de Batista, en relación con la guerra contra Castro, apresuró el cobro del último envío de armas ascendente a \$ 601.000 que le debían por suministro de armas. Eran de las que se habían estado cargando hasta el último día, con destino a La Habana.

Batista irresponsablemente declaró al emisario de Trujillo, que "esas armas estaban en Cuba, y por lo tanto tenía que pagarlas el gobierno cubano". Trujillo contestó rápido:

—Yo se las vendí a Batista, no al gobierno cubano—.

Batista pidió varios días a Trujillo para liquidar la deuda. De la suite de Batista, salieron hacia los Estados Unidos, mensajeros para los contratistas del gobierno y otros personajes enriquecidos, solicitando dólares para pagarle la cuenta a Trujillo. Batista bajo ningún concepto quería sacarlo de su peculio particular. En la habitación del Dr. Andrés Domingo, pude constatar

los desesperados esfuerzos que hacía Batista para probar que era absoluto dueño del Avión DC-6 de Aerovías Q, que lo transportó hasta la República Dominicana, con el fin de vendérselo a Trujillo y liquidar en parte la deuda, contraída con el gobierno dominicano. Trujillo no aceptó. Como respuesta decomisó el referido avión. Trujillo quería su dinero en dólares.

Los contratistas no contestaron. Los que contestaron fue en forma negativa. Al fin Batista cambió enormes cantidades de dinero cubano en dólares e hizo el pago. Para lograr hacer efectivo el pago, el Gobierno dominicano recorrió a todos los procedimientos. Desde exigir que Batista se fuera de Santo Domingo, por las emisoras y periódicos del país, hasta meterlo unos veinte minutos en la cárcel "La Victoria", basados en un proceso legal que se le seguía, para el pago de otras armas que se le debían a un ciudadano americano.

Trujillo maniobró rápidamente. Le dió el reconocimiento al gobierno de Fidel Castro, al ver que Batista no quería pelear, ni ser su aliado. El periódico "El Caribe" desplegó, a ocho columnas y con profusión, los datos del acontecimiento. No hubo que hacer preguntas: Oficiales y funcionarios dijeron que "reconociendo al gobierno de Fidel Castro, podían estar más al tanto de los planes y actividades del gobierno cubano".

Más tarde se supo que Trujillo ofreció a Fidel Castro, por conducto de un congresista extranjero muy destacado, que estaba en disposición de mandarle a todos los exilados cubanos, desde Batista hasta el de menor jerarquía, si éste, en justo canje, le enviaba a los exilados dominicanos que residían en Cuba, y los que habían llegado de la Sierra Maestra y del extranjero.

Una mañana el coronel ayudante que Batista tenía asignado fue sustituido por un capitán. El sargento que manejaba el automóvil con placa de la presidencia dominicana, fue retirado. Batista tuvo que comprarse un pequeño automóvil.

Ya no llamaban a Batista de la Seguridad Nacional para que autorizara la salida de algún cubano, con deseos de marcharse de territorio dominicano. Ahora, el hombre fuerte encargado de los asuntos cubanos, era Policarpo Soler, que corría en Mercedes Benz, y tenía acceso a las reuniones privadas de Trujillo y derecho de "mampara" en el Palacio Nacional dominicano. Policarpo Soler, se cobraría con Batista, que no le permitió regresar a Cuba durante siete años. De mi diría: "ese periodista Suárez-Núñez, no sale de aquí con vida", según lo contó al coronel Oscar González de la policía cubana.

Los planes cambiaron. Los pasillos del Hotel Paz, en Avenida de Independencia y Cordell Hull, ofrecían de madrugada, un aspecto peculiarmente raro. Bellas damas, entraban sigilosamente en los apartamentos de los exilados solteros a altas horas de la noche. Una invasión de bellas damas, solteras, se mudaron para el Hotel Paz, coincidiendo con la llegada de los exilados cubanos. Comenzaron muchos idilios. Las líneas telefónicas, en lugar de órdenes militares, iniciaron diálogos románticos que eran capta-

dos en grabadoras en Avenida de México número 2, sede del Servicio de Inteligencia Dominicano. Comenzaba la labor de espionaje y filtración, dentro de los exilados cubanos.

Ya a esas alturas, los cubanos estaban divididos. Los pagos que percibían los hombres que vinieron con Batista, fueron suprimidos. Era casi imposible ver a Batista, y las pasiones comenzaron a caldearse, coincidiendo con la llegada de Cuba, de las noticias de los fusilamientos en masa, que hacía Raúl Castro en Santiago de Cuba, y las cacerías en las calles de La Habana, de los hombres que pertenecían a las Fuerzas Armadas. Fusilamientos, detenciones, incautaciones. Todo era propicio para la ruptura.

Una noche, un soldado cubano murió en una trifulca, en la casa de un oficial del ejército dominicano. La crónica roja narró, desfigurándolo, el acontecimiento, pero tuvo sin embargo otras derivaciones: Había comenzado la guerra entre Batista y Trujillo.

El 16 de enero de 1959, en ocasión de que Batista cumplía 60 años, citó a todos los exilados en el "roof garden" del Hotel Jaragua. Los reunió a todos, sin importar el rango. Aconsejó que nadie se marchara para Cuba, por que iban a correr el riesgo de ser arrestados. El sargento Tassi, del Buró de Investigaciones, resueltamente le dijo que él se marchaba bajo su riesgo. A los pocos días lo fui a despedir al Aeropuerto General Andrews. Semanas más tarde apareció una tremenda información en la revista "Bohemia", donde hacía sensacionales declaraciones. Como yo era en esos momentos, el enlace entre Batista, los periódicos y agencias de noticias, el general José Arismendi Trujillo, dueño de la "Voz Dominicana" me entregó la revista "Bohemia" correspondiente a esa semana. Llegué cuando todos comenzaban a almorzar. Batista me dijo que me sentara a su lado. Cuando abrí la revista me encontré el reportaje de marras. Me dí cuenta que ese había sido un almuerzo desagradable y mi llegada muy inoportuna.

El cubano Policarpo Soler, sostenía una pugna contra el coronel Johnny Abbes, jefe del SIM dominicano. Los dos querían acaparar los asuntos cubanos, dentro y fuera del territorio dominicano. A los pocos días, el delegado de Trujillo ante Batista, era Policarpo Soler. Batista lo recibía de malas ganas, pero todos le sonreían. Tuvieron muchas conversaciones privadas. Esos días comenzaron los entrenamientos en los campamentos y comenzaron los planes de invasión. Trinidad en esos momentos era sólo un punto en el mapa cubano.

Los ojos del exilio miraban hacia Santo Domingo. Meses antes, Trujillo, aunque abasteció de armas los dos últimos meses a Batista, con anhelación había enviado enormes envíos con destino a la Sierra Maestra. El Dr. Carlos Prío Socarrás, había sostenido relaciones cordiales con Trujillo por el aporte de unas armas que el ex-presidente cubano necesitó para combatir a Batista. Pude comprobar que muchos cubanos de otros exilios habían vivido y se habían entrenado en territorio dominicano. El más importante fue Pedro Miret Prieto, miembro actual del gabinete de Castro,

quien con Antonio Díaz (a) "Ñico Siete Pisos". Pude ver los registros de entrada en territorio dominicano, en momentos en que todo el Continente acusaba a Trujillo de los más salvajes crímenes. En esos momentos los agentes de Fidel Castro y Trujillo eran amigos. Así era la política insurreccional en Cuba.

Al hacerse cargo el general Pedraza, de los planes bélicos, sobre la suite D de Batista, llovieron docenas de cartas, de refugiados de todas partes del mundo, solicitando el envío de pasajes, para venir a entrenarse para la invasión contra Castro. Batista no las contestaba. Todos creían que ambos líderes cubanos, estaban vinculados en los mismos planes bélicos. Mientras tanto Batista decía a sus amigos, que no fueran a los campamentos preparados para la futura invasión a Cuba.

En total había unos dos mil hombres. Entre cubanos, españoles, húngaros, checoslovacos, franceses escapados de la "Legión Francesa", yugoeslavos, que habían peleado con las guerrillas de Tito y mexicanos. Excepto los 800 cubanos que hubo en los mejores momentos, los restantes eran mercenarios que de una u otra forma habían peleado en todos los Ejércitos del Mundo.

A toda la organización se le denominó "Legión Anticomunista del Caribe". Se entrenaban unos 450 hombres en la Base Naval "Las Calderas" y otros 350 en "Constanza". El jefe supremo de todo el entrenamiento era el coronel Vladimiro, pero siempre a las órdenes de Pedraza, en el orden militar. Después se trasladaron los entrenamientos para Arroyo Hondo.

A los hombres que estaban en los campamentos se les pagaban 30 dólares mensuales. Cuando fueron cerrados los campamentos les entregaban 25 dólares semanales en la ciudad, para sus gastos de vivienda y alimentos.

Había dentro de los militares un gran entusiasmo. Contaban con unos 10 pilotos especializados en la topografía cubana, que hicieron unos 8 vuelos a Cuba. En esos vuelos dejaron caer armas y parque para los "supuestos" complotados que había dentro del territorio cubano. Los vuelos los hacían en los aviones C-46 y los DC-4 que fueron decomisados a Batista y que tenían el rótulo de Aerovías Q. Para volar sobre territorio cubano, les fueron pintadas las inscripciones y colores de la Fuerza Aérea Rebelde para pasar desapercibidos. Después de fracasada la invasión, Trujillo ordenó incorporarlos a la Compañía Dominicana de Aviación, para vuelos nacionales e internacionales.

Desde los aviones se lanzaron en paracaídas más de un millón de tiros, unos 15 antitanques franceses de la mejor calidad, 8 bazookas, 20 ametralladoras calibre 50 y otras armas ligeras. Excepto los tiros, las restantes armas, lanzadas en paracaídas, fueron capturadas en la frustrada invasión de Constanza, Estero Hondo y Maimón.

Muchos cubanos aseguraron que los contactos en Miami, los estableció Policarpo Soler, mientras que otros aseguran que fue personalmente Johnny Abbas. Algunos conspiradores que no se decidieron a embarcar, aún recuerdan con gratitud al Coman-

dante William Morgan, que en uno de los diálogos con los conspiradores que estaban en Miami, les dijo "que no recogieran más dinero y tuvieran mucho cuidado". Es de suponer que lo creyeron bien intencionado en sus planes conspirativos.

En las recolectas de dinero de esos días, un contratista impresionado por el rápido regreso a la Patria, buscó en una noche nada menos que \$ 100.000 para entregarlo a los conspiradores, que después entre el capturado en La Habana y el que desapareció en las manos de Trujillo, fueron muchos miles de dólares. El padre Velazco que sirvió de enlace entre Trujillo y los conspiradores, dió varios viajes a Cuba. En el viaje anterior al ser capturado el avión en Trinidad, estuvo en diálogo con los supuestos conspiradores. El padre Velazco entraba en el despacho de Trujillo cada vez que le fue necesario. Varios días antes de la frustrada captura del avión en Trinidad, estuvo interesado en conversar con Batista. Le consigue una cita, pero no asistió.

De no haber capturado el avión en Trinidad, los planes de Trujillo eran producir un golpe el 14 de agosto, desembarcando unos 5.000 hombres del Ejército Internacional de la "Legión Anticomunista del Caribe". Suponía Trujillo que con los cientos de hombres que estaban conspirando dentro de Cuba, y los que enviaría, podían tumbar definitivamente al gobierno de Castro. Hay testigos que aseguraron que Castro personalmente ordenó terminar el juego de la conspiración, porque cientos de soldados, que eran del régimen anterior estaban reaccionando favorablemente en favor de la conspiración.

Después de fracasada la conspiración de Trinidad, el régimen de Fidel Castro, hizo una de las cesantías en masa más grandes que recuerda la historia del ejército cubano.

Días antes de fracasar la conspiración, el servicio de Inteligencia de Trujillo evaluó los informes del padre Velazco, que estuvo en Trinidad y los informes de los contactos establecidos por Policarpo Soler en Miami. No coincidían los dos informes. A partir de ese momento comenzaron las sospechas sobre Policarpo Soler.

Días después de fracasar la conspiración de Trinidad, el general Pedraza insistió con Trujillo para que le dejaran salir con 300 hombres para internarse en la Sierra Maestra. De ninguna forma fue complacido. Pedraza se dió cuenta de que el dinero que los cubanos recolectaban y enviaban hacia Santo Domingo estaba sirviendo para mantener un ejército artificial.

Realmente Trujillo se aprovechó hasta el máximo del interés de los cubanos en pelear contra Castro. Era un asunto fácil para el "Benefactor", que meses antes de caer Batista, simultáneamente mandaba armas para Cuba. Oficialmente las enviaba a Batista. Extraoficialmente las enviaba a Fidel Castro.

Las recolectas que hacían los cubanos por el extranjero, iban a parar a manos de Trujillo que se estaba construyendo un ejército para hostigar otros gobiernos del área del Caribe, con soldados mercenarios de todas las partes del mundo. Los únicos

que se entrenaban con el ideal de derribar a Castro eran los cubanos. Cuando Fidel Castro, envió la frustrada invasión de Estero Hondo y Maimón, las tropas que pelearon fueron los soldados mercenarios.

Con la salida del general Pedraza de territorio dominicano se cancelaron los planes recaudatorios de Trujillo, a costa del deseo de pelea de los cubanos para derribar a Fidel Castro.

Cuando las actividades conspirativas contra Castro eran más intensas y llegaban cada día más cubanos para los campos de entrenamiento, le dije a Batista que debía hacer algo, a lo que respondió molesto:

—Aquí el Jefe es Trujillo, después Policarpo Soler, después el general Pedraza. Entonces yo vengo a ser un jefe de grupo también. Nada de eso. Yo soy tres veces presidente de mi país, y no hago cualquier cosa. Yo hago cosas.

Batista quedó con un reducido grupo de leales. Desde los primeros días de la llegada, sus principales colaboradores querían marcharse. El Dr. Gaston Godoy, hacía desesperados esfuerzos por marcharse. Un día lo encontré preocupado por los jardines del Hotel Jaragua, por los comentarios que hacía en alta voz, el Dr. Andrés Rivero Agüero, presidente electo de la república, del gobierno dictatorial de Trujillo. Realmente el doctor Rivero Agüero estaba incómodo por estar allí. Todo el tiempo lo consumía leyendo, o escribiéndole a sus hijos, que trabajaban duramente en New Jersey para ganarse la vida. Me leía sus cartas, en alta voz, orgulloso de que sus hijos no eran vagabundos. Ahora debe estar doblemente orgulloso, por la conducta de su hijo Carlitos, en la fraguada invasión a Bahía de Cochinos. Un día, después de un análisis exhaustivo de los ladrones que proliferaban en el régimen de Batista me dijo:

—Suárez Núñez, siete años son muchos años, con los colaboradores que teníamos. Duramos mucho—.

El Dr. Gonzalo Guell, el último Primer Ministro, al fin consiguió visa para España. En una carta que Batista le envió a su hijo Rubén que se encontraba en Sevilla, le decía: "Gonzalo, es uno de los pocos amigos leales que nos quedan". El ex-Primer Ministro tenía la misión de conseguirle visa a Batista, en cualquier país europeo, pero principalmente España.

Hasta Santo Domingo volaron amigos, congresistas, periodistas, industriales y abogados con planes de buscarle visa a Batista para entrar en los Estados Unidos. Todos fracasaron, excepto el Dr. Lawrence Berenson, su abogado de muchos años, que era consejero del Departamento de Estado en asuntos de Palestina. La visa fue lograda para las Islas Madeira, con tránsito de quince días en Lisboa, Portugal. El trámite fue conducido con destreza, pero siempre rodeado del misterio con que Batista suele caracterizar todos sus pasos. Comenzaron a salir notas en los periódicos americanos, de que la situación de Batista era difícil y que su vida peligraba. Eso no dió resultado plausible. Más práctico fue decir que era mejor alejar a Batista del escenario

del Caribe, para que su nombre dejara de ser conflictivo. En realidad como Trujillo se preparaba para dar un golpe dentro de Cuba, los expertos en asuntos del Caribe, creyeron que Batista estaba vinculado a esos movimientos. Para complacer a Castro, alejaron a Batista del escenario de las Antillas Mayores. Así fue y le hicieron un gran servicio, de salvarle la vida.

Estando en Santo Domingo, Batista no quería mencionar en lo más mínimo a los Estados Unidos. Ya después de salir del territorio dominicano, en su libro "Cuba Traicionada" una recopilación de sus dos libros anteriores y editado por la compañía editora de menos prestigio en los Estados Unidos, ha "dicho que los americanos son los responsables del derrumbe de su gobierno y la llegada del comunismo a Cuba".

Entre los personajes importantes que visitaron a Batista en Santo Domingo, fueron el periodista Drew Pearson, el ex-embajador William D. Pawley, el ex-embajador de Cuba en las Naciones Unidas, Dr. Emilio Núñez Portuondo y los senadores cubanos Santiago Rey y Santiago Alvarez, el ciudadano norteamericano Norman Rothman, zar del juego en la costa este de los Estados Unidos y la actriz cubana Marisol Alba, que como siempre puso una nota de simpatía, en aquellos rostros compungidos por el aislamiento y la expatriación que no daba señal de terminar.

Después que Nigeria se negó a darle visa a Batista, ya estaba en disposición de irse a cualquier parte del mundo. Rumbo a México fue en misión personal el brillante periodista Aldo Baroni, a quien Batista tan pronto llegaba le atendía. Cierta vez que esperaba la visita de Baroni, se apresuró nerviosamente para estar listo y dijo:

—Tengo que estar listo, porque este viejo Baroni, tiene muy malas pulgas—.

Lo de calificarlo "viejo" no era en modo alguno despectivo, pero sí lo atendía con el mayor respeto. Más tarde supe que fueron infructuosas las gestiones para conseguir la visa en México. Oí decir que "los mexicanos exigían mucho dinero para conceder la visa de entrada al país de Moctezuma". Después orientó sus pasos hacia el Embajador de España, don Alfredo Sánchez Bella, invitándolo a cenar a su suite del Jaragua. El inteligente Embajador español, lo consultó a la Cancillería española, pero fue igualmente negada.

Después de la negativa española de visa, aparecieron unos reportajes en la revista "Bohemia" sobre la conducta de la Embajada Española, donde elogiaban la labor del Embajador don Pablo de Lojendio, y del Agregado de Prensa Caldevilla, asilando y sacando del territorio cubano, a jóvenes cubanos, perseguidos por la policía de Batista por estar complicados en actividades conspirativas".

No obstante las gestiones de la embajada española en Santo Domingo Batista creyó definitivamente, que el embajador español en La Habana, don Pablo de Lojendio, exigió a la Cancillería madrileña, para que no le dieran la visa a Batista para España.

Así hizo publicar en los periódicos clandestinos que pagaba, que las "relaciones entre Batista y el embajador español en La Habana, eran muy cordiales, y entre ambas familias, la del presidente Batista y los marqueses de Vellizca existían profundas relaciones amistosas". El objeto era claro: entorpecer al embajador español en La Habana.

Un día se apareció en la suite de Batista en Santo Domingo, un ciudadano americano de apellido Trento, que reclamaba el pago de unos cien mil dólares, por el envío de armas a Cuba. El Mr. Trento aseguró que las armas habían llegado a La Habana el día 5 de enero, pero por supuesto se las habían encargado mucho tiempo antes. El ciudadano americano alegó, que las había vendido al gobierno cubano por conducto del jefe de la Marina de Guerra, Almirante José Rodríguez Calderón. Batista no quiso recibirlo, y lo remitió al almirante Rodríguez Calderón, el cual tampoco le hizo caso. Esa fue una gran oportunidad para Trujillo, porque basado en las reclamaciones legales que le hizo Mr. Trento a Batista, en los Tribunales Ordinarios Dominicanos, tenía que comparecer a juicio. Al negarse Batista a pagar las armas, se asesoró de un abogado dominicano. Los asuntos legales se complicaron de tal forma que los tribunales dominicanos, basados en una demanda por cobro de pesos, libraron orden de detención contra Batista. Una tarde cuando Batista se disponía a salir a sus acostumbradas caminatas, le detuvieron, y lo llevaron bajo arresto en una de las camionetas que utilizan para transportar los presos comunes. Lo llevaron directamente hasta la cárcel "La Victoria". Allí lo tuvieron retenido, sin internarlo en ninguna celda, durante unos veinte minutos.

Durante esos veinte minutos los amigos de Batista hicieron las más diversas gestiones. Reclamaron la ayuda del embajador español Alfredo Sánchez Bella, que se comunicó con el "Benefactor" e insistió en que dejaran en libertad a Batista. Por otro lado, el coronel Manuel Ugalde Carrillo, llamó al general José Arismendi Trujillo, hermano del "Benefactor" para que intermediara. Una hora después de haber sido detenido, Batista regresaba a la suite D del Hotel Jaragua. Se comprometió a pagar la deuda de las armas, y las pagó. Más tarde el abogado que representaba a Batista, le inició una demanda por el pago de sus honorarios, los que Batista en principio no quiso abonar, por considerarlos muy alzados. En conclusión, los pasos de Batista, en la tierra de Duarte, Sánchez y Mella, estuvieron presididos en todo momento por un signo de pesos. Su estancia en la pequeña Isla del Caribe, le habrá costado un promedio de cinco millones de dólares, donde se incluyen los pagos de armas, y el permiso de salida al "Generalísimo" Trujillo. Al llegar Batista al Hotel Jaragua, habló con él unos minutos. Ya nadie le visitaba. Eran unos pocos que no llegaban a los dedos de una mano, los que le visitábamos todos los días.

Estaba de pie, contraído, pero muy sereno. Sus primeras palabras fueron:

—Hay que estar con serenidad, a la altura de las circunstancias—.

Otro presidente cubano, el general Gerardo Machado, presidente derrocado en 1933 por otra revolución, en la que Batista, ascendió meteóricamente de Sargento a Coronel-Jefe de las Fuerzas Armadas, huyó de Cuba, y fue a refugiarse a Santo Domingo. Le sucedieron similares dificultades económicas con Trujillo. El "Benefactor" le hizo proposiciones de negocios, a las que él hábil dictador cubano, le dijo que sí a "todo". Un día, consiguió una visa, y le dijo que iba a buscar el dinero a Miami, para la inversión de negocios que le había prometido, y jamás volvió. Ha sido uno de los pocos que se le han escapado al "Benefactor" dominicano.

Muchos viejos dominicanos comentaban, que la visa que consiguió el general Machado, se la otorgó bajo su responsabilidad, un joven cónsul llamado Amadeo Barletta, que pasados los años se convirtió en el poseedor de uno de los más sólidos capitales cubanos, en negocios de periódicos, emisoras de radio, televisión, laboratorios, distribución de automóviles, y otros muchos negocios hasta el número de 42, los cuales por supuesto, fueron totalmente intervenidos por el régimen comunista de La Habana.

Las dificultades surgidas entre Batista y su albacea, el último administrador de la aduana de La Habana y senador electo por la Provincia de La Habana, llegaron en un momento inoportuno. Cuando pregunté qué había sucedido con Manuel Pérez Benitoa, el ayudante de Batista, Manuel Atorresagasti, me contestó:

—Que Pérez Benitoa, rindió las cuentas del Gran Capitán—.

En el vestíbulo del Hotel Waldorf Astoria, a mediados de febrero, varios oficiales del ejército cubano, de la policía y otros civiles, esperaban saludar al señor Manuel Pérez Benitoa. Al bajar lo rodearon y cambiaron impresiones sobre los últimos acontecimientos cubanos. Uno de los oficiales creyó oportuno preguntarle sobre los futuros planes de Batista, a lo que contestó el ex-administrador de la aduana de La Habana:

—Terminé mis relaciones con Batista y le devolvimos los 42 millones de dólares que transportamos para los Estados Unidos, semanas antes de la caída del gobierno—.

Los oficiales no querían creerlo. Más tarde agregarían que las dificultades entre Batista y él, surgieron por que retuvo para sí un millón de dólares, que era lo que aproximadamente le fue incautado por el gobierno de Castro, y lo que gastó en su campaña política para salir electo Senador de la República. Como no iba a quedarse en la miseria, de los 43 millones que transportó retuvo un millón para él.

Funcionarios del banco cubano Trust Company of Cuba, situado en Obispo y Lamparilla, observaron al Señor Manuel Pérez Benitoa, que todas las semanas extraía grandes cantidades de dinero en moneda americana. Cada semana también volaba a

Nueva York y regresaba al siguiente día para reintegrarse a sus labores como administrador de la aduana de La Habana.

Batista durante su estancia en Santo Domingo de ocho meses, se levantaba alrededor de las once de la mañana. Tomaba en su habitación un desayuno ligero de café con leche americano, con una tostada. Se lo servía su leal empleada de más de 20 años, Teresa Orobengoa, una honorable vizcaína, que cuidó en sus primeros años a su hijo Jorge, el hijo mayor del matrimonio de Batista con la señora Martha Fernández.

Nadie vió a Batista en mangas de camisa. Las camisas brillaban como en La Habana. Un sastre vino expresamente a hacerle varios trajes, todos grises, serios, de estilo antiguo. La selección del menú se hacía antes de servir la mesa. Muchas veces el Dr. Andrés Domingo, pedía una orden para compartir conmigo. Yo le complacía y así complacía a Batista, que siempre protestó de los altos precios de las comidas del Hotel Jaragua.

Los últimos meses siempre comí con el séquito presidencial. Batista lucía preocupado del estado de salud del Dr. Andrés Domingo, su último Ministro de la Presidencia. Yo amplí mi amistad con él, y le mecanografiaba las cartas para sus amigos y familiares. El Ministro de la Presidencia solía repetirme: "De aquí no salimos. Tú hiciste mal en no irte, cuando tuviste la oportunidad. De aquí no salimos jamás. Hay que comprar un terreno en el cementerio". Cuando le capturaron su colección de sellos aéreos, se desplomó. Era un hombre leal a Batista, y siempre cargaba responsabilidades de hechos, que realmente no había cometido, pero esa era su función, como secretario de la presidencia y hombre de confianza.

La mesa la presidía Batista. Comíamos un promedio de ocho personas. La comida no era la mejor de la ciudad, pero era cómoda. A la derecha de Batista, el Dr. Andrés Domingo, después el secretario de la correspondencia, algún ayudante, algún embajador y frente a Batista, su cuñado. Cuando los calores se intensificaron, Batista autorizó sentarse a la mesa sin saco, aunque siempre había que usar corbata y cuello. Nunca se perdió el protocolo a la hora de la mesa.

Un día que le concerté a Batista una cita con el Dr. Emilio Rodríguez Demorizi, presidente de la Academia de la Historia de la República Dominicana, me reprochó que fui a recibir al historiador, en camisa. Esto es una muestra, de la preocupación protocolar que mueve los actos de Batista.

Diariamente le mecanografiaba los capítulos iniciales de su primer libro. Era una labor de dos o tres horas diarias, que después discontinuó. Cambiaba mucho de opiniones. No era brillante en la redacción, pero era sereno y agudo. Cuando terminaba de mecanografiarle un capítulo, lo descuartizaba. Había que hacerlo dos o tres veces.

Ningún otro dominicano sirvió con tanto desinterés a Batista, como el hermano del "Benefactor", el teniente general José Arismendi Trujillo. Además de concertarle una cita, con Truji-

llo para terminar de solucionar las dificultades que existían entre ambos dictadores, varias veces lo llamó a su departamento en el Hotel Jaragua. Dentro de la suite de Batista una llamada, de un Trujillo era un reconfortante en aquel escenario dominicano de espionaje y terror.

Los despachos de las Agencias de Noticias, nadie los veía. Sólo Batista estaba autorizado a leerlos, por supuesto, además de los funcionarios dominicanos con acceso a la censura. También la "Voz Dominicana" tenía un servicio de "radioescuchas" que cogía todas las transmisiones cubanas y las mecanografiaban, enviándole una copia a Batista.

De la media docena de revistas "Bohemia" que llegaban a Santo Domingo, una de ellas era destinada a Batista. Era una gestión personal del general José Arismendi Trujillo. Llegaba con puntualidad los viernes y era esperada con gran interés, por escoltas, ayudantes y miembros del séquito. Batista me dió instrucciones que en el futuro le entregara los ejemplares a él personalmente. El único que nunca quiso verlas fue Andrés Domingo. Con la primera le bastó. Batista las guardó todas y las llevó consigo hasta Funchal.

Se preocupaba mucho de las críticas de la revista "Bohemia", y de la "Sección en Cuba". Una vez protestó porque se le había perdido un ejemplar atrasado. El reportaje "Que no vuelva el tirano" fue demoledor dentro de los predios batistianos. Otro posterior "la fuga del tirano" me fue adjudicado totalmente a mí, porque conversé con el periodista Bernardo Viera, que lo redactó, y el archivero de la revista Julito Suárez, en Miami. También sabían mis relaciones de amistad, con el director de "Bohemia", Miguel Angel Quevedo, el subdirector Lino Novas Calvo, y los redactores Agustín Tamargo y José Luis Masso, amistad que ha seguido inalterable.

Un día leyendo un cable, sobre las intervenciones que hacía el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, en la cuenta bancaria de su último Ministro del Trabajo, Dr. José Suárez Rivas, volviéndose hacia el Dr. Andrés Domingo, Batista dijo: "Andrés, fíjate, y Pepe me decía que no tenía nada, cuando le dimos aquel último dinero para la campaña de Las Villas". El Ministro del Trabajo, fue un inteligente y valioso colaborador del gobierno de Batista. Aunque estuvo tres días antes, en Santo Domingo, Batista no le avisó de su nocturna salida.

El Dr. Andrés Rivero Agüero, se interesó en resolver la difícil situación económica del coronel Esteban Ventura. Habló con Batista para que le facilitara al coronel Ventura, un aproximado de \$ 10.000 que después pagaría. Era para invertirlos en algún negocio, fuera de la República dominicana.

Un día después del acostumbrado almuerzo, estando yo en la suite de Batista, me sorprendió la llegada del coronel Ventura. Al principio me extrañó por que él no era visitante asiduo. Batista le estaba esperando. Hablaron muy poco. Se despidió y se marchó. Cuando hablé con él esa noche, me dijo "Batista es-

taba como si no supiera nada. Es un tacaño. Esta gente no vale para nada, no son ni de segunda". A los pocos días su valiente esposa, doctora Serafina Freyre, cargaba sus tres hijos, Estebita, Rosarito y Neka y regresaba a Cuba en un avión de la Línea Aérea Delta, con escala en Puerto Príncipe, para no pasar hambre en un país extranjero.

Muchas veces me lamenté, de que yo podría haber influido para que le dieran esos diez mil dólares, que nada significaban en la enorme fortuna de Batista, si hubiera hecho llegar a oídos de Batista, el comentario que sabía: "Que Trujillo le propuso al coronel Esteban Ventura y a otro oficial, que secuestraran a Batista, para reclamar por su rescate veinte millones de dólares".

Nada le hubiera sucedido al coronel Ventura, con el apoyo de Trujillo en aquellos momentos. Pero no se prestó a la farsa del "Benefactor" dominicano, "porque es indecoroso" me dijo.

Cuando la situación aún no se había empeorado Trujillo y Batista tuvieron un segundo diálogo. La cita fue en el Palacio Nacional, y Trujillo lo recibió en su larga y ancha mesa, del extremo derecho del Salón Central. Es un diálogo increíble e inexplicable.

En la primera oportunidad la actitud de Trujillo era bélica. Tenía planes inmediatos para combatir a Castro. Trujillo quiso llevar el tema a la guerra contra Castro, en la segunda charla, pero Batista hábilmente esquivaba el asunto. Al fin entraron en el tema y cuál no fue la sorpresa del tirano dominicano, cuando Batista le dijo:

—Vengo a solicitar de usted, que influya en la Administración del Hotel Jaragua para que me reduzca los precios del Hotel y las comidas—.

Dos días antes de morir Policarpo Soler, el Embajador Moya visitó a Batista y le notificó que los agentes de la Seguridad Nacional lo perseguían por la muerte del Director del Banco oficial dominicano. Las versiones fueron muchas, pero la más correcta es suponer que cayó en desgracia con Trujillo y entonces fue mandado a liquidar. Las versiones variaban desde suponerlo el principal responsable del fiasco del levantamiento de Trinidad, hasta la del mal uso de los fondos que Batista entregó para los campos de entrenamiento con destino a la invasión de Trinidad.

El día que el Embajador Moya fue a la suite de Batista el ayudante de Batista pidió los pasaportes a los 16 miembros del séquito, incluyendo los escoltas y la servidumbre. Los pasaportes fueron guardados discretamente. Pero no decían hacia donde marcharíamos. En la terraza frente al mar Caribe, Batista me dijo que nos íbamos a Portugal. Fueron unas horas de expectación y no podíamos salir del hotel porque en cualquier momento era el despegue.

Lo supimos oficialmente cuando llegó el avión de la Varig, que contrató en Nueva York el abogado estadounidense Lawrence Berenson. Después del mediodía ya teníamos las maletas

listas y el hotel estaba liquidado. En varios automóviles salimos rumbo al Aeropuerto. Antes de llegar a la pista Batista bajó en la Embajada americana y conversó con el Embajador Mac Farland en presencia de Berenson. Estuvieron conversando media hora.

Parecía increíble. Los funcionarios de la Seguridad Nacional autorizaron subir al avión. Batista hizo que subieran primero varios de sus escoltas. Era un cuatrimotor Super C número 1010-C de la "Varig" fletado expresamente en 45,160 dólares. Tenía 30 asientos y en la parte delantera estaba dispuesto todo nuestro equipaje en unos 5 ó 6 metros. A las 4:45 salimos a la pista. A las 5:08 comenzó a despegar y fueron quedando atrás las estatuas de Trujillo. Ya fuera de territorio dominicano aproximadamente las 5:15 las aeromozas repartieron café. Algunos nos pusimos de acuerdo y usamos los micrófonos haciendo bromas; otros robaban platanitos mientras Batista se mantenía muy sereno riéndose de buena gana. Todo era en broma y en serio, pero la culminación de esos minutos de espera fue a las 5:40 cuando el capitán de la nave salió de la cabina y se dirigió a saludar a Batista para decirle:

—Hemos salido del territorio dominicano—.

Andrés Domingo que estaba muy cerca de mi le dijo a Batista:

—Quien iba a creerlo. Al fin nos vamos—. La criada Marina desde un asiento posterior con castizo acento vasco concluyó diciendo "todo llega".

A las 5:50 Batista se levanta y va a la cabina a saludar a los pilotos en el momento que nos anuncian que estamos sobre Puerto Rico. Comienza un interesante diálogo sobre los viajes a la Luna, y el piloto sinceramente manifiesta que "el no irá". La aeromoza anuncia que estamos volando a 300 millas por hora a una altura de 8,000 pies. Repite diciendo que en doce horas estaremos en Santa María.

Son las 6:10 de la tarde y Batista comienza a leer periódicos. Lee el New York Times y el Wall Street. Está conversando con Lawrence Berenson todo el tiempo. A las 7:00 comenzamos a comer y anuncian que volamos a 270 millas por hora, pero a 13,000 pies de altura. Todos comen con apetito. Las charlas de Batista con Berenson siguen durante dos horas. A las 9:30 toma una pastilla y la diluye en el café. Todos leemos. Me voy con los escoltas de Batista cerca de la cabina e improvisamos una amena charla sobre la Isla Madeira que será nuestro exilio forzoso en el futuro. Son las diez de la noche. Andrés Domingo como de costumbre se acuesta temprano. Le preparan 3 asientos y hace una cama.

Alrededor de las 11:15 de la noche Batista sale a caminar en el avión y me sugiere que hable en voz baja por que no dejo dormir a los restantes pasajeros. Bromea con nosotros. Tiene un magnífico humor. Se asoma a la ventanilla del avión y exclama de la belleza del paisaje. Despierta a Andrés Domingo a las 11:30.

Son las 2:45 de la madrugada y sale el sol en el horizonte. Europa comienza a trabajar. Se inicia una invasión hacia la cocina y los baños del avión. Todos miran para la aeromoza porque sale olor de la cocina. A las 3:30 todos nos afeitamos, y esperamos la noticia de la llegada. A las 5:18 anuncian que bajamos en la isla Santa María para desayunar. Estamos ya en territorio portugués. Cuando llegamos al aeropuerto que luce solitario los relojes marcan las 8:30 de la mañana.

En el restaurante portugués tomamos jugos, dulces y carnes. Es un desayuno europeo y libre. Recorremos las tiendas del aeropuerto y los lugares interesantes. Nos llaman de nuevo a bordo. A las 9:52 el avión levanta vuelo de Santa María y a las 12:55 llegamos a Lisboa. Aun Batista está sereno esperando el encuentro con las autoridades portuguesas. Varios automóviles del servicio exterior portugués penetran en la pista y llegan hasta el avión. Un hombre calvo, que luego resultó un subsecretario de Relaciones Exteriores escruta en todos los pasajeros buscando a Batista. Se encuentran y ceremoniosamente le dice:

—Señor Presidente, bienvenido a Portugal en nombre del Gobierno—.

Batista ha cambiado. Ya no está sereno. Está alegre y se le dibuja una sonrisa de agradecimiento. El funcionario diplomático solicita que le sean entregados todos los pasaportes y que no serán revisados nuestros equipajes.

Batista nos presenta a todos. Montamos en autos y atravesamos Lisboa. Una brisa suave y un ligero sol nos reciben. Vamos directamente al Hotel Ritz. La invasión de reporteros es impresionante. En el piso alto se hospeda la esposa del presidente Kubischek del Brasil. Ha concluido el viaje. Todos vamos a las agencias de cables y enviamos noticias a los familiares y amigos.

Varios días después hay reunión. Andrés Domingo y Gonzalo Guell informan de las características de las islas Madeira. Interrumpo cordialmente al ex-Ministro de la Presidencia, pero el se adelanta para decir:

—El periodista Suárez-Núñez nos deja. Ya se lo comunicó al general Batista—.

Con el teniente César Noble (héroe de Playa Girón) marché para Madrid. No tenemos visa para ninguna parte de América. Ambos queremos ver nuestros hijos. Tocamos a todas las embajadas. Todas responden negativamente. Al fin conseguimos entrar en territorio americano ilegalmente, y solicitamos el derecho de asilo. Ha sido una dramática y fabulosa experiencia. Allá quedan amigos y recuerdos malos y buenos. El teniente Noble comienza a trabajar duro en una factoría. Yo varias semanas más tarde vendo televisores y radios. Me despidió de amigos y marché para Nueva York en busca de mejores destinos. Antes de marchar redacté una larga carta con destino a Funchal, renunciando una asignación económica que me envió Batista.

Había cumplido lealmente hasta el final. Otros aconteci-

mientos se desarrollaban en Cuba. Batista había perdido y antes de marcharme recuerdo que me vaticinó que "Castro estaría entre cinco y diez años en el poder". Fue una despedida cordial y hasta afectiva desde la terraza del Ritz que sólo presencié la estatua del Marqués del Pombal.

Han pasado los primeros cinco años del castrismo y su vaticinio ha sido correcto, sin embargo su extremada confianza alrededor de su personalidad le crearon una enfermiza vanidad. Ignoró como combatir el terrorismo y el cambiante comunismo; y subestimó a la oposición cubana y especialmente a Fidel Castro. La corrupción administrativa y la notoria incapacidad militar de Batista hicieron el resto para llevar a Castro al poder. Los cubanos luchaban por libertad, no por el comunismo, no por Fidel Castro, sino contra Batista. Como los vencedores imponen siempre las condiciones y Batista no resolvió la ecuación, se convirtió en el gran culpable de la llegada de Castro al poder. Así 12 guerrilleros aniquilaron 45,000 soldados.

APENDICE EPISTOLAR

Ningún otro medio de comunicación relata tantas verdades como la correspondencia privada. La cuestión cubana más controversial quedó reducida a la incapacidad militar del Gobierno de Batista en liquidar a Castro y sus guerrilleros. Estas cartas que reposan en los archivos de Batista, enviadas por Tabernilla, aclaran mucho el paisaje. El lector decidirá después.

J. S. N.

Riviera Beach, mayo 1959.

Al Coronel Juan A. Estévez Maymir

Ciudad Trujillo,

República Dominicana.

Compañero estimado:

Tu carta de fecha 16 del mes pasado dirigida a mi hijo Silito, la que solamente firmaste, paso a contestártela redactada y firmada por mí, como constancia para la historia.

Párrafo por párrafo te iré contestando y añadiendo algunos detalles que, tú seguramente ignoraras, pues aunque LA ROPA SUCIA DEBE DE LAVARSE EN CASA, no es menos cierto que, EL SOL NO PUEDE TAPARSE CON UN DEDO.

En cuanto a la carta que le envié a nuestro común amigo Alfreedito Hernández, contestándole una suya, fue estrictamente particular, no explicándome cómo fue reproducida en el periódico "EL CARIBE" de esa ciudad. Yo tengo absoluta libertad para dirigirme a mis amigos en la forma que estime conveniente, es decir, sin que nadie me la redacte.

Este caso guarda cierta analogía con una que le escribí al Dr. Eugenio de Sosa estando yo retirado del Ejército y que, el muy truhan hizo circular profusamente con el firme propósito de causarme daño. El General Batista, no obstante su extraor-

dinaria inteligencia, no captó bien la finalidad que yo perseguía que, era reingresar en el Ejército aunque fuese de Cuartelero, para serle más útil a él, y al Partido Político que entonces estaba formando. Demostrándoselo el "10 de Marzo" cuando me dió la orden de ocupar la Fortaleza de la Cabaña, operación que realicé con sólo ocho hombres, de los cuales más de la mitad han sido fusilados por el feroz asesino de la Sierra, por cumplir con sus deberes militares. Descansen en paz los valientes compañeros!

La carta que te escribí dándote las gracias por haberme felicitado el día de mi cumpleaños, la ratificó en todas sus partes, pues no se explica que, al acusarnos de traidores, los traidores le iban a permitir tomar el avión sin mayores consecuencias.

Recuerdo que unos días antes del desplome total, citó en su despacho de la Ciudad Militar al Almirante, General Rodríguez Avila y a mí, y nos dijo que si nosotros estábamos dispuestos a combatir hasta el último momento, y todos le contestamos afirmativamente, y yo le agregué, por que Ud. no hace unas declaraciones por la prensa y radio al pueblo y a las Fuerzas Armadas levantando el ánimo y la moral. Nada contestó a esta sugerencia mía.

Cuando desembarcó F. C. le pedí con urgencia me autorizara a alistar TRES MIL soldados, al margen de la comunicación que le envié me puso de su puño y letra lo siguiente: "PANCHO TU ESTAS LOCO, DE DONDE VOY A SACAR EL DINERO, MANDA TODOS LOS SERVICIOS ESPECIALES Y EN COMISION PARA LA LINEA". Después cuando el enfermo no tenía cura alistó en la Reserva Militar CATORCE MIL.

Deseo hacer constar que, unos tres o cuatro días después de recibir la carta que te dejo apuntada en el párrafo anterior, votó un crédito por CINCUENTA MILLONES DE PESOS para Obras Públicas, y así siguieron sucediéndose esta clase de créditos que llegaron a sumar cientos de millones de pesos, mientras los sufridos soldados mal armados, libraban una guerra sin descanso, que él se afanaba en ocultarle a la Nación y al mundo entero, no sé con que finalidad.

Ahora, después del derrumbe, cuyo máximo culpable es él y únicamente él, para exonerarse, (cosa que no podrá hacer jamás) acusa de traidores a un grupo de oficiales del ejército, con el afán de disculparse ante los doctores Rivero Agüero y Gastón Godoy, agarrándose de las gestiones que tuvieron que realizarse a última hora, para someterle a su consideración la solución que nos pidió a los tres Jefes de las Fuerzas Armadas. Un gesto que lo hubiera enaltecido en medio de la desgracia, hubiera sido una declaración terminante en estos términos: **LÓ QUE HA PASADO EN CUBA YO COMO JEFE SUPREMO, SOY EL UNICO RESPONSABLE.** Eso es lo que hace un verdadero Jefe, y no lo que hizo, salir huyendo como un cobarde para salvar su vida y sus millones, dejando a su patria y a sus compañeros en el más completo desamparo, y haciéndonos quedar a todos

nosotros como unos cobardes y aprovechados, y arrojando al suelo la dignidad y el honor que se le supone a un militar.

Tu quinto párrafo te lo contesto con las palabras escritas en rojo al margen izquierdo de esta carta.

Dice el General Batista que, "en los últimos meses observé anomalías en mi conducta y que, las libertades que me tomé como Jefe del Estado Mayor Conjunto pusieron en grave riesgo la estabilidad del Gobierno y la fortaleza de las Instituciones Armadas". Yo desearía saber **una sola** anomalía en mi conducta. En cuanto a las libertades que me acredita, permítame que me sonría. Ignora el General Batista que por su voluntad, yo era un Jefe sin Mando de ninguna clase, pues no tenía autoridad ni para trasladar a un Teniente, todo había que esperar su resolución. Yo era un Jefe como vulgarmente se dice, PINTADO EN LA PARED, lo mismo que el Jefe de la Marina y el Jefe de Estado Mayor del Ejército. El era el que lo sugería y ordenaba todo. Siempre que quise actuar como corresponde a un Jefe Militar de mi jerarquía, fui desautorizado por él delante de mis subalternos. Jamás le prestó la más mínima atención a mis leales recomendaciones. En las reuniones con los Oficiales Generales que él presidía, nada que no fuera propuesto por el General Cantillo, era aceptado por él.

Su centrismo de querer abarcarlo todo, unido a sus escasos conocimientos militares, (pues quiero que sepas que él era quien dirigía y ordenaba las operaciones militares, inclusive los movimientos de los barcos de la Marina de Guerra) tenían que llevar, como llevaron a las Instituciones Armadas de la República, al desastre más grande que recuerda la historia patria.

El General podrá ser un sagaz y astuto político, inclusive un estadista, pero como militar adolece de falta de estudios en la materia. Llevó el "guabineo" Político a las Fuerzas Armadas de la Nación. Sembró el desorden, la indisciplina y el descontento con el favoritismo en los ascensos, y todas estas cosas y otras más que omito, produjo el magno desastre que hoy contemplamos.

Conspirar en las Fuerzas Armadas era "una gracia". No había castigo para el traidor. En caso extremo se le daba de Baja, sino se le retiraba, y si el acusado era persona influyente, se le nombraba como recompensa a su traición, Embajador o Attache Militar en cualquier país, para representar al Gobierno. El asunto era que nada trascendiera a la opinión pública, y que la mentira y el engaño en mutuo consorcio fueran socavando al Ejército en su base, como así sucedió.

Por los motivos que te dejo apuntado en los dos anteriores párrafos, fué mi mayor anhelo retirarme del servicio al cumplir los setenta años que señala la Ley, el 28 de enero del año pasado, y así se lo hice saber al General Batista, contestándome que yo le hacía falta y que me iba a dar un cargo Superior. Yo le insistí en mi determinación, agradeciéndole su gentileza y buenos deseos para mi modesta persona, pero volvió a repetirme lo

mismo añadiendo que, mi presencia en el Ejército en los actuales momentos era una necesidad, y acostumbrado a obedecerle ciegamente, acepté, no fuera a creerse que le tenía miedo a la situación imperante. Esta debilidad mía es la única acusación que pesa sobre mi conciencia. Únicamente el Viejo Pancho, de todos los Jefes de E. M. que él ha nombrado a través de su carrera Política, le ha permanecido leal y sin claudicaciones hasta el final. Los anteriores, se le rebelaron por no poder resistir su mando omnímodo y desordenado.

No es cierto y miente quien asegura que, yo citara en mi despacho del E. M. Conjunto, a los Jefes de Las Villas y Oriente para recibirlos conjuntamente o por separado, con el fin de expresarles mi opinión que, llevarían a plantamientos de treguas con el enemigo y más tarde, a la entrega y a la derrota. Antes de entrar en detalles sobre esta infame acusación, deseo que conozcas que, muchos días antes de la reunión en cuestión, el General Batista nos comunicó al Almirante, al General Rodríguez Avila y a mí, —que buscáramos una solución al problema Nacional que se estaba agravando por momentos, pues él TENIA PENSADO RENUNCIAR Y MARCHARSE DE CUBA EN UN AVION. Yo le contesté que, la solución la tenía que dar él, y que nosotros cumpliríamos sus órdenes. Además nos expuso que, un Embajador extranjero le había notificado QUE TENIA QUE IRSE, así como también se lo hizo saber el Dr. Barroso en nombre de los hacendados y colonos, pues en la forma que estaban dominando los rebeldes, no habría zafra. Inclusive ordenó al Jefe de F. A. E. que tuviera dos aviones preparados de la Aéreo-Vías-Q. Por cierto que ahora me entero que el Jefe del S. I. M. le dió cuenta de usuales movimientos de noche frente a la mencionada Compañía, contestándole: "NO SERA QUE ALGUNOS JEFES SE QUIEREN IR, VIGILALOS BIEN", y resulta ser que el Jefe que se fue y nos hizo irnos fue, el Presidente de la República. El Almirante y el Jefe de E. M. E. que se encuentra a su vera, pueden dar fe de lo que sinceramente expongo.

Volviendo a la reunión en mi despacho, diré que todas las noches se reunían conmigo, altos Jefes del Ejército para saludarme y comentar los Partes de las Operaciones que continuamente se recibían, los cuales siempre acusaban un gran número de muertos y heridos de nuestras Fuerzas. Dió la casualidad que esa noche se encontraban en La Habana los Jefes de Oriente y Las Villas, General Cantillo y General Río Chaviano y el Coronel Rosell, los cuales habían ido a saludarme. También estuvieron allí los Generales Rodríguez Avila, Robaina y Tabernilla Palmero, por cierto que este último llegó después que se fueron los Generales Rodríguez Avila y Cantillo, para proponerme un movimiento de tropas para reforzar Las Villas. Por cierto que le contesté que esa operación la tenía que ordenar el General Batista. El Jefe del S. I. M. también se encontraba presente.

Estuvimos de acuerdo que las cosas marchaban de mal en peor, y que había que buscar una solución para contener el río

de sangre que estábamos sufriendo debido a la incapacidad manifiesta del Señor Presidente que como antes te he dicho, dirigía las operaciones. Pudimos apreciar la caída vertical del Gobierno en el lapso de unos días, pues no solamente el pueblo estaba en contra del Régimen, sino que las Unidades del Ejército se estaban entregando al enemigo sin disparar un tiro. El cansancio, la falta de orientación y la falaz propaganda estilo comunista, hicieron su impacto aún en los hombres más corajudos.: No se vislumbraba un pequeño rayo de esperanza. A todo esto podemos agregarle, la cancelación total de envío de pertrechos de guerra a Cuba por el Gobierno de los Estados Unidos. De esta determinación, comenzaron a surgir las conspiraciones en las Fuerzas Armadas, al ver la oficialidad que las simpatías del Coloso del Norte, estaban del lado contrario. A todo esto puedes agregarle las elecciones Presidenciales, que sin pacificar el país, llevó a cabo el General Batista imponiendo a su candidato, el Dr. Andrés Rivero Agüero, muy decente persona, pero completamente impopular en el pueblo y en las fuerzas armadas.

Volviendo nuevamente a la "famosa" reunión en el E. M. Conjunto, alguien sugirió, no sé si fue el General Ríos Chaviano, o el General Cantillo, o el Coronel Rosell, que debíamos llegar a un acuerdo con los rebeldes para hacer un "alto al fuego" y buscar un entendimiento decoroso. Esta proposición fue aprobada por todos, incluso el "célebre" General Cantillo la creyó muy conveniente, y se ofreció a hablar con el cabecilla rebelde por mediación de un sacerdote de apellido Guzmán. Nadie le ordenó al General Cantillo la mencionada entrevista, fue un acuerdo general, quien diga que fue una orden, miente como un villano.

El fin que perseguíamos era saber lo que podían los alzados para informárselo al General Batista, y que él decidiera lo que debía de hacerse. También ese fue el motivo de mi visita particular al Embajador de los Estados Unidos, averiguar si estaba en contacto con los rebeldes y en qué disposición se encontraban. También le pedí, pensando en lo peor, garantías para el General Batista, su familia y de todos los valientes compañeros que lucharon con dignidad y honor sin tregua ni descanso. Ese mismo día le dí cuenta al General Batista de la entrevista efectuada, y parece que no le agradó, pues me dijo: PANCHO ME HAS DADO UN GOLPE DE ESTADO. Le contesté, lo hice de la mejor buena fe por Cuba y por Ud. amparado en la orden que me dió de buscarle solución al problema. El General Batista puede dar fe de lo que aquí he expuesto.

Es completamente incierto que me reprendiera severamente, (pues él no tenía moral para hacerlo) en presencia del Jefe de la Marina de Guerra y del Jefe del E. M. del Ejército, pues el resultado de la entrevista con el Embajador, se lo comuniqué a él solo en su despacho de la Ciudad Militar. Tal parece que el General con tantas preocupaciones que debe tener, no coordina bien su memoria.

Volviendo al tema, cuando regresó el "genio militar" Ge-

neral Cantillo de su entrevista con el cabecilla F. Castro, en vez de venir directamente a informarme como era su deber, se dirigió a la finca "Kukine" en donde tuvo una larga conferencia con el General Batista. Cuando terminó fue a verme al E. M. C. y me dijo: que tenía órdenes del Presidente de la República de no decirme absolutamente nada de lo tratado, y que él le había dado su palabra de honor de cumplir la orden.

Así actuaban el General Batista y el General Cantillo, con el Jefe del Estado Mayor Conjunto, ocultándose todo lo que debía conocer.

MAS DATOS PARA LA HISTORIA. — Siendo Jefe de Operaciones de Bayamo el "genio-militar" General Cantillo, el Presidente de la República, puso a sus órdenes más de CINCO MIL SOLDADOS para terminar de una vez con la revuelta armada, y de acuerdo con los planes del "famoso" General, las operaciones debían realizarse de norte a sur, con el fin de arrojar a los alzados sobre la costa y exterminarlos. A continuación veremos como actuó el "célebre" General:

Sin consultar para nada con el E. M. E. y en contra del plan trazado, situó el Batallón del Comandante Quevedo en La Plata, al sur de la provincia de Oriente, sin ninguna tropa que pudiera acudir en su auxilio en caso de necesidad. El resultado de esta descabellada maniobra, todos lo conocemos. Once días estuvo combatiendo el mencionado Batallón, hasta que tuvo que rendirse por agotamiento y falta de víveres y agua que beber. Inmediatamente le pedí al General Batista, el relevo de Cantillo y su reclusión en las prisiones de La Cabaña, para que fuera juzgado en Consejo de Guerra Sumarísimo. El General Batista, no le prestó ninguna atención a mi recomendación. Quiero que sepas, que el mencionado oficial estaba conspirando contra el Régimen, desde que el Presidente no lo nombró Jefe del E. M. E. como él esperaba. Debo significarte, que con la antelación debida, le puse en conocimiento al General Batista, de la conducta altamente sospechosa del General Cantillo. Tampoco me hizo caso. Al igual que infinidad de denuncias con sus correspondientes pruebas, de Oficiales traidores que estaban en connivencias con el enemigo, y de otros que se robaban el dinero de las raciones y dietas de las tropas, y cuyos expedientes se los elevaba para su resolución, y eso que varias veces le recalqué la necesidad de mantener "al rojo vivo" la disciplina en campaña.

Rápidamente después de la entrega del Batallón del Comandante Quevedo, vino la desastrosa retirada del Batallón del valiente Coronel Sánchez Mosquera en el poblado de Santo Domingo, que por un milagro no le costo la vida. El Coronel Sánchez Mosquera y su Batallón llevaban VEINTE Y DOS MESES combatiendo sin cesar y sin relevo.

A continuación vino la rendición de la Compañía del Capitán Durán Batista, el cual con anterioridad, le había comunicado al General Cantillo su difícil situación, al estar rodeado de rebel-

des y sin esperanzas de recibir refuerzos; siendo la contestación del "genio-militar" la siguiente: MANTENGASE EN SU PUESTO.

Unos días después ocurrió el cerco, rescate y retirada del Batallón del Coronel Corzo Izaguirre, cuya operación costó infinidad de muertos y heridos a nuestras tropas. Y como colofón a todos estos desastres, podemos agregar las enormes bajas sufridas por dos Compañías en Cerro Pelado, en donde se insubordinaron todos, oficiales, clases y soldados por el cansancio agotador, mala alimentación y falta de atención médica.

Esa fue la azaña del "genio-militar" General Cantillo. Destrozó en el transcurso de unos meses, el poderío militar que ingenuamente le había puesto a sus órdenes el Presidente de la República para terminar con la revolución.

Como recompensa, en vez de fusilarlo por traidor, lo nombró Jefe del 1er. Distrito Militar, con amplios poderes, y pareciéndole poco esto, ya al final del desbarajuste, lo designa Jefe del Gobierno de una Junta Militar inexistente, para que le facilitara la bochornosa fuga. El General Batista se creyó que con el General Cantillo, había resuelto el problema Nacional, pero que equivocada más grande se dió, el inteligente estadista.

Muy bello, poético y sentimental el último párrafo de tu carta, pero yo quisiera ver tu reacción si te acusaran como a mí, de traidor y de ser el responsable directo de lo que está pasando en la actualidad en nuestra patria, nada menos que por el Jefe máximo. Bueno, cada cual no produce de acuerdo como le va en la feria...

Todos los que aquí nos encontramos, deseamos el rescate del orden, el imperio de las Leyes y el bienestar de la patria, y estamos prestos al sacrificio de nuestras vidas sin ambiciones personales de ninguna clase, porque creemos que así cumplimos con nuestro deber. Tenemos que reivindicar a nuestros muertos, tenemos que socorrer a tantísimas viudas y huérfanos, y también por el honor de las Fuerzas Armadas, que contribuimos a fundar y crear el "Cuatro de Septiembre", encontrándose hoy, totalmente diezmado y sus hombres lanzados a la más espantosa miseria, sin retiro, perseguidos constantemente por la iauria que azota a Cuba, y en el más completo abandono por parte de su Jefe más responsable.

La inesperada resolución del General Batista de marcharse de Cuba tan precipitadamente en la madrugada del día primero de enero, sorprendió a todos sus subalternos, amigos y colaboradores. No nos dió tiempo para extraer el dinero que teníamos en los bancos con el fin de asegurar el porvenir económico de las familias, ni tampoco para poder salvar algunas propiedades de índole personal. La orden fue a raja tabla: DENTRO DE DOS HORAS TENEMOS QUE TOMAR LOS AVIONES CON LO PUESTO, NI UNA MALETA PUEDE LLEVARSE. Su última orden fue cumplida. Sin embargo, él tuvo sobrado tiempo para poner a salvo su inmensa fortuna y habilitarse convenientemente. Muchas veces he pensado que actuó de expofeso, para que

sintiéramos en lo más hondo y con los perjuicios consiguientes, su funesta y cobarde determinación, causándole irreparables daños a la Nación y a las Fuerzas Armadas.

La increíble fuga planeada y ejecutada por el hombre en quien habíamos depositado nuestra fe y confianza, el que pronunció las palabras de aliento de que jamás nos abandonaría, anotadas en letra roja al margen derecho de la primera hoja de esta carta, es incomprensible. Qué diablo motivó este brusco cambio en el "hombre fuerte" de Cuba?

Te repito, nos ha cubierto de ignominia, pues salimos como unos cobardes, indignos, aprovechados, ladrones y sin honor y vergüenza que, por salvar el pellejo, hundimos a la República y con ella, a miles de nuestros valientes compañeros y amigos.

Su salida del Poder, podía haber sido más digna, más humana y más elegante. Que Dios lo perdone pero esa es la triste realidad.

Si el General Batista no hubiera dado la orden de partida, junto con él, nos hubiéramos quedado todos. En sus descargos, lo que él diga ahora, no es más que un engaño, tratando de tergiversar los hechos con el afán de quitarse de encima un poco del lodo que le ha caído encima, y echárselo a otros injustamente.

Si él aspiraba a que los Jefes de las Fuerzas Armadas le dieran un Golpe de Estado, pues esa era la solución que pretendía, para después embarcarse como VICTIMA, no pudo salirse con la suya, y tuvo que recurrir a Cantillo para que se lo diera, renunciando a su alta investidura, y poniendo al Cantillo al frente del Gobierno, no sin antes ordenar la partida de los Jefes principales que sostenían su impopular Gobierno. Lo que duró Cantillo es de todos conocido.

El General Batista debe reconocer su tremenda derrota, derrota que él mismo se buscó. Que destruyó al Ejército que no supo dirigir, y a todo esto, podemos agregarle la oposición de un pueblo ya cansado que ansiaba terminara la lucha estéril, que cesara la matanza e incertidumbre en que vivía, en una guerra cruel y sangrienta que llevaba ya dos largos años debido a sus grandes errores, como por ejemplo, por citar uno, la amnistía del asesino Castro y sus secuaces.

Quiero que sepas, que tengo a mi esposa cocinándonos, y a mis hijos Winsy y Tony trabajando en un garaje desde las 6.00 a. m. hasta las 11.00 p. m. fregando y engrasando máquinas, cogiendo ponches y despachando gasolina. Da pena verlos llegar a la casa llenos de grasa, con las manos deshechas y extremadamente agotados por el duro bregar diario. Y aquí nos tienes pasando infinidad de dificultades y contrariedades, pues hasta el momento, no tenemos la seguridad de permanecer en este país debido a que entramos indebidamente sin visas ni pasaportes, mientras hay otras familias que gozan de la vida y de sus comodidades.

Voy a ponerle fin a esta larga y dolorosa carta que, jamás hubiera escrito, motivada por la infame acusación que me hace

nada menos que el autor de todos los desaciertos, el causante directo de la hecatombe y del actual sufrimiento del pueblo cubano. Realmente el que cuidaba tanto de su historia, la ha puesto que ni el mismo la conoce.

Con el mismo afecto de otros tiempos, te saluda tu viejo amigo y compañero,

General F. Tabernilla Dolz.

NOTAS ADICIONALES

RESULTADOS OBSERVADOS POR MI: — La personalidad magnética y la dialéctica del General Batista hacen que, todos los que se mueven alrededor de su órbita, piensen y actúen como él desea.

SERVICIO INVESTIGATIVO: — Tú que en la actualidad eres una persona de gran ascendencia con el General Batista, cómo podríamos averiguar quién fue en definitiva el que autorizó al General Cantillo para entrevistarse con el cabecilla F. Castro, pues tengo entendido que, cuando terminó en el E. M. C. fue a darle cuenta al general de lo que allí se habló, e inmediatamente salió para Santiago de Cuba. Deseo que sepas bien que, Cantillo no obedecía a nadie que no fuera el General Batista.

Del resultado de la conferencia BATISTA-CANTILLO después de la entrevista que éste último tuvo con el carnicero de la Sierra, quizás algún día lo sepamos. Debe de haber sido muy interesante...

PUNTO FINAL

Deseo felicitarte por tu ejemplar comportamiento con los compañeros exilados en ésa. Uno de ellos así me lo informó.

Palm Beach

Diciembre 31 de 1959

General Fulgencio Batista Zaldívar

Reid's Hotel

Funchal. Madeira.

Querido Sr. Presidente:

En su carta del día 5 de febrero de 1959 usted me escribe: "Repítale al viejo que ese calificativo de traidor no ha salido de mis labios, ni siquiera una expresión que encierre amargura o dolor. En cuanto a Winsy, al que alude en su carta, nada he dicho. Estimo que él cumplió hasta el último minuto con su deber. Otra cosa hubiera sido inconcebible".

Buen discípulo suyo nunca he dado pábulo a los infundios, rumores y calumnias en la seguridad de que con el tiempo —que todo lo vence— resplandece la verdad. Pero esta vez, no obstante los meses transcurridos desde el primero de enero a la fecha, enemigos gratuitos —la envidia da asco— se empecinan en tergiversar hechos y coincidencias, y lo que es más grave aún, exponen ciertas manifestaciones como expresiones textuales que en conversaciones personales han tenido con mi querido Jefe y mejor amigo el General Fulgencio Batista y Zaldívar.

Si no lo conociera a usted, sus cualidades excepcionales de hombre y de amigo no le hubiera escrito esta carta, pero lo hago con la plena convicción de que tales expresiones no han sido pronunciadas por usted.

1—El Dr. Andrés Rivero Agüero le dijo al Dr. Rafael Díaz Balart, en New York, que la noche del 31 de diciembre —después que usted en presencia del Dr. Alliegro, Dr. Godoy, los Generales del Ejército y el Jefe de la Marina de Guerra había hecho pública su firme decisión de renunciar, en vista del sesgo que habían tomado los acontecimientos y para evitar más derramamiento de sangre al salir de la Residencia en Ciudad Militar para su casa— no sé por qué motivos el Presidente Electo no asistió a la referida e histórica reunión, —usted al verlo lo cogió por el brazo y le dijo: "vámonos que los Tabernilla nos matan". El Dr. Rivero Agüero parece que no conoce bien qué clase de hombre es usted, su valor probado en infinidad de ocasiones y el concepto que usted tiene del honor y del mando. Ahora me dicen que comenta que pensó que los Tabernilla habían dado un Golpe de Estado y eran los que se quedaban mandando en Cuba y nó que nos habíamos embarcado, conjuntamente, en aviones ordenados, distribuidos y preparados por usted, con algunos días de antelación y los puestos en listas —dictados por usted a mí—

que yo conservaba en mis bolsillos cumpliendo sus instrucciones. Seguramente que también desconoce el Dr. Rivero Agüero nuestra conversación de días antes cuando usted me dijo la forma en que saldrían los civiles —que usted había seleccionado— invitándolos a la Residencia para tomar un café y que desde allí los llevaría para el aeropuerto. “Me tendrán que agradecer que les salvó la vida”, me expresó usted.

2—El coronel Leopoldo Pérez Coujil le dijo a mi hermano Tony en la República Dominicana que usted le había dicho “que tuvo que irse porque Silito le tenía la Residencia rodeada de tanques”. Este absurdo que propaga Pérez Coujil como dicho por usted, aunque por otra parte dice que aquella noche él estuvo en la Ciudad Militar y no vio ningún tanque, es inexplicable. Cómo puede ser posible —caso que fuera cierto— que usted se dejara amedrentar y embarcar por nadie y mucho menos por uno de sus más leales amigos y hombre de confianza, con quien secretamente preparaba la salida del país. El mismo Coujil es tigo de la salida que se preparaba —Tony desconocía estos detalles— cuando el Mayor General Eulogio Cantillo Porras le entregó los quince mil pesos que usted me ordenó le mandara por su conducto “para el caso que tenga que irse”. Estas palabras tuyas se las repetí al General Cantillo y tengo la seguridad de que cumplió sus instrucciones. También supongo que le entregaría al coronel Manuel Ugalde Carrillo y al Tte. Coronel Salas Cañizares los diez mil pesos para cada uno —con idénticas instrucciones— que le entregué por orden suya aquel mismo día y con el mismo fin y usted recordará que los quince mil pesos que restaban bondadosamente usted me los dió —allí quedaron en la gaveta varios días— y aquella noche usted se los introdujo en sus bolsillos.

Coujil desconoce al propalar el infundio, que en Columbia la noche del 31 de diciembre había **sólo un tanque**. Las órdenes que recibíamos nos llevaron a diseminar la única fuerza de choque organizada que poseía el ejército —el Regimiento Mixto de Tanques “10 de Marzo”— de tal manera, rompiendo todos los principios tácticos de la guerra blindada, que cualquiera que estudie cuidadosamente la distribución de las unidades que lo integraban, puede llegar fácilmente a la conclusión que fue hecha de mala fe o con un desconocimiento tal sobre la materia, que sólo un aprendiz de estrategia puede ordenar tamaña barbaridad. Mi padre, por otra parte, por su edad, su fe y su ciega lealtad a usted le había puesto en sus manos el más mínimo detalle de las Fuerzas Armadas para su resolución, cosa que lo abrumaban a usted de trabajo y de preocupaciones.

El RMT, como usted recordará, tenía siete tanques medianos M4A3E8, tres en Bayamo y tres en Santa Clara, **uno en Columbia**. Doce tanques ligeros M3A1”: seis en Santiago de Cuba, que se llevaron por mar, uno que se perdió en la ofensiva planeada por el general Rodríguez Avila y los jefes de Las Villas; tres que ordenó el Estado Mayor que permanecieran en el Regi-

miento 3 Leoncio Vidal, después de terminada la referida ofensiva y dos que se enviaron al Regimiento 4 "Plácido". La Compañía C de Tanques —completa— se encontraba hacia meses en el PM de Bayamo y sus tanques en Camagüey, Holguín, Banes, Guantánamo, Santiago de Cuba y otros pueblos. Al famoso tren blindado —plan magistralmente concebido por el EME, reparar vías sin exterminar a los rebeldes primero— se le agregaron los últimos cuatro M8 que nos quedaban. La Compañía A de Tanques se estaba organizando con los quince tanques ingleses que nos llegaron, pero usted conocía que no estarían listos hasta el día 10 ó el 15 de enero, trabajando con relevos las 24 horas del día, como lo estábamos haciendo. Ahora recuerdo que cuando el Coronel Marrero y yo se lo informamos usted nos dijo "es muy tarde". Esto demuestra que teníamos apto para el servicio un solo tanque en la Ciudad Militar.

3—El coronel PN Esteban Ventura, en visita a mi casa me dice que le oyó decir a usted "que los Tabernilla lo traicionaron", y al manifestarle él que por qué no los cogió presos, usted le ripostó que él no conocía nada de política y la manera de llevar un gobierno.

4—El Comandante MG Jesús Blanco me dice que visitó su casa en Daytona y hablando con la señora Martha le dijo personalmente "que habían tenido que irse, porque los Tabernilla lo habían traicionado a usted".

5—Mi visita a New York, al no ser recibido por la señora Martha y las visitas escurridizas del Dr. Ramiro López de Mendoza a mi apartamento en el Waldorf Astoria, algo grave me hicieron sospechar. El encuentro infortunado con su hijita Elisa Aleida corroboraba estos antecedentes. En aquella visita, por un deber elemental de cortesía, tenía la intención de saludar a la señora Martha. Desde luego, supongo que algo hubiéramos comentado sobre los hechos acaecidos. Recuerdo que el día que usted me dictó los nombres de los que íbamos a tomar los aviones me dijo: "la pobre Martica hace cuatro días que lo sabe, no sé cómo han podido resistir sus nervios". Su propio hijo Rubén, aquel mismo día, esperaba afuera de mi despacho mientras usted y yo trabajábamos y es testigo de que preparábamos la salida. Cuando usted le ordenó que entrara le manifestó: "en caso que tengamos que irnos, Silito te avisará y tú te encargas de llamar al resto de la familia".

6—La señora Marisol Alba de Vázquez me dice que cuando lo visitó a usted en el Hotel "Jaragua", República Dominicana, usted le dijo "que los Tabernilla estaban conspirando, por eso tuvo que irse".

7—El Dr. Santiago Rey Perna declara a la revista Bohemia que usted le dijo: "Tanto Chief por parte del viejo Pancho y ahora él y su hijo me traicionan. Han llegado hasta planear mi muerte para el próximo sábado cuando estuviera viendo el boxeo en televisión. El Comandante Carrillo era el indicado para matarme delante de mi familia. Qué gente esos Tabernilla". Esto

es monstruoso. ¡Qué infamia! No quisiera ni escribirlo ni comentarlo.

8—Mi cable a usted con motivo del reportaje de Bohemia “La Fuga del Tirano”, noviembre 8 de 1959 y su respuesta de “que prefiere ignorar especies rumoradas” me hacen pensar el poco interés que se tiene en salvar reputaciones y conductas de amigos que lo dieron todo por la causa a cambio de nada, porque ni los consabidos millones —que otros amasaron— existen y sí una extensa hoja de servicios, de trabajo, sacrificio y el más estricto cumplimiento del deber. Pero tengo mi conciencia tranquila. Quizás si fui el único general del ejército que le dije en mi despacho, mientras usted se peinaba, después de haberme dictado las listas de los que ocuparían los puestos en los aviones: “Sr. Presidente, por qué no luchamos hasta el último hombre? Y usted me contestó “no es posible Silito”.

9—El Dr. Emilio Núñez Portuondo me informa que usted dice tener una carta mía donde le escribo que le he entregado diez mil pesos a él. “Esto no es cierto, le manifesté al Dr. Portuondo, jamás le he dado un centavo a usted —tampoco lo tengo— y mucho menos le he escrito al general Batista en ese sentido”.

Frente a tanta evidencia, ante tantos hechos tan desagradables, sólo me queda dirigirme a usted para que me diga la última palabra. Yo soy un hombre limpio, que no estoy acostumbrado a vivir bajo la intriga, la mentira y la calumnia, ni poner una cara por delante y otra por detrás y ese concepto, créame, también lo tengo de usted.

En la seguridad de su respuesta, aprovecho las penosas circunstancias que me obligan a escribirle esta carta, para repetir-me suyo afmo.,

CERTIFICO: Que es copia fiel de su original.

F. Tabernilla Palmero

El mayor insulto a un militar es llamarlo traidor y cobarde y el que así procede, no merece respeto ni consideración.)F. T. D.)

Riviera Beach, Florida

Agosto 24 de 1960

Sr. General de **División** Don Fulgencio Batista

Ex-Presidente de la República de Cuba

Funchal. Islas Madeira.

Señor:

Es muy triste y doloroso ver a un hombre que como Ud. ha ocupado los más altos y re'evantes cargos públicos en su Patria, descender tan bajo, con el fin de tratar de justificar lo injustificable.

En su mamotreto "RESPUESTA", que bien podía haberlo intitulado "GARBAGE", usted injustificadamente acusa a mi hijo Silito y a mí, nada menos que de traidores y cobardes cuando estuvimos a su lado hasta el último minuto, sirviéndole con ciega lealtad, dignidad y desinterés.

Deseo hacerle conocer que gracias a los Tabernilla usted pudo mantenerse en el Poder, pues sin ellos, no hubiera durado un año en la gobernación del país.

El traidor más grande que han tenido Cuba y las Fuerzas Armadas es usted Sr. Batista, por vuestra pésima actuación y miopía en el problema de Cuba, cuyas desastrosas consecuencias hoy contemplamos.

En cuanto a su falta de valor, nadie lo discute, todo el mundo está de acuerdo, pues su inconsulta y precipitada fuga, así lo demuestra sin lugar a dudas. No trate ahora de echarle la culpa a nadie de lo sucedido en Cuba, ya que es usted y solamente usted el único responsable de la catástrofe. Hágase un examen de conciencia y me dará la razón, a no ser que carezca de ella, sea un irresponsable o un anormal.

Las mentiras, calumnias y falsedades con las que Ud. trata de valerse en el libro "GARBAGE" para exculparse, créame Don Fulgencio que no le hacen ningún favor.

En el mencionado "GARBAGE", usted se dice y se desdice, afirma una cosa y más adelante la niega. Esto me hace pensar que usted necesita con urgencia el inmediato ingreso en una clínica para enfermedades mentales.

Entre el cúmulo de falsedades que usted relata en "GARBAGE", niega que varios días antes del desplome total Ud. citó

a los Jefes de las Fuerzas Armadas, para decirles que buscáramos una solución nacional en vista de la gravedad de la situación y utiliza al general Rodríguez Avila para que le escriba una carta desmintiendo la veracidad de la entrevista. Si es cierto que el General escribió esa carta, puedo afirmar que es un "digno" compañero suyo, pues yo lo tenía en otro concepto. ¿No recuerda usted Don Fulgencio la contestación que yo le dí a su proposición? Fue esta: LA SOLUCION NACIONAL LA TIENE QUE DAR USTED Y NOSOTROS OBEDECER SUS ORDENES. Si usted niega esto, su memoria le es infiel o usted adolece de la firmeza de sus actos.

La admiración, lealtad y sincera amistad que le profesaba, nublaron mi entendimiento, no pudiendo darme cuenta a tiempo de su egoísmo, ruindad y maldad. Usted me utilizó a mí de mampara, para cubrir sus múltiples fechorías, amparándose en el prestigio que yo disfrutaba en las Fuerzas Armadas y en la opinión pública.

Usted destruyó la moral de las Fuerzas Armadas al utilizarlas como agentes electorales, convirtiendo a los cuarteles en colegios de propaganda política, ganándose como consecuencia de estos procedimientos, la repulsa del pueblo de Cuba. Sus negocios torticeros y su desmedido afán de lucro, también contribuyeron a la desmoralización. Usted sembró la indisciplina y el descontento en las Fuerzas Armadas ascendiendo a sus paniguados, sin méritos ni capacidad profesional, violando los escalafones y suspendiendo indefinidamente los Exámenes por posición, restándole a los oficiales el derecho de superación por sus propios esfuerzos, y en fin, desarticuló el normal y justo funcionamiento de las instituciones armadas y como uno de los muchos casos que puedo exponer, le citaré el ascenso a Primer Teniente de la Policía Nacional a un miembro de vuestro servicio doméstico, el cocinero.

Usted permitió el auge del juego prohibido en toda la República, llegando las fabulosas recaudaciones a penetrar por la puerta principal del mismo Palacio Presidencial, con el fin de engrosar los depósitos **para obras de caridad...**

Usted miente al afirmar que las órdenes las daba el Estado Mayor del Ejército, pues esa Jefatura solamente transmitía sus órdenes, hasta la más insignificante, pues usted lo abarcaba todo, inclusive, usted redactaba los Partes de Operaciones a su manera, a base de mentiras y falsedades para engañar al pueblo.

Usted amnistió a Castro y su pandilla después de asesinar a más de veinte soldados en el frustrado ataque al Cuartel Moncada, siendo muchos de ellos ultimados en la misma enfermería del Regimiento. Yo le rogué que no amnistiara a esos criminales, y usted me contestó: "Pancho, tú no entiendes de política, esto lo hago yo para buscar la cordialidad de manera que el pueblo me lo agradezca". Y yo le contesté: "Pero no se lo agradecerán las viudas y los huérfanos de nuestros compañeros ni tampoco el Ejército".

Usted celebró "elecciones" espurias en contra del clamor popular, y sin haber pacificado el país.

Usted sin consultar con los Jefes Militares para que lo asesoraran en los asuntos exclusivamente militares, los cuales usted desconoce, aunque ostente el grado de "General", ordenó, por temor a la crítica, reintegrar a sus hogares a los campesinos que habíamos desalojado del sector donde Castro se movía, el cual fue declarado Zona de Guerra, dándole al cabecilla oportunidad para rehacerse y seguir conquistando voluntades con su intensa campaña comunista. Esta resolución suya trajo como consecuencia que el ejército se diera cuenta que usted obstaculizaba las operaciones para terminar con Castro.

Usted es el único culpable de que las tropas en operaciones se dedicaran durante la zafra a custodiar centrales azucareros, compañías mineras, acueducto de la Base Naval de los Estados Unidos en Guantánamo, arroceras, campos de café, fincas particulares, etc. en vez de dedicar todas esas fuerzas a la persecución del enemigo, como varias veces le indiqué.

Usted llegó a la indignidad de entregar su Patria al enemigo por su falta de valor, energía y falta de conocimientos para enfrentarse al grave problema, como cuadra a un gobernante.

Ahora vamos a darle paso a los POR QUE?

¿Por qué desde el año 1952 hasta marzo de 1957, año este en que los Estados Unidos le suprimieron la venta de armamentos no equipó, como era su deber, a las Fuerzas Armadas con las armas necesarias para sofocar rápidamente cualquier rebelión, como le pedí en varias ocasiones, pues el ejército estaba completamente desarmado, sobre todo en las Provincias?

¿Por qué a los pocos días de mi petición de alistamientos, votó un crédito de CINCUENTA MILLONES DE PESOS para Obras Públicas?

¿Por qué me dijo usted por escrito cuando solicité los tres mil alistamientos estas palabras que jamás olvidaré: "PANCHO TU ESTAS LOCO, DE DONDE VOY A SACAR EL DINERO, MANDA PARA LA LINEA A LOS QUE ESTEN EN SERVICIOS ESPECIALES Y EN COMISION", y a los pocos días se aparece usted concediendo el crédito de cincuenta millones para Obras Públicas? ¿Qué interpretación le dá usted Don Fulgencio a esa medida?

¿Por qué mantuvo al general Díaz Tamayo CINCO MESES al mando del Regimiento N° 1 "Maceo", después del desembarco de Castro, habiéndole yo solicitado su inmediato relevo el mismo día que casi le toman la capital de Oriente?

¿Por qué mantuvo al traidor general Cantillo al mando de las tropas en operaciones, después del vergonzoso rendimiento al enemigo del Batallón del comandante Quevedo en La Plata, a pesar de haberle pedido el inmediato arresto y que fuera juzgado en Consejo de Guerra Sumarísimo el referido general?

¿Por qué a los oficiales traidores los nombraba Embajadores o Attachés en el extranjero y a otros los mandaba a retirar,

en vez de aplicarles la Ley Penal Militar en toda su extensión, como le pedí en múltiples ocasiones? Y con esos procedimientos, quería usted mantener la disciplina en el ejército?

¿Por qué no quiso oír al Tte. coronel Corzo cuando vino de la Sierra Maestra, donde se encontraba al mando de un Batallón, con la finalidad de informarle detalladamente sobre las descabelladas órdenes que daba su gran amigo, el general Eulogio Cantillo Porras?

¿Por qué ordenaba a mis subalternos a no darme cuenta de asuntos militares que yo, por mi cargo y jerarquía, debía de conocer? Entronizando una vez más la indisciplina en el ejército?

¿Por qué mantenía en campaña a las unidades por tiempo indefinido sin proporcionarles relevo, buscando con esa torpe medida el cansancio, abatimiento, agotamiento físico, desertiones, insubordinaciones, y lo que es peor, el pase para las filas enemigas como sucedió en varias ocasiones? Infinidad de veces le pedí rotar al personal y usted, terco como siempre, jamás me prestó atención a nada de lo que yo solicitaba para bien del ejército y su gobierno. Había batallones que llevaban VEINTE Y DOS MESES en operaciones sin relevo total ni parcial. Créame Don Fulgencio que el soldado cubano es magnífico, los malos fueron los oficiales traidores y cobardes que los mandaban y desde luego, usted como director de orquesta, debido a sus vastos conocimientos militares...

¿Por qué no relata en su libro "GARBAGE" el incidente con un Embajador extranjero que le dijo que tenía que marcharse y dejarle el Poder a una Junta compuesta por militares y civiles?

¿Por qué no escribió nada sobre la valiente y brillante actuación del General Pilar García al frente personalmente de su Regimiento en Matanzas, cuando fue atacado por los rebeldes Priístas?

¿Por qué ignora al general Pilar García que tanto lo ayudó, con verdadera lealtad, desde el mismo día del "10 de Marzo"? Es usted Don Fulgencio egoísta y tacaño en todo, hasta para prodigar elogios merecidos. Nada, que lo único bueno es lo que usted hace.

¿Por qué no menciona a mi hijo Tony, que por pertenecer a su régimen por poco me lo matan, siendo herido de tres balazos en el atentado en que murió el caballeroso coronel Antonio Blanco Rico? Y mi hijo Tony el mismo día 31 de diciembre de 1958, unas horas antes de la fuga) piloteando un avión B-26 bombardeó en Santa Clara al tren militar que se había pasado a los rebeldes. De mi modesta actuación a su lado a través de tantos años y de mi personal ayuda el "10 de Marzo" al penetrar en la Fortaleza de La Cabaña, con sólo ocho hombres, y ponerla a sus órdenes, no merecen vuestra gratitud, sino el escarnio y la difamación que con lujo de detalles me dedica en "GARBA-GE". Gracias, muchas gracias Don Fulgencio.

¿Por qué le mandó a preparar a mi hijo Winsy, Jefe de la

Fuerza Aérea, con varios días de anticipación al funesto 1.º de enero de 1958, los aviones de transporte y que los estuviera listos?

¿Por qué no habla de la decidida actuación de mi hijo Silito, su fiel y leal secretario, en el ataque al Palacio Presidencial, el cual al frente de una Unidad de tanques dominó la situación rápidamente?

¿Por qué ordenó que el terrorista y alzado Felipe Pazos (hijo) después de capturado en Oriente por el ejército, y estando encausado por la bomba que puso en el cabaret Tropicana, en donde fueron heridas varias personas, incluyendo una jovencita que hubo de amputarle un brazo, le fuera entregado en el aeropuerto militar al Ingeniero Amadeo López Castro, con el fin de embarcarlo para el extranjero a reunirse con el papá, otro enemigo de su gobierno? Dígame Don Fulgencio, es esto hacer justicia o burlarse de ella?

¿Por qué prohibió que los fotógrafos de la prensa cubana y extranjera tomaran vistas de nuestras tropas en campaña, como yo se lo pedí, para que el pueblo viera cómo actuaba el ejército? Sin embargo, por tratarse de su queridísimo cuñado, se gastó una buena cantidad de dinero en un documental en colores, donde aparece el **"bizarro y aguerrido militar"**, dirigiendo una **formidable batalla**, con toda clase de armamentos, cañones, tanques, morteros, ametralladoras de todos los calibres, espléndidas comunicaciones, etc.; pero esta tremenda maniobra tenía lugar en la Fortaleza de La Cabaña, muy lejos de la zona de operaciones de la Sierra Maestra. El comentario de la tropa, después de ver el famoso documental fue: por qué no mandan a ese hombre a pelear a la Sierra? Estaban en lo cierto los muchachos.

¿Por qué el día del ataque al Palacio Presidencial, usted tenía toda su anatomía de un color verdoso?

¿Por qué usted que presume de ser tan valiente, critica a mi hijo por tener un tanque cerca de la casa en que habitaba en el Campamento de Columbia y usted tenía en la guarnición de Palacio más de 300 hombres, sin contar la Policía Secreta y el Buró de Investigaciones? ¿Por qué tenía usted en su finca Kuguine, tanques, scouts-cars, ametralladoras, morteros, trincheras y más de cien soldados para cuidarlo? ¿Por qué tenía a su disposición al S. I. M., más de 400 soldados, para su custodia personal y de sus familiares, además de cuatro carros cargados de personal del Ejército que seguían a su automóvil? ¿Por qué cada vez que salía fuera de su residencia, además de lo que le dejo apuntado, movilizaba al Buró de Investigaciones y a la Policía Nacional? Dígame Don Fulgencio, todo ese alarde de fuerzas era por miedo a un atentado o por precaución? Y todavía tiene la osadía y desfachatez de acusarnos a mi hijo Silito y a mí de cobardes y traidores.

¿Por qué no visitó a las tropas en operaciones, para dirigirles la palabra y darles aliento para intensificar la lucha? Yo estuve dos veces, pero usted Don Fulgencio jamás se molestó

para ir a ver a los soldados que se jugaban la vida por defender su gobierno.

¿Por qué protegía a los enemigos de su gobierno, dándoles sinecuras y puestos en el gobierno, mientras los verdaderos bautistianos se morían de hambre?

¿Por qué protegía y amparaba a los principales cabecillas y dirigentes de la rebelión, como en el caso de Tony Varona, que organizó y costeó el alzamiento del Distrito Naval de Cienfuegos, donde murieron muchos de nuestros compañeros, y Ud. una vez detenido el Varona, da órdenes para darle oportunidad de asilarse en una Embajada? Realmente Don Fulgencio, cada día que pasa comprendo menos la política que usted llevaba o le hacían llevar sus consejeros.

¿Por qué en la última semana de diciembre de 1958, le envió usted dinero a los Jefes de Regimientos, con el propio general Cantillo, "para en el caso que tengan que irse". Dígame Don Fulgencio, qué Jefe pelea con esas instrucciones.

¿Por qué fabricó usted la Mono-Junta, entregándole el Poder al traidor general Cantillo para viabilizar su precipitada fuga, sin antes oír la opinión de los hombres responsables que le ayudaron a escalar el Poder? Pero usted, al igual que Castro, dueño de la República, dispuso por sí solo **debido al pánico que lo embargó**, de la destrucción de la República.

¿Por qué usted ordenó el fatídico 31 de diciembre de 1958, que los Jefes de las Fuerzas Armadas le firman la renuncia de sus cargos y grados, después de haber sido relevados, sin tener conocimiento de tal relevo, con la finalidad, según usted, de terminar la guerra, evitando más derramamiento de sangre entre hermanos y que esta resolución suya, el pueblo la agradecería? Ya usted ve Don Fulgencio, se equivocó otra vez, pues la sangre corrió a raudales y sigue corriendo después que nos fuimos. Por respeto a su jerarquía y a la disciplina militar obedecimos sus órdenes de embarcar en los aviones que usted previamente nos había asignado, pero desde el instante de la partida, usted nos despojó de nuestro honor militar, cubriéndonos de ignominia e indignos de vestir el uniforme que con tanto orgullo llevábamos, pues ante la opinión de nuestros compañeros, que dejamos abandonados a su suerte, ante el pueblo de Cuba y ante el mundo entero, salimos como unos cobardes, ladrones, aprovechados y sin el más leve sentimiento patrio. Eso nos hizo hacer su maldita determinación. Hay manchas que nunca se limpian y se llevan a la tumba, la de nosotros es de esas.

Tengo muchos más ¿POR QUE?, que pudiera agregar a esta larga carta, de protesta a su vil acusación, pero ¿PARA QUE? Si desea refrescar su memoria, vuelva a leer la carta que le envié por conducto de uno de sus ayudantes, la cual fue publicada por el periódico "EL CARIBE" editado en la República de Santo Domingo, con fecha 28 de junio del año pasado.

Me permito aclararle, aunque usted bien lo conoce, que el dinero que los Castristas me robaron de los bancos de Cuba, no

fue el producto de ninguna clase de negocios, concesiones, subastas de Gobierno, etc. Ese dinero lo acumulé con los haberes que por orden suya me pagaron, correspondientes a los años que estuve fuera o mejor dicho retirado del ejército por disposición del Dr. Grau San Martín, y las migajas con que usted me obsequiaba, pues la modesta casa que tenía la fabriqué en el año 1950.

No deseo preguntarle a usted a cuánto asciende su fabulosa fortuna, ni cómo la adquirió y en dónde la tiene depositada. Esos son secretos de Estado. Ahora bien Don Fulgencio, usted si fue listo al poner sus "kilitos" en lugar seguro.

La única acusación que me hago yo, es la debilidad mía por no haberle mantenido con carácter irrevocable la renuncia que le presenté a presencia del almirante, el mismo día que los insurgentes atacaron el Cuartel Goicuría, en la Provincia de Matanzas, cuando usted me faltó el respeto con palabras soeces, por discrepar de sus puntos de vista con relación al mencionado ataque, y que dió motivo a que yo mandara a detener al instigador y máximo responsable el Dr. Prío Socarrás, para que unas horas después, a su regreso de Varadero, ordenara ponerlo en libertad inmediatamente y mandándole al Dr. Jorge García Montes para que le diera toda clase de satisfacciones, echándome a mí la culpa, quitándome la autoridad y poniéndome en ridículo ante mis subalternos. Nueve días después usted tuvo que hacer lo que yo le indiqué, embarcar al Dr. Prío para el extranjero.

Ese fue mi gran error, el no haberme retirado en aquella ocasión, pero me retuvo la idea de lo que podrían pensar mis compañeros, que abandonaba la nave por temor a los futuros acontecimientos que ya se vislumbraban. Por eso seguí al lado de usted, pero le dí la oportunidad de mancharme de lodo y de destruir mi honor como militar, pero Dios Todopoderoso sabrá castigar a los que así proceden.

PUNTO FINAL

Así es que, a pesar de sus millones de pesos usted seguirá siendo un prisionero en esas islas por tiempo indefinido, repudiado por todas las naciones del mundo, con el odio eterno de sus adversarios y el más profundo desprecio de todos los que fueron sus leales amigos, civiles y militares.

General F. Tabernilla Dolz

P. D.—Le informo que mi hijo Silito le dará adecuada contestación a su libro "GARBAGE", editando otro libro con datos MUY INTERESANTES sobre su funesta actuación como Presidente de la República de Cuba. En su libro omitirá todas las entrevistas con los distintos corresponsales, para no hacerlo tedioso y falto de interés. (F. T. D.)

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
PROLOGO	5
1 — BATISTA HA COGIDO UN LEON POR EL RABO, VEREMOS COMO LO SUELTA	9
2 — LA CORRUPCION VENIA DESDE LAS ALTURAS	19
3 — ANDRES, PAGALE A LOS PERIODICOS DE LO MIO ..	29
4 — MIGUELITO, ¿POR QUE NO PONEMOS UN PERIODICO EN SOCIEDAD?	33
5 — EL GOBIERNO DE BATISTA NO QUIERE PERSEGUIR A LOS COMUNISTAS	37
6 — PARA DON COSME TODO, MENOS LA PRESIDENCIA.	43
7 — LA IMPRENTA DEL TRIUNFO	47
8 — CANCELAN EL ENVIO DE ARMAS	51
9 — A MI NO ME CHANTAJEA NADIE	63
10 — QUEMALO, QUE EL AIRE SE LLEVE SUS CENIZAS Y NADIE SEPA DONDE ESTA SU TUMBA. NO QUIERO OTRO GUITERAS	79
11 — YO NO QUIERO TRATO CON DICTADORES	105
12 — CINCO MILLONES COSTO EL EPISODIO DOMINICANO	133
APENDICE EPISTOLAR	155

